

Oliver Twist

Parte II

Por

Charles Dickens

***Free*editorial** 

Capítulo XXVIII

En el que se busca a Oliver y se continúa el relato de sus aventuras

—¡Qué el infierno os trague! —murmuró Sikes, rechinando los dientes—. ¡Si os pudiera atrapar uno a uno, vive el diablo que os hiciera aullar con más fuerza!

Mientras Sikes lanzaba estas imprecaciones, y otras más horrendas con la rabia de su natural feroz, colocó al herido sobre su rodilla doblada y volvió la cabeza hacia sus perseguidores. Poco, nada, mejor dicho, dejaban ver la niebla y la obscuridad de la noche; pero resonaban por doquier gritos de hombres, ladridos de perros y furioso repicar de campanas que tocaban a rebato.

—¡Alto, miserable cobarde! —gritó el bandido a Tomás Crackit, que huía con cuanta velocidad daban de sí sus largas piernas—. ¡Alto!

La petición hizo que Tomás quedara como clavado en el sitio en que se hallaba, pues suponía que estaba a tiro de la pistola de Sikes, y éste no era de los hombres con quienes puede jugarse, y menos en aquel instante.

—¡Ven a ayudarme a llevar al muchacho! —rugió Sikes, haciendo a su cómplice gestos que reflejaban su furia—. ¡Ven acá!

Volvió Tomás sobre sus pasos, pero con calma desesperante y repugnancia manifiesta.

—¡Más deprisa, ira de Dios! —bramó Sikes, dejando al herido en tierra y sacando una pistola—. ¡No te hagas el remolón, que puede pesarte!

El estruendo creció considerablemente en aquel momento. Sikes dirigió nuevamente alrededor miradas inquietas, y pudo ver que sus perseguidores rebasaban la cerca de la posesión en que se encontraba él, y que a su frente venían dos perros.

—¡Estamos perdidos, Guillermo! —gritó Tomás—. ¡Deja al muñeco y enseñemos los talones a esos bárbaros!

A la par que daba el consejo, Tomás Crackit, prefiriendo arrostrar el peligro de ser fusilado por su cómplice a la certidumbre de caer en manos de sus perseguidores, volvió grupas resueltamente y echó a correr cual si en los pies le hubieran nacido alas. Sikes rechinó los dientes, volvió a mirar alrededor, tendió sobre el inanimado cuerpo de Oliver la esclavina con que le abrigara antes, y emprendió veloz carrera a lo largo de la cerca con ánimo de llamar la atención de sus perseguidores y alejarlos del sitio en que el muchacho quedaba tendido. Frente a otra cerca que le salió al paso, y que

cortaba a la primera en ángulo recto, hizo breve salto, disparó al aire su pistola, saltó el obstáculo, y desapareció.

—¡Eh, valientes! —gritó una voz, que el miedo hacía temblar—. ¡Tigre!... ¡Neptuno... aquí!

Los perros, tan poco contentos, al parecer, como sus amos con el género de caza a que los habían lanzado, obedecieron la orden a la primera intimación, y los hombres que se habían destacado algún tanto del ejército de perseguidores, y que sumaban tres, hicieron alto para deliberar.

—Mi parecer... mejor dicho, mi orden es que volvamos inmediatamente a casa —dijo el más grueso de los tres.

—Todo lo que al señor Giles parezca bien, lo encuentro yo de perlas —contestó el más pequeño de la trinidad, hombre que nada tenía de delgado aunque sí mucho de palidez en su rostro, mucha finura en el decir, y muchísimo miedo en el corazón.

—No cometeré yo la descortesía de llevarles la contraria, señores —dijo el tercero, que era el mismo que acababa de llamar a los perros—. El señor Giles sabe muy bien lo que hace.

—¿Qué duda cabe? —exclamó el bajo—. Ni podemos ni debemos ofrecer la oposición más ligera a las instrucciones del señor Giles. ¡No, no! Gracias a Dios, conozco cuál es mi posición y sé a lo que ésta me obliga.

Fuerza es hacer justicia al hombrecillo, y reconocer que, en efecto, sabía cuál era su situación, y estaba a la par perfectamente convencido de que nada tenía aquélla de envidiable, pues sus dientes se entrechocaban mientras hablaba.

—Usted tiene miedo, Britles —dijo Giles.

—No es verdad —contestó Britles.

—¡Repito que tiene miedo!

—Y yo repito que falta —usted a la verdad, señor Giles.

—¡Quién miente es usted, Britles!

Las cuatro réplicas y contrarréplicas cuya dulzura salta demasiado a la vista para que me entretenga en hacerla resaltar, fueron resultado de la observación irónica de Giles, de la misma manera que ésta brotó de la indignación que en el pecho de Giles alzó la frase última de Britles, que muy doradita, y adornada con el ropaje de galante cumplido, echaba toda la responsabilidad de la retirada sobre los hombres de Giles. El tercer individuo puso fin a la controversia de la manera más filosófica.

—¡Bah! —exclamó—. Voy a ser más franco que ustedes: todos tenemos miedo.

—¡Hable usted por sí mismo, señor mío! —replicó Giles, que era el que estaba más pálido de los tres.

—Por mí hablo —dijo el mismo que hablara antes—. Es natural y justo tener miedo en estas circunstancias. De mí puedo decir que tengo miedo.

—Y yo también —afirmó Britles—; pero no me gusta que me lo digan así, a boca de jarro.

Aquellas confesiones tan francas y espontáneas calmaron a Giles, quien reconoció inmediatamente que sentía tanto miedo como los demás, después de lo cual, el trío volvió grupas con ejemplar unanimidad. Era en realidad hermoso verles correr con acuerdo tan perfecto. Al fin el señor Giles, cuya respiración era más corta, y a quien dificultaba no poco una horquilla descomunal de que se había armado, pidió, de la manera más cortés, que se hiciera alto, asegurando que necesitaba excusarse por haber empleado con ellos un lenguaje demasiado vivo.

—Asusta verdaderamente pensar —dijo Giles luego que hubo dado sus explicaciones— lo que un hombre es capaz de hacer cuando se le enciende la sangre. Yo hubiera cometido un homicidio... sí, no me cabe la menor duda, si llego a atrapar a cualquiera de esos canallas.

Como sus dos compañeros abundaban en el mismo parecer, y el ardor de su sangre se había enfriado también, a las palabras de Giles siguió algo así como una investigación de las causas que hubieran determinado cambio tan radical en sus temperamentos.

—Creo saber a qué fue debido —observó Giles—: a la cerca.

—No me extrañaría que así fuera —contestó Britles, apoderándose de la misma idea.

—Puede usted tener la seguridad más absoluta de que la cerca dio, al traste con nuestra furia. De mí puedo decir que me abandonó la mía no bien la salté. Por una coincidencia notabilísima, los otros dos habían experimentado la misma sensación en el mismo momento. Era, pues, evidente, que la causa del fenómeno fue la cerca, tanto más, cuanto que no podía haber ni sombra de duda acerca del momento preciso en que se produjo en ellos el cambio, pues recordaban todos tres perfectamente que al saltar la cerca fue cuando divisaron a los ladrones.

Formaban el trío los dos hombres que sorprendieron a los malhechores en la casa y un calderero ambulante que había pasado la noche en un cobertizo anejo al edificio visitado por los bandidos, a quien despertaron, juntamente

con sus dos mastines cruzados, para que tomara parte en la persecución. Giles desempeñaba en la casa las funciones dobles de despensero y mayordomo de la anciana dueña de la misma, y Britles hacía de todo. Había entrado en la casa de niño, y como niño que prometía era tratado todavía, aunque había visto ya más de treinta abriles.

Con la conversación que sostenían procuraban infundirse mutuamente valor, y con paso rápido, estrechándose los unos contra los otros y mirando en torno suyo con inquietud, cada vez que el viento agitaba las ramas de los árboles, retrocedieron hasta colocarse el abrigo del tronco de un árbol añoso, donde habían dejado una linterna encendida, la que apagaron para que su luz no fuera para los ladrones indicación que les permitiese hacer fuego. Recogida la linterna, emprendieron la vuelta a la casa a un trote muy regularcito. No tardaron en perderse; pero durante algún tiempo pudieron verse sus bultos deslizándose, semejantes a negros e informes fantasmas, entre las tinieblas de la noche.

Descendía más y más la temperatura a medida que se avecindaba el día y se despegaba la niebla de la tierra sobre la cual corría semejante a inmensa nube de humo. La hierba estaba mojada, los senderos convertidos en lodazales, y el húmedo respirar del viento dejaba oír lúgubres quejidos. Oliver continuaba tendido en el sitio mismo en que le dejara Sikes. Llegó la aurora. El frío se hizo más intenso al aparecer en Oriente esos resplandores pálidos que más que el nacimiento del día indican la terminación de la noche; los objetos que envueltos en tinieblas ofrecían aspecto terrorífico y formas extrañas y espantables iban presentando mayor claridad en sus perfiles y recuperando gradualmente sus figuras habituales. Las nubes enviaban a la tierra una lluvia menuda y compacta que azotaba con ruido el bosque. Oliver de nada se daba cuenta: continuaba tendido, inmóvil, insensible, falto de conocimiento al borde del foso. Rompió al fin el silencio de los campos un grito ahogado de dolor, y, al lanzarlo, el muchacho despertó de su letargo. Su brazo izquierdo, mal envuelto con una bufanda, pendía sin fuerza, inútil: la bufanda estaba empapada en sangre. Era tal la debilidad del herido, que le costó trabajo ímprobo sentarse, y una vez lo hubo conseguido, tendió alrededor miradas de angustia, como buscando quien le socorriera, y el dolor le hizo gemir. Aterido de frío, cansado, postrado, intentó ponerse en pie: un estremecimiento terrible que se extendió desde sus pies hasta su cabeza le postró nuevamente en tierra.

Vuelto el desventurado Oliver al estado de estupor en el que durante tanto tiempo había estado sumido, azuzado sin duda por el malestar horrible que iba penetrándole hasta el corazón, y que parecía anunciarle que si continuaba mucho tiempo en el sitio en que se encontraba no tardaría en morir, consiguió ponerse en pie e intentó dar unos pasos. Tan completo era el trastorno de su

cabeza, que se tambaleaba al andar como un borracho, mas a pesar de esto, mantúvose en pie y continuó andando, doblada sobre el pecho la cabeza, sin rumbo determinado, sin saber adónde iba.

Cruzábanse en su mente infinidad de ideas extrañas y confusas. Parecíale que caminaba todavía entre Sikes y Crackit, los cuales debían sostener a no dudar furibundo altercado pues en sus oídos resonaban las palabras coléricas que pronunciaban, y hasta en una ocasión en que el desdichado puso todo su cuidado para librarse de caer rendido, se dio cuenta que les estaba hablando. Luego se imaginó que quedaba solo con Sikes, caminando sin cesar como habían hecho el día anterior, y hasta sentía la presión de la mano de aquél en su muñeca cada vez que en su camino cruzaban con viandantes. De pronto retrocedió un paso al herir sus oídos el estruendo de un disparo de arma de fuego, al que siguieron gritos y alaridos. Ante sus espantados ojos brillaron muchas luces, los gritos se triplicaron en espantoso tumulto, y un brazo invisible se apoderó de él y lo transportó a lugares desconocidos con fantástica velocidad. A las visiones rápidas y poco definidas se unía la sensación vaga y penosa de un dolor agudo que le atormentaba sin cesar.

De esta manera, cayendo aquí y levantándose allá, siempre vacilando, siempre tambaleándose, salvó como un autómatas cercas y vallas hasta que llegó al camino. La lluvia, qué ya caía espesa y compacta, acabó de disipar su aturdimiento. Dirigió alrededor miradas de angustia, y sus ojos divisaron a no gran distancia una casa a la que acaso pudiera llegar. Quizá se compadecieran de él al verle en estado tan deplorable, y aun en caso contrario, aun suponiendo lo peor, preferible sería, pensó el desventurado, morir cerca de seres humanos que en medio de la soledad de los campos. Reunió, en consecuencia, todas sus fuerzas para intentar la última prueba, y avanzó con paso incierto. A medida que se aproximaba a la casa, figurábase, bien que muy vagamente, que no era aquella la vez primera que la veía. Detalles no recordaba ninguno, pero la figura y el aspecto general del edificio parecíanle familiares. ¡El muro de aquel jardín! Sobre la hierba que crecía en la parte opuesta del mismo había caído de rodillas la noche anterior, y suplicado en vano la piedad de los dos miserables bandidos. ¡Se encontraba frente a la misma casa que intentarían robar!

Fue tal el espanto que se apoderó de Oliver cuando reconoció el lugar en que se encontraba, que hasta dio al olvido por un momento los dolores lacerantes de su herida para no pensar más que en la fuga. ¡La fuga! ¡Huir él que apenas si en pie podía tenerse! Y aun cuando hubiera tenido toda la fuerza, toda la agilidad de un muchacho de sus años, ¿adónde iría? Empujó la puerta del jardín, y como no estaba más que entornada, giró inmediatamente sobre sus goznes. Casi desfallecido atravesó un pequeño prado, subió una escalinata que precedía a la puerta de entrada, llamó débilmente, y las fuerzas le

abandonaron por completo: cayó contra el antepecho de la especie de terraza que se tendía frente a la casa.

Ocurrió que, en aquel momento los valerosos Giles, Britles y el calderero ambulante se reponían en cocina de las fatigas y peligros de noche pasada, reforzando sus estómagos con apetitosas viandas y regando éstas con sendas tazas excelente té. No vayan a figurarse los lectores que el señor Giles lleva su condescendencia hasta el extremo de permitir que le tratasen con familiaridad los criados de condición menos elevada que la suya; se engañarían lastimosamente si tal creyeran. El señor Giles solía tratarlos con cierta afabilidad altiva, esa afabilidad digna que tan bien sienta las personas deseosas de que nunca ni en ningún caso quede desconocida u olvidada su jerarquía social; pero como la muerte, los incendios y los robos a mano armada igualan a todos los hombres, el señor Giles estaba sentado en la cocina, cruzadas las piernas al amor de la lumbre con el codo izquierdo sobre la mesa, mientras accionaba con severa propiedad el brazo derecho, acompañando una explicación detallada circunstancial del robo, explicación que su auditorio, y muy especialmente la cocinera y la doncella, que del mismo formaban parte, escuchaba con avidez.

—Serían poco más o menos las dos y media —decía el señor Giles—, aunque si me pidieran juramento no me atrevería a afirmar que no fueran muy cerca de las tres cuando desperté, y al darme un vuelta en la cama, parecida a ésta —Giles dio media vuelta en la silla tirando al propio tiempo de una las puntas del mantel, con el que se envolvió—, creí oír un ruido. En este punto de la narración, palideció la cocinera y rogó a la doncella que cerrase la puerta; la doncella transmitió el ruego a Britles y éste a su vez al calderero, el cual se hizo el sordo. —... creí oír un ruido —repitió Giles—. Al principio, me dije, «será una ilusión»; pero cuando me disponía a dormirme otra vez, cádate que oigo de nuevo el ruido, pero muy claro, muy distinto.

—¿Qué clase de ruido era? —preguntó la cocinera.

—Una especie de ruido indefinible, sordo —contestó Giles, mirando a sus oyentes.

—Más bien el que suele producir una palanqueta de hierro cuando separa los barrotes de una reja —terció Britles.

—Eso fue cuando lo oíste tú —replicó Giles—; pero no en el momento de que hablo. Me desembocé entonces —el señor Giles soltó el mantel que había echado sobre su cuerpo—, me senté en la cama, y presté oído atento.

—¡Dios mío! —exclamaron a un tiempo la cocinera y la doncella.

—Esta vez lo oí muy claro —repuso Giles—, y me dije: «Alguien está forzando la puerta o alguna ventana, ¿qué haces, Giles? Llamaré al pobre

Britles, no sea que le corten la cabeza o lo estrangulen en la cama sin que se dé cuenta siquiera»

Los ojos de todos los circunstantes se volvieron hacia Britles, quien tenía los suyos fijos en el narrador, y le contemplaron con la boca abierta y expresión de horror.

—Pues, señor —continuó Giles, clavando los ojos en la cocinera y en la doncella—, tiré a un lado las ropas de la cama —Giles tiró a un rincón el mantel de la mesa—, salté fuera de ella sin hacer ruido, me puse un par de...

—¡Cuidado, señor Giles, que hay señoras delante! —interrumpió el calderero.

—... de zapatos, señor mío —repuso Giles, volviéndose hacia el calderero y acentuando bien la palabra—, empuñé una pistola cargada que siempre tengo junto a la caja de la plata de la mesa, y caminando sobre las puntas de los pies, bajé a la habitación de Britles, a quien dije, después de haberle despertado: «¡No te asustes, Britles!»

—Exacto —dijo Britles.

—A continuación, añadí: «Creo que podemos contarnos los dos con los difuntos, pero no tengas miedo»

—¿Es que sentía miedo? —preguntó la cocinera.

—¡Ni por asomo! —contestó Giles—. ¡Impertérrito, valiente... casi tan valiente como yo!

—Si a mí me pasa, me quedo muerta en el acto —observó la doncella.

—Usted es mujer —contestó Britles, que se iba serenando.

—Tiene razón Britles —dijo Giles—. De una mujer, no cabe esperar otra cosa. Nosotros, que somos hombres, y muy hombres, tomamos una linterna sorda que en el cuarto de Britles había sobre una repisa, y bajamos caminando entre tinieblas que se podían tocar de este modo.

Habíase levantado Giles y dado unos pasos con los ojos cerrados, para acompañar el relato con un accionar apropiado, cuando se estremeció violentamente, así como también todos los que en la cocina estaban, y retrocedió de un salto a la silla que antes ocupaba. La cocinera y la doncella lanzaron dos o tres chillidos de espanto.

—Han llamado a la puerta —dijo Giles, fingiendo una serenidad que no tenía—. Que salga alguien a abrir.

Nadie se movió.

—No deja de ser extraño que vengan a llamar a hora tan intempestiva —

observo Giles, contemplando los pálidos rostros de sus oyentes, no más pálidos ciertamente que el suyo—. La hora es intempestiva, lo reconozco, pero fuerza es que alguien abra la puerta. ¿No me oís?

Miraba Giles a Britles mientras hablaba; pero este joven, modesto de suyo y poco amigo de singularizarse, debió figurarse sin duda que él no era alguien, y convencido de que la orden no podía rezar con él, ni contestó, ni se movió. Giles, entonces, hizo una seña elocuente al calderero; pero el calderero se había dormido de pronto: en cuanto a las mujeres, no había por qué contar con ellas.

—Si Britles prefiere abrir la puerta en presencia de testigos —dijo Giles al cabo de un rato de pausa—, me presto desde luego a acompañarle.

—Y yo también —terció el calderero, tan brusco en el despertar como en el dormirse.

Bajo tales condiciones, capituló Britles. Los tres hombres, más tranquilos al descubrir (por haber abierto en aquel momento las ventanas) que era ya muy entrado el día, subieron la escalera llevando de vanguardia a los perros, y cerrando la retaguardia las mujeres, a quienes asustó la idea de quedar solas en la cocina. Por consejo de Giles, comenzaron todos a hablar con voz recia a fin de que los malhechores, suponiendo que malhechores fueran los que llamaban, supieran que en la casa había muchas personas. Al mismo caballero, hombre fecundo en recursos, se le ocurrió la idea luminosa, que puso inmediatamente en práctica, de tirar de los rabos de los perros hasta hacerlos ladrar con furia. Adoptadas esas medidas aconsejadas por la prudencia, Giles agarró al calderero por el brazo (para que no escapase, según dijo en tono humorístico), y dio orden de abrir la puerta. Obedeció Britles, y todas las personas que formaban el grupo, al asomar tímidamente las cabezas sobre los hombros de los que delante estaban, no vieron ante sí otro objeto formidable que al pobrecito Oliver Twist, aniquilado y sin voz, que entreabría penosamente los ojos implorando compasión.

—¡Un chicuelo! —exclamó Giles, empujando briosamente al calderero—. ¿Qué vienes a buscar?... ¡Demonio! ¡Britles!... ¡Mira! ¿No le conoces?

Britles, que al abrir la puerta había quedado detrás de la misma, lanzó un grito penetrante o no bien vio a Oliver, mientras Giles, levantando al muchacho por una pierna y por un brazo (por su suerte, no fue por el herido), lo entró en el vestíbulo y lo dejó tendido sobre, el suelo.

—¡Aquí le tenemos... aquí tenemos a uno... un bandido, señora! —gritó Giles desde la escalera—, ¡Un ladrón, señora... herido, señorita, herido! ¡Yo fui quien le descerrajé el tiro, y Britles tenía la vela!

—¡No era vela, señorita, sino una, linterna! —gritó Britles, poniendo junto

a la boca las manos a manera de bocina.

Las dos criadas subieron veloces con la noticia de que Giles había capturado a uno de los ladrones mientras el calderero procuraba socorrer a Oliver, temeroso de que muriera antes de ser llevado a la horca. Cuando el ruido era mayor y más vivo el movimiento, sonó una voz de mujer, voz dulce y argentina, que lo apaciguó todo como por encanto.

—¡Giles! —llamó la voz desde lo alto de la escalera.

—Mándeme usted, señorita —contestó Giles—. No se asuste la señorita, que no he salido de la refriega con heridas de importancia. Como vio que era muy poca cosa para mí, la resistencia que me opuso no fue desesperada.

—¡Silencio... silencio! —exclamó la misma voz—. Va usted a asustar más a mi tía de lo que la asustaron los ladrones. ¿Es grave la herida de ese infeliz?

—¡De muerte, señorita! —contestó Giles complacido.

—Se está muriendo a chorros, señorita —terció Britles—. ¿Quiere verlo la señorita por si...?

—¡No, no! —replicó la voz—. Háganme el favor de esperar quietos y sin hablar hasta tanto consulte con mi tía.

Con tanta gracia en el andar como dulzura en la voz, la que acababa de dirigir la palabra a los criados se retiró, para reaparecer al cabo de breves instantes y mandar que el herido fuera instalado, con las precauciones del caso, en la habitación del señor Giles, que Britles ensillase inmediatamente un caballo y se dirigiera con cuanta velocidad le fuera posible a Chertsey, de donde debería mandar a la casa a un médico y avisar al juzgado.

—¿Pero no quiere usted verle antes, señorita? —preguntó Giles, tan orgulloso como si Oliver fuera algún pájaro de raro plumaje herido por el plomo de su escopeta.

—¡Por nada del mundo! —replicó la joven—. ¡Pobre hombre! ¡Trátelo con dulzura, Giles, aunque no sea más que por consideración a mí! El criado miró a su señorita con tanto orgullo y admiración como si su propia hija hubiera sido, e inclinándose seguidamente sobre Oliver, le subió a su habitación con cuidado y solicitud tan tiernas como no hubiera podido excederlas una mujer.

Capítulo XXIX

Se hace la presentación de algunos de los habitantes de la casa a la que fue a parar Oliver

En un comedor elegante, amueblado más bien con arreglo a la moda antigua que de conformidad con las leyes del gusto moderno, dos señoras, sentadas frente a una mesa irreprochablemente servida, se disponen a dar comienzo a su almuerzo. Giles, en traje de etiqueta completamente negro, era el encargado de servirlos. Situado entre el aparador y la mesa, erguido el cuerpo, alta y un poquito ladeada la cabeza, algún tanto adelantada la pierna izquierda, colocada la mano derecha sobre el chaleco y tendida la izquierda, que tenía entre los dedos una servilleta, a lo largo del cuerpo, ofrecía aspecto de hombre que está perfectamente convencido de su mérito y de su importancia. De las dos damas, era una de edad bastante avanzada, pero el alto respaldo de roble de la silla en que estaba sentada no era ciertamente más recto que su espalda. Luciendo un vestido prodigio de pulcritud y precisión, modelo singular de gusto pasado de moda con ligeras concesiones a las exigencias modernas, que lejos de atenuar el efecto del primero le realizaba, por el contrario, la dama en cuestión ofrecía una actitud de severa dignidad, sentada en su sillón y puestas las manos sobre la mesa. Sus ojos, cuyo brillo apenas si habían empañado muy ligeramente los años, contemplaban con atención a su joven compañera. La otra dama estaba en la flor de su juventud y de su hermosura, en esa edad en que, si alguna vez los ángeles, para realizar en la tierra alguna misión especial encomendada por el mismo Dios, han asumido formas corpóreas, hay que creer, sin temor de ser impío, que lo han realizado en algún cuerpo tan en cantador como el de la angelical niña que encontramos sentada frente a la anciana.

No pasaba de los diecisiete años. Era su talle tan esbelto, tan exquisitas sus formas, sus facciones tan correctas y hermosas y tan suave y dulce la expresión de su mirada, que no parecía que la tierra hubiera de ser su elemento, ni los groseros seres que la pueblan sus compañeros. Ni tampoco la luz de la inteligencia que brillaba en sus ojos, de un azul purísimo, y resaltaba en su serena frente, parecía propia de su edad ni de este mundo. Y, sin embargo, la expresión inefable de dulzura y de felicidad que ofrecía su rostro los mil destellos que parecían jugar en sus ojos, en cuyas profundidades no se observaba la sombra más insignificante, y más que nada su sonrisa, sonrisa placentera, embriagadora, significaban otros tantos tesoros creados exclusivamente para el hogar, para hacer la ventura, la felicidad domésticas. Los pequeños menesteres de la mesa embargaban por completo su atención. Cuando levantó los ojos y vio que la señora de edad la estaba mirando, echó atrás su hermosa cabellera y devolvió la mirada con otra tan encantadora, tan divina, que los ángeles del Cielo debieron sonreír entusiasmados al verla.

—Hace ya más de una hora que salió Britles, ¿verdad? —preguntó la anciana.

—Una hora y doce minutos, señora —respondió Giles, no sin consultar antes su reloj de plata.

—Nunca tiene prisa —observó la dama.

—Siempre fue Britles un muchacho cachazudo, señora —dijo el servidor—. Por supuesto, que si treinta años no han bastado para despertar un poco su actividad pocas, probabilidades hay de que cambie.

—Lejos de corregirse, empeora —contestó la señora.

—Únicamente no tendría excusa cuando su tardanza fuese debida a que se entretuviera jugando con los chicos —terció la joven riendo.

Meditaba Giles al parecer sobre si las conveniencias le consentían acomodarse al buen humor de la señorita sonriendo con todo el respeto posible, cuando hizo alto frente a la puerta del jardín un carruaje, del cual saltó un caballero gordo, que corrió presuroso a la puerta y no tardó en penetrar como una bomba y sin previo anuncio en el comedor, derribando casi a Giles y faltando muy poco para que volcar la mesa.

—¡Es inaudito! —exclamó, el caballero gordo—. ¿Habrás visto atrocidad semejante, mi querida señora Maylie? ¡Bendito sea Dios!... ¡En el silencio de la noche... hasta aprovechando las tinieblas! ¿verdad? ¡Digo y repito que jamás oí cosa semejante!

Mientras disparaba estas frases de pésame, el gordo estrechaba con fuerza las manos a las dos damas, y acercando una silla, les preguntaba por su salud.

—¡Casi se habrán muerto ustedes del espanto! —prosiguió diciendo el caballero—. ¿Por qué no enviaron por mí? Mi criado hubiera acudido sin tardanza, y yo también. Para mi criado habría sido un verdadero placer, como para cualquiera, en circunstancias análogas. ¡Dios mío, Dios mío! ¡Cosa más inesperada!... ¡Y en el silencio de la noche!...

A juzgar por las exclamaciones del recién llegado, no era el hecho del robo lo que le conmovía, sino que los ladrones hubieran intentado llevarlo a cabo inesperadamente y a favor de las sombras de la noche, como si los señores ladrones tuvieran la costumbre de trabajar a la luz del sol y previo aviso por tarjeta postal de su visita, con dos o tres días de anticipación.

—Y usted, señorita Rosa —repuso el caballero, dirigiéndose a la joven—, también...

—¡Mucho, señor doctor, mucho! —contestó la joven interrumpiéndole—. Permítame que le recuerde que hay arriba un desgraciado a quien mi tía desea que usted visite...

—¡Ah, sí, ya lo sé! Tengo entendido que usted, Giles, es quien le ha puesto

en tal estado, ¿no?

Giles, que en aquel momento colocaba en su sitio las tazas, se puso colorado como un pavo y contestó que él había tenido aquel alto honor.

—Honor, ¿eh? —exclamó el doctor—. ¡Psch! ¡Vaya usted a saber! Quizá sea tan honroso herir a un ladrón en la recocina como descalabrar al adversario a doce pasos de distancia. Hágase usted cuenta de que ha tenido un duelo, Giles, y que su enemigo disparó al aire.

Giles, para quien la ligereza con que el doctor trataba el asunto no podía significar otra cosa que un propósito injusto de disminuir su gloria, contestó muy respetuosamente que no creía fuera él el llamado a juzgar el asunto y mucho menos a echarlo a broma, pues seguramente su adversario lo había tomado en serio, y muy en serio.

—Verdad es, Giles —contestó el doctor—. Vamos a ver, ¿dónde está el herido? Acompañeme. Tendré el gusto de entrar otra vez cuando baje, señora Maylie. ¡Ah! He aquí la ventana por donde entró... jamás hubiera creído que nadie pudiera pasar por ella.

El doctor siguió a Giles, sin dejar de hablar un momento. Mientras sube la escalera, bueno será que sepa el curioso lector que el señor Losberne, cirujano rural, conocido en diez leguas a la redonda con el pomposo título de «doctor», engordaba más cada día, no tanto por la buena vida que se daba, cuanto por su constante buen humor. Era un buen hombre en toda la extensión de la palabra, de gran corazón y un tanto excéntrico, solterón empedernido y tan honrado y cumplidor de sus deberes, como jamás haya existido otro en el mundo.

La ausencia del doctor duró mucho más tiempo del que él y las señoras habían supuesto. Del carruaje en que había venido sacaron una caja de descomunal tamaño, la campanilla del cuarto en que estaba el herido sonó infinidad de veces, el subir y bajar de los criados se prolongó bastante, síntomas todos los mencionados de que arriba ocurría algo de importancia. Al fin se presentó en el comedor, y ante las preguntas anhelantes que le dirigieron las señoras, adoptó una expresión de misterio y cerró cuidadosamente la puerta.

—Lo que pasa es verdaderamente extraordinario, señora Maylie —respondió, apoyando su espalda contra la puerta con objeto de impedir que nadie la abriera.

—Sentiría muy de veras que la herida fuera peligrosa —contestó la dama.

—Que fuera peligrosa, no sería extraordinario, dadas las circunstancias —replicó el doctor—; pero opino que no lo es. ¿Ha visto usted al ladrón?

—No —contestó la señora.

—¿Ni oído hablar de él?

—Tampoco.

—Dispéñseme la señora —dijo Giles terciando en la conversación—. Iba a dar a usted algunos datos cuando se presentó el señor doctor.

Era el caso que Giles no había podido resolverse, en los primeros momentos, a confesar que el formidable ladrón a quien había herido era sencillamente un pobre niño. Tantos elogios le había valido su bravura, que por todo el oro de la tierra no hubiera abreviado ni en un segundo aquellos instantes deliciosos durante los cuales brillaba, envuelta en nimbos de imperecedera gloria, su reputación de héroe.

—Rosa hubiera deseado ver a ese hombre, pero yo me opuse a ello —dijo la señora Maylie.

—¡Hum! ¡Nada de espantable tiene su aspecto! —exclamó el doctor—. ¿Tiene usted reparo en verle a presencia mía?

—Ninguno, si usted cree que es necesario.

—Entiendo que es necesario, y de todas suertes casi me atrevería a pronosticar que sentiría usted no verle, si a ello se negara. En este momento está perfectamente tranquilo. Permítame, señorita Rosa... ¿tiene la bondad? No hay que temer en absoluto; se lo juro por mi honor.

Capítulo XXX

Refiere lo que pensaron de Oliver sus caritativos visitantes

Después de asegurar a las damas que las sorprendería muy agradablemente la catadura del criminal, el buen doctor, ofreciendo un brazo la señorita Rosa y la mano libre la señora Maylie, las condujo, con tanta ceremonia como majestad, escaleras arriba.

—Ahora —dijo el doctor, mientras volvía con extremada suavidad el picaporte de la puerta de la alcoba— van a decirme lo que piensan. El herido hace mucho, muchísimo tiempo que no se ha afeitado, mas no por ello tiene un aspecto de los más feroces. ¡Alto!... ¡Esperen un momento! Entraré delante para ver si todo está en orden.

Avanzó solo el doctor, paseó una mirada por la habitación, y haciendo una seña a las señoras para que pasaran, cerró la puerta, luego que aquéllas hubieron entrado, y apartó las cortinas del lecho. Sobre éste, en vez de criminal de aspecto rufianesco que esperaban ver, encontraron a un pobre

muchacho, aniquilado de resultas de la fatiga y de los sufrimientos y sumido en profundo letargo. Sobre su pecho descansaba su brazo herido, vendado y entablillado, sobre el otro reposaba su cabeza, medio oculta entre los rizos de su larga cabellera esparcida sobre la almohada. El honrado doctor permaneció un instante sin despegar los labios, fijos los ojos en el herido y sosteniendo con la diestra el pesado cortinón. Mientras duraba el silencioso examen del galeno, la linda joven se aproximó silenciosa y, tomando asiento a la cabecera de la cama, separó los cabellos que medio cubrían la cara de Oliver. Poco después, mientras se hallaba inclinada sobre la cabeza del muchacho, dos o tres lágrimas de las que brota de sus ojos fueron a caer sobre frente de aquél.

Estremecióse ligeramente el niño y sonrió en su sueño cual si aquellas pruebas de piedad y de compasión hubieran despertado en su alma dulces emociones de amor desconocidas hasta aquel instante para él, de misma manera que una armonía deliciosa, el murmullo del agua, el perfume de una flor y hasta el empleo de una palabra que nos es familiar evocan a veces en nosotros, recuerdos vagos de escenas que nunca tuvieron realidad en nuestra vida añoranzas fugaces que se disipa como un soplo, recuerdos y añoranzas que sólo la memoria de un existencia más feliz ha podido despertar, toda vez que las facultad de nuestro espíritu, por mucho, lo intentasen, no serían capaces de sacarlos del mundo del olvido.

—¡Qué es esto! —exclamó la señora Maylie—. ¡No es posible que ese pobre niño haya sido jamás cómplice de ladrones!

—El vicio —contestó suspirando el doctor, dejando caer la cortina— recibe culto en muchísimos templos. ¡Quién sabe si se ocultará también bajo esta apariencia seductora!

—¡Pero si es tan joven! —exclamó Rosa.

—Mi querida señorita —replicó el doctor, moviendo dolorosamente la cabeza—, el crimen, como la muerte, no se ceba sólo en los viejos y gastados; con mucha frecuencia escoge sus víctimas entre los jóvenes y lozanos.

—¿Pero es posible?... ¡Oh, señor doctor! ¿Es posible que usted crea que un niño tan delicado se haya unido voluntariamente a los que constituyen el grupo más repugnante de la sociedad?

Encogióse de hombros el doctor, como queriendo dar a entender que lo conceptuaba muy posible, y haciendo presente a las señoras que la conversación podía perjudicar al herido, dirigióse con ellas a la habitación contigua.

—Aun suponiendo que fuera culpable, —continuó Rosa—, piense usted en sus pocos años; piense en que quizá no ha conocido jamás el amor de una madre, ni saboreado la tranquilidad de un hogar, y que malos tratos, golpes,

acaso el hambre, han podido obligarle a vivir en compañía de hombres que contra su voluntad le han arrastrado al delito. ¡Tía, mi querida tía, por Dios le suplico que reflexione mucho antes de consentir que sepulsen a ese desventurado en una cárcel, que sería para él la tumba en cuyas negruras quedarían enterradas todas las probabilidades de enmienda y de rehabilitación futuras! ¡Oh! Usted que tan tiernamente me ha amado y me ama, usted, que me ha prodigado tanto cariño, que ha conseguido reemplazar el de mis padres, que me han faltado casi desde que vine al mundo, piense que también yo pude caer en el mismo abandono en que cayó a no dudar ese niño, piense que sin usted arrastraría quizás yo una existencia tan miserable como la del infeliz que yace en aquella cama, y tenga lástima de él, compadézcase de su situación, ahora que todavía es tiempo.

—¡Mi querida niña! —exclamó la anciana, estrechando contra su corazón a la joven, bañada en llanto—. ¿Crees que puedo desear que caiga un solo cabello de su cabeza?

—¡Oh, no! —contestó Rosa con avidez.

—No —repuso la señora con voz conmovida—. Mi carrera sobre la tierra toca a su fin, y ojalá encuentre en Dios la misma piedad que deseo encuentren en mí los desgraciados. ¿Qué puedo hacer para salvarle, doctor?

—Déjeme pensar un poco, señora, déjeme pensar.

El doctor Losberne metió las manos en los bolsillos y comenzó a pasear por la estancia, deteniéndose de vez en cuando y frunciendo horriblemente el entrecejo. Después de haber exclamado repetidas veces: «¡Lo encontré!», seguidas inmediatamente de estas otras: «¡No, no lo encontré!», y de reanudar el paseo con su obligado fruncimiento de cejas, detúvose al fin y habló en los términos siguientes:

—Creo que si usted me concede poderes plenos para entenderme con Giles y con el inocente Britles, conseguiré arreglarlo todo. El primero es un servidor leal, lo sé; pero usted tiene mil medios de recompensarle, y hasta puede felicitarle por su destreza en el manejo de la pistola. ¿Merece su aprobación mi pensamiento?

—Veo cuál es su plan, doctor, y no me opongo, siempre que no haya otro medio de salvar al muchacho.

—No hay otro —afirmó el doctor—. Créame usted bajo mi palabra.

—Siendo así, mi tía le confiere poderes plenos —terció Rosa, sonriendo a través de sus lágrimas. Le ruego, sin embargo, que no trate a esos fieles servidores con mayor severidad de la que sea absolutamente necesaria.

—Voy creyendo, señorita —replicó el doctor—, que usted se imagina que

todo el mundo, con excepción de usted sola se siente hoy inclinado a la severidad. En obsequio al sexo feo, lo que yo desearía es que el primer joven digno de usted que llame a las puertas de su corazón implorando piedad, la encuentre tan bien dispuesta a la conmiseración como ahora está, y lo que deploro con amargura es no ser yo un joven para aprovechar ahora mismo la ocasión.

—Es usted un niño grande, tan niño como Britles —contestó Rosa ruborizándose.

—¡Bah! —exclamó el doctor, riendo con toda su alma—. Casi, casi estoy por decir que tiene usted razón... pero volvamos al muchacho. Debemos estipular aún el punto más grave de nuestro acuerdo. Según mis cálculos, el herido despertará dentro de una hora poco más o menos, y aunque he asegurado al imbécil representante de la justicia que hay abajo que el muchacho no puede moverse ni hablar sin que su vida corra peligros gravísimos, creo que por el contrario no existe el menor inconveniente en que conversemos con él. Ahora bien; el punto capital de nuestro convenio es el siguiente: yo le someteré a un interrogatorio a presencia de ustedes, y si de lo que diga, inferimos, sin que nos quepa la menor duda, que está completamente pervertido (lo que considero más que posible), lo abandonaremos a su suerte, o por lo menos yo, no me mezclaré ya en nada, suceda lo que suceda.

—¡Oh, no, tía mía! —exclamó Rosa con acento suplicante.

—¡Oh, sí, tía mía! —dijo el doctor—. ¿Quedamos conformes?

—¡No creeré nunca que esté endurecido en el vicio! —exclamó Rosa—. ¡Es imposible!

—¡Magnífico! —replicó el doctor—. Razón de más para aceptar mi proposición.

Cerróse al fin el trato, y las partes contratantes esperaron con impaciencia el despertar de Oliver.

La paciencia de las señoras hubo de pasar por una prueba más larga de lo que el pronóstico del doctor las había hecho suponer, pues pasaron horas y más horas, y Oliver continuaba durmiendo. Era ya más del mediodía cuando el buen doctor las hizo saber que el herido estaba en disposición de hablar. Añadió que en realidad estaba muy enfermo, pues la pérdida de, sangre le había debilitado en extremo; pero, que el pobrecillo mostraba tan vivo anhelo por hacer revelaciones, que creía preferible acceder a sus deseos y no obligarle a permanecer quieto y callado hasta la mañana siguiente. La conferencia fue muy larga, pues Oliver les refirió toda su historia, con frecuencia interrumpida como consecuencia de sus dolores y carencia de fuerzas. Apenaba verdaderamente escuchar en aquella habitación envuelta en majestuosa

semioscuridad la débil voz del herido narrando la serie interminable de desgracias y calamidades que le había hecho sufrir hombres crueles e instintos pervertidos. ¡Oh! Si cuando oprimimos a nuestros semejantes si cuando los hacemos objeto nuestros vejámenes, dedicáramos solo pensamiento a las espantosas consecuencias de los horrores de justicia humana, a esas iniquidad que, semejantes a densas y pesadas nubes suben, con lentitud, es cierto pero indefectiblemente, hasta los cielos, clamando venganza que tarde o temprano ha de caer terrible sobre nuestras cabezas; si con los ojos de la imaginación nos fuera dado ver a los muertos alzarse airados sus tumbas y con los oídos del al escuchar sus voces, que ningún poder humano, por alto que sea, puede ahogar ni reducir al silencio, ¿ofrecería el mundo tantos ejemplos violencia y de injusticia, de sufrimientos, miserias, crueldades y agravios? Aquella noche, manos de ángel ahuecaron la almohada sobre cual Oliver descansaba su cabeza y la hermosura y la virtud velaron su sueño. Tan feliz se sintió el cuitado, que habría muerto sin quejarse.

No bien terminó la conferencia Oliver se dispuso a reanudar el reposo, el doctor, después de secar los ojos, lo que hizo con furia cual si quisiera castigarlos por no había demostrado la entereza e insensibilidad propias de un hombre, bajó encontrar a Giles. Como a nadie encontrara en las habitaciones, ocurriósele que acaso conviniera romper las hostilidades en la cocina, a la cocina se encaminó.

Allí encontró reunidos y en cónclave a toda la servidumbre femenina de la casa, juntamente con Giles, Britles y el calderero, invitado a regalarse allí durante el resto del día, en consideración a los relevantes servicios prestados, y al alguacil del juzgado. Este último caballero ostentaba un bastón descomunal, una cabeza descomunal, unas facciones descomunales y unas botas de montar descomunales, y si no mentían las apariencias, que no mentían, había envasado en su estómago una cantidad descomunal de cerveza. Las aventuras de la noche anterior constituían el tema de la conversación. El señor Giles ponía sobre los cuernos de la luna su presencia de ánimo en el instante en que entraba el doctor, y Britles, teniendo en la mano un jarro de cerveza, corroboraba todas las afirmaciones de su superior jerárquico.

—No se molesten —dijo el doctor haciendo un gesto con la mano.

—Muchas gracias, señor —contestó Giles—. Las señoras me han mandado que repartiese un poco de cerveza, y como hoy siento deseos de encontrarme acompañado, he venido a la cocina.

Britles y los demás expresaron con un murmullo de aprobación cuánto agradecían la condescendencia de Giles, quien a su vez paseó sobre los circunstantes una mirada de protección, como queriéndoles significar que no les abandonaría mientras se condujeran bien.

—¿Cómo sigue el herido, señor? —preguntó Giles.

—¡Así, así! —contestó el doctor—. Me temo que se ha metido usted en un mal negocio, amigo mío.

—No quisiera que sus palabras significaran que existe peligro de que muera, señor —dijo Giles temblando de miedo—. Si tal desgracia ocurriera, creo que jamás podría consolarme. Por todo el oro del mundo, señor, no querría... ni Britles tampoco, ser causa de la muerte de un niño.

—No se trata de eso —replicó con expresión de misterio el doctor—. ¿Es usted cristiano, Giles?

—Sí, señor... ¡por tal me tengo! —respondió Giles, poniéndose intensamente pálido.

—¿Y usted, muchacho, es también cristiano? —repuso, volviéndose hacia Britles.

—¡Dios santo, señor! —respondió Britles, dando un salto sobre su asiento — Yo soy... lo que es el señor Giles, señor.

—Pues bien: contesten mi pregunta... los dos. ¿Se atreverían a asegurar bajo juramento que el herido que arriba sufre fue el que anoche penetró por la ventana? ¡Contesten!... ¡Pronto! ¡Nada de vacilaciones!

El doctor, cuya dulzura de carácter era universalmente conocida, puso en su pregunta acentos tan irritados, que Giles y Britles, cuyos cerebros no regían muy bien como consecuencia de la excitación, y más todavía de las libaciones, quedaron contemplándose uno a otro, perfectamente estupefactos y sin saber qué contestar.

—Tome usted nota de lo que contesten, alguacil —repuso el doctor—. Más adelante veremos qué resulta.

El alguacil, adoptando la actitud más digna que le fue posible, tomó el descomunal bastón que momentos antes había dejado reclinado indolentemente en un rincón de la chimenea.

—Se trata de una cuestión sencilla de identificación, conforme puede usted observar —añadió el doctor.

—Así es, señor —contestó el alguacil, tosiendo con desusada violencia.

No le faltaba motivo. Habíase engullido el resto del contenido del jarro de cerveza de un golpe, y el líquido equivocó el camino.

—Tenemos aquí una casa que ha sido objeto de un asalto —dijo el doctor—. Dos hombres vislumbran la silueta de un muchacho a través del humo de la pólvora y en circunstancias anormales, es decir, con muy poca luz y mucha

excitación, consecuencia de la sorpresa. A la mañana siguiente, se presenta en la misma casa un muchacho, y sin más razón ni motivo que tener el brazo vendado, esos hombres ponen sobre él sus manos violentas, comprometiendo muy seriamente su vida, y juran y perjuran que es el ladrón. Se trata ahora de saber si los hechos justifican y abonan la conducta de esos hombres, o en caso contrario, determinar la situación en que deben quedar colocados.

El alguacil hizo una inclinación profunda, y contestó que si la ley no estaba hablando en aquel instante por la boca del doctor, desearía saber cómo hablaba aquella señora.

—¡Pregunto por segunda vez! —tronó el doctor—. ¿Os atrevéis a asegurar, bajo juramento solemne que el herido que arriba yace es el ladrón? Britles miró a Giles con expresión de duda; Giles fijó en Britles una mirada de indecisión. El alguacil colocó la mano detrás de su oreja con objeto de no perder palabra de la respuesta; las criadas y el calderero adelantaron sus cuerpos y el doctor dirigía a todos miradas penetrantes, cuando se oyó llamar a la puerta y llegó a oídos de los circunstantes el rápido rodar de un coche.

—¡La policía! —exclamó Britles, respirando con libertad.

—¿Qué policía? —preguntó el doctor, sin poder disimular su turbación.

—Los agentes de Bow Street, señor —respondió Britles tomando una palmatoria—. Yo y el señor Giles los enviamos a buscar esta mañana.

—¡Cómo! —exclamó el doctor.

—Sí —repuso Britles—. Envié el recado por conducto del mayoral de la diligencia, y ya me extrañaba que no hubiesen llegado todavía.

—¡Ah! ¿Disteis parte? ¡El diablo cargue con las diligencias... y con todos vosotros! —murmuró el doctor, saliendo de la cocina.

Capítulo XXXI

Situación crítica

—¿Quién llama? —preguntó Britles, abriendo un poco la puerta, piel, sin soltar la cadena.

—Abra usted —contestó una voz—. Somos los agentes de Bow Street a quienes enviaron a buscar esta mañana.

Tranquilo al oír aquellas palabra Britles abrió la puerta de par en par y encontróse frente a un individuo corpulento, envuelto en un levitón, que

penetró en la casa sin hablar palabra y fue a limpiarse zapatos en la estera con el mismo desparpajo que si en su propia resistencia se encontrase.

—Que salga uno inmediatamente para revelar a mi compañero, que ha quedado en el carruaje —dijo el agente—. ¿Hay aquí cochera donde podemos colocar nuestro coche durante cinco o diez minutos?

Como Britles contestara afirmativamente, el del levitón salió a la verja del jardín y ayudó a su compañero a entrar el coche, mientras el que he mencionado en primer lugar les hacía luz presa de admiración. Colocado el coche, volvieron los tres a la casa y entraron en recibimiento, donde se despoja los dos agentes de sus levitones sombreros dejando al descubierto sus humanidades respectivas. El que había llamado a la puerta era un personaje grueso y de estatura regular, de unos cincuenta años, pelo negro, muy espeso bien pobladas patillas, cara redonda y ojos de mirar penetrante; su compañero era alto, enjuto y huesudo, de pelo rojo, mala catadura, extraordinariamente arremangada, y mirada siniestra. Calzaba bota montar.

—Diga usted a su amo que es aquí Blathers y Duff —dijo el robusto, ahuecándose el pelo y dejando sobre la mesa un par de esposas—. ¡Ah! ¡Buenas noches, señor! ¿Me permitirá decir a usted dos palabras en secreto? —añadió, dirigiéndose al doctor, que llegó en aquel momento. Por medio de un gesto indicó el doctor a Britles que se retirase, hizo entrar a las dos señoras, y dijo, indicando a la dama anciana:

—La señora de la casa.

Blathers hizo una reverencia. Se le indicó que tomase asiento y, dejando su sombrero en tierra, se arrellanó en una silla, diciendo a Duff que hiciera otro tanto. El caballero mencionado en último lugar, que, o no estaba acostumbrado a frecuentar la buena sociedad o bien no se encontraba a gusto entre personas elevadas, se sentó haciendo mil contorsiones y concluyó por meter el puño de su bastón en su boca, sin duda porque, en su turbación, no se le ocurrió otra cosa mejor.

—Con respecto al robo aquí cometido, señor —preguntó Blathers—, ¿tiene usted la bondad de explicarme las circunstancias que en el hecho concurren?

El doctor Losberne, quien al parecer no deseaba otra cosa que ganar tiempo, hizo un relato detalladísimo e interminable. Los dos agentes tenían aspecto de entender perfectamente, y de tanto en tanto cambiaban entre sí miradas de inteligencia.

—Nada puedo asegurar hasta tanto haya hecho una inspección ocular detenida, claro está —dijo Blathers—; pero me atrevo a decir... no me importa aventurar una opinión, que creo han de corroborar los hechos, me atrevo a decir que no es ningún novato el que ideó el golpe, ¿eh, Duff?

—¡Oh! Eso es indudable —confesó Duff.

—Traduciendo al lenguaje vulgar la palabra novato, a fin de que la comprendan las señoras, diré que este señor quiso significar que el robo no lo ideó ningún campesino —dijo el doctor Losberne sonriendo.

—¡Exacto! —exclamó Blathers—. ¿No pueden darnos más detalles?

—Ni uno —respondió el doctor.

—¿Qué hay sobre ese muchacho de que hablaron los criados? —preguntó Blathers.

—Nada absolutamente —contestó el doctor—. El miedo metió en la cabeza a uno de los servidores de esta casa la idea de que el muchacho en cuestión había tomado parte activa en el conato de robo, lo que, como ustedes comprenderán, es un absurdo, una majadería.

—Decirlo cuesta muy poco —terció Duff.

—Tiene razón mi compañero —dijo Blathers, haciendo con la cabeza movimientos de aprobación y jugueteando negligentemente con las esposas, que manejaba como si fueran unas castañuelas—. ¿Quién es el muchacho? ¿Qué antecedentes da de su persona? ¿De dónde ha salido? Porque supongo que no habrá caído de las nubes...

—Desde luego aseguro que no ha caído de las nubes —replicó el doctor, dirigiendo a las señoras una mirada expresiva—. Yo conozco su historia completa, desde que nació, pero no es cosa de narrarla en este instante, pues supongo que lo primero que ustedes desearán, será visitar el sitio por el que penetraron en la casa los ladrones, ¿no es verdad?

—Sí, por cierto —contestó Blathers—. Necesitamos ante todo reconocer el teatro de los acontecimientos y luego, tomaremos declaración a los criados. Es el orden que habitualmente seguimos en los procedimientos.

Trajeron luces inmediatamente, y los dos agentes, seguidos por el alguacil, por Giles, Britles y... en una palabra, por toda la gente de escalera abajo de la casa, pasaron a la reducida estancia del extremo del corredor y reconocieron la ventana. Salieron luego al prado y volvieron a estudiar la misma ventana, bien que desde fuera, después de lo cual examinaron el postigo a favor de la luz de la bujía. Cumplida esta diligencia, que presenciaron sin atreverse a respirar los profanos, entraron nuevamente en la casa y obligaron a Giles y a Britles a hacer una representación melodramática del papel que en las aventuras de la noche anterior habían desempeñado, papel que hubieron de repetir seis veces consecutivas, no habiendo más que una discrepancia substancial entre uno y otro actor la vez primera, y sobre una docena la última. A continuación, Blathers y Duff mandaron salir a todo el mundo y procedieron a celebrar

consejo secreto, pero tan secreto y solemne, que en su comparación, el más solemne de los congresos de medicina convocado para resolver el punto más escabroso de esta ciencia, sería juego de niños. Mientras tanto, el doctor, paseaba en la habitación contigua con las manos en los bolsillos, presa de visible intranquilidad y contagiándola a las señoras, que le contemplaban sin atreverse a interrogarle.

—¡Palabra de honor! —exclamó el doctor al fin, poniendo término a su nervioso pasear—. ¡No sé qué hacer!

—Yo creo que si refiriéramos a esos hombres la historia del niño, tal como él nos la refirió a nosotros, no haría falta más para justificarle —dijo Rosa.

—Me permito dudarle, mi querida señorita —replicó el doctor, moviendo la cabeza—. No creo que la historia de su vida bastase para justificarle, ni a los ojos de esos hombres, ni a los de otros funcionarios de justicia más elevados. ¿Quién es, después de todo?, se preguntarán. ¡Un vagabundo! Su historia, examinada desde el punto de vista de las consideraciones y probabilidades ordinarias, es sumamente dudosa.

—Pero usted la cree —objetó Rosa.

—La creo, no obstante ser inverosímil, y quién sabe si creyéndome acreditado de mentecato; pero no puedo creer que le conceda el mismo valor un agente de policía de alguna experiencia en su oficio.

—¿Por qué no? —inquirió Rosa.

—Porque... mi querido y rígido juez, porque examinada con lente policíacos, presenta muchos puntos feos. El muchacho solamente puede probar lo que le perjudica, y nada en absoluto de lo que le favorece. Esos sujetos quieren saber siempre por qué y el cómo, y nada admiten sin pruebas. Según confesión propia del herido, ladrones son sus compañeros desde hace algún tiempo: sólo con ladrones ha vivido, fue preso en una ocasión como presunto autor del escamoteo de pañuelo. El dueño del pañuelo le recogió en su casa, y de ésta fue conducido a viva fuerza a un lugar que no puede indicar, y acerca de cuya situación no tiene la idea más remota. Trajéronle a Chertsey hombres que por lo visto le quieren entrañablemente, y a cuyo cariño ignoramos si corresponde o no, y grado o por fuerza le introdujeron por una ventana para robar un casa. En el preciso momento en que quiere dar la voz de alarma a los moradores de la casa, lo que hubiera sido prueba fehaciente de su inocencia, tiene la desgracia de tropezar con un servidor leal que le descerraja un pistoletaza, cual sí todo mundo tuviera empeño decidido impedir que el desgraciado haga menor bien. ¿Va usted comprendiendo?

—Comprendo, sí —replicó Rosa, sonriendo con dulzura al doctor—; pero, a pesar de todo, no veo motivos que arguyan culpa en el muchacho.

—¡No! ¡Claro que no! ¡Dios conserve la vista perspicaz de las de su sexo! Jamás saben ver más que uno de los lados de las cosas, y el lado que ven, es el primero que ha sabido herir su imaginación.

Formulada esta máxima filosófica, el buen doctor hundió nuevamente las manos en los bolsillos y dióse a pasear la habitación con mayor rapidez que nunca.

—Cuantas más vueltas doy al asunto, más me afianzo en la creencia de que poner a esos hombres al corriente de la historia de ese muchacho, no servirá más que para embrollar el asunto y pará agravar las dificultades. Seguro estoy de que no creerán nada; y aun admitiendo que nada probasen en definitiva contra él, y resultase absuelto, la publicidad de las sospechas sería obstáculo formidable a la realización de las generosas intenciones de ustedes, encaminadas a salvarle de la miseria.

—¡Oh! ¿Qué hacemos, pues? —exclamó Rosa—. ¿Por qué enviarían a buscar a esas gentes, Dios mío?

—Eso pregunto yo; ¿por qué? —repitió la señora Maylie—. Daría cualquier cosa por verlos a cien leguas de aquí.

—No se me ocurre más que un recurso —dijo el doctor, sentándose, con la calma de la desesperación—, que intentaremos y procuraremos sacar adelante a fuerza de audacia. El fin que perseguimos es bueno, y si los medios que empleamos no son en sí del todo laudables, quedan, ya que no justificados por aquél, al menos muy atenuados. El herido presenta síntomas de fiebre intensa y no está en disposición de hablar ni de que se le hable, lo que es una ventaja no pequeña. La aprovecharemos para nuestros fines, y si no salimos bien, al menos nos cabrá el consuelo de haber hecho cuanto en nuestra mano estaba... ¡Adelante!

—Pues bien, señor —dijo Blathers, entrando en la habitación seguido por su colega, y cerrando la puerta antes de pronunciar una palabra más—. Se trata de un golpe con correspondencia.

—¿Y qué diablos es golpe con correspondencia? —preguntó impaciente el doctor.

—Un golpe con correspondencia, señoras —dijo Blathers dirigiéndose a las damas, cual si la ignorancia del doctor en un asunto de tanta importancia le inspirase lástima—, es el que se lleva a cabo en connivencia con los criados.

—Nadie sospecha contra ellos en este caso —replicó la señora Maylie.

—Es muy posible, señora —objetó Blathers—; pero el hecho de que no hayan excitado sospechas no significa que no sean culpables.

—Con doble razón en el caso presente —apoyó Duff.

—Hemos visto en él la mano de los profesionales de la ciudad —continuó Blathers—. El estilo así lo prueba, pues es de primer orden.

—Estilo perfeccionado —añadió Duff.

—Lo llevaron a cabo dos hombres con el auxilio de un muchacho —repuso Blathers—. Esta última circunstancia la evidencia el hueco de la ventana. Nada más puede asegurarse por el momento. Ahora, si ustedes nos lo permiten, interrogaremos al muchacho que hay arriba.

—¿No le parece a usted, señora que estos caballeros deberían tomar alguna cosita antes de proseguir sus luminosos trabajos? —preguntó el doctor sonriendo, cual si una idea feliz acabase de iluminar su mente.

—¡Ah, sí! —exclamó Rosa con avidez—. Inmediatamente.

—¡Oh, muchas gracias, señorita! —contestó Blathers, pasándose la manga por la boca—. A decir verdad, el desempeño de nuestras funciones excita la sed de una manera extraña, señorita... Tomaremos lo que tengan a mano, pero no quisiera que se molestasen por nosotros.

—¿Qué quieren ustedes tomar? —preguntó el doctor, siguiendo a la joven.

—Una copita, señor, si usted nos lo permite. En nuestro viaje desde Londres hemos pasado un frío horrible, señoras, y creo que nada mejor que una copita para abrigar el estómago.

La señora Maylie escuchó con muestras de interés la manifestación de Blathers, mientras el doctor aprovechaba la oportunidad para salir sigilosamente de la habitación.

—¡Ah, señora! —exclamó Blathers, tomando el vaso por el fondo entre sus dedos pulgar e índice y alzándolo a la altura del pecho. ¡Cuántos casos como el presente he tenido que resolver durante mi carrera!

—Por ejemplo, aquel robo con fractura perpetrado en una callejuela solitaria, por Edmomon, Blathers —observó Duff, como para refrescar la memoria de su compañero.

—Por cierto que fue muy semejante a éste —contestó Blathers—. Obra de Conkey Chickweed, ya lo sabe usted, compañero.

—Siempre se empeña usted en afirmar que fue su autor Conkey, cuando quien lo llevó a cabo fue la familia Pett. Conkey tuvo en él la misma participación que yo.

—¡Tonterías! ¡Si sabré yo lo que me digo! —replicó Blathers—. ¿Se acuerda usted de cuando robaron a Conkey? Fue un golpe maestro que puso en conmoción al mundo entero. ¡Novela como aquella no se lee en los libros!

—¿Qué pasó? —preguntó Rosa, en su deseo de adelantar el buen humor y la locuacidad de sus importunos visitantes.

—Fue un robo, señorita, como nunca se había visto otro —respondió Blathers—. El tal Conkey Chicweed...

—Conkey significa Narizota, señorita —interrumpió Duff.

—La señorita lo sabe tan bien o mejor que usted, compañero —replicó con vivacidad Blathers—, y ya que se me presenta ocasión, advertiré a usted, Duff, que no me agrada que me interrumpan a cada paso. El tal Conkey tenía en el camino de Battlebridge una taberna que frecuentaban muchos jóvenes lores deseosos de presenciar riñas de gallos, de hacer apuestas y de disfrutar de pasatiempos por el estilo. El tabernero dirigía los negocios de la manera más intelectual que puede usted figurarse, según he podido observar yo mismo, que he tenido ocasión de juzgar de visu. Sucedió pues, que, en ocasión en que se encontraba solo en su casa, una noche le fueron robadas trescientas veintisiete guineas que guardaba en un saco por un hombre alto que llevaba un parche negro en un ojo el cual hombre se había escondido debajo de su cama, y luego que cometió el robo, se descolgó por una ventana, que estaba en el primer piso. Rápido fue el ladrón en sus movimientos, mas no lo fue menos Conkey. Parece que le despertó el ruido, y saltando veloz de la cama disparó un trabucazo que puso en conmoción al barrio entero. Todo el mundo se lanzó a la calle, la gritería que se armó fue espantosa, todos corrieron tras el ladrón, no lograron darle alcance, y ni siquiera verle, hallaron no obstante que el trabucazo le había herido, pues dejó en su huida rastros de sangre que continuaban durante un trecho de consideración. En resumen: Conkey se quedó sin el dinero, y como consecuencia, cúpole el honor de que su nombre apareciera, pasado algún tiempo, en la Gaceta, entre los de otros comerciantes que habían hecho quiebra. Abrióse una suscripción, diéronse funciones a beneficio de aquel desgraciado a quien había visitado el infortunio; pero todos los socorros materiales no pudieron restablecer el equilibrio en sus facultades mentales, trastornadas como resultado del robo. Pasábase los días sin despegar los labios, extraviada la mirada, arrancándose el cabello, y haciendo tales extremos, que las gentes creían que terminaría por suicidarse. Una mañana se presentó corriendo en las oficinas de policía y celebró una conferencia reservada con el comisario, terminada la cual, sonaron con insistencia los timbres y se dieron órdenes terminantes y precisas a Jaimito Spyers (un agente de los más activos y sagaces), para que prestase su apoyo al señor Chickweed y se apoderase de la persona del ladrón.

«Ayer le vi pasar por delante de la puerta de mi casa, Spyers», dijo Chickweed al agente. «¿Cómo no salió usted tras él y le agarró por el cuello?», preguntó Spyers. «Porque su vista me dejó tan trastornado que cualquiera hubiese podido matarme con un mondadientes —replicó el pobre hombre—.

Pero le cogemos de fijo, porque por la noche, entre diez y once, le vi pasar otra vez» Proveyóse Spyers de ropa blanca y de peine, por si tenía que pasar uno o dos días ausente de su casa, salió, y fué a situar en la ventana de una taberna, detrás de una cortinita, bien encasquetado el sombrero y dispuesto a lanzarse en persecución del ladrón no bien le echase la vista encima.

»La noche estaba ya muy avanzada. Spyers fumaba filosóficamente su pipa, cuando de pronto oyó que bramaba Chickweed: «¡Aquí está! ¡Al ladrón! ... ¡Al asesino!» Salió Jaimito Spyers con la rapidez del rayo, y ya vio a Chickweed que corría como alma que lleva el diablo gritando con todas sus fuerzas. Devora distancias Spyers, vuela Chickweed, las puertas de las casas vomitan gentes, todos corren, todos se atropellan, todos gritan ¡Ladrones, ladrones! gritos que inicia siempre Chickweed, que brama y ruge como un loco. Spyers, que le ha perdido un momento de vista a la vuelta de una esquina, se precipita como un huracán, dobla la esquina, ve un grupo, penetra en su centro y grita: «¿Dónde está el ladrón? ¿Quién de éstos es?» «¡Voto al...! —ruge Chickweed—. ¡Se me ha vuelto a escapar!»

»No dejaba de ser extraño el suceso, pero como no se veían por ninguna parte rastros del ladrón, volvieron nuestros hombres a la taberna, y a la mañana siguiente, Spyers se instaló de nuevo en su observatorio y acechó, desde detrás de la cortina encarnada, el paso de un hombre alto que llevara un parche negro sobre un ojo, hasta que los suyos le dolieron a fuerza de mirar. El dolor le obligó a restregárselos, y en el preciso instante en que los tenía cerrados, hiere sus oídos el grito de: «¡Aquí está!», de Chickweed. Lánzase Spyers a la calle en pos de Chickweed que corría desatinado delante, y después de una carrera furiosa, que se prolonga doble que la de la noche anterior, el ladrón se pierde de nuevo. La escena se repitió tres o cuatro veces más dando lugar a que la gente propalara la especie de que Chickweed había sido robado por el diablo en persona, el cual se entretenía, además, en hacerle objeto de sus burlas. Los pocos que no dieron crédito a esta versión, aseguraban a pie juntillas que el pobre Chickweed se había vuelto loco»

—¿Y Spyers, qué decía? —preguntó el doctor, que había vuelto a entrar en la habitación momentos después de principiado el cuento.

—Jaimito Spyers —contestó el narrador— no dijo esta boca es mía en bastante tiempo, pues se limitaba a escuchar a todo el mundo y a tomar nota de cuanto oía, bien que fingiendo indiferencia, lo que demuestra que sabía su oficio. Una mañana, salió a la sala de la taberna, y mientras tomaba un polvo de su caja de rapé dijo: «¿Sabe usted, amigo Chickweed, que he descubierto al ladrón?» «¿De veras? —inquirió Chickweed—. ¡Oh, mi querido Spyers! ¡Que pueda tener la satisfacción de vengarme, y moriré contento! «¿Dónde está el villano, mi querido Spyers?» «¡Vaya! —replicó Spyers—. ¡Basta de bromas, Chickweed! ¡El ladrón es usted!». Así era en efecto. La farsa le había valido

mucho dinero, y a buen seguro que nunca se hubiera descubierto el enredo de no haber mostrado tanto afán por salvar las apariencias. ¿Qué les parece? —terminó Blathers, dejando el vaso sobre la mesa y agitando las esposas.

—Curiosísimo, no puede negarse —contestó el doctor—. Si ustedes quieren, podemos subir a ver al herido.

—Estamos a sus órdenes, señor.

Los dos agentes, siguieron al doctor Losberne, quien a su vez pisaba los talones a Giles, que rompía la marcha alumbrando, subieron al piso superior y entraron en la alcoba donde descansaba Oliver. Estaba amodorrado el muchacho, parecía encontrarse peor de lo que en realidad estaba, y la fiebre era bastante intensa. Auxiliado por el doctor, pudo, empero, sentarse sobre la cama, y comenzó a mirar a los que acababan de invadir su cuarto sin comprender lo que iba a pasar, mejor dicho, sin recordar al parecer quién era él mismo, dónde se hallaba ni qué le había ocurrido.

—He aquí —dijo el doctor, hablando en voz baja pero con mucha vehemencia—, he aquí el muchacho que, herido accidentalmente en la posesión del señor... no sé cuántos, situada a espaldas de la en que nos encontramos, se presentó aquí esta mañana demandando socorro, y el socorro que le dio ese ingenioso personaje que está frente a nosotros con la palmatoria en la mano, fue agarrarle y maltratarle en forma tal, que ha puesto su vida en peligro inminente, como no tengo inconveniente en certificar en mi calidad de médico.

Blathers y Duff clavaron sus ojos en el hombre sobre quien el doctor acababa de llamar su atención, el cual, atolondrado y presa de la más profunda estupefacción, paseaba sus espantadas miradas desde los agentes a Oliver, y desde Oliver al doctor, reflejando en su cara una mezcla cómica de terror y de perplejidad.

—Supongo que no se atreverá usted a negarlo, ¿eh? —preguntó el doctor, acostando nuevamente a Oliver.

—¡Yo lo hice todo para... con la mejor intención! —balbuceó Giles—. Creí firmemente que era mismo muchacho, pues de no haberlo creído, me hubiera guardado muy mucho de maltratarle. No tengo instintos crueles, señor.

—¿Qué muchacho creyó usted que era? —preguntó Blathers.

—El que acompañaba a los ladrones, señor —contestó Giles. Es indudable... creo yo que es indudable que con los ladrones iba un muchacho.

—¡Bien! ¿Y cuál es ahora su opinión? —preguntó Blathers.

—¿Mi opinión sobre qué? señor —inquirió Giles mirando con aire atontado a su interlocutor.

—¡Sobre el muchacho, pedazo de estúpido! —gritó Blathers con impaciencia.

—No lo sé... si he de decir verdad, no lo sé... No me atrevería a jurar que fuese el mismo.

—Pero en fin, sepamos qué piensa usted —insistió Blathers.

—No me atrevo a pensar nada... creo que no es el mismo... casi, aseguro que no lo es... Ustedes comprenden perfectamente que no puede ser el mismo.

—¿Pero está borracho este hombre? —preguntó Blathers, volviéndose hacia el doctor.

—¡Es un imbécil de tomo y lomo! —exclamó Duff.

El doctor Losberne, que durante el breve diálogo que queda copiado, había estado tomando el pulso al herido, levantóse de la silla en que estaba sentado y dijo que, puesto que, según parecía los agentes no abrigaban dudas sobre el asunto pareciale acertado pasar a la habitación contigua donde podrían continuar el interrogatorio de Giles y tomar declaraciones a Britles. Aceptada la proposición y puestos en la habitación inmediata, llamaron a Britles, quien embrolló de tal suerte el asunto y se enredó a sí mismo y a su superior jerárquico en tan laberíntica maraña de contradicciones, que fue imposible sacar nada en limpio, como no fuera el hecho indubitable del inconcebible error en que ambos habían incurrido, y la seguridad, confesada por él mismo, de que aun cuando le pusieran frente a los ojos en aquel instante al muchacho que había visto acompañando a los ladrones, le sería imposible identificarlo, pues si aseguró antes que el muchacho en cuestión era Oliver, hízole porque Giles así lo había dicho, añadiendo que cinco minutos antes declaraba el propio Giles en la cocina que temía mucho haber obrado con demasiada ligereza.

Puestos a dudar, llegóse a poner en tela de juicio que Giles, hubiera herido a nadie. Reconocida la segunda pistola, que Giles no llegó a disparar, hallóse que sólo estaba cargada con pólvora y tacos, descubrimiento que causó sensación profunda en todos excepto en el doctor, que había sacado de la misma la bala diez minutos antes. A nadie, sin embargo, afectó tanto como a Giles, quien comido desde algunas horas antes por el remordimiento de haber herido mortalmente a un semejante, respiró tranquilo, se aferró a la idea nueva y contribuyó más que nadie a que arraigara la creencia de que la pistola con que hizo fuego no estaba cargada con bala. Los agentes al fin, sin acordarse apenas de Oliver, dejaron al alguacil en la casa y regresaron a la ciudad, prometiendo volver al día siguiente.

Cundió el rumor en la mañana del siguiente día de que en la cárcel de Kingston había encerrados dos hombres y un muchacho, presos durante la

noche por sospechosos, rumor que indujo a Blathers y a Duff a trasladarse a Kingston sin pérdida de momento. Hecha una investigación acerca de las circunstancias sospechosas que motivaron la prisión de aquellos hombres, resultó que quedaban reducidas al hecho de haber sido sorprendidos durmiendo dentro de un pajar, lo cual, si bien no puede negarse que constituye un crimen gravísimo, no lleva aneja más vena que la de prisión correccional y, ante los tutelares ojos de la misericordiosa ley inglesa, no es, por sí sola, prueba bastante para evidenciar que el durmiente, o los durmientes, hayan llevado a cabo un allanamiento de morada con vistas al robo, y, como consecuencia, la sanción venal que al delito mencionado corresponde no es la muerte afrentosa. Blathers y Duff, averiguados los extremos que quedan consignados, hubieron de volverse como habían ido.

A vuelta de muchas pesquisas y como resultado de largas conferencias, convínose en que la señora Maylie y el señor Losberne responderían de Oliver por si la justicia tenía a bien llamarle. Blathers y Duff, contentos con algunas guineas que recibieron a título de recompensa por sus trabajos, volvieron a la capital, más desacordes que nunca acerca de la apreciación del hecho delictivo que motivó sus trabajos, pues el último seguía aferrado a la idea de que había sido obra de la familia Pett y el primero juraba y perjuraba que el autor no pudo ser otro que el gran Crickweed. Oliver, mientras tanto, mejoraba rápidamente merced a los solícitos cuidados combinados de las señoras Maylie y Rosa, no menos que a los del compasivo doctor Losberne. Si hasta el excelso trono del Altísimo llegan las plegarias de los corazones que rebosan agradecimiento, que deben negar... (¿para qué servirían, sino, las plegarias?) las que dirigió el pobre huérfano en favor de sus protectores, no pudieron menos de atraer sobre las cabezas de aquéllos una lluvia benéfica de dicha y de felicidad.

Capítulo XXXII

Oliver comienza a saborear las delicias de una existencia feliz en la morada de sus amables protectoras

Muchos y dolorosos fueron los sufrimientos de Oliver. El frío y la humedad a que quedó expuesto al borde del foso, unidos a la fractura del brazo, ocasionáronle una fiebre traumática, que a la postre degeneró en intermitente, rebelde al tratamiento médico durante varias semanas, que minó extraordinariamente su débil constitución. Inicióse al fin, aunque muy poco a poco, la mejoría, y ya pudo de vez en cuando exteriorizar con palabras, y más aún con lágrimas, lo muy reconocido que estaba a las dos caritativas señoras, y

cuán grande era su deseo de recobrar la salud para probarles con hechos todo el agradecimiento de su corazón, haciendo algo que diese a conocer que no habían sembrado favores en terreno ingrato, algo, por poco que fuera, que demostrase que sus angelicales cuidados los guardaba como tesoro sagrado en el fondo del alma el pobre niño a quien arrancaran de la miseria, acaso de las garras de la muerte, el cual no anhelaba otra cosa que servirles y dar por ellas la vida.

—¡Pobrecillo! —exclamó Rosa un día que los trémulos y descoloridos labios dejaban escapar algunas palabras de gratitud—. Ocasiones de servirnos no han de faltarte, si en realidad lo deseas. Vamos al campo, y la intención de mi tía es llevarte con nosotras. La tranquilidad de aquellos sitios, el ambiente puro que allí respirarás, y la frescura y encantos de la primavera, serán para ti el mejor de los médicos. Verás como en unos cuantos días quedas fuerte como un roble. Cuando estés restablecido, cuando tu estado te permita soportar la fatiga, corre nuestra cuenta buscarte ocupación.

—¡Fatiga! —murmuró Oliver—. ¡Cuánto daría yo por tener el placer de regar sus flores, cuidar sus pájaros, y subir y bajar, correr todo, día de una parte a otra, cumpliendo encargos suyos, señorita!

—Sin necesidad de dar nada conseguirás —replicó Rosa sonriendo—. Te repito que te ocupare en mil cosas, y con que hagas mitad de las que ahora te propones, quedaré contenta y satisfecha.

—¡Satisfecha y contenta! ¡Cuánta es su bondad al hablarme así!

—Más satisfecha estoy ya de que puedes suponer. El solo pensamiento de que mi buena y querida tía ha podido arrancarte de la miseria que nos has descrito, me produce una sensación de felicidad inenarrable, y si a eso añades que objeto de su bondad y de su compasión se muestra agradecido y corresponde con lealtad a los favores recibidos, quizá llegues a conjeturar hasta dónde llega mi dicha ¿me comprendes?

—¡Oh, sí, señorita! —contestó Oliver emocionado—. Siempre he creído que tenía un corazón agradecido; y, sin embargo, en este momento soy un ingrato.

—¿Con respecto a quién?

—Con respecto a aquel caballero tan amable, y a aquella enfermera tan angelical, que me prodigaron mayores atenciones de las que merecía. Si supieran lo feliz que soy, a buen seguro que se alegrarían.

—No me cabe la menor duda —contestó el ángel tutelar de Oliver—. Tranquilízate, sin embargo; que el señor Losberne nos ha prometido que te llevará a verles tan pronto como tu estado de salud lo permita.

—¡Qué felicidad! —exclamó Oliver, cuyo rostro reboseó alegría—. ¡El júbilo me trastornará cuando tenga el placer de ver de nuevo sus dulces semblantes!

Al cabo de algún tiempo, Oliver se había repuesto lo bastante para poder hacer el viaje sin peligro, y una mañana, el doctor y él montaron en un carruaje propiedad de la señora Maylie. Empezaron la marcha, y al llegar a Chertsey Bridge, Oliver se puso espantosamente pálido y lanzó una exclamación.

—¿Qué te pasa, muchacho? —preguntó el doctor—. ¿Ves algo?... ¿Oyes algo?... ¿Sientes algo?

—¡Aquella... aquella casa! —contestó Oliver, sacando un brazo por la ventanilla y extendiéndolo hacia un edificio.

—¡Y qué!... ¡Pare usted cochero! ¿Qué tiene que ver esa casa?...

—¡Que es la de los ladrones... la casa a la que me llevaron! —respondió el muchacho bajando la voz.

—¡Demonio! —exclamó el doctor—. ¡Abre la portezuela!... ¡Voy a salir!

Antes que el cochero tuviera tiempo para saltar del pescante, ya el doctor había abierto la portezuela y llegaba frente a la puerta de la casa indicada por Oliver, sobre la cual comenzó a descargar patadas.

—¡Qué escándalo es éste! —gritó un jorobado de aspecto repugnante, abriendo con tal brusquedad la puerta que el doctor estuvo a punto de caer de bruces en su interior. ¿Qué pasa?

—¿Qué pasa, preguntas? —bramó Losberne, agarrando al jorobado por el pescuezo sin andarse con contemplaciones—. ¡Pasa más de lo que debiera pasar! ¡Ante todo, tienes que darme cuentas de un robo!

—Puede que las dé también de un asesinato, si no me deja usted enseguida —replicó con acento glacial el jorobado—. ¿Ha oído usted?

—He oído perfectamente —dijo el doctor, sacudiendo con furia al jorobado—. ¿Dónde está... ¡maldita sea su alma negra! ese desalmado?... ¿cómo se llama?... ¡Ah, ya! ¡Sikes! ¿Dónde está Sikes, ladrón?

Quedó el jorobado mirando al doctor con la boca abierta, cual si el asombro y la indignación le hubieran dejado mudo, y seguidamente, desasiéndose con diabólica destreza de la zarpa del doctor, barbotó un torrente de blasfemias e imprecaciones y entró corriendo en la casa. El doctor, sin darle tiempo para cerrar la puerta, había penetrado tras él, colándose de rondón en una habitación, donde, con asombro que no es para descrito, no encontró muebles ni objeto alguno, nada en absoluto que correspondiera a la

descripción de la habitación hecha por Oliver.

—¡Vamos a ver ahora! —dijo el jorobado, clavando en la cara del doctor sus ojos—. ¿Qué se propone usted al penetrar en mi casa en esa forma tan violenta? ¿Viene a robarme o piensa asesinarme? ¿Qué se le ofrece?

—¿Has visto alguna vez que un hombre vaya a robar o a cometer un asesinato en coche de dos caballos, vampiro miserable? —replicó el irascible doctor.

—Entonces, ¿qué quiere usted? ¿Me hace el favor de largarse antes que le ocurra una desgracia? ¡Cargue el diablo con su alma!

—Me iré cuando me venga en gana —replicó el doctor, reconociendo con la vista la otra habitación que, lo mismo que la primera, en nada se parecía a la descrita por Oliver—. ¡Algún día te encontraré fuera de aquí, amigo!

—¿Lo desea usted mucho? —preguntó el jorobado con sorna—. Si alguna vez me necesita, aquí estoy; no vaya a creer que he vivido aquí veinticinco años solo y recluido como un loco para tenerle miedo. Me las pagará usted; sí, señor. No lo olvide: me las pagará.

A estas palabras acompañó el repugnante jorobado un alarido horroroso seguido de furiosas patadas.

—Estoy haciendo el papel del tonto —murmuró para sus adentros el buen doctor—. Ese muchacho ha debido equivocarse... no hay duda... ¡Vaya! Tome usted esto, y enciérrese en su huronera —prosiguió el doctor en voz alta, dando al jorobado una moneda y volviendo al carruaje.

Acompañóle el jorobado hasta la portezuela barbotando mil imprecaciones y blasfemias, pero aprovechando el momento que el doctor se volvía hacia el cochero para hablarle, miró dentro del coche y clavó en Oliver una mirada tan fiera, siniestra y preñada de amenazas, que el pobre muchacho no pudo olvidarla en mucho tiempo. Sus horribles imprecaciones no cesaron hasta que el coche se perdió de vista.

—¡Soy un asno! —exclamó de pronto el doctor—. ¿No lo sabías, Oliver?

—No, señor.

—Un asno, sí —repuso el doctor, al cabo de algunos momentos de silencio—. Aun cuando esa casa hubiese sido la que creía, y en ella hubiera encontrado a los ladrones, ¿podía acaso hacer yo sólo nada de provecho? Y aun dado caso que hubiese recibido auxilio, no veo que para mí hubiera podido resultar más que algún golpe probable, y una prueba no probable, sino evidente de que he obrado como un idiota. Lo primero me hubiera estado bien empleado; hay que reconocerlo, pues cuando uno se deja llevar del primer impulso, nada más natural que le acostumbren a ser más prudente a fuerza de

garrotazos.

Hay que decir en honor a la verdad que el doctor jamás dejó de seguir las inspiraciones de sus primeros impulsos, y la prueba mejor de la bondad de los impulsos que informaban sus operaciones es que respeto de haberle acarreado disgustos y compromisos, granjeáronle el respeto y la estimación de cuantos le conocían. A decir verdad, motivó su descontento su mal humor de momento, consiguiente al chasco que le produjo el hecho de no encontrar pruebas que corroborasen la historia narrada por Oliver. Pronto recobró, sin embargo, su buen temple habitual; y al observar que las respuestas del muchacho a sus preguntas continuaban siendo tan claras precisas como siempre, y que rostro reflejaba lealtad y sinceridad resolvió no retirar a aquél su confianza. Como Oliver recordaba el nombre de la calle donde vivía el señor Brownlow, pudieron dirigirse a él en línea recta. El corazón del muchacho latía con violencia inusitada cuando el carruaje entró en la calle.

—¿Qué casa es, hijo mío? —preguntó el doctor.

—¡Aquélla... aquélla! —contestó Oliver, indicando una—. ¡La blanca!... ¡Oh, deprisa, por favor! ¡Paréceme como si fuera a morir!... ¡Tiemblo tanto! ...

—¡Vaya, vaya, tranquilízate —dijo el doctor, dando al muchacho algunos golpecitos en el hombro—. Dentro de un momento los verás, ellos experimentarán viva alegría verte sano y feliz.

—¡Oh, sí! ¡Son tan buenos!

Continuó el coche rodando detuvo... ¡No! ¡No era aquélla casa, sino la contigua! Rodó un poquito más, y paró de nuevo. Oliver levantó la cabeza mirando a las ventanas. Lágrimas de felicidad rodaban por sus mejillas. ¡Fatalidad! ¡La casa blanca estaba desocupada, y de una de sus ventanas pendía un fatídico cartelón que decía:

SE ALQUILA

—Llamaremos en la puerta inmediata —dijo el doctor, enlazando su brazo con el de Oliver.

Y dirigiéndose a una sirvienta preguntó:

—¿Puede usted decirme qué ha sido del señor Brownlow, que vivía en esa casa?

Ignorábalo la sirvienta, pero fue a informarse.

Momentos después reapareció para decir que el señor Brownlow, después de venderlo todo, se había marchado seis semanas antes a las India Occidentales. Oliver, al escuchar la nueva, se retorció las manos y a punto

estuvo de caer desmayado.

—¿Se fue también su ama de gobierno? —preguntó el doctor, después de una pausa.

—Sí, señor —contestó la criada—. Se fueron juntos el anciano señor, el ama de gobierno, y otro caballero que era amigo del primero.

—¡A casa! —exclamó el doctor dirigiéndose al cochero—. ¡Y no tenga usted piedad de los caballos hasta que nos saquen de este maldito Londres!

—¡Y el librero, señor! —dijo Oliver—. ¡Sé dónde vive... quisiera verle!

—¡Pobre muchacho! —exclamó el doctor—. ¡Basta de desencantos por hoy, que con los sufridos tenemos de sobra para los dos! Si vamos a la casa del librero, a buen seguro que nos encontraremos con que o ha muerto, o se le ha quemado la casa, o ha huido a países desconocidos. ¡No, no! ¡A casa!

Y a casa regresaron, obedeciendo el primer impulso del doctor.

Fue para Oliver motivo de viva pena que amargó su naciente felicidad aquella decepción inesperada, pues con frecuencia, mientras duró su enfermedad, habíase complacido pensando en lo que le dirían el señor Brownlow y la simpática señora Bedwin y en la alegría con que él les haría historia de los sufrimientos que experimentó al verse separado de su querida compañía, y de las veces que de ellos se acordó en las noches eternas de continuo padecimiento. Habíale también dado alientos para resistir las terribles pruebas recientes la esperanza de explicarse con aquéllos, y de referirles de qué modo le arrebataron en plena calle; pero hasta de ese consuelo se veía privado: aquellas santas personas se fueron a las Indias llevando consigo la convicción de que habían tendido una mano salvadora a un impostor y a un ladrón, convicción que jamás se modificaría y sólo el pensar en ello, le destrozaba el alma. Afortunadamente, las desdichadas circunstancias que quedan apuntadas en nada influyeron en la conducta de sus bienhechoras. Quince días después de estos sucesos, pasados ya los fríos invernales y llegado el buen tiempo, cuando los árboles se vistieron de verde follaje y las flores abrieron sus pétalos, preparóse la familia para dejar durante algunos meses su residencia de Chertsey. Enviada al Banco la plata que había excitado la codicia del judío, y dejando confiada la casa a Giles y a otro criado, marcharon al campo, llevando consigo a Oliver.

¿Qué pluma podría dar una idea del placer, del encanto, de la paz del alma, de la dulce tranquilidad, que el pobre convaleciente experimentó al respirar aquel ambiente embalsamado, al verse en medio de verdes colinas, al recorrer los espesos bosques de aquella aldea campestre? ¿Qué lengua podría expresar lo profundamente que se graban aquellas escenas en el alma de los que han arrastrado una vida miserable en medio del ruido de las grandes ciudades, la

suave frescura que infiltran en los corazones lacerados? Hombres que, entrenados al trabajo, han vivido largos años en calles estrechas, empinadas y populosas, de las cuales nunca desearon salir; hombres para quienes la costumbre constituyó una segunda naturaleza y que llegaron a encariñarse con cada ladrillo, con cada piedra de las que formaban el estrecho límite de sus paseos diarios; hombres, en fin, sobre cuya cabeza había extendido ya la muerte su huesosa mano, anhelaron al fin contemplar, siquiera fuera por breves instantes, el brillante espectáculo de la Naturaleza; y transportados lejos del teatro de sus antiguos placeres y sufrimientos, comenzaron a disfrutar de pronto de una nueva existencia, y buscando todos los días algún sitio risueño, cubierto de verdor, asistieron al despertar de tantos recuerdos a la sola contemplación del cielo, de las colinas, de las llanuras, del cristal de las aguas, y el goce por adelantado de las delicias de los cielos endulzó su rápido agotamiento vital, y bajaron a sus tumbas con placidez encantadora, cuando el sol, cuyo ocaso acechaban desde la ventana de su cuarto solitario, desapareció de sus débiles y nublados ojos. Los recuerdos que las sencillas escenas campestres despiertan en la imaginación ni son de este mundo, ni tienen nada de común con los pensamientos o con las esperanzas terrenales. Su dulce influencia nos enseña a tejer frescas guirnaldas para adornar las tumbas de los que hemos amado, puede purificar nuestros sentimientos y extinguir en nuestros pechos la enemistad y el odio, y sobre todo, despierta en el alma, por lo menos en el alma reflexiva, vagas reminiscencias y algo así como la conciencia de haber experimentado ya, en tiempos muy remotos, sensaciones análogas que dan nacimiento a ideas solemnes de un porvenir remoto, en el cual no se conoce el orgullo y del que se han desterrado las pasiones mundanas.

El punto de residencia era magnífico. Oliver, que hasta entonces había vivido entre seres degradados y en medio del tumulto y de las pendencias, creyó entrar en una nueva existencia. La rosa y la madreselva festoneaban los muros de la casa, abrazábase la hiedra trepadora a los troncos de los árboles y las flores del jardín embalsamaban el aire con sus deliciosos perfumes. Cerca de la casa, había un pequeño cementerio donde, si eran muy contados los panteones de piedra, en cambio abundaban mucho las tumbas humildes cubiertas de musgo y de césped, en cuyo fondo dormían el sueño eterno los habitantes del lugar que habían pasado a mejor vida. Oliver paseaba con frecuencia por aquel sitio que le recordaba la mísera sepultura en que yacía su pobre madre. El recuerdo arrancaba lágrimas a sus ojos y sollozos a su pecho; pero cuando separaba sus miradas de la tierra para fijarla en el tranquilo firmamento, secábanse sus lágrimas y cesaban sus sollozos, porque ya no la veía en la tumba, sino en el cielo.

El pobre huérfano se considera feliz. Deslizábanse para él los días tranquilos y serenos, las noches no eran mensajeras de sobresaltos de terrores.

Ya no languidecía en una prisión tétrica ni se veía entre viles ladrones. Sus pensamientos eran alegres, halagüeñas sus ilusiones. Todas las mañanas iba a la casa un anciano de cabellos blancos como la nieve, que vivía muy cerquita de la pequeña iglesia, el cual le enseñaba a leer mejor de lo que y a escribir. Hablábale con tanto cariño, y era tan vivo el interés que por él se tomaba, que Oliver no sabía cómo pagarle tantos desvelos, cómo corresponder a sus bondades. Acompañaba luego a la señora Maylie y a la encantadora Rosa en los paseos, y las oía cómo, hablaban de libros, o bien tomaba asiento a su lado en algún sitio protegido por la fronda contra los rayos del sol escuchaba con avidez la lectura de la señorita, que duraba de ordinario hasta que las sombras de la noche impedían a la hermosa lectora ver las letras. Ya de regreso en la casa tenía que estudiar las lecciones día siguiente, tarea que emprendía con ardor, convenientemente encerrado en un cuartito con vistas a jardín. Cuando cerraba la noche, las señoras salían de nuevo y Oliver las acompañaba, atento el oído a cuanto decían, considerándose feliz si podía proporcionarles una flor que les hubiera agradado, y bendiciendo su suerte si alguna vez habían dejado olvidado algo en casa y le enviaban a buscarlo. Cuando la hora avanzada obligaba a los paseantes a recogerse en la casa, la señorita se sentaba al piano y tocaba alegres piecitas, o bien cantaba con voz dulce y melodiosa canciones antiguas que extasiaban a su tía. No se encendían luces en esas ocasiones, y Oliver, sentado cerca de la ventana, escuchaba aquella música deliciosa con arrobamiento imposible de pintar.

¿Y qué diré de los domingos? En nada se parecían a los que hasta entonces había presenciado. ¡Qué felices transcurrían! Por la mañana iba a la iglesia, cuyos ventanales festonaban hermosas guirnaldas de verde follaje, y hasta cuyo interior llegaban los trinos de los pajarillos que cantaban en la espesura y la fragancia de las flores y hierbas odoríferas. Los vecinos de la aldea, aunque pobres, acudían tan limpios, tan aseados, y rezaban con tal piedad que claramente se advertía que para ellos el cumplimiento de sus deberes cristianos, lejos de ser obligación molesta, era un verdadero placer. Sus cánticos podían ser rudos, pero partían del alma y parecían más armoniosos (por lo menos a Oliver) que ninguno de los que antes habían llegado a sus oídos. Terminada la misa, se entregaban a los paseos de costumbre o bien visitaban a los aldeanos en sus limpias casitas, y llegada la noche, Oliver leía uno o dos capítulos de la Biblia, que había estado estudiando toda la semana, de lo que se sentía tan orgulloso como si fuera el párroco en persona.

Oliver se levantaba muy temprano. Las seis de la mañana le encontraban todos los días recorriendo los campos y saltando cercas y vallados en busca de flores silvestres con que hacer ramilletes, con los cuales volvía cargado a casa para adornar, no perdonando medio para sacar todo el partido posible, la mesa a la hora de almorzar. No dejaba nunca de traer hierba para los pajarillos de la señorita y con aquélla, Oliver que había estudiado a conciencia el asunto bajo

la inteligente dirección del maestro del lugar, decoraba las jaulas con gusto exquisito. Atendidos los pájaros, ordinariamente se le encargaban comisiones caritativas, y a falta de éstas, jugaba alguna partida de cricket, aunque poco frecuentes, y de todas suertes, nunca faltaba algo que hacer en el jardín o con las plantas, a las cuales Oliver, que había estudiado arboricultura bajo el mismo maestro, jardinero de profesión, consagraba sus desvelos hasta que bajaba la señorita Rosa, que premiaba con graciosas sonrisas y frases de encomio su inteligencia y buena voluntad.

Tres meses transcurrieron de esta suerte, tres meses que para los mortales más dichosos y favorecidos hubieran sido de júbilo, pero que para Oliver fueron de felicidad suprema. Habiendo tesoros de noble generosidad por una parte, y raudales de vivo y sincero agradecimiento por la otra, no era extraño que al cabo de aquel breve espacio de tiempo Oliver Twist se hubiera identificado en absoluto con la anciana dama y con su sobrina, y que el afecto sin límites que les había consagrado su tierno y sensible corazón fuera para aquéllas motivo de orgullo y una razón más para quererle. No apetecía él mejor recompensa.

Capítulo XXXIII

Sufre un golpe imprevisto la felicidad de Oliver y de sus protectoras

Pasó rápidamente la primavera y llegó el verano. Hermoso estaba el campo durante aquélla, pero en verano desplegó todo su esplendor e hizo ostentación de todas sus riquezas. Los árboles, antes desnudos, hacían ahora alarde de fuerza y de robustez, y extendiendo sus verdes brazos sobre la tierra sedienta, trocaban los lugares desnudos en preciados rincones desde donde, disfrutando de una sombra deliciosa, podía contemplarse el extensísimo paisaje dorado por el sol que se extendía a lo lejos. Toda la tierra lucía ya sus galas más ricas, ostentaba su encantador manto de verdor y saturaba el ambiente de las emanaciones más agradables al olfato. Era la estación mejor del año y por doquier se respiraba alegría y todas las cosas mostraban anhelos de vivir. En la linda casita en que veraneaban las señoras Maylie, la vida continuaba deslizándose tranquila y sus moradores saboreaban la misma dulce serenidad de los primeros días. Oliver había recobrado la salud, y con ésta la fuerza, pero enfermo o sano, débil o con fuerzas, los sentimientos de su alma eran los mismos, pues en ellos no influyeron poco ni mucho los padecimientos o las alegrías de índole material, aunque es lo cierto que suelen influir en gran escala en los sentimientos de muchas personas. El muchacho mostrábase tan dulce, tan fiel, tan afectuoso como lo fuera cuando la enfermedad minaba sus

fuerzas, cuando dependía en todo de las atenciones de los que, cariñosos y compasivos, le cuidaban.

Una noche, prolongaron el paseo mucho más tiempo que el que por costumbre tenían, pues el día había estado caluroso en demasía, brillaba la luna en todo su esplendor y había nacido una brisa más fresca que en los anteriores días. Por otra parte, Rosa estaba más animada y de mejor humor que nunca, durante el paseo se sostuvieron alegres conversaciones y, como consecuencia, aquél rebasó por mucho los límites ordinarios. Cuando la señora Maylie manifestó síntomas de cansancio, emprendieron lentamente la vuelta a casa. Rosa, no bien se quitó el sombrero, sentóse al piano, como de costumbre. Sus delicados dedos recorrieron el teclado del instrumento al que arrancaron algunos arpegios, con frente nublada y mirada distraída tocó una sonata muy triste, y sus oyentes pudieron oír que suspiraba, que sollozaba.

—¡Rosa... niña querida! —exclamó la dama.

Por toda contestación, Rosa tocó con aire más animado, como si voz de su tía hubiera ahuyenta de su mente tristes pensamientos.

—¿Qué te pasa, Rosa? —preguntó su tía, levantándose precipitadamente e inclinándose sobre la joven—. ¡Cómo! ¿Lloras? ¿Qué es lo que te apena, ángel mío?

—¡Nada, tía mía, nada! —respondió la doncella—. No sé lo que es... No podría describirlo... pero siento...

—¿Estás enferma, niña? —exclamó la señora Maylie, interrumpiendo a su sobrina.

—¡No, no, no! No estoy enferma —replicó Rosa, estremeciéndose pies a cabeza como a impulso de un escalofrío violento—. Esto pasará enseguida... Si me hicieran el favor de cerrar la ventana...

Oliver se apresuró a complacerla.

Rosa, haciendo un esfuerzo para recobrar su buen humor comenzó tocar una pieza más alegre, mas tardaron sus dedos en quedar inmóviles sobre el teclado, la joven ocultó la cara entre sus manos y, dejándose caer sobre un sofá, dio rienda suelta a las lágrimas, que ya le era imposible contener.

—¡Hija mía! —exclamó la anciana, estrechándola entre sus brazos—. ¡Nunca te he visto así!

—Hubiera deseado no llevar la intranquilidad a su alma, tía querida, pero me ha sido imposible evitarlo... ¡y crea usted que lo he procurado con todas mis fuerzas...

—Sí —dijo Rosa—; me parece que estoy enferma.

Y lo estaba en realidad. Cuando trajeron luces, vieron que en el breve tiempo transcurrido desde que llegaron a casa, a las rosas de sus mejillas había sucedido una palidez marmórea. Su rostro, sin perder nada de su belleza, estaba alterado, y sus ojos, tan serenos como el azul del cielo, reflejaban expresión de vaga inquietud. Al cabo de un minuto, cesó la palidez y sus mejillas se cubrieron de vivos arboles purpúreos, y su mirada, tan dulce siempre, se extravió. No tardaron en desaparecer estos fenómenos, que pasaron sobre su rostro como una nube de verano, para volver la palidez, lívida, más mortal que antes. Oliver, que observaba anhelante a la anciana, notó que ésta se alarmaba, y él se alarmó también; pero como reparara en que aquélla fingía no concederles importancia, procuró él hacer otro tanto, consiguiéndolo en tal medida, que cuando Rosa, siguiendo las indicaciones de su tía, se retiró a descansar, había recobrado su confianza y hasta parecía encontrarse mejor, tanto, que aseguró que confiaba despertar a la mañana siguiente restablecida por completo.

—Espero, señora, que esto no tendrá importancia —dijo Oliver cuando quedó a solas con la anciana—. No parece que la señorita se encuentra muy bien esta noche; pero...

La señora Maylie indicó a Oliver que no hablara, y tomando asiento junto a una ventana, permaneció largo rato guardando silencio, que al fin interrumpió con voz temblorosa para decir:

—Quiero creer que no, Oliver. Su compañía me ha dado largos años de felicidad... acaso de demasiada felicidad. Puede que haya llegado el momento en que deba yo recibir la visita del infortunio; pero no es de esperar que se me presente bajo esa forma.

—¿Bajo qué forma?

—Bajo la de arrebatarme a la que desde tanto tiempo es mi consuelo único, mi única felicidad —contestó la dama con emoción intensa.

—¡Dios mío! —exclamó Oliver—. ¡No lo permita el Cielo!

—¡Amén, hijo mío! —dijo la dama, juntando fervorosamente las manos.

—No es posible que se cierna sobre nosotros desgracia tan horrenda... ¡Se encontraba tan bien hace dos horas...!

—Pero ahora está bastante mal, y estoy segura de que se pondrá peor —replicó la señora Maylie—. ¡Rosa... Rosa querida! ¿Qué será de mí sin ella?

Hasta punto tal se dejó dominar por la pena la buena señora, que Oliver, imponiendo silencio a su propia emoción, atrevióse a hacerle algunas observaciones y se permitió Suplicarle que, en obsequio a la querida señorita, procurase serenarse.

—Considere usted, señora —dijo Oliver, sin poder contener las lágrimas que desde rato antes pugnaban por salir de sus ojos—, considere usted que es muy niña, que es muy buena, y que Dios no puede llevarse a la que constituye el encanto, la felicidad de los que la rodean. Yo estoy seguro... convencido... muy convencido, de que por usted, que es tan buena, por la señorita, que es un ángel, y por todos aquellos a quienes tan felices hace, no morirá. ¡El Cielo no puede segar una existencia tan preciosa, una vida que apenas comienza!...

—¡Mira, hijo mío! —interrumpió la dama, colocando una mano sobre la cabeza de Oliver—. Tus razonamientos son de niño... ¡pobrecillo! pero, esto no obstante, me muestran el sendero de mi deber. Lo había olvidado por un momento y espero que se me perdonará el olvido, en atención a mis años, que son muchos, pero he visto muchas enfermedades, he asistido no pocas veces a la visita de la muerte, y sé cuán lacerante agonía produce la separación de los objetos de nuestro cariño. Mi experiencia es también bastante para saber que no siempre son los más jóvenes ni los mejores los que quedan en el mundo para consuelo y felicidad de los que los aman. Pero no olvides, hijo mío, que hasta nuestras aflicciones más grandes vienen acompañadas de cierto consuelo. Dios es muy justo; y esas mismas pérdidas irreparables nos demuestran por modo evidente que hay un mundo mejor y más hermoso que éste, y que el camino que a él nos lleva es breve. ¡Cúmplase la voluntad de Dios! ¡La amo...! ¡La amo mucho... Dios sabe hasta qué extremo!

Sorprendió no poco a Oliver ver que la dama, no bien pronunció las palabras anteriores, se sobrepuso de repente a su aflicción y dio pruebas de la mayor firmeza de ánimo y energía. Mayor fue todavía su asombro al ver que la firmeza no la abandonaba en los días sucesivos, al encontrarla siempre serena, siempre resignada, cumpliendo sus deberes con entereza ejemplar. Verdad es que Oliver, como niño que era, ignoraba de cuánto son capaces las almas fuertes probadas por el huracán del infortunio. ¡Cómo había de saberlo él, si los mismos que poseen esa fuerza no suben medir su alcance!

Siguió una noche de ansiedad y de temor. Cuando amaneció, las tristes predicciones de la señora Maylie se habían visto demasiado confirmadas por los hechos: Rosa había entrado en la primera fase de una fiebre alta y peligrosa.

—Precisa, mi querido Oliver, acudir al remedio con actividad, en vez de consentir que nos domine un dolor estéril —dijo la señora Maylie, poniendo un dedo sobre su boca y mirando con fijeza al muchacho.

El doctor Losberne debe recibir lo antes posible esta carta. Hay que llevarla al pueblo, que dista cuatro millas escasas si se sigue un sendero de travesía por los campos, y entregarla allí a un mensajero que a todo el correr de un caballo se encargue de conducirla a Chertsey. El mismo dueño de la

posada se obligará a cumplir la comisión, y cuento contigo para todo lo demás. Por toda contestación, Oliver dio pruebas de desear con verdadero anhelo salir sin pérdida de segundo.

—Toma esta otra carta, aunque no sé si enviarla enseguida a su destino o si conviene diferirlo hasta que sepamos el estado de Rosa —añadió la señora Maylie reflexionando—. No la enviaría si no temiera una desgracia.

—¿Es también para Chertsey, señora? —preguntó Oliver, impaciente por desempeñar la comisión y tomando la carta con mano temblorosa.

—No —respondió la anciana, entregándosela automáticamente.

Oliver miró las señas, y vi que iba dirigida a Enrique Maylie residente en la morada de un gran señor del país.

—¿He de llevarla a su destino señora? —preguntó a Oliver.

—No; decididamente no; esperaré hasta mañana —contestó la dama quedándose con la carta.

Entregó un bolsito al muchacho quien sin detenerse un momento más, salió con cuanta prisa le fue posible.

A todo correr emprendió Oliver la marcha a través de los campo ora entre los crecidos trigos, ora atravesando barbechos, sin cruzar la palabra con los campesinos ni detenerse más que contados segundos y muy de tarde en tarde para tomar aliento, hasta que llegó, sudoroso, rendido y cubierto de polvo a la plaza de la aldea. En ella hizo alto y tendió la vista en derredor buscando la posada. Vio un edificio blanco, una cervecería de paredes encarnadas y una casa consistorial pintada de amarillo, y de un ángulo, una casa de grandes proporciones, cuyas maderas eran todas verdes, sobre cuya puerta había un cartelón que, con letras muy grandes, decía:

EL JORGE

Hacia la casa grande enderezó Oliver la marcha no bien divisó la muestra. Expuso su deseo a un postillón que encontró en la puerta, quien una vez enterado le envió al mayoral, y éste, a su vez, después de escuchar su historia, le remitió al dueño del establecimiento. Era éste un hombre de aventajada estatura que llevaba corbata azul, sombrero blanco, calzón de paño burdo y botas de montar, el cual se encontraba recostado contra una bomba inmediata a la puerta de la cuadra, limpiándose la dentadura con un mondadientes de plata. Este caballero, después de escuchar a Oliver, dirigióse al mostrador y, con cachaza ejemplar, escribió la cuenta, operación en la que invirtió mucho tiempo, y una vez preparada y pagada, mandó que ensillasen un caballo y que se vistiera un hombre, en lo cual se perdieron otros diez minutos muy cumplidos. Era tal la impaciencia que a Oliver devoraba, tan viva la inquietud

que le aguijoneaba, que de buena gana hubiese montado a caballo y partido a galope hasta el primer relevo. Como tarde o temprano todo llega en este mundo, llegó el instante en que estuvo listo el caballo y en disposición de montar el jinete, y éste, después de recibir una pequeña valija con la carta, y muchas recomendaciones de que la llevase cuanto antes a su destino, puso espuelas a su corcel y partió a galope. Siempre es motivo de satisfacción saber que se ha enviado a buscar socorro y que no se ha perdido el tiempo. Oliver salió de la cuadra y se disponía a franquear la puerta de la posada, cuando tropezó por casualidad con un hombre vestido de negro que entraba en aquel momento.

—¡Ah! —exclamó el desconocido, clavando sus ojos en Oliver y dando bruscamente un paso atrás—. ¿Qué diablos es esto?

—Perdone usted, caballero —contestó Oliver—. La prisa que llevo hizo que no le viera a usted.

—¡Mil rayos! —murmuró aquel hombre, mirando al muchacho con ojos centelleantes—. ¿Quién había de pensarlo? ¡Maldita sea su alma...! ¡Yo creo que si lo encerrasen en un panteón de mármol, de él saldría para interponerse en mi camino!

—¡Cuánto siento lo ocurrido, caballero! —balbuceó Oliver, aterrorizado al reparar en la mirada feroz del desconocido—. Sería para mí muy doloroso haberle hecho el menor daño.

—¡Ira de Dios! —barbotó el hombre, presa de furor violento y rechinando los dientes—. ¡Pensar que si hubiera tenido valor para pronunciar una sola palabra me hubiese visto libre de él para siempre en una sola noche! ¡Caiga una nube de maldiciones sobre tu cabeza, miserable, y lleve el demonio tu alma, impío! ¿Qué haces aquí?

El misterioso desconocido enarboló el puño crispado y lo agitó amenazador mientras pronunciaba las palabras incoherentes que quedan transcritas, y adelantaba con frente sañuda hacia Oliver, cual si su intención fuera asestarle terrible golpe; pero antes de llegar hasta aquél, cayó pesadamente en tierra, donde quedó revolcándose y echando espumarajos por la boca. Quedóse Oliver contemplando las contorsiones espantosas de aquel loco (por loco le tuvo él, al menos), y luego penetró de nuevo en la posada pidiendo socorro a gritos. Luego que vio que el desconocido había sido entrado en la cocina, emprendió a todo correr el regreso a la casa de sus protectoras, ganoso de recobrar el tiempo perdido, y recordando, con muchísimo asombro y algún pavor, la conducta singular e inexplicable de la persona de quien acababa de separarse.

Verdad es que el incidente no ocupó mucho tiempo su imaginación, pues

en la casa encontró sobrados motivos de preocupación que pusieron en fuga cuantos pensamientos de interés personal pudieran ocupar sus facultades. Rosa se había agravado mucho, tanto, que antes de medianoche, empezó a delirar. Ni un momento se separaba de la cabecera del lecho el médico del lugar, quien a las primeras de cambio declaró a la señora Maylie que la enfermedad era de gravedad extrema y que «era preciso, punto menos que un milagro, para salvar la vida de Rosa».

¡Cuántas veces, en aquella noche de agonías, se levantó Oliver de la cama y se deslizó cautelosamente hasta la escalera, para escuchar si salía algún ruido de la alcoba de la enferma! ¡Cuántas veces se estremeció de pies a cabeza, cuántas veces invadieron su frente calenturienta raudales de sudor frío, cuando súbito rumor de pasos le hacía temer que hubiera sobrevenido una espantosa desgracia! ¡Y qué valía el fervor de todas las plegarias que al Cielo había elevado en toda su vida, comparado con el que acompañó a las de aquella noche, al pedir la salud y la vida de la angelical criatura que se balanceaba sobre los negros abismos de la muerte!

La incertidumbre cruel, el temor, esa suspensión desgarradora que nos tortura cuando inmóviles junto a un lecho nos estremece el pensamiento de ver extinguirse la vida de una persona que amamos con ternura, los pensamientos desconsoladores que asaltan furiosos nuestra mente, dando violencia extrema a los latidos de nuestro corazón y dificultando nuestra respiración por efecto de las terribles imágenes que aquélla evoca, el ansia desesperada con que anhelamos hacer algo que mitigue el sufrimiento y atenúe el peligro contra el cual somos impotentes, el abatimiento, la postración que en nosotros produce el triste convencimiento de nuestra impotencia, son tormentos que con nada pueden compararse. ¿Cabe, en circunstancias tan críticas consuelos, reflexiones que contrarresten el oleaje de pena en que nos anegamos? Alboreó el día siguiente, y en la casa, antes tan animada, habitan sentado sus reales la tristeza y el silencio. Las gentes hablaban en voz muy baja, a las puertas se asomaban vez en cuando rostros que reflejaban dolorosa ansiedad, y mujeres niños se alejaban bañados en lágrimas. Durante todo aquel día eterno y hasta después de haber tendido la noche sus negros tules sobre la tierra, Oliver permaneció en el jardín paseando lentamente, ora clavada la mirada en tierra, ora alzándola a las ventanas del cuarto de la enferma, siempre temiendo ver que se extinguía la luz débil que la iluminaba, porque sería señal de que la muerte, que por allí rondaba, había concluido por penetrar dentro. Ya muy avanzada la noche llegó el señor Losberne.

—¡Triste, doloroso es decirlo! —exclamó el buen doctor—. ¡Muy triste... sí... pero queda muy poca esperanza!

Y a la noche sucedió el día. Alzóse el sol radiante, tan radiante como si no viniera a iluminar desgracias y dolores, o bien como si dichas o miserias

fueran para él indiferentes.

Mientras las flores hacían ostentación de toda la riqueza de sus matices, mientras todo respiraba vida, pujanza, salud, alegría, la pobre Rosa moría por momentos. Oliver se encaminó al viejo cementerio, y sentado sobre una de las tumbas cubiertas de césped, lloró silenciosamente. Tan bello, tan tranquilo era el escenario, tenía tanto brillo, tanto encanto el paisaje, dorado por los rayos del sol, tan hermoso despliegue de galas hacía la Naturaleza, era tan armonioso el canto de los pajarillos, tan rápido el vuelo de las cornejas que cruzaban por el espacio, respirábase, en una palabra, tanta vida, tanta alegría por doquier, que cuando Oliver elevó sus ojos, enrojecidos por el llanto, y los tendió en derredor, instintivamente se le ocurrió la idea de que con semejante tiempo y en semejante ocasión no cabía la muerte... que sería monstruoso que muriera Rosa cuando todos los seres, hasta los más humildes, derrochaban vida y alegría, que las tumbas abren heladas y tristes bocas en invierno, cuando la nieve las cubre a manera de sudario, mas no en verano, cuando la luz radiante del sol y la fragancia incitan a vivir. Hasta estuvo tentado a creer que los sudarios no están llamados a envolver más que a personas viejas, sin que nunca se les consienta ocultar bajo sus fúnebres pliegues la hermosura, la gracia y la juventud.

El fúnebre tañido de la campana de la iglesia vino a cortar con cruel brusquedad los pensamientos del muchacho... ¡Otro tañido!... ¡Otro!... ¡Doblan a muerto! Un grupo de aldeanos franquearon las puertas del lúgubre recinto... Llevaban cintas blancas, prueba de que el cadáver era de persona joven. Detuviéronse al borde de una sepultura, descubiertas las cabezas... Entre ellos iba una madre... ¡madre que había dejado ya de serlo!... Todos lloraban, y, sin embargo, el sol brillaba con el mismo esplendor, y los pajarillos, cantaban alegres, y la Naturaleza reía... Oliver volvió a la casa, pensando en los muchos favores que la señorita le había prodigado y haciendo votos porque se le presentasen nuevas ocasiones de demostrar cuán grandes eran su gratitud y su adhesión. Nada tenía que echarse en cara con respecto a negligencias u olvidos por su parte, pues al servicio de su angelical bienhechora se había consagrado en absoluto, y, sin embargo, alzáronse ante sus ojos cien ocasiones en que creyó que pudo mostrar más celo, y muy de veras lamentó no haberlo mostrado.

Nuestro comportamiento para con las personas que nos rodean debiera ser objeto preferente de nuestras solicitudes, pues es bien cierto que cada muerte recuerda a los que sobreviven lo poco que hicieron, lo mucho que dejaron de hacer, la infinidad de cosas que olvidaron y la infinidad de las que por culpa nuestra mortificaron al ser querido que nos ha abandonado para siempre. No hay remordimientos más amargos que los producidos por faltas que no está en mano nuestra reparar: evitémoslas o reparémoslas cuando es tiempo, si

queremos librarnos de sus lacerantes torturas. Llegado a casa, encontró a la señora Maylie sentada en el recibimiento de confianza. Estremeci6se Oliver al verla, pues como no se separaba un momento del lecho de su sobrina, tembl6 al pensar en las causas que pudieran haberla alejado. No tard6 en saber que Rosa se hallaba sumida en un sue6o profundo del que no despertaría sino para restablecerse y vivir, o para darles el postrer adi6s.

Tom6 asiento, y se pas6 varias horas escuchando con ansiedad, sin osar pronunciar palabra. Sirvieron la comida, y la retiraron sin que ni la señora Maylie ni Oliver probaran bocado. Con mirada que revelaba que sus pensamientos estaban en otra parte, contemplaron c6mo el astro rey se iba hundiendo poco a poco en el horizonte, c6mo al fin envi6 la tierra esas tintas pálidas que son a manera de heraldos de su ocaso. A sus oídos atentos al menor rumor, lleg6 ruido de pisadas que se acercaban: ambos se precipitaron instintivamente hacia la puerta en el momento que en su marco aparecía el doctor Losberne.

—¿Y Rosa? —pregunt6 con afán la dama—. ¡Hable usted!... ¡Pronto, por favor! ¡Todo puedo resistirlo menos la incertidumbre! ¡En nombre del Cielo, hábleme con franqueza!

—¡Cálmese usted, mi querida señora! —contest6 el doctor, sosteniéndola.— ¡Tranquilícese... yo se lo suplico!

—¡Por Dios santo, déjeme salir! —exclam6 la dama con voz desfallecida—. ¡Hija mía!... ¿Ha muerto, verdad? ¡Está agonizando!

—¡No, y mil veces no! —grit6 el doctor con arrebat6—. ¡Dios, tan bueno y misericordioso, quiere dejarla entre nosotros, para que le bendigamos y demos gracias durante muchos años!

Cay6 postrada de hinojos la señora e intent6 unir las manos; pero la energía que hasta entonces la sostuviera subi6 al Cielo envuelta en la primera plegaria que brot6 de sus temblorosos labios, y cay6 desvanecida en los brazos que se extendieron para recibirla.

Capítulo XXXIV

Algunos datos preliminares acerca de un caballero que se presenta en escena, y relato de una aventura ocurrida a Oliver

Aquella era demasiada felicidad. La inesperada nueva dej6 a Oliver estupefacto, aturdido, sin lágrimas, sin voz, y sin posibilidad de permanecer sentado ni quieto. Hubo de salir corriendo a respirar el aire libre, sin

comprender más que muy confusamente lo que había pasado, y hasta después de largo rato de ejercicio no se abrieron las compuertas de sus ojos para dar paso a las lágrimas de júbilo en ellos agolpadas, ni despertó de la especie de sopor letárgico en que parecía sumido, ni se dio cuenta cabal del feliz cambio producido, ni se libró de la agonía insoportable que oprimía y atenazaba su tierno corazón.

Era bien cerrada la noche cuando Oliver regresaba a casa, cargado de flores recogidas con cuidado especial para adornar el cuarto de la enferma. Mientras avanzaba por el camino con paso ligero, a sus espaldas el rodar de un coche que adelantaba a galope tendido. Volvió la cabeza y vio que era una silla de posta tirada por cuatro caballos que volaban. Como el camino era estrecho y el vehículo venía encima, hubo de pegarse casi a una puerta para dejarlo pasar. Aunque la silla de posta pasó como una exhalación, pudo Oliver vislumbrar en su interior a un hombre tocado con gorro de dormir blanco, cuyas facciones le parecieron familiares, aunque sin llegar a identificarle. Un segundo más tarde asomaba por la portezuela de la silla de posta el gorro de dormir, y una voz estentórea daba al postillón orden de parar, orden que fue obedecida tan pronto como aquél logró contener a los caballos. Apareció inmediatamente de nuevo el gorro y sonó la voz estentórea llamando a Oliver por su nombre.

—¡Aquí, Oliver, ven aquí! —gritó la voz—. ¿Qué noticias hay? ¿Y la señorita Rosa? ¡Oliver!

—¿Es usted, señor Giles? —contestó Oliver precipitándose hacia la portezuela del carruaje.

Otra vez asomó el gorro de dormir de Giles, sin duda para formular —su propietario, no el gorro—, nuevas preguntas, cuando el buen mayordomo hubo de ceder la ventanilla a un joven, que a su lado venía sentado, quien preguntó anhelante noticias sobre la enferma.

—¡Una sola palabra! —exclamó—. ¿Está mejor o peor?

—¡Mejor, mucho mejor! —contestó Oliver.

—¡Dios sea loado! —exclamó fervorosamente el joven—. ¿Estás seguro de ello?

—Segurísimo, señor. El cambio sobrevino hace muy pocas horas, y el señor Losberne asegura que pasó el peligro.

El joven abrió inmediatamente la portezuela, saltó del carruaje y, asiendo por un brazo a Oliver, llevóle aparte y le preguntó:

—¿Pero es cierto lo que dices? ¿No habrá error por tu parte, hijo mío? ¡Por favor, no me engañes! —añadió con voz que la emoción hacía temblar—. ¡No

me hagas concebir esperanzas que acaso no se realicen!

—Por todo el oro del mundo no haría yo eso, señor —replicó Oliver—. Puede usted creerme. Las palabras del doctor Losberne fueron que el Dios misericordioso y bueno nos la deja para que le bendigamos y demos gracias durante muchos años. Yo mismo las oí de sus labios.

Asomaron las lágrimas a los ojos de Oliver al recordar la escena que fuera el comienzo de tanta felicidad, y el joven caballero volvió la cabeza y permaneció silencioso durante algunos momentos. Más de una vez creyó Oliver que le oía sollozar, pero no quiso desviar el curso de sus pensamientos, que desde luego supuso el rumbo que llevaban, haciendo nuevas observaciones, y quedó callado, fingiendo prestar toda su atención al colosal ramillete que llevaba en las manos. Mientras tanto, Giles sentado en el estribo del carruaje, con la cabeza enfundada dentro del gorro de dormir apoyada sobre las manos, y éstas a su vez sobre las rodillas, limpiábase los ojos con un pañuelo de algodón azul con motitas blancas. Que la emoción del honrado servidor no era fingida demostrólo elocuentemente el rojo subido de sus ojos cuando los fijó en el joven caballero, que acababa de dar media vuelta y le dirigía la palabra.

—Mejor será, Giles, que continúe usted en la silla de posta hasta la casa de mi madre. Yo prefiero caminar despacito a fin de que usted tenga tiempo de prevenirla, diciéndole que llego.

—Si el señor perdonara mi atrevimiento —contestó Giles, limpiándose la cara con el pañuelo—, le suplicaría que diese al postillón el encargo que acaba de confiarme. Si la servidumbre me ve en el estado poco conveniente en que me encuentro, a buen seguro que pierdo para siempre la autoridad moral que tengo y debo tener sobre ellos.

—Está bien —respondió Enrique Maylie sonriendo—. No hay inconveniente. Que siga el postillón con el carruaje, y usted puede venir con nosotros; pero, por favor, cambie ese gorro por cualquier cubre cabezas más apropiado, si no quiere que los que nos vean nos tomen por locos.

Apresuróse Giles a quitarse el gorro de dormir, que guardó en un bolsillo, y a ponerse un sombrero que sacó del carruaje. Seguidamente prosiguió la marcha el postillón, dejando a los viajeros que, juntamente con Oliver, siguieron a pie con paso lento. Durante la marcha, Oliver dirigía de vez en cuando miradas llenas de interés mezclado de curiosidad al recién llegado. Representaba tener unos veinticinco años, y era de estatura regular, guapo de rostro y de mirada franca. La elegancia de su traje y la soltura graciosa de sus movimientos hablaban desde luego en su favor. A pesar de la distancia que separa a la vejez de la juventud, ofrecía tan notable parecido con la anciana dama, que Oliver habría sospechado desde luego el estrecho parentesco que

los unía aun cuando no le hubiese podido decir que era su madre. Con la ansiedad pintada en el semblante, esperaba la señora Maylie la llegada de su hijo a la casa, siendo intensa la emoción que entrambos demostraron al abrazarse.

—¡Madre mía! —balbuceó el joven—. ¿Cómo no me escribiste antes?

—Escribí —replicó la dama—; mas después de reflexionar, resolví suspender el envío de la carta hasta después de oír la opinión del señor Losberne.

—De todas suertes, madre mía, ¿por qué habías de exponerte a que sobreviniera la desgracia que a punto ha estado de herirnos?... Si Rosa hubiese... mis labios se resisten a pronunciar la palabra... si su enfermedad hubiera tenido otro desenlace, ¿hubieses podido perdonarte nunca? ¿Dónde habría encontrado yo nunca más una gota de felicidad?

—Si hubiera ocurrido la desgracia a que te refieres, Enrique, creo en efecto, que tu felicidad sobre la tierra habría terminado; pero creo asimismo que tu llegada aquí un día antes o un día después, poca, muy poca importancia hubiese tenido.

—¿Quién sabe, madre mía? ¡Por supuesto!... ¡Tienes razón! En nada podía influir mi presencia... ¡Tú lo sabes... sí... lo sabes mejor que yo!

—Sé que Rosa merece el amor más ardiente y puro que pueda ofrecer el corazón de un hombre; sé que su condición dulce y noble es acreedora a un afecto poco común, a un afecto profundo y eterno. Si no abrigase esa convicción, si no estuviera persuadida de que la inconstancia del hombre a quien ella entregara su amor destrozaría su corazón, creo que mi misión sería más fácil de cumplir y que sin luchas ni temores atemperaría mi conducta a lo que me parece norma inflexible del deber.

—Mal juzgas mis sentimientos, madre mía —dijo Enrique—. ¿Es que me crees aún un niño que no se conoce a sí mismo, capaz de engañarse respecto a los impulsos de su alma?

—Creo, hijo mío —replicó la dama, colocando una mano sobre el hombro del joven—, que las almas jóvenes tienen muchos impulsos generosos que no son duraderos, y que, entre estos impulsos, abundan los que, una vez satisfechos, se borran, se pierden, desaparecen para siempre. Creo, sobre todo —añadió la dama, clavando los ojos en el rostro de su hijo—, que si un hombre entusiasta, ardiente, ambicioso, enlaza su existencia a la de una mujer sobre cuyo apellido hay una mancha aun cuando ésta tenga su origen en persona que no es la amada, puede encontrar en los senderos de la vida almas bastardas que cometan la vileza de lanzar esa mancha al rostro de la compañera de su existencia, miserables que la hagan extensiva a sus hijos y

hasta a su misma persona, en cuyo caso, al verse envuelto en oleadas de fango, es más que probable que, dando al olvido sus sentimientos generosos, imponiendo silencio a su buen natural, se arrepienta un día de los lazos que contrajo en sus años juveniles, y su esposa haya de pasar por los suplicios consiguientes a un arrepentimiento tardío.

—Madre mía —exclamó el joven con impaciencia—; el hombre que así obrase, sería un bruto egoísta, tan indigno del nombre de hombre como de la mujer que describes.

—Ahora piensas así, Enrique —dijo la madre.

—Y pensaré siempre lo mismo —replicó el joven—. La agonía mental que viene atormentándome horriblemente desde hace dos días me obliga a confesar abiertamente y con sinceridad una pasión que, conforme sabes perfectamente, ni es de ayer, ni nació a la ligera. Rosa, ese ángel de bondad, esa niña tan dulce como hermosa, posee mi corazón para siempre. En ella están cifrados todos mis proyectos, todas mis esperanzas, mi vida entera; nada quiero sin ella, y ten por cierto que, si haces oposición a este sueño, el más hermoso de mi vida, tomas en tus manos mi paz y mi felicidad y la arrojas a los vientos. Reflexiona bien, madre mía: ten mejor opinión de tu hijo, y no cierres los ojos a su felicidad, en la que parece que tan poco piensas.

—Precisamente porque sé lo que son los corazones apasionados, Enrique, quisiera evitarles, ahora que es tiempo, decepciones dolorosas, heridas crueles. Pero me parece que hemos hablado bastante, y hasta demasiado, sobre este punto por ahora.

—Que decida Rosa, entonces —repuso Enrique—. No creo que tus opiniones sean inmutables ni que sea tu ánimo sostenerlas hasta el extremo de alzarme obstáculos entre aquélla y yo.

—No los alzaré; pero quisiera que reflexionases...

—¡He reflexionado ya! —interrumpió el impaciente joven—. Años y más años ha que vengo reflexionando; como que es la reflexión que me hago desde que tengo uso de razón. Mis sentimientos no han variado ni variarán: ¿a qué, pues, diferir por más tiempo su declaración, si guardar los secretos me hace sufrir y de nada ha de servir? ¡No! ¡No me iré yo de esta casa sin que Rosa me oiga!

—Te oirá —contestó la dama.

—Hay en el tono con que me hablas algo que parece indicar que me oirá con frialdad, madre mía —observó el joven.

—Te oirá sin frialdad —repuso la señora—; muy al contrario.

—¿Entonces?... ¿No ha mostrado inclinaciones en otro sentido?

—Ciertamente que no —contestó la madre—. O mucho me engaño, o te has hecho dueño de sus afectos. Lo que quiero decir —añadió la buena señora, adelantándose a su hijo, que hizo además de hablar—, es lo siguiente: Antes que te entregues por completo a esa idea, antes que te abandones sin reserva a esa esperanza, reflexiona, medita bien, hijo mío, sobre la historia de Rosa, y considera el efecto que el conocimiento de su nacimiento misterioso ha de ejercer a no dudar en su decisión... por lo mismo que se ha consagrado a nosotros con toda la intensidad de su noble alma y con ese espíritu de abnegación que en todas las circunstancias, grandes o pequeñas, ha sido la característica de su conducta.

—¿Qué quieres decirme con eso, madre mía?

—Te dejo el trabajo de adivinarlo... Voy a ver a Rosa... ¡Qué Dios te bendiga!

—¿Volveré a verte esta noche? —preguntó anhelante el joven.

—Dentro de un momento: cuando salga del cuarto de Rosa.

—¿Piensas decirle que estoy aquí?

—Naturalmente.

—Dile también cuán grande ha sido mi angustia, cuánto he sufrido y cuánto deseo verla: ¿no me negarás este favor, madre mía?

—No; le diré todo lo que deseas que le diga —contestó la dama, estrechando cariñosamente la mano de su hijo y saliendo de la habitación.

Mientras madre e hijo sostenían la conversación que queda transcrita, el doctor Losberne y Oliver habían permanecido separados en el extremo más alejado del cuarto. El primero dio entonces la mano a Enrique Maylie, con quien cambió cordiales frases de bienvenida, y luego le hizo, contestando diversas preguntas de su joven amigo, una historia completa y detallada de la enfermedad y estado actual de la enferma, estado tan satisfactorio y lleno de esperanzas como le hicieran esperar las breves palabras de Oliver. Huelga decir que Giles, aunque parecía atento única y exclusivamente al arreglo de los equipajes, escuchó con orejas ávidas el relato del doctor.

—¿Ha hecho usted algún buen tiro de poco tiempo a esta parte, Giles? —preguntó el doctor.

—No, señor —contestó el criado, enrojeciendo hasta en el blanco de los ojos.

—¿Ni cogido ningún ladrón ni descubierto la identidad de ningún salteador nocturno?

—Nada, señor —respondió con mucha gravedad Giles.

—Lo siento de veras, porque son cosas que hace usted a las mil maravillas. Dígame: ¿cómo está Britles?

—Muy bien, señor —respondió Giles, adoptando de nuevo el tono de protección que le era habitual—. Me ha encargado que salude a usted muy respetuosamente.

—Perfectamente. La presencia de usted, Giles, me recuerda que la víspera del día en que tan bruscamente fui llamado, llevé a cabo, a petición de su señora, una pequeña comisión en favor de usted. ¿Quiere usted acercarse y le diré dos palabras sobre el particular?

¡Giles siguió al doctor hasta un rincón de la estancia con aires de persona importante, y pudo saborear el honor de que el señor Losberne conversase con él en voz muy baja, después de lo cual el primero se retiró con paso majestuoso no sin antes hacer al doctor muchas y profundas reverencias. No se hizo público en el salón el asunto tratado en la conferencia, Tas no tardó en saberse en la cocina, pues hacia ésta se encaminó Giles en derechura y luego que mandó que le sirvieran un jarro de cerveza, anunció, con aires de majestad que no dejaron de producir efecto, que la señora, deseando premiar su valeroso comportamiento con motivo del robo intentado en su casa, había tenido a bien depositar en la Caja de Ahorros y a favor suyo, la suma de veinticinco libras esterlinas. La servidumbre elevó al cielo las manos y los ojos dieron a entender que temían que el señor Giles acaso se mostrase orgulloso en lo sucesivo, a lo que el buen mayordomo, poniendo la diestra sobre la chorrera de su camisa, contestó que no temieran tal cosa de él, y que, si alguna vez observaban que trataba con altanería a sus inferiores, los agradecería que se lo advirtiesen. Hízoles otras mil observaciones no menos demostrativas de su condición y carácter humilde, que fueron acogidas con gran favor y aplauso por cierto con razón sobrada, toda vez que eran tan importantes originales como suelen serlo cuantas manifestaciones hacen los gran hombres.

De escalera arriba, el resto de la tarde se pasó alegremente, pues el doctor estaba de buen humor, y Enrique, aunque fatigado como secuencia del viaje y un tanto, preocupado, sobre todo al principio, no pudo resistir el carácter humorístico del digno caballero, que se tradujo en mil chistes matizados con aventuras profesionales y en variada chanzonetas que encantaron a Oliver, a cuyos oídos nunca llegaron cosas tan graciosas, y le hicieron reír a más no poder, con evidente satisfacción del doctor, que también ría de la manera más inmoderada, risa que, sin duda por simpatía, se contagió a Enrique. Pasóse, pues, tiempo todo lo distraídamente que podía pasarse dadas las circunstancias, y era ya muy tarde cuando se disolvió la reunión para entregarse al descanso, del que todos tenía mucha necesidad después de las ansiedades e incertidumbres que tanto les habían afligido.

A la mañana siguiente, levantóse Oliver muy temprano y muy contento, y se entregó a sus ocupaciones habituales con satisfacción y placer que no saboreaba desde una porción de días. Lanzaban los pájaros sus trinos más armoniosos, y bien pronto, las flores más hermosas, recogidas por las manos del huérfano, formaron un ramillete cuya fragancia y belleza tanto habían de agradar a Rosa. La melancolía que en días pasados apagaba el brillo de los ojos de Oliver, habíase disipado como por encanto. Parecíale que el rocío brillaba más, que nunca sobre las verdes hojas, que los susurros de la brisa eran más armoniosos, que el azul del cielo jamás fue tan puro y hermoso como entonces. ¡Tan inmensa, tan decisiva es la influencia que hasta sobre el aspecto del mundo exterior ejercen los pensamientos que embargan nuestro espíritu! Los hombres que, al contemplar la Naturaleza, al tender sus miradas sobre sus semejantes, se lamentan de verlo todo negro, sombrío y melancólico, no se engañan del todo: lo que ignoran tal vez es que los colores sombríos son reflejos de sus ojos y de sus corazones ictéricos, falseados. El colorido verdad es tan delicado, que sólo pueden apreciarlo ojos muy claros y corazones muy limpios.

Como circunstancia digna de observación, que no pasó inadvertida a Oliver, diré que por aquellos días, las expediciones matinales del muchacho no fueron ya solitarias. Enrique Maylie, desde el primer día que vio entrar en la casa a Oliver cargado de flores, aficionóse a ellas de tal modo, y demostró un gusto tan exquisito para arreglarlas y combinarlas, que no tardó en dejar muy atrás a su juvenil compañero. Verdad es que si Oliver hubo que quedar relegado a segundo término en lo que a la combinación y gusto se refiere, en cambio no tenía rival para conocer los sitios en que se ocultaban las flores más bellas y delicadas, y todas las mañanas recorrían ambos jóvenes los campos y se llevaban a casa las más hermosas. La ventana del cuarto de la enferma, abierta para que aquélla pudiera saborear el placer de respirar el embalsamado y puro ambiente del verano, ofrecía siempre a sus ojos un ramillete especial, que todas las mañanas manos solícitas renovaban con exquisito cuidado. No pudo menos de observar Oliver que, renovados los ramos, jamás se arrojaban las flores marchitas, como tampoco dejó de llamarle la atención el hecho de que el doctor, cada vez que penetraba en el jardín, dirigía invariablemente la vista al ramo de flores de la ventana, movía la cabeza en forma muy expresiva, y continuaba luego su paseo matinal. El tiempo se deslizaba sereno en medio de estas y de otras observaciones, y la enferma mejoraba de día en día.

No se le hacía largo el tiempo a Oliver, aunque la señorita no había abandonado todavía su cuarto, y como consecuencia, no se daban los paseos por la tarde, excepción hecha de algunos, muy contados, que hacía con la señora Maylie. El muchacho estudiaba con asiduidad redoblada, aprovechaba mejor que nunca las lecciones del anciano de los cabellos blancos que le habían dado por maestro y trabajaba tanto, que la rapidez de sus progresos

maravillaba a sus protectores y hasta le admiraba a él mismo. Precisamente cuando con mayor ardor se consagraba al estudio, fue cuando le aconteció un suceso imprevisto que le llenó de espanto.

La pequeña habitación donde solía encerrarse para estudiar estaba situada en la planta baja y parte posterior de la casa. Era un cuartito cuya ventana ocultaba casi una cortina de enredaderas y plantas trepadoras mezcladas con jazmines y madreselvas que saturaban el aire con deliciosos perfumes. La ventana daba al jardín, y éste, por medio de una puerta, comunicaba con un prado, que lindaba con extensas praderas y bosques. Una tarde deliciosa, cuando las sombras del crepúsculo comenzaban a enseñorearse de la tierra, Oliver se sentó junto a la ventana y se abismó en el estudio de sus libros.

No quisiera que lo que voy a decir redundara en desdoro de los autores de los libros que Oliver estudiaba; pero es el caso que, había sido tan caluroso el día, y el muchacho había hecho tanto ejercicio, que leyendo, leyendo, se quedó dormido.

Hay una clase de sueño que a veces se apodera de nosotros sin sentirlo, sueño que, si bien se enseñorea del cuerpo, no arrebató al alma la facultad de darse cuenta de los objetos del mundo material, ni le priva de la facultad de viajar por donde le acomoda. Si puede darse el nombre de sueño a esa pesadez que agobia, a esa postración de fuerzas que impide los movimientos, a esa incapacidad de dirigir nuestros pensamientos a que nos reduce, sueño es en realidad; pero por encima del sueño sobrenada la conciencia de lo que en torno nuestro pasa, y aun cuando soñemos cuando en ese estado nos encontramos, las palabras que en realidad de verdad se pronuncian, o los sonidos verdaderos que hieren nuestros oídos, se adaptan con pasmosa oportunidad a nuestras visiones imaginarias, hasta que lo ficticio y lo positivo y real se mezclan y confunden tan íntimamente, que resulta punto menos que imposible distinguir lo uno de lo otro. Y no es ése el fenómeno más sorprendente de los que acompañan al estado de sopor en cuestión. Imposible poner en tela de juicio que, si bien es verdad que nuestros sentidos del tacto y de la vista se hallan entonces paralizados, no lo es menos que nuestros sueños, así como también las escenas que crea nuestra imaginación, sufren la influencia material de la presencia puramente silenciosa de cualquier objeto externo que no estaba a nuestro lado en el momento que cerramos los ojos, o de cuya proximidad no tuvimos noticia consciente.

Oliver sabía perfectamente que se encontraba en su cuartito, que ante sus ojos, y colocados sobre la mesa, estaban sus libros, que la brisa de la tarde penetraba por entre las plantas trepadoras que daban sombra a su ventana agitando dulcemente sus hojas, y, sin embargo, no puede negarse que dormía. La escena sufre de pronto un cambio brusco, radical; cree respirar un ambiente denso, viciado, y se encuentra transportado, sintiendo en su alma el terror

consiguiente, a la guarida hedionda del judío. En el rincón de costumbre ve sentado al espantable viejo, quien le señala con el dedo mientras conversa en voz baja con otro sujeto a quien no conoce por estar vuelto de espaldas al muchacho.

He aquí el diálogo que suena en sus dormidos oídos:

—¡Silencio, amigo mío! ¡Él es, no hay duda! ¡Vámonos!

—¡Claro que es él! ¿Crees que puedo confundirlo con otro? Aunque, un ejército de demonios adoptasen su figura, y él se encontrara en el centro de ese ejército, una voz interior me indicaría cuál de ellos era el verdadero, haciendo que le reconociese sin exponerme a errar. Sí le enterrasen a cincuenta pies bajo tierra, y yo pasara sobre su tumba, sabría yo, sin necesidad de que sobre la tumba hubiera señal alguna, que allí estaba él enterrado. ¡Ya lo creo que lo sabría!

Tal odio, tanta ferocidad destilaban las palabras de aquel hombre, que despertó Oliver y se levantó sobresaltado.

¡Cielo santo! ¿Qué fue lo que vieron sus ojos, para que toda su sangre afluyese a su corazón y quedara privado de voz y de movimiento? ¡Allí... sobre la ventana, apoyados sobre el alféizar, tan cerca que hubiera podido tocarlos con la mano antes de retroceder presa de horrible pánico, fijos los ojos en el interior del cuartito estaban el mismísimo judío en persona, y a su lado, blanco de cólera, trémulo de rabia o de miedo, quién sabe si de ambas cosas, el desconocido de aspecto amenazador con quien tropezara días antes en la posada!

La visión no duró más que un instante; cruzó ante sus ojos como un relámpago, y se borró: pero los intrusos habían reconocido a Oliver y Oliver les había reconocido a su vez, pues sus fisonomías estaban grabadas en su memoria tan indeleblemente cual si con buril las hubieran esculpido en duro mármol. El infeliz Oliver quedó inmóvil durante breves segundos, y luego saltó por la ventana al jardín, y comenzó a pedir socorro con todas sus fuerzas.

Capítulo XXXV

Habla del resultado poco satisfactoria de la aventura de Oliver y copia una conversación interesante habida entre Rosa y Enrique

Cuando la gente de la casa, atraída por los gritos de espanto de Oliver, llegó al sitio de donde aquéllos partían, encontraronle pálido y trastornado, señalando con el brazo extendido en dirección a las praderas que lindaban con

el jardín, y sin que su garganta agarrotada pudiera dejar escapar más palabras que éstas:

—¡El judío!... ¡El judío!

Giles no comprendió lo que aquel grito significaba, pero Enrique Maylie, cuyas operaciones mentales eran más rápidas que las del grave mayordomo, y que por otra parte había oído referir a su madre toda la historia de Oliver, comprendió desde el primer momento lo que significaban las entrecortadas palabras del muchacho.

—¿Qué dirección tomó? —preguntó armándose de un garrote que encontró en un rincón.

—Aquella —respondió Oliver, señalando la que los hombres habían seguido—. En un momento los perdí de vista.

—Entonces, están en el foso: sígueme procurando no separarte de mí.

Así diciendo, Enrique saltó la cerca y echó a correr con tanto brío, que no sin gran dificultad lograron seguirle los demás.

Giles siguió a Enrique como buenamente pudo, y otro tanto hizo Oliver, y no habrían transcurrido más de uno o dos minutos, cuando el doctor, que volvía de dar su paseo, saltaba también la cerca, y desplegando una agilidad de que nadie le hubiera creído capaz, corría en la misma dirección a marcha vertiginosa, y preguntando al propio tiempo a voz en cuello por la causa de aquella trifulca. Nadie disminuyó la celeridad de su carrera, ni siquiera para tomar aliento, hasta que Enrique, llegado al ángulo del campo indicado por Oliver, comenzó a reconocer detenidamente el foso y el seto contiguo, lo que dio a los demás tiempo para reunírsele y a Oliver para referir al doctor el incidente que había motivado aquella persecución encarnizada.

Las investigaciones no dieron resultado alguno; ni siquiera se encontraron huellas recientes que acusasen el paso de los fugitivos. Los perseguidores se encontraban en la cima de un altozano que dominaba en todos sentidos una llanura de tres a cuatro millas de radio. A la izquierda, en una hondonada, se veía la aldea; pero para llegar a ésta, suponiendo que hubieran seguido la dirección indicada por Oliver, el judío y su acompañante tuvieron que pasar por un llano, completamente abierto, y era imposible que lo hubiesen franqueado en tan breve tiempo. Por otro lado bordeaba la pradera un bosque espeso; pero por la misma razón indicada, había que desechar la idea de que lo hubieran ganado.

—Habrás soñado, Oliver —dijo Enrique, llamando aparte al muchacho.

—¡Oh, no, señor! —respondió Oliver, estremeciéndose al solo recuerdo de la expresión feroz del rostro del que acompañaba al judío—. Los he visto con

mucha claridad; con tanta como estoy lo viendo a usted en este momento.

—¿Y el otro, quién era? —preguntaron a un tiempo Enrique y el doctor.

—El mismo que tan brutalmente me habló en la posada: nos miramos los dos a la cara y juraría que era él.

—¿Y estás seguro de que tomaron ese camino? —repuso Enrique.

—Tan seguro estoy de que tomaron ese camino, como de que estuvieron en mi ventana —replicó Oliver—. Por allá saltó el más alto —añadió el muchacho, señalando con el brazo extendido el seto que dividía al jardín de la pradera—; y el judío se desvió corriendo hacia la derecha, y pasó por aquel portillo.

El doctor y Enrique hubieron de rendirse ante el sello de seguridad que reflejaba el rostro de Oliver. Cambiaron entre sí una mirada y, satisfechos, al parecer, de la precisión de detalles, prosiguieron los reconocimientos, pero en vano; ni la huella más insignificante encontraron de los fugitivos. La hierba, muy crecida, estaba intacta; los bordes de los fosos, cubiertos de barro blando, no presentaban el menor indicio de haber sido hollados por planta humana en mucho tiempo.

—¡Es extraño! —murmuró Enrique.

—¡Y tan extraño! —repitió el doctor—. Los mismísimos Blathers y Duff, con ser tan duchos, habrían de confesarse impotentes.

No obstante el resultado negativo de las pesquisas, continuáronse con ardor hasta que la llegada de la noche convenció a todos de que continuarlas era de todo punto desesperado, y aun entonces, no las abandonaron sin repugnancia. Giles fue enviado a varias tabernas de la aldea y de los alrededores, provisto de cuantos datos pudo facilitar Oliver acerca del aspecto exterior y traje de los misteriosos fugitivos. Fácil era identificar, sobre todo, al judío, suponiendo que rondase por los alrededores o hubiera entrado a beber en cualquiera de aquéllas; pero Giles volvió a casa sin traer dato alguno que pudiera disipar o arrojar alguna luz sobre el misterio.

Prosiguieron las pesquisas al día siguiente, pero con el mismo éxito. Un día más tarde, Oliver acompañó a Enrique hasta el pueblo, aprovechando la circunstancia de ser día de mercado, con la esperanza de averiguar algo sobre los dos individuos, pero tampoco dio resultado ese paso. Al cabo de algunos días comenzó a dar al olvido el incidente, como sucede con todos los incidentes cuando la curiosidad o asombro, privados del alimento que les es necesario, mueren por consunción.

Volvamos a Rosa. Su restablecimiento avanzaba a pasos de gigante. Ya salía de su cuarto, podía pasear al aire libre y comenzaba compartir la vida de

familia, con lo cual sembraba la alegría en los corazones de todos. Aunque este cambio feliz ejercicio se visible influencia en el reducido círculo de aquella familia, y por más que en la casa se oyeran de nuevo conversaciones alegres y sonaran animadas y ruidosas risas, lo cierto que había ocasiones en que algunos de sus moradores, y hasta misma Rosa, ofrecían cierta expresión de reserva que no pasó inadvertida a Oliver. Con frecuencia encerraban la señora Maylie y hijo, permaneciendo horas enteras en la habitación, y no era raro ve huellas de llanto reciente en los ojos de Rosa. Estos síntomas se acentuaron, cuando el doctor señaló el día en que pensaba regresar a Chertsey en tales términos, que era evidente que en el seno de la familia ocurría algo que perturbaba la tranquilidad de Rosa y de alguna otra persona. Una mañana, al fin, en ocasión en que Rosa se encontraba sola en el comedor, entró Enrique y le pidió, con vacilación manifiesta, permiso para hablarle durante algunos minutos.

—Pocos... muy pocos... bastarán, Rosa —dijo el joven, acercando su silla la de la niña—. Seguramente adivinas lo que de eso decirte pues no te son desconocidas las esperanzas más queridas de mi corazón, aun cuando hasta ahora no te las hayan confesado mis labios.

Densa palidez había cubierto el rostro de Rosa no bien vio entrar a Enrique. No seamos maliciosos, que muy bien podía aquélla ser efecto de la reciente enfermedad. Cuáles fueran sus pensamientos, no es posible saberlo, pues limitóse a inclinarse sobre una maceta que cerca de su silla había y esperó callada a que Enrique se explicase.

—He debido... creo... me parece que debía haberme marchado ya —dijo Enrique.

—En efecto —contestó Rosa—. Me perdonarás que te lo diga; pero desearía que te hubieses ido ya.

—Me trajo aquí el más doloroso, el más cruel de los temores —repuso el joven—, el miedo de perder para siempre a la persona querida en la cual tengo concentrados todos mis deseos y esperanzas. Estabas moribunda, Rosa, suspendida entre el Cielo y este mundo material. Todos sabemos que cuando la enfermedad visita a las personas llenas de vida, a las que son prodigios por la hermosura y ángeles por la bondad, sus espíritus inmaculados tienden insensiblemente a refugiarse en la brillante mansión del eterno descanso, y no ignoramos que, con dolorosa frecuencia, la parca fatal siega los tallos de las flores más hermosas del género humano.

Temblaban dos perlas en las pestañas de la encantadora Rosa mientras escuchaba las tiernas palabras de Enrique, y cuando una de aquéllas cayó en la flor sobre la que se inclinaba, brilló en su cáliz, multiplicando su belleza. No parecía sino que aquella lágrima, rocío destilado de un corazón puro, alegaba

derechos a confundirse con las creaciones más bellas de la Naturaleza.

—¡Un ángel —repuso el joven con acento apasionado—, una criatura tan hermosa, tan inocente, tan limpia de culpa como los mismos ángeles del Cielo, suspensa entre la vida y la muerte! ¡Oh! ¿Quién podía esperar que, cuando aquélla mansión lejana y celestial para la cual ha nacido le medio abría sus puertas, se decidiría a permanecer entre nosotros, para compartir las penas y miserias de esta vida de dolores? ¡Rosa, Rosa! ¡Tener la cruel convicción de que ibas a disiparte como una sombra, a extinguirte como una luz que Dios envió a la tierra para que brillase un momento nada más, perder las esperanzas de conservarte para los que acá abajo sufrimos, más aún, comprender que no es éste tu mundo, porque los ángeles en el Cielo están, saber que tu centro está en aquella mansión brillante hacia la que casi todos los seres privilegiados han emprendido su temprano vuelo; y sin embargo, pedir llorando a Dios que te dejase entre los que acá abajo te aman, son tormentos demasiado crueles para las fuerzas humanas! Pues bien: yo los sufrí, día y noche; a ellos se unió el temor indecible y el sentimiento egoísta de que murieras sin saber al menos cuán ardientemente te amo. No sé cómo los embates del dolor no me arrebataron la razón. Has curado. De día en día, de hora en hora, ha vuelto la salud, gota a gota, y aquel hilo débil de vida que circulaba con languidez por tu cuerpo, hoy es ya torrente impetuoso. He acechado ese feliz paso de la muerte a la vida con ojos que humedecían el anhelo, la ansiedad y el cariño más hondo... ¡No me digas que hubieses deseado privarme de ese espectáculo, que te aseguro que ha despertado en mi corazón una piedad inmensa hacia toda la humanidad doliente!

—No fue eso lo que quise decir —contestó llorando Rosa—. Si manifesté deseos de que te hubieras ido ya de aquí, fue porque siento que no continúes consagrando todas tus fuerzas a empresas elevadas y nobles... a empresas dignas de ti.

—No hay empresa más elevada, más noble, más digna de mí, más digna del mortal más privilegiado que exista, que luchar para merecer un corazón como el tuyo —replicó el joven, tomando entre las suyas la mano de Rosa—. ¡Rosa... mi Rosa querida!... ¡Hace años, muchos años que te adoro! ¡Hace años que vivo de la esperanza de conquistar honores, para volver a casa lleno de orgullo y jurarte que sólo los ambicioné para tener el placer de compartirlos contigo! ¡Hace años que, mientras sueño despierto, pienso cómo te recordaré, en aquel momento feliz, las mil pruebas silenciosas de cariño que desde niño te vengo dando, y cómo fundaré en ellas mis derechos a tu mano, cual si entre nosotros existiera de antiguo un convenio mutuo, ratificado y sellado! Ese momento no ha llegado aún; pero hoy, sin honores conquistados, antes de ver realizados los sueños de mis años juveniles, vengo a poner a tus pies un corazón que desde hace tanto tiempo es tuyo, y a suplicarte de rodillas que

aceptes la ofrenda.

—Siempre ha sido elevada, noble y generosa tu conducta —respondió Rosa procurando adueñarse de la emoción que la agitaba—; como quiera que sabes muy bien que ni soy insensible ni ingrata, vas a oír mi contestación.

—Que trate de merecerte; ¿es ésa la contestación, Rosa querida?

—La contestación es que trates de olvidarme —replicó Rosa—; no como a una amiga fiel, a amiga cariñosa, pues si como amiga me olvidases, me harías sufrir horriblemente, sino como a objeto de tu amor. Tiende tus miradas por el mundo, piensa en los muchos corazones que en él encontrarás dignos de ti, cambia la naturaleza de tu pasión, y encontrarás en mí la amiga más sincera, la más constante, la más cariñosa.

Sobrevino una pausa, durante la cual, Rosa, que con una mano medio ocultaba su rostro, dio rienda suelta a sus lágrimas. Enrique retenía la otra entre las suyas.

—¿No podría saber, Rosa, los motivos que te inducen a adoptar la decisión que acabas de manifestarme? —preguntó Enrique, bajando la voz.

—Tienes derecho a conocerlos —contestó la niña—. Principiaré por decir, que nada de cuanto me digas ha de modificar mi resolución. Se trata de un deber, de una obligación que no puedo menos de cumplir. Sé lo que debo al mundo y a mí misma, Enrique.

—¿A ti misma?

—Sí, Enrique. Faltaría a lo que a mí misma me debo si yo, muchacha sin fortuna y sin amigos, llevando un apellido poco limpio, aceptase una situación que daría a tus amigos y al mundo entero motivo para creer que aproveché sórdidamente tu pasión primera y destruí para siempre con mi enlace las elevadas esperanzas de un porvenir brillante. Además, por ti, por tu familia, que me ha colmado de favores, me opondré siempre a que un impulso de tu natural generoso alce un obstáculo que paralizaría para siempre la carrera que puedes hacer en el mundo.

—Si tus inclinaciones están en armonía con lo que llamas tu deber...— comenzó diciendo Enrique.

—No lo están —respondió Rosa cuyas mejillas se cubrieron de vivo carmín.

—¿Luego correspondes a mi amor? ¡Dímelo, Rosa querida, dímelo, y así dulcificarás la amargura de este cruel desengaño!

—Si me fuera dado corresponder sin perjudicar mucho al hombre que amase, habría...

—Habrías recibido de otra manera mi declaración, ¿no es verdad, Rosa? ¡No me ocultes esto al menos!...

—Tal vez —contestó Rosa—. Pero... —añadió, retirando la mano que Enrique había tenido asida—, ¿a qué prolongar esta entrevista dolorosa? Dolorosa sobre todo para mí, aun cuando engendraré su recuerdo una dicha perdurable, puesto que me hará feliz la certeza de que he ocupado en tu corazón el lugar preferente que ahora ocupo, y que en algo he contribuido a que coseches los triunfos que te esperan en la vida, cada uno de los cuales acrecentará mi, valor y mi firmeza. ¡Adiós, Enrique! ¡No volveremos a encontrarnos como nos hemos encontrado hoy; pero lazos de índole distinta de los que han motivado esta conversación nos unirán para siempre, y ojalá las fervientes plegarias nacidas de un corazón recto y cariñoso hagan descender del trono donde se asienta la verdad y la bondad eterna toda clase de bendiciones y de prosperidades sobre ti!

—Una palabra más, Rosa. Quisiera escuchar de tus propios labios las razones a que obedece tu conducta.

—El mundo te brinda un porvenir brillantísimo —respondió Rosa con firme resolución—. Puedes aspirar a todos los altos honores que la vida pública reserva a los que atesoran gran talento y cuentan con poderosos protectores. Pero es que los protectores son orgullosos; y yo no alternaré jamás con los que menosprecian a la madre que me dio el ser, no atraeré el deshonor o el fracaso sobre el hijo de la que ha sido para mí una segunda madre. En una palabra —añadió la joven dando media vuelta para impedir que la vendieran las lágrimas—: hay en mi nombre una mancha que el mundo suele hacer recaer sobre seres inocentes, y con la cual no quiero contaminar a nadie. Yo sola sobrellevaré el peso de mi desgracia.

—¡Una palabra, Rosa, una sola! —exclamó Enrique, cayendo de rodillas—. Si fuera yo menos... afortunado, diría el necio mundo, si mi destino hubiera sido vivir una existencia obscura... si fuera pobre, desgraciado, si no tuviera amigos... ¿me rechazarías de la misma manera? ¿Es la perspectiva de mis riquezas, la probabilidad de los honores que acaso me esperan, la que ha dado nacimiento a esos escrúpulos con respecto a su origen?

—No me obligues a contestar —respondió Rosa—. Te suplico que no insistas si no quieres hacerme sufrir.

—Si tu contestación es como casi me atrevo a esperar —repuso Enrique—, sería a manera de rayo brillante de felicidad que proyectaría alguna claridad sobre mi solitaria vida, y, sobre todo, sobre el penoso y árido camino abierto ante mí. No es pedir mucho solicitar dos palabras que podrían hacer tanto bien a quien te ama sobre todas las cosas. ¡Oh, mi querida Rosa! ¡En nombre de mi amor ardiente e inextinguible, en consideración a todo lo que por ti he sufrido

y a todo lo que me resta que sufrir, te conjuro a que contestes esa sola pregunta!

—Contestaré, puesto que te empeñas. Si tu posición hubiera sido otra, si fueras un poquito superior a mí, un poquito, no tanto como lo eres, si yo hubiese podido ser para ti una compañera llena de abnegación y un apoyo y consuelo en una vida retirada y tranquila, en vez de una mancha a los ojos de los grandes y una rémora en tu carrera, no pasaría por la dura prueba por la que paso. Me sobran motivos ahora para considerarme feliz, Enrique, pero aceptando tu proposición, confieso que lo hubiese sido mucho más.

Recuerdos antiguos, esperanzas acariciadas en otros tiempos brotaron pujantes en la imaginación de Rosa al hacer la confesión que queda copiada, pero fueron recuerdos y esperanzas que vinieron acompañados de lágrimas, como ocurre siempre cuando vemos desvanecerse ilusiones que nos son queridas.

—Me es imposible vencer esta debilidad, aunque ella me afirma cada día más y más en mi resolución —añadió Rosa—. Es preciso que nos separemos de una vez —terminó, alargando la diestra a Enrique.

—Deseo que me hagas una promesa —replicó Enrique—. Me reservo el derecho de hablarte otra vez... una sola, que será la última, sobre este particular, dentro... de un año; quizá mucho antes.

—No te obstines en querer alterar mi determinación, pues te prevengo que ha de ser inútil —contestó Rosa sonriendo con amargura.

—Será para que me repitas esto mismo, si tal es tu deseo, para que me lo digas una vez más y con carácter definitivo. Yo pondré a tus plantas mi posición y mi fortuna, sean las que sean: si tú persistes en tu resolución actual, ni con actos ni con palabras intentaré combatirla.

—Está bien —dijo Rosa—. Será renovar la llaga; pero para entonces, espero que habré hecho acopio de fuerzas y podré resistir la prueba con mayor entereza.

Nuevamente ofreció su mano a Enrique; pero éste la atrajo a sus brazos, estampó un beso sobre su hermosa frente y salió presuroso de la habitación.

Capítulo XXXVI

Que será muy breve y parecerá perfectamente inútil, pero que debe ser leído, porque completa el anterior y es la clave de otro que seguirá cuando sean tiempo y sazón

—¿Conque está usted decidido a ser mi compañero de viaje? —preguntó el doctor, al presentarse Enrique en el comedor, donde se encontraba con Oliver—. ¡No era eso lo que pensaba usted hace dos horas y media! ¡Por supuesto, que ya sé que suele usted cambiar de parecer con más frecuencia que de camisa!

—No me dirá usted lo mismo dentro de pocos días, doctor —contestó Enrique con cierto embarazo que al parecer no tenía motivo justificado.

—Trabajillo le costará convencerme —replicó el doctor—. Ayer por la mañana, sin ir más lejos se ocurre a usted de pronto permanecer aquí, con objeto de acompañar como buen hijo, a su madre a los baños de mar: la misma mañana antes del mediodía, me anuncia que va a hacerme el honor de acompañarme hasta Chertsey, siguiendo el viaje hasta Londres; llega noche, y viene con gran misterio, más interés a rogarme que me vaya solo antes de levantarse la señora de todo lo cual ha resultado que ahí tenemos al pobre Oliver clavado en esa silla, cuando debiera encontrarse corriendo por esas praderas a la caza de fenómenos botánicos de toda clase. Es una desgracia; ¿no es cierto, Oliver?

—Hubiera sentido mucho no encontrarme en casa en el momento de marcharse usted y el señor Maylie —contestó Oliver.

—Es un buen muchacho —observó el doctor—. Pero hablando seriamente, Enrique, ¿obedece su por marcharse a alguna carta recibida de los inmortales?

—Los inmortales —replicó Enrique—, entre los cuales incluye, no me engaño, a mi inmortalísimo tío, no han tenido la dignación comunicarse conmigo desde que llegué aquí, ni es probable que la estación presente, ocurra nada que haga necesaria mi presencia inmediata entre ellos.

—De todas suertes, no puede negarse que es usted un hombre singular. Pero menos mal; es seguro que para las elecciones de Navidad conseguirá usted un puesto en el Parlamento, y que no puede darse preparación mejor para entrar de lleno en la vida política que esa movilidad maravillosa de parecer que le distingue, esos cambios bruscos, esas transiciones repentinas que forman su carácter. Algo es algo. Bueno es reunir condiciones para cualquier carrera y ejercitarse para obtener el premio, consista éste en un destino en una copa o en una suma de importancia.

Enrique Maylie abrió dos o tres veces la boca como con deseos de hacer alguna observación que probablemente habría sorprendido no poco al buen doctor, pero se contentó con decir:

—¡Veremos... veremos!

Poco después de sostenido este breve diálogo, estaba preparada la silla de posta, Giles daba la última mano al arreglo del equipaje, y el doctor salía de la estancia para ultimar los preparativos de marcha.

—Oliver —dijo Enrique—; necesito decirte cuatro palabras.

Acercóse Oliver al hueco de la ventana obedeciendo a una seña de Enrique, no poco sorprendido al observar la expresión de tristeza que reflejaba el rostro de aquél.

—Creo que has aprendido ya a escribir bien, ¿verdad? —preguntó, poniendo una mano sobre el hombro del muchacho.

—Me parece que sí, señor —contestó Oliver.

—Es probable que pase algún tiempo antes que yo vuelva por aquí, y desearía que me escribieras... cada quince días, por ejemplo... sí, un lunes sí y otro no... dirigiendo las cartas a la Dirección General de Correos en Londres; ¿lo harás así?

—¡Oh!... ¡Con mucho gusto, señor! Será para mí motivo de orgullo obedecer su indicación.

—Deseo tener noticias de... de mi madre y de la señorita Rosa. Procura ser extenso llenando algunas páginas con detalles minuciosos acerca de los paseos que deis, de lo que habléis, sobre todo manifestándome si ella... ellas, quise decir, gozan de buena salud y parecen contentas y felices... ¿Me comprendes?

—Sí, señor, sí; perfectamente.

—Te recomiendo que a nadie hables sobre el encargo que te dejo, pues si mi madre lo supiera, acaso quisiera escribirme con más frecuencia, lo que sería para ella una molestia inútil. Sea esto un secreto entre nosotros y recuerda que deseo saberlo todo: en ti confío, Oliver.

Lleno de orgullo Oliver, respirando satisfacción por todos los poros de su cuerpo, prometió muy formalmente ser discreto y explícito en sus cartas. Enrique Maylie se despidió de él, prometiéndole que se interesaría muy de veras por su suerte y asegurándole que podía contar desde aquel momento con su decidida protección. El doctor había tomado ya asiento en el carruaje; Giles tenía abierta la portezuela; las criadas estaban en el jardín, curioseándolo todo, y Enrique, no sin dirigir una mirada rápida a la ventana que le interesaba, entró en el coche.

—¡En marcha! —exclamó—. ¡Vivo, vivo... a galope! ¡Hoy necesito volar! ... ¡No me conformo con menos!

—¡Eh!... —gritó el doctor bajando presuroso la ventanilla y dirigiéndose al postillón—. ¡Yo no tengo empeño por volar! Me conformo con mucho

menos... oye usted?

Partió la silla de posta como una exhalación, no tardando en perderse entre nubes de polvo. Los que la seguían con la vista no se dispersaron hasta después de haberse perdido las nubes en que aquella iba envuelta. Hubo, sin embargo, una persona que continuaba con los ojos fijos en el punto por donde desapareciera el carruaje cuando éste se había alejado ya muchas millas. Oculta tras la cortina blanca de la ventana hacia la cual había vuelto Enrique sus miradas antes de montar en el coche, estaba Rosa, que era la persona a que nos referimos.

—Parece contento y feliz —murmuró la joven, exhalando un suspiro—. Temí que no fuera así, pero felizmente me engañé. ¡Me alegro... me alegro mucho!

Síntomas son las lágrimas de felicidad y contento lo mismo que de tristeza y quebranto; pero las que rodaban por las mejillas de Rosa, mientras sentada junto a la ventana continuaba con la mirada perdida en la dirección que siguiera la silla de posta, más parecían de amargura que de júbilo.

Capítulo XXXVII

Donde el lector encontrará un contraste bastante frecuente en los

Matrimonios

Volvemos a encontrar al egregio señor Bumble sentado en el salón recibimiento del hospicio-asilo, clavada la mirada en la estufa que, dada la estación, verano riguroso, no lanzaba más fulgores que los producidos por algunos pálidos rayos de sol que venían a quebrarse en su fría y brillante superficie. Pendía del techo una jaulita de papel para moscas, hacia la cual alzaba de vez en cuando sus ojos el bedel, sumido al parecer en pensamientos sombríos, y cuando reparaba en la indiferencia con que los aturdidos insectos revoloteaban alrededor de la jaula, su pecho dejaba escapar un suspiro muy hondo y se ensombrecía más y más su semblante. El señor Bumble meditaba, y parece que las moscas aprisionadas evocaban en su mente tristes recuerdos relacionados con alguna circunstancia dolorosa de su vida.

Y no era la expresión sombría del rostro del bedel lo único indicado para excitar en el pecho de cualquier espectador un sentimiento de melancolía agradable, que sobaban en aquel personaje otros indicios, estrechamente relacionados con su persona, anunciadores de que en su posición se había operado un cambio trascendental. ¿Dónde estaba la levita galoneada? ¿Dónde el famoso tricornio? Ciertamente vestía calzón corto y medias negras de

algodón, pero el calzón corto que adornaba la parte interior de su cuerpo no era el calzón. Largos faldones tenía la levita, y en esto ciertamente parecía a la levita. ¡Pero cuán distinta era! Por añadidura, el tricornio imponente, el tricornio majestuoso, había sido reemplazado por un modesto y vulgar sombrero redondo. En una palabra: ¡el buen Bumble no era ya bedel! Existen en la vida ciertos cargos sociales que, independientemente de las ventajas de orden substancial que reportan, derivan un valor peculiar y una dignidad especial de las levitas y chalecos afectos al cargo en cuestión. Viste el Capitán general hermoso uniforme, sotana morada obispo y usa el bedel tricornio ricamente galoneado; despojad al Capitán general de su uniforme, al obispo de su sotana morada y al bedel de su tricornio, y, ¿qué queda? ¡Hombres... hombres como los demás! Y es que la dignidad, y no pocas veces la santidad, son con harta frecuencia, y en mayor escala de lo que muchos creen, cuestión de traje.

El señor Bumble se había casa con la tierna señora Corney y era director del hospicio-asilo. Otro bedel le había sucedido en su antiguo cargo, y heredado su autoridad, su tricornio, su levitón galoneado y su bastón.

—¡Dos meses mañana! —murmuró Bumble, exhalando un suspiro con el que pareció que salía toda su alma—. ¡Parece que ha pasado un siglo!

Muy bien podían significar las palabras de Bumble que todo un siglo de felicidad se había concentrado en el breve lapso de ocho semanas; pero aquel suspiro... ¡aquel suspiro significaba mucho más!

—Me vendí —continuó el señor Bumble, siguiendo el hilo de sus pensamientos— por seis cucharillas de té, una tenacilla de azúcar y una lechera... más algunos muebles muy usados y veinte libras esterlinas en metálico... ¡Barato... horriblemente barato!

—¡Barato!, ¿eh? —gritó una voz agria en su mismo oído—. ¡Tenga usted entendido, señor mío, que por muy poco que por usted hubieran pagado, habrían hecho un mal negocio! ¡Vale usted bastante menos de lo que yo pagué... bien lo sabe Dios!

Volvió la cabeza el señor Bumble, y tropezó con el rostro de su dulce mitad, la cual, aunque no había escuchado más que las palabras últimas de su esposo, y como consecuencia, sólo de una manera imperfecta pudo comprender su significado, aventuró las palabras que acababa de leer el lector, las que no dejaban de venir al caso.

—¡Querida mía! exclamó Bumble con ternura sentimental admirablemente fingida.

—¿Qué hay? —preguntó la dama.

—Ten la bondad de mirarme a la cara —dijo Bumble, clavando los ojos en los de su cara mitad.

—Si resistes esta mirada —pensó el buen bedel para su capote—, es capaz de resistirlo todo. Jamás dejó de producir efecto en los pobres; si en mi mujer no lo produce, ¡adiós para siempre mi autoridad!

Puede que una mirada cualquiera baste para intimidar a los pobres, los cuales, por lo mismo que están pésimamente alimentados, suelen adolecer de defecto de entereza varonil; puede que la ex señora de Corney estuviera hecha a prueba de miradas de águila; asunto en ése opinable, acerca del cual me abstendré de dar una decisión; lo que sí aseguro, es que la matrona, lejos de intimidarse, midió a Bumble de arriba abajo, y luego de abajo arriba, con una mirada que respiraba desdén, y hasta se permitió soltar una risotada muy significativa. La expresión del rostro del bedel al oír la carcajada fue de incredulidad al principio, y luego de estupefacción. No sabiendo qué partido adoptar, resolvió entregarse de nuevo a sus reflexiones, de las que no despertó hasta que sonó en sus oídos la voz estridente de su dulce compañera.

—¿Piensas estar ahí roncando como un becerro todo el día? —preguntó aquélla.

—Pienso permanecer aquí todo el tiempo que tenga por conveniente, señora —replicó el señor Bumble—; no estoy roncando en este momento, pero roncaré, toseré, estornudaré, reiré o lloraré, según me venga en gana, porque a ello me da derecho mi prerrogativa.

—¡Tu prerrogativa! —exclamó la dama con sorna.

—Mi prerrogativa, sí; la prerrogativa del hombre es mandar.

—¿Y la prerrogativa de la mujer? ¿Cuál es? ¿Tiene el señor la bondad de decírmelo?

—¡Obedecer, señora, obedecer! ¡Su difunto marido debió habérselo enseñado así, y quién sabe si aun viviría!... ¡Cuánto daría yo porque viviera! ... ¡Pobre señor!

Comprendiendo la señora Bumble que había llegado el momento decisivo, que en aquel punto y hora se decidiría de modo irrevocable quién de los dos empuñaba el cetro de la autoridad doméstica, y que para conquistar ésta precisaba dar un golpe que fuese final y concluyente, no bien sonó en sus oídos la delicada alusión a su difunto marido, se dejó caer sobre una silla, y diciendo a grito herido que el señor Bumble era un bruto sin corazón ni conciencia, rompió a llorar desafortadamente jamás encontraron las lágrimas el camino que conducía al corazón de Bumble, sencillamente porque la víscera indicada, si es que realmente existía en el pecho del ex bedel, se encontraba

protegida con tres o cuatro capas perfectamente impermeables. De la misma manera que los sombreros de hule brillan y lucen más cuanto mayor es la cantidad de agua que reciben, así los nervios de Bumble ganaban vigor y fortaleza cuando más desecha era la tempestad de lágrimas que se les venía encima, fenómeno muy natural, pues las lágrimas, a la par que prendas de debilidad, son confesiones tácitas de sumisión, y reconocimiento, también tácito, de la autoridad de la persona que, en circunstancias como las presentes, las provoca. Bumble, pues, contento y satisfecho de sí mismo, dijo a su cara consorte que la aconsejaba que llorase mucho, hasta caer rendida, toda vez que la ciencia médica aseguraba que el ejercicio no podía ser más sano.

—Ensancha los pulmones —añadió—, lava la cara, ejercita los ojos, suaviza el carácter y baja los humos. Mi mayor alegría, será verte llorar eternamente.

Pronunciadas estas palabras, Bumble tomó el sombrero de la percha, se lo encasquetó de lado como hombre orgulloso por haber afianzado de una vez y para siempre su autoridad, metió ambas manos en los bolsillos y echó a andar hacia la puerta, contoneándose con aire jocosos y retozón. Pero era el caso que la ex viuda Corney había apelado al registro de las lágrimas porque entendió que era más cómodo que un asalto material, pero dispuesta y siempre preparada a recurrir a lo segundo, si la obligaban, como no tardó el señor Bumble en descubrir.

La primera prueba la recibieron los oídos de Bumble en forma de ruido sordo, seguido inmediatamente por el vuelo del sombrero que partió desde su cabeza hasta el rincón más lejano de la estancia. Desnuda la cabeza del buen bedel como consecuencia del procedimiento preliminar apuntado, la experta matrona le agarró con una mano por el cuello, y con la otra le propinó una lluvia torrencial de golpes, con vigor poco común y acierto maravilloso. En su deseo de variar el ejercicio, a los puñetazos sucedieron sendos arañazos que dejaron en la cara de eximio Bumble caprichosos dibujos, matizados con tirones de pelo que aclararon un poco el que cubría su cuero cabelludo; luego creyó que el castigo correspondía la magnitud de la ofensa, derribó de un empujón sobre una silla, que afortunadamente recogió su cuerpo y le desafió a que en su vida volviera a hablar de prerrogativas maritales si se atrevía.

—¡De pie y largo de aquí, si no quieres que apele al recurso extremo! —gritó la matrona con voz autoritaria.

Bumble se levantó con aire compungido y preguntándose mentalmente qué entendería su mujer por cursos extremos. Recogió del su sombrero y volvió sus ojos a la puerta.

—¿Te vas? —preguntó la señora.

—¡Enseguida, querida mía, enseguida! —respondió con acento meloso Bumble—. La verdad... no fue mi intención... ¡Ya me voy, querida, ya me voy! Estás hoy un poquito violenta y yo...

Avanzó en aquel instante la señora Bumble unos pasos con ánimo de extender la alfombra que se había arrugado en la lucha, lo que bastó para que su marido saliera presuroso sin terminar la frase y dejando a su señora completamente dueña del campo. La sorpresa de Bumble había sido grande, casi tan grande como la paliza recibida. Hombre propenso por temperamento a la matonería, aficionado al ejercicio de las pequeñas crueldades, que le proporcionaban un placer inmenso, era, como comprenderá el lector, un perfecto cobarde. Y cuenta que no me propongo con esta observación echar un borrón sobre su carácter, pues son muchas las personas que desempeñan altos cargos oficiales, a quienes se respeta y teme, que son víctimas de debilidades de la misma índole. Más que con ánimo de perjudicarlo, hice la observación con el propósito de favorecerle y a fin de que el lector se penetre muy bien de su aptitud en el desempeño de las funciones de su cargo.

Mayores habían de ser todavía sus humillaciones. Después de dar una vuelta por el hospicio-asilo y de ocurrírsele por vez primera en su vida el pensamiento de que las leyes que regulaban la vida de los pobres eran excesivamente rígidas y de que los maridos que abandonaban a sus tiernas esposas dejándolas a cargo de la parroquia no deberían, en justicia, ser castigados, antes bien recompensados como beneméritos que habían sufrido mucho, volvió el señor Bumble a la estancia en la que de ordinario estaban las pobres encargadas del lavado de ropa del asilo, de donde partía rumor de voces enzarzadas en animada conversación.

—¡Hum! —murmuró el antiguo bedel, adoptando toda su dignidad nativa—. ¡Al menos esas mujeres continuarán respetando la prerrogativa! ¡Eh!... ¡Eh! —gritó—. ¿Qué significa ese ruido, brujas condenadas?

Barbotando estas palabras cariñosas abrió la puerta y penetró con fiero continente y ceño adusto en la habitación, fiereza que se trocó en humildad y ceño que se convirtió en dulce sonrisa no bien sus ojos tropezaron con la persona de su cara mitad, que se encontraba en el centro del grupo.

—¡Querida mía! —exclamó—. Ignoraba que estuvieses aquí.

—¿Ignorabas que estuviese aquí? —replicó la matrona—. ¿Y qué se le ha perdido a usted en este sitio?

—Se me figuró que hablaban aquí demasiado para que no se resintiera el trabajo —respondió Bumble, mirando de soslayo a dos viejas que exteriorizaban la maravilla que les producía la humildad del director del establecimiento.

—Conque te parecía que hablaban demasiado, ¿eh? ¿Y te importa algo eso?

—Yo creo... amiga mía... entiendo...

—Repito: ¿te importa algo que hablen o no?

—Confieso, querida mía, que el ama eres tú... pero creí que no estarías aquí y...

—¡Óigame usted bien, señor Bumble! Aquí no hace usted maldita la falta. Es usted muy aficionado a meter la nariz donde no debe, a presentarse donde no le llaman, sin pensar que todo el mundo se ríe de usted apenas vuelve la espalda, sin tener en cuenta que da motivos sobrados para que le llamen imbécil a todas las horas del día y de la noche... ¡Largo de aquí!

El buen Bumble, reparando con dolor lacerante en la expresión de júbilo que reflejaban las arrugadas caras de las dos viejas y en los guiños significativos que se dirigían, titubeó, como no decidiéndose a marcharse, pero su mujer, cuyo fuerte parece que no era la paciencia, cogiendo una vasija llena de agua de jabón, le indicó la puerta, amenazándole en caso contrario con arrojar el líquido sobre su majestuosa persona. ¿Qué podía hacer Bumble? Tendió alrededor una mirada de desesperación y salió, entre las risotadas de las viejas, que no pudieron contener ya su hilaridad. ¡Era lo único que le faltaba para que el calvario fuera completo! Veíase deshonorado a sus ojos, degradado públicamente, despojado de su autoridad ante los mismos asilados, derribado desde las alturas del importante cargo de bedel hasta el abismo sin fondo de la más baja de las abyecciones, convertido de orondo director de la casa, en despreciable Juan Lanás.

—¡Y todo en dos meses! —murmuró Bumble, presa de lúgubres ideas—. ¡Dos meses! ¡Dos meses atrás era yo dueño absoluto, no ya sólo de mi persona, sino también de todo aquel que tuviera algo que ver con el hospicio-asilo parroquial; y ahora...!

¡Aquello era demasiado! El señor Bumble obsequió con un tirón de orejas brutal al muchacho que se adelantó a abrirle la puerta, y salió a la calle. Nervioso, agitado, recorrió calle tras calle hasta que el ejercicio calmó la primera explosión de su dolor, después de lo cual, la revulsión de sus sentimientos despertó en él una sed rabiosa. Pasó sin detenerse frente a varias tabernas, y al fin encontró una en cuyo interior, según pudo observar mirando recatadamente por la ventana, no había más que un parroquiano. La lluvia, que principió a caer en aquel momento, acabó de decidirle. Entró; y al cruzar frente al mostrador, mandó que le sirviesen algo de beber y se dirigió a la sala que había reconocido desde la calle.

El individuo que allí encontró era moreno, alto y usaba capa. Tenía trazas

de extranjero y parecía, a juzgar por el cansancio que revelaba su expresión y por el polvo que cubría su vestido, que acababa de hacer un largo viaje. Dirigió una mirada oblicua a Bumble al entrar éste, y apenas si se dignó contestar con una inclinación de cabeza al saludo que el ex bedel le dirigió. La desatención no afectó gran cosa a Bumble, quien tomó asiento, bebió sin despegar los labios el vaso de ginebra mezclado con agua que le sirvieron, y comenzó a leer el periódico con aire de suprema dignidad. Ocurrió, sin embargo, lo que casi siempre ocurre cuando se encuentran dos hombres desconocidos en circunstancias análogas, es decir, que el señor Bumble, de vez en cuando, sentía comezón irresistible de mirar furtivamente a su compañero de taberna, y cuantas veces cedía a la tentación, había de bajar los ojos con cierta confusión, porque encontraba fija en él la mirada del desconocido. Vino a aumentar la torpeza y azoramiento del señor Bumble la expresión peculiar de los ojos del desconocido, brillantes y de mirar perspicaz, pero a la par reflejando recelos y desconfianzas. Varias veces se habían tropezado las miradas de entrambos, cuando el desconocido preguntó con voz dura y aguardentosa:

—¿Me buscaba usted por ventura cuando asomó las narices por la ventana?

—Que yo sepa, no; a no ser que sea usted el señor...

Bumble, que sentía curiosidad por conocer el nombre del desconocido calló, esperando que aquél, en su impaciencia, completaría la frase.

—Veo que no me buscaba a mí —contestó el desconocido con expresión irónica—; pues de buscarme mí, conocería mi nombre. Ignora usted quién soy, y le aconsejo que intente averiguarlo.

—No es mi intención hacer a usted daño alguno, joven —dijo Bumble con expresión de gran majestad.

—Ni sé que me haya hecho ninguno —replicó el desconocido.

Siguió una pausa, que al cabo un rato interrumpió otra vez el desconocido.

—Si no me equivoco, no es esta vez primera que le he visto a usted. Vestía usted otro traje y no le vi más que al paso en la calle, un segundo, pero no necesito más para recordarle. Era usted bedel; ¿es cierto?

—En efecto —respondió Bumble sin poder ocultar su sorpresa—; bedel del parroquial.

—Eso es; y ahora, ¿qué es usted?

—Director del hospicio-asilo —contestó Bumble con acento de solemnidad, a fin de poner coto a familiaridades posibles del desconocido—. Director del establecimiento joven.

—No dudo que velará por sus intereses con tanto celo como siempre —repuso el desconocido, dirigiendo a Bumble una mirada penetrante—. No tenga reparo en contestarme con franqueza absoluta, buen hombre que le conozco perfectamente.

—Siempre he creído que un hombre casado —contestó Bumble, colocando sobre los ojos una mano a guisa de pantalla y examinando con inquietud visible de pies a cabeza a su interlocutor—, debe estar tan atento a ganarse honradamente un chelín como cuando era célibe. No están tan bien retribuidos los funcionarios parroquiales para que desdeñen un sobresueldo, siempre que se les ofrezca ocasión de ganarlo decente y honradamente.

Sonrió el desconocido e hizo un movimiento de cabeza que parecía significar que no se había engañado, y llamó seguidamente.

—Llene usted ese vaso de algo que sea fuerte —dijo, alargando el de Bumble al mozo que acudió al llamamiento—. ¿No es así como le gusta?

—Demasiado fuerte no —contestó Bumble, tosiendo ligeramente.

—¿Me has oído, muchacho? —preguntó el desconocido con sequedad.

Sonrió el mozo, desapareció, y un momento después volvía con un líquido cuyo primer sorbo hizo saltar las lágrimas a Bumble.

—Présteme usted atención —dijo el desconocido, después de haber cerrado la puerta y la ventana de la estancia—. Vine hoy a esta población con objeto de buscarle a usted, y por una de esas casualidades que el diablo depara algunas veces a sus amigos, llega usted a esta taberna cuando más pensaba yo en su persona. Necesito que me facilite usted unos datos que, aun cuando apenas si tienen importancia, estoy dispuesto a pagarle. Tome usted esto para hacer boca.

Acompañando la acción a la palabra, alargó a su interlocutor dos soberanos en forma recatada, cual si deseara que el retintín de las monedas no llegase fuera. Luego que Bumble las hubo examinado diligentemente para cerciorarse de que eran de buena ley y guardado en el bolsillo, prosiguió el desconocido:

—Dirija usted una mirada retrospectiva... evoque recuerdos pasados... ¡A ver!... ¡A ver!... Doce años hizo el invierno pasado...

—Larga es la fecha —contestó Bumble—; pero no importa.

—La acción tiene lugar en un hospicio-asilo.

—Muy bien.

—Es de noche.

—Adelante.

—Y la escena, esas huroneras repugnantes donde mujeres sin ventura dan vida y salud... de que ellas carecen las más de las veces, echando al mundo niños destinados a pesar sobre la parroquia y yendo a ocultar su vergüenza... ¿para qué servirá la vergüenza? yendo a ocultar su vergüenza a la sepultura.

—Si no entiendo mal, se refiere usted a la sala de partos.

—Sí. En esa sala nació un niño.

—En esa sala han nacido muchos niños —replicó Bumble.

—¡Me importa un comino todos los diablillos que allí hayan nacido! —exclamó con impaciencia el desconocido—. Hablo de uno determinado, de un cachorro de aspecto manso y cara pálida, que fue aprendiz de un fabricante de ataúdes... ¡Lástima que no hubiera fabricado uno para el aprendiz y encerrado dentro su maldito cuerpo!... y de quien se supone que al cabo de algún tiempo huyó a Londres.

—¡Habla usted de Oliver... de Oliver Twist! —exclamó Bumble—. Le recuerdo perfectamente, claro. ¡Pillote! más testarudo no lo he visto en los días de mi vida!

—Tampoco me interesa saber nada de lo que usted pueda decirme a su propósito, pues he oído hablar de él más de lo que quisiera —replicó el desconocido interrumpiendo la letanía de atrocidades que se disponía a decir del pobre Oliver.

—Se trata de una mujer: de la bruja que cuidó a su madre. ¿Dónde está?

—¿Qué dónde está? —preguntó con aire socarrón Bumble—. Ha debido quedar cesante, pues en el lugar al que fue no ejercen funciones las parteras.

—¡Hable usted claro! ¿Qué quiere decirme?

—Que murió el invierno pasado.

Clavó el desconocido sus miradas en Bumble al oír la respuesta anterior, y aunque sus ojos persistieron un buen rato sin variar de dirección, la mirada fue perdiendo gradualmente expresión hasta quedar como perdida. El interlocutor de Bumble pareció sumirse en hondas cavilaciones, sin que de su expresión fuera fácil colegir si la noticia le alegraba o le contrariaba, pero al fin respiró con mayor libertad, animóse su mirada, dijo que aquello era demasiado poco y se levantó como con ánimo de marcharse.

Era Bumble sobrado ladino para comprender que se le venía a las manos una ocasión de sacar buen partido del secreto que poseía su cara mitad. Recordó inmediatamente la noche en que murió la vieja Sara, y a fe que tenía motivos poderosos para recordarla, pues fue la de feliz recordación en que declaró sus ansias amorosas a la señora Corney. Nunca había llevado la dama

su confianza hasta el punto de alzar el velo que ocultaba una escena de la que fuera ella el único testigo, pero sí dicho algunas palabras que indicaban que la vieja enfermera del establecimiento había revelado algo relacionado con la madre de Oliver Twist. Para Bumble fue obra de un momento acoplar los datos y reunir los recuerdos, hecho lo cual, manifestó con aire misterioso al desconocido que conocía a una mujer que estuvo encerrada con la bruja en cuestión momentos antes de su muerte y que casi se atrevía a asegurar que la referida mujer podría arrojar alguna luz sobre el punto que deseaba investigar.

—¿Cómo puedo encontrar a esa mujer? —preguntó el desconocido, olvidando su reserva y evidenciando palpablemente que la noticia había despertado de nuevo su temor.

—Únicamente por mediación —contestó Bumble.

—¿Cuándo?

—Mañana.

—A las nueve de la noche puso el desconocido, sacando pedazo de papel y escribiendo unas señas con mano agitada—. A las nueve de la noche tráigala usted al sitio indicado en este papel. No necesito recomendar a usted el secreto pues se lo recomienda su propio interés.

Dichas las anteriores palabras, encaminóse a la puerta, después detenerse frente al mostrador tiempo necesario para pagar el consumo hecho, y seguidamente, luego que manifestó a Bumble que los caminos que debían seguir respectivamente eran diferentes, marchó sin más ceremonias. El funcionario parroquial vio que se le citaba en un paraje solitario, en una casa sita a orillas del río pero sin que en las señas que en mano conservaba constase el nombre del sujeto de quien acababa despedirse. Como éste se había alejado poco, corrió en su alcance.

—¿Qué quiere usted? —preguntó el desconocido, volviéndose bruscamente al sentir que Bumble le tocaba en un hombro—. ¡Me está siguiendo!

—Para hacerle una pregunta, —contestó Bumble mostrando el pedazo de papel—. ¿Por quién he preguntar?

—¡Por Monks! —respondió desconocido, alejándose precipitadamente.

Capítulo XXXVIII

**Hace historia de lo que pasó entre el matrimonio Blumble y Monks
en la entrevista nocturna**

Era una noche de verano calurosa, oscura, nublada. Las nubes, que durante el día habían amenazado tormenta, esparcidas por el cielo en forma de espesas y pesadas masas de vapor, enviaban a la tierra reseca anchas gotas de agua que parecían presagio de una tormenta deshecha. No convidaba a pasear la noche; pero, esto no obstante, el matrimonio Bumble se había lanzado a la calle y se dirigía, después de dejar la calle principal de la población, hacia un caserío ruinoso, distante sobre milla y media del núcleo de aquélla, emplazado en un terreno pantanoso y malsano, a orilla del río. Ambos vestían trajes muy usados y deteriorados que quizá obedecían al objetivo doble de defenderse contra la lluvia y de burlar la observación de que pudieran hacerles objeto. Llevaba el marido una linterna, de la que no salía un solo hilo de luz, y caminaba delante, sin duda para preparar el camino a su mujer, pues, como más que camino, parecía lodazal inmundo, no dejaba de ser una ventaja poder sentar sus pies sobre las anchas pisadas que aquél iba dejando. Caminaban sin pronunciar palabra. De tanto en tanto moderaba el paso el señor Bumble y volvía la cabeza para asegurarse de que su cara mitad le seguía, y al ver que la llevaba pegada a los talones, aumentaba la velocidad de la marcha. Ambos se aproximaban por momentos al término de su expedición. No era el objetivo de su viaje uno de esos lugares de reputación dudosa, pues desde antiguo se le conocía generalmente como cuartel general de los rufianes de más baja ralea, guarida de los criminales más peligrosos y centro de las gentes de pésima condición que, pretextando vivir de su trabajo, tenían como principal recurso el robo y el crimen. El caserío lo formaban una colección de míseras barracas, construidas unas a la ligera con ladrillos sueltos, y con maderas viejas otras, sin orden alguno, y emplazadas, en su mayor parte, a muy pocos pies de distancia de la orilla del río. Algunos botes averiados, medio hundidos en el fango y sujetos a la especie de muelle que bordeaba el lodazal, juntamente con algún que otro remo o cable, parecían indicar a primera vista, que los moradores de aquellos parajes tenían sus ocupaciones en el río; pero bastaba dirigir una mirada a los diversos objetos allí expuestos para adivinar, sin grandes esfuerzos de imaginación, que aquellos utensilios inútiles y fuera de servicio, más que para ser empleados en algo, estaban allí para salvar las apariencias.

En el centro de aquella agrupación monstruosa de covachas, a la orilla misma del río, alzábase un gran caserón, fábrica de algo en tiempos mejores, donde probablemente encontrarían ocupación los habitantes del caserío. Su estado ruinoso databa ya de mucho tiempo. Las ratas, los gusanos y la acción de la humedad habían debilitado y podrido los pies derechos de madera que al edificio servían de cimientos, y gran parte de aquél se habían venido abajo y estaba sumergida en el agua. La que conservaba su posición... bastante modificada, pues presentaba una inclinación decidida sobre el río, parecía no

esperar más que una ocasión favorable para seguir el ejemplo de la parte desaparecida, compartiendo su suerte.

Frente a este edificio en ruinas es donde fueron a detenerse los dignos paseantes nocturnos, precisamente cuando el trueno comenzaba a retumbar a lo lejos y la lluvia a caer con fuerza.

—Debe ser por aquí —dijo Bumble, consultando el pedazo de papel que llevaba en la mano.

—¿Quién va? —preguntó una voz.

Bumble alzó la cabeza y vio a un hombre asomado a una ventana del segundo piso.

—¡Esperen un momento! —repuso la voz—. Bajo enseguida.

El hombre desapareció por la ventana cerrando las maderas de la misma.

—¿Es ése el que buscamos? —preguntó la dulce compañera de Bumble.

—Sí.

—Entonces, ten muy presente lo que voy a recomendarte —dijo la dama—. Habla todo lo menos que te sea posible, pues de lo contrario, vas a vendernos a las primeras palabras.

Bumble, que no cesaba de dirigir al edificio miradas de inquietud, se disponía probablemente a manifestar sus dudas acerca de la conveniencia de seguir la aventura, cuando se lo impidió la presencia de Monks, quien apareció en la puerta y les indicó que pasaran.

—¡Vamos! —gruñó con impaciencia—. ¿Piensan tenerme aquí eternamente?

La mujer, que fue la que mayor vacilación reveló en el primer momento, entró resueltamente sin esperar nuevas instancias, y Bumble entonces, fuera que sintiese vergüenza, fuera que temiese quedarse solo, siguió a su cara mitad, con repugnancia, es verdad, y sin conservar ni rastros de aquella dignidad y prosopopeya que fueron siempre sus características principales.

—¿Qué demonios hace usted ahí, clavado en el lodo y con la boca como un papanatas? —preguntó Monks a Bumble, cerrando la puerta luego que aquél entró.

—Estábamos... estábamos tomando el fresco —respondió Bumble, mirando a su interlocutor con miedo manifiesto.

—¡Tomando el fresco! —replicó Monks—. Toda el agua que ha caído desde que existe el mundo, y la que caerá hasta el día del juicio, no es bastante para apagar el infierno ardiente que puede encerrar un hombre en su pecho.

¡No es empresa fácil refrescarlo a usted, amigo! ¡Téngalo por seguro!

Pronunciadas estas palabras tan agradables, Monks se encaró bruscamente con la matrona y fijó en ella una mirada tan amenazadora, que aquélla, no obstante ser de las que difícilmente se acobardaban, hubo bajar los ojos y clavarlos en el suelo.

—Es ésta la mujer ¿no? —preguntó Monks a Bumble.

—Sí —contestó Bumble, acordándose de las recomendaciones de su esposa.

—¿Es que cree usted que las mujeres no podemos guardar secreto —preguntó la matrona, devolviendo a Monks las miradas escrutadoras que éste le dirigía.

—Sé, por lo menos, que siempre guardan un secreto, hasta que el diablo lo descubre —contestó Monks con displicencia.

—¿Qué secreto es ése? —inquirió la dama en el mismo tono.

—El del naufragio de su reputación —replicó Monks—. He aquí por qué no temo confiar a una mujer un secreto que puede conducirla a la horca o a galeras, seguro de que a nadie ha de revelarlo. ¡Ah, sí! ¿Va usted comprendiendo?

—No —contestó la matrona, ruborizándose ligeramente.

—¡Ah, claro! —exclamó Monks con expresión de ironía—. Natural el que no lo entienda.

Después de dirigir a sus visitantes una sonrisa que tenía tanto de sardónica como de amenazadora, y repitiéndoles que le siguiesen, Monks atravesó con paso rápido una pieza muy extensa, pero de techo sumamente bajo. Iba a tomar el primer peldaño de una escalera que conducía a los visos superiores, cuando le cegó el cárdeno fulgor del relámpago, al que siguió el tableteo de un trueno, que conmovió el edificio hasta en sus cimientos.

—¡Han oído! —exclamó Monks, retrocediendo asustado—. ¡Han oído! ¡Oyen ese trueno que parece eco monstruoso repetido por mil cavernas, donde se esconden millones de demonios! ¡Me horripilan esos truenos!

Guardó Monks algunos instantes de silencio, y como luego separase bruscamente las manos con que ocultaba su rostro, Bumble pudo observar, no sin sobresalto, que sus facciones estaban lívidas y descompuestas.

—Me dan alguna que otra vez estos accesos —dijo Monks observando la expresión de alarma de Bumble—. Con frecuencia los provocan los truenos, pero no hacen caso: ya pasó.

Apenas terminó de hablar, continuó subiendo por la escalera, entró en una habitación, cuyas maderas se apresuró a cerrar, y descolgó una linterna suspendida de una de las vigas del techo. Los reflejos inciertos de aquella luz cayeron sobre una mesa y tres sillas desvencijadas que había debajo. Una vez sentados, dijo Monks:

—Cuanto antes hablemos del asunto, mejor. Supongo que esta mujer sabrá ya de qué se trata, ¿no es cierto?

A Bumble iba dirigida la pregunta, pero fue su señora la que contestó, anticipándose a su marido, que estaba en autos de todo.

—¿Es verdad que, la noche que se fue a los infiernos aquella bruja, habló usted con ella, y oyó de sus labios algo...?

—Sobre la madre del niño que usted nombró; sí —contestó la matrona, interrumpiendo a Monks.

—Pues ahí va mi primera pregunta: ¿qué fue lo que aquella vieja dijo?

—Esa pregunta debe ocupar el segundo lugar —replicó con intención la dama; la primera debe ser ésta: ¿Cuánto me valdrá la revelación?

—¿Y quién diablos puede decir lo que valdrá, sin antes saber en qué consiste? —objetó Monks.

—Nadie mejor que usted; eso es indudable —dijo la señora Bumble dando una vez más pruebas de aquella resolución y presencia de espíritu que tan a costa suya conocía su marido.

—¡Hum! —rezongó Monks, mirando a su interlocutora con avidez—. Hay el propósito de ganar dinero, ¿eh?

—Es posible —respondió la dama con calma y compostura.

—Se trata de una cosa que le fue robada... —dijo Monks—; de algo que llevaba... y que...

—No continúe usted —interrumpió la señora Bumble—. Con lo que acaba de decirme tengo bastante para saber que es usted el hombre a quien tenía que dirigirme.

Bumble, a quien su cara mitad no había comunicado detalle alguno acerca del secreto, escuchaba el diálogo con el cuello tendido y los ojos desmesuradamente abiertos, que dirigía ora hacia su mujer, ora hacia Monks, revelando un asombro que ni cuidaba de disimular, asombro que tomó mayores vuelos cuando oyó que el segundo preguntaba con dureza qué suma exigía por la revelación.

—¿Cuánto vale para usted? —preguntó la señora Bumble.

—¡Vaya usted a saber! Pudiera ser que nada, pudiera ser que veinte libras. Hable usted pronto si quiere que lo sepa.

—Añada cinco libras a la suma que usted ha mencionado, y asunto concluido. Entrégueme veinticinco libras; y le revelaré lo que sé.

—¡Veinticinco libras! —exclamó Monks retrocediendo un paso.

—He hablado con cuanta claridad me ha sido posible. Me parece que la cantidad no es exagerada.

—¡Que no es exagerada, tratándose de un secreto insignificante, que acaso me resulte perfectamente inútil! —gritó Monks con impaciencia—. ¡Un secreto muerto y enterrado desde hace más de doce años!

—Son asuntos que tienen espera y que, semejantes al buen vino, aumentan en valor con el tiempo —replicó la matrona, sin abandonar el tono de indiferencia que desde el principio de la conversación había adoptado—. Por lo demás, muertos ha habido que después de permanecer enterrados muchísimos años, se han levantado de sus tumbas para contar historias muy singulares.

—¿Y si pago lo que nada vale? —preguntó Monks, vacilante.

—No le será difícil recobrar su dinero. Mujer soy sola... y sin amparo de nadie.

—¡Sola no, querida mía, y sin amparo tampoco! —murmuró Bumble con voz que el miedo hacía temblar—. Me tienes a mí, querida; fuera de que el señor Monks es demasiado caballero para cometer violencias con funcionarios parroquiales. Sabe perfectamente el señor Monks que no soy un niño, sino más bien un hombre duro de pelar, y un funcionario resuelto, dotado de fuerzas prodigiosas y peligroso cuando monto en cólera. Conque monte un poquito en cólera, no necesito, más.

Mientras hablaba, el señor Bumble hizo ademán de blandir la linterna con fiereza, pero el miedo que su rostro reflejaba pregonaba bien a las claras que le hacía falta montar mucho en cólera, y no poquito, para atreverse a algo, no tratándose de asilados, con los cuales era bravo como el que más.

—Eres un estúpido que debería guardarse la lengua en el bolsillo —observó la señora Bumble.

—Y aun hubiera sido preferible que se la cortase antes de venir aquí, si no sabe hablar con voz más baja —dijo Monks—. ¿Conque ese hombre es su marido?

—¡Mi marido él!... —exclamó la dama, esquivando la contestación.

—Me lo figuré cuando vinieron —repuso Monks, sorprendiendo la mirada

furiosa que la señora dirigió a su Juan Lanas—. ¡Tanto mejor! Prefiero tratar con dos personas que, si parecen distintas, no tienen más que una voluntad. Hablo muy serio, quiero llevar adelante el negocio y aquí está la prueba.

Esto diciendo, echó mano a un bolsillo interior, sacó un saquito de lona, contó veinticinco libras, y las colocó apiladas sobre la mesa frente a la mujer.

—Guárdelas usted; y cuando hay resonado ese maldito trueno que amenaza estallar sobre la casa, me contará la historia.

El trueno retumbó en efecto, por cierto mucho más cerca que los anteriores, y una vez se restableció silencio, Monks se aproximó a la dama para no perder palabra de lo que ésta tuviera que decirle. Casi se tocaban las caras de los tres personajes, pues los dos hombres habían alargado los cuellos para oír mejor, y la mujer hizo otro tanto con el suyo, a fin de hacer la narración con voz muy queda. La luz incierta que la linterna suspendida de la viga derramaba sobre sus cabezas, intensificaba la palidez y la expresión inquieta de sus rostros. Cercados de oscuridad por todas partes, más que seres de carne y hueso parecían fantasmas.

—Cuando murió aquella vieja que llamábamos Sara —comenzó diciendo la señora Bumble—, estábamos solas ella y yo.

—¿No habría por las inmediaciones alguna otra persona? —preguntó Monks con voz que parecía un suspiro—. ¿Alguna vieja maldita en otra cama? ¿Alguna enferma idiota que escuchase acaso?...

—Nadie absolutamente —replicó la mujer—. Estábamos solas. Yo, y nadie más que yo, me encontraba junto a su cuerpo cuando sobrevino la muerte.

—Muy bien —contestó Monks—. Adelante.

—La moribunda me habló de una joven que años antes había dado a luz a un niño, no sólo en la misma habitación, sino también en la misma cama en que ella moría.

—¡Cristo! —exclamó Monks temblando—. ¡Qué caprichosa es la casualidad!

—El niño era el mismo de quien anoche habló éste —añadió la matrona, señalando con indiferencia a su marido—. La madre fue robada por la enfermera.

—¿Estando viva? —preguntó Monks.

—Después de muerta —contestó la señora Bumble, estremeciéndose ligeramente—. Robó a la difunta, cuando apenas era cadáver, lo que la madre le había suplicado que guardase para su hijo.

—¿Y lo vendió? —preguntó Monks con ansiedad—. ¿Lo ha vendido?

¿Dónde? ¿A quién? ¿Cuándo? ¿Cuánto tiempo hace?

—No bien me confesó, por cierto con gran dificultad, que había cometido el robo, quedó muerta.

—¿Sin decir más? —exclamó Monks con voz ahogada—. ¡Mentira! ¡A mí no se me engaña! ¡Soy perro viejo! ¡Habló más! ¡Algo más dijo, y yo quiero saberlo, yo lo sabré, aunque haya de arrancarles a los dos las palabras con la vida!

—No dijo ni una palabra más —replicó la dama sin muestras de temor, no ocurriendo lo propio con Bumble, a quien llenaron de espanto las frases airadas de Monks—. La vieja agarró con fuerza mi vestido no bien pronunció las palabras que acabo de repetir, y cuando a viva fuerza logré desasir su mano, hallé que entre los dedos agarrotados tenía un pedazo de papel.

—¿Qué era? —preguntó Monks.

—Poca cosa: una papeleta del Monte de Piedad.

—¿De qué objeto?

—Lo sabrá usted a su tiempo. Yo creo que la vieja había conservado por espacio de bastante tiempo el objeto, a fin de sacar mejor partido, concluyendo por empeñarlo. Parece que fue reuniendo dinero para pagar anualmente las renovaciones del empeño, evitando perder el objeto, por si se le presentaba ocasión de utilizarlo. La ocasión no se presentó, y conforme acabo de manifestar, la vieja murió con la papeleta, arrugada y sucia, en la mano. La renovación debía haber sido hecha dos días antes; y por si el objeto podía serme útil algún día, decidí des empeñarlo.

—¿Dónde está ahora? —preguntó Monks.

—Aquí —contestó la señora Bumble.

Como si se alegrase de deshacerse de aquella prenda, la mujer dejó sobre la mesa un saquito de piel, que tomó inmediatamente Monks apresurándose a abrirlo con dedos temblorosos. No contenía más que un medalloncito de oro, dentro del cual había dos rizos de cabello, y una sortija de oro muy sencilla.

—Lleva grabada dentro la palabra Inés —explicó la mujer—. Queda un hueco para grabar el apellido, y luego se lee una fecha, que es la del año anterior al nacimiento del niño. Todo ello lo he averiguado yo misma.

—¿Nada más? —preguntó Monks, después de reconocer detenidamente los objetos.

—Nada.

—Respiró Bumble como si se viera libre de un peso enorme al ver

terminada la historia sin que se hablase de devolver el dinero, y se atrevió a secar el sudor que abundante caía por su rostro.

—No sé más sobre la historia, aunque claro está que algo me parece adivinar, ni deseo saber más —observó la señora Bumble—. ¿Me permitirá usted que le haga dos preguntas?

—Puede usted hacerlas —contestó Monks con cierta expresión de sorpresa—; si las contestaré o no, es cosa que está por ver.

—Primera: la historia que acaba de oír, ¿es la que deseaba saber?

—Sí —contestó Monks—. ¿Y la otra?

—¿Qué objeto persigue usted? ¿Puede servirse en contra mía de lo que le he dicho? ¿Pueden perjudicarme los objetos que le he entregado?

—¡Nunca! Ni a usted ni a mí. Mire usted... pero sin moverse, que un movimiento cualquiera podría costarle el pellejo.

Acompañando la acción a la palabra, retiró vivamente la mesa, agarró una anilla de hierro y tiró de ella, dejando abierta una trampa casi debajo de los pies de Bumble, que se retiró vivamente y con muestras de terrible pánico.

—Mire usted al fondo —repuso Monks, bajando la linterna—. No me tengan miedo, que si hubiera querido, fácilmente y sin ruido hubiera podido precipitarlos a los dos mientras estaban sentados tranquilamente.

Más tranquila la matrona, acercóse al borde de la trampa, y otro tanto hizo Bumble arrastrado por la curiosidad. Bramaba en las profundidades del abismo la turbulenta corriente cuyo caudal y fuerza había aumentado el reciente aguacero, dominando los demás ruidos producidos por el chocar constante del líquido elemento contra los verdosos y desgastados pies derechos sobre los cuales se asentaba el edificio. En tiempos pasados había habido un molino, y las aguas, al precipitarse furiosas sobre la vieja rueda, alzaban mares de espuma y continuaban, con fuerza centuplicada, luego que habían vencido los obstáculos que por un instante detuvieran su impetuoso curso, su carrera invariable hacia el mar.

—Si se arrojase al fondo el cuerpo de un hombre, ¿dónde se le encontraría mañana? —preguntó Monks, iluminando con la linterna la boca del negro pozo.

—Doce millas aguas abajo, y por añadidura hecho pedazos —contestó Bumble retrocediendo horrorizado.

—Monks sacó de su pecho el saquito, que presuroso había ocultado antes, y después de atarle sólidamente un pedazo de plomo, que en tiempos mejores fue parte de una polea, lo arrojó al abismo. Las aguas lo recibieron sin dejar

casi oír el ruido, más insignificante.

Los tres personajes se miraron y respiraron, al parecer, con mayor libertad...

—¡Vaya! —exclamó Monks, dejando caer la compuerta que cerraba la trampa—. Si el mar devuelve alguna vez los muertos que guarda en su seno, según dicen los libros, es lo cierto que guarda avaro el oro y la plata, y de consiguiente, no es de temer que nunca más vuelva a ver la luz del día ese saquito. Nada más tenemos que decirnos, y creo que podemos dar por terminada esta entrevista.

—Cuanto antes —respondió Bumble apresuradamente.

—Supongo que no será usted largo de lengua ¿eh? —preguntó Monks, dirigiendo a Bumble una mirada terrible—. En cuanto a su mujer, seguro estoy de que no ha de hablar.

—Puede usted estar tranquilo, joven —respondió Bumble con mucha finura y haciendo una reverencia en la escalera—. El interés general así lo exige, joven; el de usted y el mío propio, señor Monks.

—Por usted me alegro que piense así —observó Monks—. Encienda la linterna, y lárguense de aquí cuanto antes.

Fue una fortuna que terminase en aquel punto la conversación, pues Bumble que no cesaba de hacer reverencias, llegó hasta el borde de la escalera y hubiera caído irremisiblemente por ella, salvando la altura de un piso del primer salto. Después de encender la linterna en la de Monks, tomó la escalera, seguido de su mujer, sin tratar de prolongar la conversación. Monks cerraba la marcha, siguiendo silencioso y con el oído atento, al que no llegaba más que el ruido de la lluvia que caía a torrentes. Lentamente y con precaución atravesaron la pieza de la planta baja, pues Monks se asustaba hasta de su sombra, y Bumble, linterna en mano, avanzaba cautelosamente, pero al propio tiempo con una rapidez nada común en un hombre de su corpulencia, creyendo tropezar a cada paso con trampas y abismos. Monks abrió con sigilo la puerta por la cual habían entrado, y el cariñoso matrimonio, después de cambiar con aquél una inclinación de cabeza, se puso en marcha, no tardando en perderse entre las tinieblas. Apenas hubieron marchado, Monks, a quien la soledad parece que inspiraba una repugnancia invencible, llamó a un muchacho que estaba escondido en la planta baja, y mandándole que rompiera la marcha llevando en la mano la linterna, volvió a la habitación de la que momentos antes había salido.

Capítulo XXXIX

**Hace la presentación de algunos personajes respetables que
conoce ya el lector, y demuestra que el judío y Monks se entendían
perfectamente**

La noche que siguió a la en que los tres dignos personajes a quienes se ha referido el capítulo anterior trataron y concluyeron el pequeño negocio allí narrado, el respetable Guillermo Sikes, al despertar de un sueño, preguntó con voz cansada qué hora podría ser. No era el cuarto de Sikes el mismo que ocupara antes de su malograda expedición a Chertsey, aun cuando estuviese en el mismo barrio y a corta distancia de su anterior alojamiento, ni parecía tan apetecible como aquél, pues su mobiliario era pobre y escaso, pequeño el cuarto, y por añadidura no recibía más luz que la que dejaba pasar una ventanita sumamente estrecha, abierto por el borde mismo del alero del tejado, que daba a una callejuela solitaria y sucia. Ni faltaban tampoco otras indicaciones de que aquel hombre había sufrido reveses de fortuna, pues la escasez de muebles, a la pobreza de los pocos que quedaban, había que añadir la carencia casi absoluta de ropa blanca y de vestir, la falta total de confort, y mil otras cosas que acusan pobreza extrema, sin contar, con que la demacración del egregio señor Sikes era confirmación harto evidente de su precaria situación.

Encontramos al amigo de lo ajeno tendido sobre la cama, envuelto en un gran levitón blanco, que hacía las veces de bata de casa, y presentando una cara a la cual favorecía muy poco el tinte cadavérico que la cubría, el sucio gorro de dormir que le servía de remate y la hirsuta barba negra, privada de las caricias de la tijera desde algún tiempo antes junto al lecho estaba sentado el perro, que tan pronto miraba a su amo como enderezaba las orejas y lanzaba gruñidos sordos, cada vez que los rumores de la calle llamaban su atención. Sentada al lado de la ventana, remendando con ardimiento un chaleco del ladrón, había una mujer, tan pálida y extenuada como consecuencia de las vigiliadas y de las privaciones, que nos sería sumamente difícil reconocer en ella a la Anita que ha figurado ya en varios capítulos de esta historia, de no ser por la voz con que contestó a la pregunta de Sikes.

—Poco más de las siete —respondió la joven—. ¿Cómo te encuentras, Guillermo?

—¡Más débil que el agua! —gritó Sikes, lanzando una maldición a sus miembros y a sus ojos—. ¡Ven! ¡Dame la mano para que pueda salir de esta maldita cama!

Parece que la enfermedad no había dulcificado el temperamento de Sikes, pues mientras la joven le ayudó a dejar la cama y a sentarse en una silla, su

boca no cesó de barbotar imprecaciones y blasfemias, matizadas con quejas sobre la torpeza de su enfermera, a la que concluyó por pegar.

—¿Ya estás lloriqueando? —gruñó Sikes—. ¡A callar! ¿Oyes? ¡si no sabes hacer otra cosa, preferible es que revientes de una vez! ¿Me entiendes?

—Sí, hombre, sí; te entiendo —contestó la muchacha con risa forzada—. ¡Qué cosas se te ocurren a veces!

—Parece que lo has pensado mejor, ¿eh? —dijo Sikes, viendo que temblaba una lágrima en las pestañas de Anita—. ¡Tanto mejor para ti!

—¿Es que tenías gana de pegarme esta noche, Guillermo? —preguntó la joven, poniéndole una mano sobre el hombro.

—¡Bah! ¿Por qué no?

—Hace muchas noches —dijo la muchacha, poniendo en su voz acentos de ternura que le dieron cierta dulzura—, hace muchas noches que te cuido y atiendo como si fueras un niño; vuelves en ti hace un momento, y lo primero que se te ocurre es pegarme. No te hubieras comportado así, si hubieses reflexionado, ¿verdad? ¡Vamos! ¡Dime que no!

—¡Bueno!... ¡No lo hubiera hecho! ¡Por vida de...! ¿Otra vez llorando?

—No es nada, Guillermo, no hagas caso —respondió la joven dejándose caer sobre una silla. Pronto se me pasará.

—¿Y qué es lo que pasará pronto? —gritó Sikes con furia salvaje—. ¿Qué tonterías son éstas? Levántate, trabaja, haz algo, y no me desesperes con tus locuras de mujer.

En otras circunstancias, aquellas palabras, y sobre todo, el tono con que fueron pronunciadas habrían producido el efecto deseado; pero, la muchacha, extenuada y falta de fuerzas, inclinó su cabeza sobre el respaldo de su silla y se desmayó, antes que el señor Sikes tuviera tiempo de intercalar unos cuantos juramentos apropiados, que en circunstancias parecidas solían ser compañeros obligados de sus amenazas. No sabiendo qué hacer en aquel caso verdaderamente excepcional, pues los accesos de histerismo de la señorita Anita eran de ordinario de los que producen en el paciente deseos de pelea. Sikes recurrió primero a las blasfemias, y como observara que éstas eran ineficaces, pidió socorro.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó Fajín abriendo la puerta.

—Cuida de esa chica —contestó Sikes con impaciencia—. Cuídala, pero sin charlar tanto ni mirarme con ojos de bruto.

Apresuróse el judío a socorrer a Anita, no sin antes lanzar un grito de sorpresa, mientras Dawkins, por mal nombre el Truhán, que había entrado

siguiendo a su respetable maestro, y dejaba sobre el suelo un paquete, con el que iba cargado, y arrebatava una botella de las manos de Carlos Bates, pegado a sus talones, la descorchaba con los dientes en un abrir y cerrar de ojos, y vertía parte de su contenido en la boca de la paciente, no sin antes haber hecho pasar una buena dosis por su propia garganta.

—Hazle aire con el fuelle, Bates, y usted Fajín, frótele bien las manos mientras Sikes le afloja el vestido —dijo el Truhán.

Los esfuerzos combinados de todos, aplicados con energía sin igual, y sobre todo el del fuelle, que parecía mucho a Bates, encargado de administrarlo, no tardaron en producir el efecto apetecido. La joven fue recobrando gradualmente el conocimiento, y levantándose de la silla, aproximóse a la cama, hundió su cara en la almohada, y dejó que Sikes se las entendiera con los tres personajes extraños, cuya presencia en la habitación la había sorprendido.

—¿Qué mal viento te trae por aquí? —preguntó a Fajín.

—No es mal viento el que me trae, amigo mío —respondió Fajín—, pues nunca traen nada bueno los malos vientos y yo traigo algo que le alegrará la vista. Truhán, amigo mío —añadió—, deslíe ese paquete y da a Guillermo las cosillas en que hemos empleado nuestro dinero esta mañana.

Cumpliendo presuroso la orden de Fajín, el Truhán deslió el paquete, que era bastante voluminoso y estaba envuelto en un mantel, y alargó uno por uno a Bates los objetos que contenía, que éste fue dejando sobre la mesa, encomiando su calidad.

—De conejo, Guillermo, de conejo auténtico —dijo, mostrando un pastel enorme—, de esos seres delicados de miembros tan tiernos, Guillermo, que hasta los huesos se deshacen y funden en la boca, sin que haya medio de encontrarlos; media libra de té verde, de setenta y seis peniques, tan fuerte y bueno, que basta echarlo en agua hirviendo para que salte por los aires la tapa de la tetera; una libra y media de azúcar de primera de ése que no ven los negros y menos tienen ocasión de probar... ¡oh, no! dos panes frescos y apetitosos, un queso de Gloucester, y para coronarlo todo, el líquido más rico que jamás ha pasado por su garganta, Guillermo.

Terminado el panegírico, Bates sacó de las profundidades de su bolsillo una botella de buen tamaño, llena de vino y cuidadosamente tapada, mientras el Truhán escanciaba de otra, que a su vez traía, un gran vaso de licor, que el enfermo echaba entre pecho y espalda sin demostrar un momento de vacilación.

—¡Ah! —exclamó el judío, frotándose satisfecho las manos—. ¡Eso va bien, Guillermo, muy bien!

—¡Bien! —replicó Sikes—. ¡Bien estaría hace cien siglos si hubieras pensado en socorrerme! ¿Qué intención era la tuya al dejarme aquí abandonado durante más de tres semanas, perro vagabundo... corazón traidor?

—¿Pero no estáis oyendo? —exclamó el judío encogiéndose de hombros—. ¿Oís lo que nos dice, precisamente cuando acabamos de traerle cosas tan buenas?

—No son tan malas —contestó Sikes, un poco apaciguado al volver los ojos hacia la mesa—. Pero dime, ¿cómo puedes excusar tu conducta, después de dejarme aquí enfermo, pobre, postrado, sin salud y sin nada que llevar a la boca, como si fuera un perro? A propósito del perro... ¡Échalo afuera, Carlos!

—No he visto en mi vida perro tan gracioso como este —dijo Bates, cumpliendo la orden de Sikes. Huele los víveres con tanto esmero como suelen hacerlo las viejas en el mercado. Si se hubiera dedicado al teatro, hubiera hecho fortuna ese perro, sobre todo cultivando el género dramático.

—¡Quieto! —gritó Sikes a su perro, que se había escondido debajo de la cama y gruñía amenazador—. Repito, zorro viejo: ¿Qué disculpa me das de tu conducta?

—He estado fuera de Londres más de una semana, amigo mío —contestó Fajín.

—¿Y los quince días restantes? ¿Qué me dices de las dos semanas que me has tenido aquí como una rata enferma en su agujero?

—No pude remediarlo, Guillermo. No entraré ahora en detalles, porque no son para dichos delante de gente, pero juro por mi honor que no pude hacer otra cosa.

—¿Por tu honor? —exclamó Sikes—. ¡Vaya, muchachos! Cortadme un pedazo de ese pastel, para que me quite el mal gusto que me ha dejado esa palabra.

—No se enfade usted, amigo mío —suplicó el judío—. Ni un instante he dejado de pensar en usted... se lo aseguro.

—¿No? ¡Eso sí que lo creo! —exclamó Sikes, sonriendo con amargura—. Seguro estoy de que has pensado mucho en mí, mientras he permanecido aquí, tiritando unas veces y ardiendo otras, para variar; pero ha sido para madurar tus planes, para tomar medidas, diciendo que Guillermo hará esto, o hará aquello, tan pronto como se ponga bueno, y lo hará por cualquier cosa, regalado, casi de balde. ¡Bandido! ¡De no haber sido por esa infeliz estaría ya muerto!

—¡Conformes, Guillermo! —exclamó Fajín, aprovechando la frase al vuelo—. Dice usted que no ha muerto gracias a la muchacha: ¿y a quién debe

usted el tenerla a su lado? ¿No es al viejo Fajín?

—Es verdad —terció Anita, acercándose a los interlocutores—. Pero hablemos de otra cosa; ¿no les parece que se ha discutido lo que tratan con toda la extensión que merece?

La presencia de Anita dio nuevo rumbo a la conversación. Los muchachos, obedeciendo una seña que les hizo el judío, instáronla a beber, y ella bebió, bien que con parsimonia, mientras Fajín, desplegando una alegría que no era en él natural, consiguió aplacar a Sikes, fingiendo tomar a broma sus amenazas y riendo y celebrando sus fanfarronerías.

—Todo eso está muy bien —dijo Sikes al fin—; pero necesito que esta misma noche me envíes luz.

—Ni una mala moneda tengo —replicó el judío.

—Pero las tienes de buena ley en casa, y por cierto a montones. Parte de las que allí están muertas de risa, deben venir aquí.

—¡A montones! —exclamó el judío, alzando los brazos—. No llega lo que tengo a...

—No quiero saber lo que tienes, lo que sería difícil averiguar, porque ni tú mismo lo sabes y te costaría mucho tiempo contarlo; lo que me interesa es que esta noche misma me envíes algo.

—¡Bien!... ¡Está bien! Luego te enviaré al Truhán con...

—No harás tal —replicó Sikes

El Truhán, es demasiado truhán y podría olvidar las señas de mi casa, o confundir el camino, o caer en cualquier trampa, o bien encontrar otra causa que estorbase el cumplimiento de la comisión. Irá contigo Anita, lo que es más seguro. Mientras va y viene, yo quedaré aquí descabezando un sueño. Tras acalorada discusión, en el curso de la cual se regateó mucho, el judío consiguió rebajar la suma de cinco libras, pedidas por Sikes, a tres, cuatro chelines y seis peniques, jurando por todos los Patriarcas del Antiguo Testamento que no le quedarían en su casa más de dieciocho peniques, a lo que contestó Sikes con hosca expresión que se contentaría con aquella suma, toda vez que le era imposible obtener más. Mientras el Truhán y Bates guardaban los comestibles en un armario, Anita se preparó para acompañar al judío. Este, después de despedirse de su cariñoso amigo, emprendió la vuelta a su casa acompañado por la muchacha y sus dos discípulos, dejando a Sikes tumbado en la cama.

Sin contratiempo llegaron a la morada del judío, donde encontraron a Tomás Crackit y a Chitling jugando la décima quinta partida de cartas que, como es natural, perdió, lo mismo que todas las anteriores, el nombrado en

último lugar, y con la décima quinta partida, el último penique. Las risotadas, cuchufletas y chistes a que la desgracia de Chitling dio lugar, no son para descritas aquí. Crackit, un poquito avergonzado de que le encontrasen entreteniéndose con quien tan inferior le era en posición y facultades mentales, bostezó, y después de preguntar cómo estaba Sikes, se encasquetó el sombrero para marcharse.

—¡Naturalmente! ¡Es un alto honor!... ¡No le importe que hablen, Chitling! Esos dos son un par de envidiosos que rabian porque el señor Crackit, que jamás se digna tener familiaridades con ellos, las ha tenido con usted.

—¡Eso es! —exclamó Chitling con expresión triunfante—. Cierto que me ha dejado sin un penique; pero no me importa; cuando me dé la gana repondré mis pérdidas, ¿no es cierto, Fajín?

—¿Quién lo duda? —replicó el judío—. Por cierto que esas cosas cuanto antes se hacen mejor. Reponga usted sus pérdidas sin desperdiciar momento... Y vosotros, Truhán y Bates, no sé si sabéis que ya deberías estar en campaña... ¡Vaya! ¡Van a dar las diez y no habéis hecho nada todavía!

Apresuráronse los jóvenes a obedecer la insinuación. Salieron los muchachos de la estancia, no sin antes despedirse de Anita con sendas cortesías, acompañando a Chitling, a quien hicieron objeto de mil burlas, sin tener en cuenta que la conducta de éste nada tenía de extraño, pues son muchos los jóvenes de buen tono que pagan bastante más caro que Chitling el honor de ser admitidos en la buena sociedad, y no pocos los caballeros de reputación confesada y reconocida generalmente que la han fundamentado sobre bases tan recomendables y honrosas como las que a la del brillante Tomás Crackit servían de cimiento.

—Voy a darte ese dinero, Anita dijo el judío luego que quedaron solos—. Esta llave es la de la alacena en que guardo las chucherías que me traen esos buenos muchachos, que en cuanto al dinero, nunca lo encierro, hija mía, porque... ¡ja, ja, ja, ja! ¡porque no tengo dinero que encerrar! Ya ves si la razón es convincente. El oficio está perdido, Anita, perdido sin remedio. Lo habría dejado ya tiempo ha; pero me gusta ver en mi derredor a esos buenos muchachos, y por eso lo sobrellevo... lo sobrellevo... ¿Qué es eso? —dijo, escondiendo con precipitación la llave.

—¿Has oído?

No pareció que interesase poco ni mucho a la muchacha, que cruzada de brazos estaba sentada frente a la mesa, la llegada de ninguna persona, extraña o conocida, hasta que hirió sus oídos el murmullo de una voz de hombre, pero apenas sonó ésta, quitóse el sombrero y el chal y con la rapidez del rayo los

arrojó debajo de la mesa. Cuando un segundo más tarde se volvía hacia ella el judío, oyó éste que la joven se quejaba de sentir mucho calor con una languidez que contrastaba singularmente con la extremada ligereza de su movimiento anterior, que no había observado Fajín, vuelto de espaldas hacia ella cuando lo hizo.

—¡Bah! —exclamó el judío, como si le contrariase la llegada de un extraño.

Es el que estaba esperando... Ya baja la escalera... Ni una palabra acerca del dinero mientras esté aquí, Anita... Se irá muy pronto... antes de diez minutos. Poniendo sobre sus labios su descarnado índice, acercóse a la puerta con la luz en la mano, llegando a ella al mismo tiempo que el visitante, el cual penetró presuroso en la habitación, y tropezó casi con la muchacha antes de darse cuenta de su presencia.

Era Monks.

—Es una de mis discípulas —dijo Fajín, viendo que Monks retrocedía al encontrar allí a una joven que no conocía—. No te vayas, Anita.

La joven se acercó más a la mesa y, después de dirigir al recién llegado una mirada de suprema indiferencia, volvió los ojos hacia el judío, en cuya cara los clavó de una manera tan penetrante y con tanta intención, que cualquier observador que hubiese reparado en las dos miradas, con dificultad habría creído que eran obra de la misma persona.

—¿Hay noticias? —preguntó Fajín.

—Importantes —contestó Monks.

—¿Y... buenas? —inquirió el judío con vacilación, como si temiera contrariar a su visitante.

—No son malas —respondió Monks sonriendo—. Por esta vez he manejado bien... Quisiera hablar dos palabras a solas con usted.

No parecía la joven dispuesta salir de la estancia, aunque comprendió perfectamente la indirecta de Monks. El judío, tal vez por teme que aquélla pudiera hacer alusión al dinero, hizo una seña a Monks para que le siguiese y salió de la habitación.

—Supongo que no me llevará aquel agujero infernal donde estuvimos la otra vez —oyó Anita que decía Monks, mientras subían.

El judío contestó con una carcajada seguida de algunas palabras que no llegaron a oídos de la joven, la cual, por el crujido de las tablas que gemían bajo los pies de los dos hombres, comprendió que subían al piso segundo. No se había extinguido el rumor de los pasos, cuando ya Anita estaba descalza y,

levantada la falda sobre su cabeza, salía a la puerta y quedaba en ésta, escuchando con interés palpitante. Cuando se apagó el ruido de las pisadas salió como una sombra, subió la escalera y no tardó en perderse entre las tinieblas de los pisos superiores de la casa.

La habitación quedó sola durante media hora, acaso más. A poco de haber vuelto a ella la joven, tan sigilosamente como había salido, sonaron en las escaleras pasos de los dos hombres, que bajaban. Monks se fue en derechura a la calle, al paso que el judío subió de nuevo escalera. Cuando volvió encontró a Anita con el sombrero puesto y echándose el chal sobre los hombros, como disponiéndose a marchar.

—¿Qué te pasa, Anita? —preguntó el judío al dejar la luz sobre la mesa—. ¡Qué pálida te encuentro!

—¡Pálida! —repitió la muchacha, poniendo las manos sobre sus ojos a guisa de pantalla como para mirar de frente al judío.

—¡Horriblemente pálida, sí! ¿Qué has hecho mientras te hemos dejado sola?

—Que yo sepa, no he hecho otra cosa que aguantar con paciencia la eterna espera que el visitante me ha proporcionado —contestó la joven con negligencia—. ¡Vaya! ¡Despachemos pronto, que tengo prisa!

El judío contó el dinero, exhalando un suspiro por cada moneda que pasaba por sus dedos, lo entregó a Anita, y ésta se fue sin que se cruzara entre ella y Fajín más palabras que las «Buenas noches» de despedida. Una vez en la calle, Anita sentóse sobre el umbral de una puerta donde permaneció largo rato sumida en meditaciones tan profundas, que no parecía sino que hasta le robaron las fuerzas para seguir su camino. Levantóse de pronto con movimiento nervioso y echó a andar precipitadamente en dirección opuesta a la casa en que Sikes estaba esperándola, no tardando en convertirse en carrera desenfrenada lo que en los comienzos fuera paso sumamente rápido. Falta de fuerzas, detúvose para tomar aliento, y entonces, cual si volviera en sí, o cual si deplorara la impotencia en que acaso se encontraba de llevar a cabo algo que la preocupaba, se retorció desesperada las manos y rompió a llorar. Fuera que las lágrimas desahogaran un poco su pecho oprimido, fuera que se diese cuenta cabal de lo desesperado de su situación, el hecho, es que volvió sobre sus pasos, tomando casi con tanta rapidez como antes, rumbo opuesto al que traía, sin duda para ganar el tiempo perdido, o bien para armonizar su marcha con la de su desenfrenado pensamiento. No tardó mucho en llegar a la casa en que la estaba esperando el bandido.

Si al entrar reflejaba su rostro alguna agitación, no reparó en ella Sikes, quien se contentó con preguntar si traía el dinero, y al recibir contestación

afirmativa exhaló un gruñido de satisfacción, dejó caer nuevamente la cabeza sobre la almohada y reanudó el sueño interrumpido. Fue para la joven una suerte que Sikes, viéndose con dinero, dedicara todo el siguiente día a sus placeres, consistentes en comer mucho y beber más, gracias a lo cual se suavizó tanto su bronco temperamento, que además de no tener tiempo, tampoco sintió deseos de criticar y hasta ni de reparar en la conducta singular de su compañera. Que la expresión nerviosa e inquieta de Anita era la de la persona que está en vísperas de tentar una de esas empresas aventuradas a las cuales no se revuelve uno sino después de largas y enconadas luchas internas era cosa que no habría pasado inadvertida a los ojos de lince del judío, quien es más que probable que, de haber reparado en ello, habría dado inmediatamente la voz de alarma; pero Sikes, menos ladino que aquél y refractario a toda clase de preocupaciones que no fueran tratar con brutalidad a cuantos con él estaban en contacto, disfrutando por añadidura de uno de esos paréntesis, raros en él, de buen talante, conforme hemos podido observar, nada extraño observó en la conducta de su amiga, o, mejor dicho, tan escaso interés prestó a la persona de aquélla, que aun cuando su turbación hubiera sido mil veces más visible de lo que era, es casi seguro que no llamara su atención. Acrecentábase la agitación de Anita a medida que el día avanzaba. Cuando cerró la noche, se sentó callada, esperando que el bandido cayera dormido a fuerza de libaciones. Tal era la palidez de sus mejillas, tanto fuego brotaba de sus ojos que hasta Sikes hubo de notarlo al fin.

—¡Cargue el diablo con mi cuerpo —exclamó, al alargarse a la joven el vaso para que lo llenase de ginebra por tercera vez—, sí no estás más blanca que un cadáver! ¿Qué te pasa?

—¿Qué me pasa, preguntas? ¡Nada! —respondió la joven—. ¿Por qué me miras así?

—¿Pero qué tonterías son éstas? —insistió Sikes, agarrándola por la muñeca y sacudiéndola brutalmente—. ¿Qué significa eso? ¿En qué piensas?

—En muchas cosas, Guillermo —contestó la joven estremeciéndose y escondiendo el rostro entre las manos—. En muchas... si, ¿pero qué importa?

Mayor impresión pareció producir en Sikes el tono de alegría fingida con que pronunció las palabras anteriores que la descompuesta fisonomía anterior.

—Voy a decirte lo que es —repuso Sikes—. Si no te ha atacado la fiebre, lo que en todo caso habrá ocurrido hace muy poco, es que hay algo en la atmósfera, y algo peligroso. ¿Será que te vas a...? ¡No... no me...! ¡Tú no harás eso!

—¿El qué? —preguntó la joven.

—No hay muchacha de corazón más leal que ésta —murmuró Sikes, como

hablando consigo mismo y mirándola con fijeza—, pues si así no fuera, más de tres meses hace que le hubiese cortado el pescuezo... ¡Es la fiebre, no me cabe duda!

Tranquilo el ladrón con esa idea, trasegó de un trago el contenido del vaso y seguidamente pidió su medicina entre blasfemia y blasfemia. Levantóse la muchacha presurosa, y vertió la poción en una taza, pero vueltas sus espaldas a Sikes, y la acercó a los labios de éste para que bebiera su contenido.

—¡Mira! —exclamó el criminal—. Siéntate a mi lado, pero con tu cara de los días de fiesta, si no quieres que la altere de manera que no la reconozcas en mucho tiempo cuando te mires al espejo.

Obedeció la joven. Sikes, tomando su mano, la estrechó entre las suyas y dejó caer la cabeza sobre la almohada, fija siempre la vista en los ojos de Anita. Cerró ojos, volviolos a abrir, repitió la operación dos o tres veces, se resolvió en el lecho como buscando la posición más cómoda, se incorporó una porción de veces dirigiendo en torno suyo miradas casi de terror hasta que al fin sus párpados se cerraron pesadamente y quedó sumido en una especie de letargo. Soltó la mano de Anita, dejó caer el brazo con languidez, y quedó inmóvil.

—¡Al fin ha producido efecto láudano! —exclamó Anita levantándose—. ¿Será ya tarde?

Vistióse apresuradamente, se puso el sombrero y el chal lanzando de vez en cuando miradas inquietas a la cama, cual si temiera que Sikes, a pesar del narcótico, despertara. A cada instante esperaba sentir en sus hombros la presión de la zarpa del bandido. Al fin, inclinándose sobre el cuerpo del enfermo, le dio un beso en los labios, abrió sin hacer ruido la puerta de la habitación, y salió a la calle. Un sereno cantaba las nueve y media en el callejón oscuro que Anita debía atravesar para salir a una calle céntrica.

—¿Hace mucho que dio la media? —preguntó la muchacha.

—Van a tocar los tres cuartos —contestó el sereno alzando el farol a la altura del rostro de la que acababa de interrogarle.

—¡Y no puedo llegar en menos de una hora! —murmuró Anita alejándose a buen paso.

Iban cerrando la mayor parte de las tiendas en las calles que recorría, dirigiéndose desde Spitalfields hacia el extremo occidental de Londres. Un reloj, que envió a sus oídos las diez campanadas, lentas, sonoras, vino a centuplicar su impaciencia. La joven avanzó con paso más rápido todavía, dando codazos a los transeúntes que se interponían en su camino, entorpeciendo su marcha, y saltando de una acera a otra sin reparar en los

coches, que más de una vez estuvieron a punto de atropellarla. Así atravesó una porción de calles muy concurridas, llamando la atención de cuantos la veían.

—¡Esa mujer está loca! —exclamaban muchos.

Menos concurridas estaban las calles cuando llegó al barrio más rico de la ciudad, pero la curiosidad y extrañeza que su apresuramiento venía excitando entre los transeúntes, fue allí mucho mayor. No pocos apretaron el paso para seguirla y otros quedaron mirándola, sin saber qué pensar de aquella mujer; pero poco a poco fueron dejándola, y cuando llegó cerca del término de su viaje, se encontró ya sola. Dirigiase a un hotel situado en una calle tranquila, pero de las más elegantes, no lejos del Hyde Park. Un farol pendiente sobre la puerta, que derramaba torrentes de viva luz sobre la calle, guió sus pasos. La joven llegó hasta frente a la puerta, se detuvo como irresoluta, pero sonaron en aquel instante las once, y cual si la voz de la campana disipase sus vacilaciones, penetró resueltamente en el Vestíbulo, Después de pasear alrededor una mirada de incertidumbre, adelantó hacia la escalera.

—¡Eh... joven! —gritó una mujer, vestida con atildado esmero—. ¿Qué busca usted aquí?

—A una señora que vive aquí —contestó Anita.

—¡Una señora! —replicó la portera midiendo a Anita de pies a cabeza—. ¿Qué señora es ésa?

—La señorita Maylie —dijo Anita.

La portera, que ya había examinado a su sabor a Anita, limitóse a dirigirle una mirada de desdén llena de virtud, y llamó a un hombre, a quien nuestra conocida hizo la misma pregunta.

—¿A quién he de anunciar? —preguntó el llamado.

—Es inútil que le diga mi nombre, puesto que la señorita no me conoce.

—¿Y el objeto de su visita?

—Ni el nombre ni el objeto de mi visita. Necesito ver a la señorita, y nada más.

—¡Vaya! —exclamó con impaciencia el portero, empujando a Anita hacia la puerta—. ¡Fuera de aquí... largo!

—Para que me vaya será preciso que me saquen arrastrando —gritó con violencia Anita—, y para sacarme arrastrando, necesito que se reúnan tres hombres como usted. ¿No hay aquí nadie que quiera llevar a la señorita un recado de una desventurada como yo?

El llamamiento produjo al parecer cierto efecto en un cocinero de expresión bonachona que con otros criados había salido a ver qué sucedía.

—Sube el recado, Pepe, que eso poco cuesta —dijo el cocinero.

—¿Para qué? —contestó el aludido—. ¿Crees tú que la señorita querrá recibir a una mujer de esa clase?

Aquella alusión a la conducta dudosa de Anita excitó una tempestad de furia casta en los puros pechos de cuatro doncellas de la casa, las cuales aseguraron con acentos de fervor que aquella mujer era la deshonra de su sexo y que era preciso arrojarla al arroyo sin más contemplaciones.

—Háganme el favor que les pido y arrójenme luego a la calle, si quieren —instó Anita—. No me desatiendan; se lo pido por amor de Dios.

Gracias al cocinero, que reiteró su intercesión, el hombre que primero había salido accedió a subir el recado.

—¿Qué he de decir? —preguntó, puesto ya un pie en la escalera.

—Diga usted que una joven desea hablar a todo trance y a solas con la señorita Maylie —contestó Anita—. Añada que, si la señorita se digna escuchar las dos primeras palabras, ella verá si le interesa seguir escuchando, o si debe echarme a la calle por impostora—. Algo fuerte me parece el recado, joven.

—Délo usted sin alterar palabra, y tráigame la respuesta —replicó Anita con entereza.

Subió el criado. Anita quedó esperando, pálida y casi sin aliento, escuchando con cólera reconcentrada las expresiones insultantes que con voz bastante alta para que llegara a sus oídos le dirigían las castas y pudibundas doncellas, insultos que arreciaron cuando volvió el criado y dijo que la señorita recibía a la desconocida.

—En este mundo de nada sirve ser decente y honrada —exclamó una de las doncellas.

—Hay quien prefiere el cobre brillante al oro mate.

—Las señoras se inclinan siempre hacia...

—¡Eso es vergonzoso!

Tales fueron los comentarios de las cuatro Dianas.

Anita, cerrando los oídos, siguió al criado hasta una antecámara iluminada por una lámpara que pendía del techo, donde su guía la dejó sola.

Capítulo XL

Entrevista extraña que es la continuación del capítulo precedente

Anita había malgastado su miserable vida en las calles de Londres y en los burdeles y guaridas más inmundas de la ciudad, mas no se habían borrado aún del todo en ella los instintos femeninos; ¡tan profundamente los graba la Naturaleza en el pecho humano! Cuando llegó a sus oídos ligero rumor de pasos de una persona que se acercaba a la puerta que daba frente a la que ella franqueara momentos antes, y pensó en el extraño contraste que muy en breve iba a presenciar el reducido saloncito recibimiento, al encontrarse frente a la señorita Maylie, sintióse agobiada bajo el peso de propia vergüenza y retrocedió, considerándose sin fuerzas para soportar la presencia de la persona quien tanto y con insistencia tan extremada había deseado ver.

Pero vino el orgullo a combatir con furia esos sentimientos; el orgullo, vicio tan común a los seres más bajos y degradados como a las naturalezas más nobles y elevadas. La vil compañera de rufianes y ladrones, la que ni digna era de pisar las chozas más humildes la que clamaban las guaridas más infames la cómplice de las basuras y piltrafas de cárceles y presidios, la que vivía bordeando a todas horas el patíbulo... hasta aquel ser envilecido sintió oleadas de orgullo que le impedían revelar un destello débil de sentimientos femeninos, que pella eran debilidades, no obstan ser los vestigios que de aquéllos que, daban en su corazón, el eslabón único que la unía todavía a la raza humana, cuyas características habíanse borrado de su alma, en su mayor parte, ya cuando era muy niña. Alzó, pues, los ojos lo suficiente para ver que tenía delante a una criatura hermosa y espiritual, y clavándolos a continuación en tierra, movió la cabeza con indiferencia afectada, y dijo:

—Es difícil empresa poder llegar hasta usted, señorita. Si yo, dándome por ofendida, como hubieran hecho tantas otras en mi lugar, me hubiera ido, usted lo habría lamentado, y con razón sobrada por cierto.

—Si alguien en esta casa le ha inferido algún agravio, crea usted que de veras lo deploro —contestó Rosa. Ruego a usted que lo olvide y que me diga qué es lo que de mí desea, pues soy la persona por quien usted preguntó.

La dulzura con que Rosa contestó sus palabras, la voz musical, la afabilidad de expresión, la ausencia absoluta de orgullo y de desagrado, de tal suerte sorprendieron a Anita, que rompió a llorar.

—¡Ay, señorita, señorita! exclamó, ocultando el rostro entre sus manos—. ¡Si abundaran más los ángeles como usted, a buen seguro que escasearían mucho los demonios como yo!...

—Siéntese —repuso Rosa—. Me aflige usted extraordinariamente—. Si la

pobreza, la miseria se han cebado en usted, tendré un placer especial socorriéndola en lo que pueda; pero tenga la bondad de sentarse.

—Permítame que continúe en pie, señorita —replicó Anita sin cesar de llorar—, y no me hable con tanta dulzura hasta que me conozca mejor. Se hace tarde... ¿Está... está cerrada esa puerta?

—Sí —contestó Rosa, retrocediendo algunos pasos, como si deseara encontrarse más cerca de los habitantes de la casa para el caso en que pudiera necesitar pedir socorro—. ¿Por qué?

—Porque voy a poner en manos de usted mi vida y la de muchos otros. Soy la mujer que llevó a viva fuerza a Oliver a la casa del judío Fajín la noche que el muchacho salió de la casa de Pentonville.

—¡Usted! —exclamó Rosa.

—Yo, señorita. Soy una de esas criaturas infames, de las cuales acaso haya usted oído hablar, que viven entre ladrones y asesinos y que no recuerdan haber conocido otra existencia ni oído otro lenguaje que el de aquellos miserables. ¡Tenga Dios piedad de mí! ¡No le importe a usted demostrarme abiertamente y con franqueza el horror que le inspiro, señorita! ¡Menos años tengo de los que usted supone, de los que aparento, pero estoy muy acostumbrada a ser para las personas honradas objeto de horror! ¡Hasta las Mujeres más pobres retroceden o se apartan cuando conmigo se cruzan en la calle!

—¡Qué cosas tan horribles me está usted diciendo! —exclamó Rosa desviándose involuntariamente de su extraña interlocutora.

—¡Dé usted gracias al Cielo, señorita, que la ha rodeado de personas buenas y cariñosas que la cuidaron solícitas en su infancia y han velado siempre por usted, no la han dejado expuesta al frío y condenada a los rigores del hambre, la han aislado de la depravación, de la borrachera... y de otras cosas mil veces peores, que han sido los compañeros de la mía, el ambiente que desde que vine al mundo he respirado, las brisas que oreaban mi frente ya cuando estaba en la cuna! ¡Nadie podrá decir con mayor propiedad que yo que el fango del arroyo fue mi cuna y que el fango del arroyo será mi lecho de muerte!

—Me appena oírla hablar así —contestó Rosa con voz conmovida.

—Dios la bendiga por su bondad —repuso la muchacha—. Más me compadecería, aún así, supiera quién soy y lo que en algunas ocasiones sufro. Pero, vamos a mi asunto; me he escapado de entre los que sin piedad me asesinarían si llegaran a saber que he venido aquí, y me he escapado para revelar a usted un secreto terrible que acabo de sorprender. ¿Conoce usted a un

individuo llamado Monks?

—No —respondió Rosa.

—Pero él la conoce a usted y sabe donde vive, pues si yo he podido presentarme en esta casa, es porque a él le oí las señas.

—No recuerdo haber oído pronunciar nunca ese nombre.

—En ese caso, será un nombre falso, supuesto, lo que ya me recelaba yo. Hace algún tiempo, a raíz de haber recogido ustedes en su casa a Oliver, después del robo de que quisieron hacerlas víctimas, yo... que sospechaba de ese hombre, sorprendí una conversación reservada que tuvo con Fajín. Inferí de aquélla, que Monks... el individuo que he preguntado a usted si conocía...

—Comprendo, sí.

—Que Monks había visto accidentalmente a Oliver, acompañado de dos muchachos, el día mismo que nosotros lo perdimos por primera vez, y que conoció inmediatamente que era el mismo niño que él andaba buscando con afán, aunque no pude entonces averiguar por qué. Yo no sé lo que se proponía; pero sí que convino con Fajín que le entregaría una cantidad, si el último conseguía apoderarse de Oliver, y que la cantidad sería mayor, si Fajín lograba hacer del muchacho un ladrón, que es lo que Monks deseaba por motivos que él se sabrá.

—¿Pero, con qué objeto?

—Es lo que yo deseaba averiguar, señorita; pero vieron mi sombra proyectada en la pared, y hube de escapar. ¿Cómo? No lo sé; sólo diré que hubieran sido muy contadas las personas que hubiesen podido hacerlo en las circunstancias en que yo me encontraba. Escapé, y no he vuelto a ver a aquel hombre hasta anoche.

—¿Qué ocurrió anoche?

—Es lo que voy a decir a usted, señorita. Volvió anoche ese hombre, y, repitiendo lo de la vez anterior, subió con Fajín al piso alto de la casa. Envuelta yo en forma que no fuera probable que me vendiera mi propia sombra, escuché pegada a la puerta. Las primeras palabras de Monks fueron éstas: «En consecuencia, lo único que podría probar la identidad del muchacho está en el fondo del río y la bruja que recibió las pruebas de la madre se está pudriendo bajo tierra». Soltaron los dos la carcajada después de pronunciadas las palabras anteriores, se vanagloriaron de haber dado un golpe que ponía los laureles de la victoria en sus manos, y Monks, hablando del muchacho cada vez con mayor fuego y entusiasmo, dijo que si bien era cierto que ya podía hacerse dueño de la fortuna de aquel diablillo sin riesgo alguno, prefería apelar al otro procedimiento que echaría por tierra el estúpido testamento de su

padre, a cuyo objeto era preciso arrastrar al muchacho de cárcel en cárcel y terminar echando sobre él la responsabilidad de un crimen penado con pena capital, lo que para Fajín sería cosa sencillísima conseguir y le valdría un buen premio.

—¿Pero qué me está usted diciendo? —preguntó Rosa.

—La verdad, señorita, la pura verdad, aun cuando salga de unos labios como los míos —contestó Anita—. Añadió luego, entre maldiciones y blasfemias a las que a mis oídos están por desgracia demasiado habituados aunque hubiesen escandalizado a los suyos, que si le hubiera sido dado satisfacer su odio arrancando la vida al muchacho sin riesgo de su pescuezo, lo habría hecho con el mayor placer, pero que como semejante solución llevaba aparejados graves peligros, estaba resuelto a vigilarle de cerca, a seguirle paso a paso, y si algún día averiguaba que el muchacho se proponía aprovechar en su favor las ventajas que le daban su nacimiento y su historia, concluiría con él sin remordimiento. «En una palabra, Fajín —añadió—, por juicio que usted sea, yo le juro que en su vida ha tendido redes tan admirables como las que yo tendré a mi buen hermanito Oliver»

—¡Su hermano! —exclamó Rosa.

—Tales fueron sus palabras —repuso Anita, tendiendo alrededor sin cesar miradas de espanto como si temiera ver aparecer en todo momento a Sikes—. Y no es eso todo.

Cuando habló de usted y de la otra señora y dijo que no parecía sin que el Cielo, o mejor dicho los demonios del infierno habían tenido extraño capricho de poner al muchacho en sus manos, sin duda para hacerle rabiar a él, terminó asegurando, entre horribles carcajadas, que en medio de todo era una ventaja, pues no podían calcularse siquiera los miles y centenares de miles de libras que usted daría, caso que las tuviera, a trueque de saber quién era ese perro de aguas de dos patas que tan misericordiosamente habían recogido.

—¿Pero es su intención decirme que aquel hombre hablaba en serio? —preguntó Rosa poniéndose pálida.

—Tan en serio como jamás se haya hablado en el mundo. Es hombre que nunca bromea cuando aborrece. Conozco a muchos otros que dicen cosas mil veces peores, pero yo prefiero oír a estos últimos cien veces que una sola a Monks. No puedo detenerme más tiempo; se me hace muy tarde, y necesito encontrarme en casa sin que nadie sospeche que he salido. Me voy al instante.

—¿Pero y qué puedo yo hacer? —preguntó Rosa—. Sin usted, ¿cómo utilizar su aviso? ¡Volver!... ¿Por qué ha de volver usted a reunirse con unos compañeros que con colores tan negros me acaba de pintar? Si usted repite las palabras que me ha dirigido a un caballero que se encuentra en la habitación

contigua, y a quien llamaré inmediatamente, antes de media hora se la llevará a sitio seguro, a sitio donde no correrá el menor peligro.

—Deseo volver... necesito volver, porque... ¿cómo decir la causa a una señorita inocente y pura como usted? Necesito volver porque entre los hombres de quienes he hablado a usted, hay uno, el más vil, el más criminal de todos, que me es imposible abandonar. ¡No! ¡No le abandonaré nunca, ni aun cuando abandonándole me viera redimida de la vida horrible que llevo!

—La mediación de usted en favor de ese pobre muchacho —dijo Rosa—, su venida a esta casa corriendo riesgos gravísimos para decirme lo que escuchó, su actitud, que me convence de la sinceridad de sus palabras, su arrepentimiento, que salta a la vista, la conciencia, en fin, de su propia ignorancia, todo ello me induce a creer que no está todo perdido en usted, que todavía puede rehabilitarse... ¡Oh! —repuso aquel ángel de bondad, juntando las manos en actitud suplicante y derramando lágrimas abundantes—. ¡No se haga usted sorda a las súplicas de una persona de su mismo sexo! ¡A las instancias de la primera... la primera, tal creo, que dirige a usted palabras de verdadera piedad y conmiseración! ¡Preste oídos a mi voz, y deje que la salve, que la libre del abismo en que ha caído!

—¡Señorita! —exclamó la desdichada Anita cayendo de rodillas—. ¡Señorita querida, señorita dulce y virtuosa, señorita ángel! ¡Es usted, en efecto, la primera que me dirige palabras consoladoras, palabras que si hubiese escuchado algunos años antes, acaso me habrían librado del vicio y de la desgracia! ¡Hoy es tarde!... ¡Demasiado tarde!

—Nunca es tarde para el arrepentimiento y la expiación —objetó Rosa.

—¡Lo es... sí! —insistió Anita retorciéndose las manos con desesperación—. ¡No puedo dejarle!... ¡No quiero ser causa de su muerte!

—¿Por qué había de serlo? —preguntó Rosa.

—Nada podría salvarle —respondió Anita—. Si a otros dijera yo lo que a usted acabo de decirle, si descubriera el lugar donde se encuentra, moriría indefectiblemente. Es el más... resuelto, y ha cometido muchos horrores.

—¿Es posible que por un hombre así renuncie usted a la esperanza de una vida mejor y a la certeza de verse libre inmediatamente? ¡Es una locura; perdone que se lo diga!

—Yo no sé si es o no locura; lo que sí aseguro es que así es, y que no soy yo sola la que así procedo, sino muchos cientos de otras tan malas y tan desdichadas como yo. Necesito volver a casa, y me vuelvo. Quizá sea un castigo de Dios por las malas acciones que he cometido; pero es lo cierto que ese hombre me atrae, a pesar de las crueldades, a pesar de los malos tratos de

que me hace objeto, y volvería con toda seguridad a su lado, aun cuando supiese que había de morir a sus manos.

—¿Qué hacer? —exclamó Rosa—. Creo que no debería dejarla marchar.

—Sí, señorita. Debe usted dejarme marchar —replicó Anita levantándose—. Me parece que sería injusta si pusiera obstáculos a la marcha de la que ha venido aquí confiada en su bondad, y le ha hecho revelaciones graves sin exigirle promesa alguna, como hubiera podido hacerlo.

—Entonces, ¿qué uso quiere usted que haga de sus revelaciones? ¿Si no se penetra el misterio, si no se toman medidas, qué beneficio puede reportar su confidencia a Oliver, a quien parece desea usted salvar?

—Seguramente tendrá usted algún caballero bueno que escuchará de sus labios la repetición de mi historia y la aconsejará lo que deba hacer.

—¿Pero y dónde vuelvo yo a encontrarla a usted cuando la necesite? No tengo interés por averiguar dónde viven esos hombres terribles; pero, ¿no le parece que debiera decirme el sitio en que podrá encontrársela un día, un momento que determinaremos?

—¿Me promete usted guardar fielmente el secreto, y que vendrá sola, o acompañada del único confidente a quien con autorización mía puede hacer partícipe del secreto, y que nadie me vigilará ni me seguirá?

—Se lo prometo solemnemente —contestó Rosa.

—Todos los domingos por la noche, desde el instante en que los relojes den las once hasta que suenen las doce —dijo la muchacha sin sombra de vacilación—, pasearé por el Puente de Londres, si vivo todavía.

—¡Un momento más! —exclamó Rosa, viendo que la muchacha se dirigía presurosa a la puerta—. Reflexione una vez más en su situación, y en la oportunidad que salir de ella se le ofrece. Tiene usted derecho a que yo le tienda la mano, no sólo por haber venido espontáneamente a revelarme un secreto, sino también porque es una mujer casi irremisiblemente perdida. ¿Volverá a reunirse con esa gavilla de ladrones, con ese hombre terrible, cuando basta que pronuncie una palabra, para verse a salvo? ¿Qué diabólica fascinación la arrastra a semejantes abismos de oprobio y de miseria? ¡Oh! ¡Será posible que no quede en su alma una cuerda sensible que yo pueda hacer vibra! ¿No queda en usted alguna puerta a la que yo pueda llamar con esperanzas de arrancar de su imaginación las alucinaciones que la arrastran?

—Cuando ángeles tan jóvenes, tan buenos, tan hermosos como usted entregan sus corazones —replicó Anita con decisión—, arrástrales el amor a abismos sin fondo, aun cuando, como usted, tengan casa, amigos, riquezas, admiradores, y todo cuan pudiera halagarles; pero cuando mujeres como yo,

que no tienen ni esperan tener otro techo que la tapa del ataúd en que las enterrarán limosna, ni han de conocer otros amigos, cuando la enfermedad haga en ellas presa, que la enfermera de un hospital, entregan su corrompido e impuro corazón a un hombre, permite a éste que llene un hueco que estuvo vacío durante toda la vida, tenga usted por seguro que no hay fuerzas humanas que baste para curarnos. ¡Compadézcanos, señorita! ¡Compadézcanos a las que no quedándonos más que uno solo de los sentimientos de mujer, convertimos, por una fatalidad horrible en manantial de nuevos sufrimientos y violencias, lo que debiera ser nuestro orgullo y consuelo!

—Por lo menos —dijo Rosa, al cabo de algunos momentos de silencio—, me hará el favor de aceptar de mí algún dinero que la permita vivir honradamente... hasta que volvamos a vernos; ¿no es cierto?

—¡Ni un céntimo! —contestó Anita.

—¡No ponga usted obstáculos insuperables a cuantos esfuerzos hago para serle, de algún provecho! Con toda mi alma deseo servirla.

—¡Sólo arrancándome de un golpe la vida podría servirme, señorita! —exclamó la infeliz, retorciéndose las manos—. La conciencia de lo que soy me ha hecho sufrir esta noche torturas más acerbadas que nunca, y algo saldría ganando si no muriera en el infierno en que siempre he vivido. ¡Dios la colme de bendiciones, señorita, y derrame sobre su cabeza tanta dicha como vergüenza he acumulado yo sobre la mía!

Hablando de esta suerte y sollozando con desesperación, salió la desventurada Anita, mientras Rosa dolorosamente afectada por aquella extraña entrevista, más semejante a una pesadilla que a un incidente de la vida real, se dejó caer en una butaca e hizo lo posible para recoger y poner en orden sus confusos pensamientos.

Capítulo XLI

Hace nuevos descubrimientos y demuestra que las sorpresas, lo mismo que las desgracias, rara vez vienen solas

A decir verdad, la situación de Rosa no dejaba de ser difícil y complicada. A la par que sentía un deseo ardiente, un anhelo irresistible de rasgar el velo misterioso que envolvía la historia de Oliver, no podía menos de guardar religiosamente el secreto que aquella desventurada mujer, con la cual acababa de hablar, había confiado a su inocente y cándida buena fe. Tanto las palabras como la expresión de Anita habían conmovido profundamente el corazón de

Rosa y mezclado al cariño tierno y sin límites que a su joven protegido profesaba, anhelos vivísimos de atraer al arrepentimiento y a la esperanza a aquella desgraciada.

La familia Maylie tenía resuelto no detenerse en Londres más que tres días, pasados los cuales emprendían la marcha hacia un lugar de la costa, bastante distante, donde pasarían algunas semanas. Anita se había presentado en la noche del primer día de estancia en la capital de Inglaterra. ¿Qué resoluciones podía tomar Rosa en el breve espacio de cuarenta y ocho horas? Y si en ese lapso de tiempo no las tomaba, ¿sería posible diferir el viaje sin excitar sospechas?

Con la familia Maylie estaba el señor Losberne, quien debía continuar acompañando a las señoras en los dos días siguientes; pero Rosa conocía perfectamente el temperamento impetuoso de aquel caballero excelente y preveía la terrible explosión de cólera que en el primer momento estallaría en el corazón del buen doctor contra la mujer que fue instrumento principal de los que por segunda vez se apoderaron de la persona de Oliver, para confiarle el secreto e inclinarle en favor de la culpable, sobre todo, careciendo de otra persona de experiencia que la auxiliase en la empresa y secundase sus esfuerzos. Estas consideraciones eran motivos más que suficientes para disuadirla de poner en autos a la señora Maylie, cuyo impulso primero la llevaría infaliblemente a tratar el asunto con el buen doctor. En cuanto a recurrir a los consejos de cualquier abogado, aun suponiendo que Rosa supiera cómo hacerlo no había ni que pensarlo, por las mismas causas. Brotó en su mente la idea de asesorarse de Enrique; pero esa idea despertó el recuerdo de su última despedida, y creyó poco en armonía con su dignidad llamarle cuando... ¡sus ojos se arrasaron en lágrimas al pensar en ello! Quizá habría aquél aprendido a olvidarla y a ser feliz sin ella.

Fluctuando en el agitado mar de pensamientos tan opuestos, adoptando ahora una solución para desecharla como imposible segundos más tarde, aventurándose ora en un rumbo, ora en otro contrario, Rosa pasó la noche sin conciliar el sueño, presa de horrible inquietud. Al día siguiente, después de mucho reflexionar, y no sabiendo qué hacer, decidió consultar a Enrique.

—¡Si a él le es penoso volver aquí —pensó—, mil veces más me lo será a mí! ¿Pero querrá venir? ¡Acaso no!... Escribirá, o vendrá en persona, pero esquivará cuidadosamente mi encuentro. Ya lo hizo cuando se fue... Nunca lo hubiera yo creído, pero así fue... ¡y probablemente sería preferible para ambos!

Rosa dejó caer la pluma y volvió la cabeza, cual si no quisiera que fuera testigo de sus lágrimas ni el papel que debía ser mensajero de sus deseos. Había tomado y dejado la pluma cincuenta veces y meditado y vuelto a

meditar la primera línea de la carta sin escribir ni la primera palabra, cuando Oliver, que había estado paseando por las calles de Londres, llevando por guardián a Giles, penetró en la estancia tan agitado, tan sin aliento, con tal prisa, que fácil era ver que traía a la angelical Rosa alguna sorpresa desagradable.

—¿Qué pasa? —preguntó Rosa, saliendo a su encuentro—. ¿Cómo vienes tan arrebatado?

—Casi no lo sé, aunque comprendo que me ahogo, que me falta aire para respirar —contestó Oliver—. ¡Oh, Dios santo! ¡Cuando pienso que al fin voy a tener la dicha de verle, y que ustedes podrán convencerse de que les dije la verdad, y nada más que la verdad!

—Jamás creí lo contrario —replicó Rosa con dulzura, intentando calmar al muchacho—. ¿Pero pasa? ¿De quién hablas?

—He visto al caballero... al caballero que tan bueno fue para mí —respondió Oliver sin poder articular palabra—. Al señor Brownlow, de quien tantas veces me ha oído hablar.

—¿Dónde? —preguntó Rosa.

—Le vi bajar de un coche y entrar en una casa —dijo Oliver vertiendo lágrimas de alegría—. No le hablé... me fue imposible, pues él no me vio, y yo temblé de modo que comprendí que carecía de fuerzas para acercarme hasta él. Giles preguntó por encargo mío dónde vive, y se lo dijeron. Vea usted —añadió el muchacho, mostrando un pedazo de papel—; aquí están las señas... las señas de su casa. ¡Voy a verle inmediatamente! ¡Oh, Dios mío! ¡No sé lo que pasa por mí cuando pienso que voy a verle, a oír de nuevo su voz!

No poco sorprendida Rosa, y muy agitada, leyó las señas del domicilio del señor Brownlow: calle Craven, Strand, y resolvió utilizar el descubrimiento.

—¡Pronto! —exclamó—. ¡Di que enganchen un coche y prepárate para acompañarme! Te llevaré ahora mismo, sin perder minuto. Voy a decir a mi tía que salimos y que tardamos una hora en volver.

Sin hacerse repetir la orden, Oliver no tardó ni cinco minutos en ponerse en disposición de acompañar a Rosa, con la cual salió hacia la calle Craven. Una vez hubieron llegado a la casa, Rosa hizo que el muchacho quedara en el coche esperándola, pretextando de preparar al caballero, y entregando su tarjeta a un criado, le rogó que hiciera presente al señor Brownlow que deseaba hablarle de asuntos urgentes. Momentos después reapareció el criado invitando a la joven subir. El criado acompañó a Rosa al piso principal, donde la dejó frente a un anciano de agradable aspecto, que vestía un traje color

verde botella junto a él había otro anciano, que vestía calzones de mahón y botas altas, cuyas facciones no respiraban tanta bondad como las del primero, el cual estaba sentado, apoyadas ambas manos sobre el puño de un bastón y sobre las manos la barba.

—¡Dios mío! —exclamó el caballero del traje verde botella, levantándose presuroso al entrar Rosa y saludándola con exquisita cortesía. ¡Perdóneme usted, señorita! Yo creí que era algún importuno que... Le ruego que me dispense... Tenga la bondad de tomar asiento.

—¿Es usted el señor Brownlow, caballero? —preguntó Rosa, dirigiéndose al que acababa de hablarle.

—Para servir a usted, señorita —respondió el anciano—; y éste es mi buen amigo el señor Grimwig. ¿Quieres dejarnos solos un momento, Grimwig?

—Creo que no hay inconveniente en que este caballero asista a nuestra conferencia, señor —dijo Rosa—. Si no estoy mal informada, conoce el asunto que motiva mi visita.

El señor Brownlow hizo una inclinación de cabeza y Grimwig, que acababa de hacer una reverencia, que por la rigidez nada tenía que envidiar a la de un autómatas, la repitió y se dejó caer de golpe sobre la butaca.

—Segura estoy de que voy a sorprenderle a usted —comenzó diciendo Rosa con timidez manifiesta—. Sin embargo, me consta que en otro tiempo testimonió usted mucha bondad y benevolencia a un amigo mío muy querido, y estoy cierta de que ha de alegrarse de tener noticias suyas.

—¡Será posible! —exclamó Brownlow.

—Me refiero a Oliver Twist, a quien usted...

No bien salió de los labios de Rosa el nombre de Oliver, el señor Grimwig, que parecía embebido en la lectura de un libraco inmenso, cerrólo con estrépito y, echándose sobre el respaldo del sillón, ahuyentó de su rostro toda expresión que no fuera de estupefacción completa y se permitió permanecer largo rato con los ojos clavados en la cara de Rosa; luego, cual si le avergonzase haber exteriorizado tanta emoción, hizo un esfuerzo que pudiéramos llamar convulsivo, recobró la posición anterior y miró de frente, emitiendo un silbido que, en vez de perderse en el aire, pareció volver a esconderse en los repliegues más profundos de su propio pecho.

No fue menor la sorpresa de Brownlow, aunque no la exteriorizó en forma tan excéntrica. Aproximó su silla a la que ocupaba Rosa, y dijo:

—Tenga la bondad, mi querida señorita, de prescindir de la benevolencia de que acaba de hablarme, y que todos ignoran, y, si en su poder tiene pruebas que modifiquen la opinión desfavorable que me vi obligado a formar sobre ese

joven, le ruego en nombre del Cielo que me las dé.

—¡Es un tunante! ¡Me como mi propia cabeza si no es un tunante de tomo y lomo! —gruñía el señor Grimwig sin mover los labios, como si fuera ventrilocuo.

—Es un corazón noble y generoso —dijo Rosa ruborizándose—. El señor, que creyó conveniente someterle a pruebas superiores a sus fuerzas, sembró en su pecho afectos y sentimientos que honrarían a personas que tienen seis veces más años que él.

—No tengo más que sesenta y uno —murmuró Grimwig, siempre sin mover los labios—, y si el diablo en persona no anda en ello, como Oliver cuenta doce años por lo menos, no veo a quien pueda aplicarse esa observación.

—No haga usted caso de mi amigo, señorita —dijo el señor Brownlow—. La mayor parte de las veces habla por hablar.

—Dice lo que siente —refunfuñó Grimwig.

—¡No! ¡No siente lo que dice! —replicó Brownlow, montando en cólera.

—¡Se come su propia cabeza si no lo siente! —gritó Grimwig.

—¡Merecería que se la rompieran de un porrazo si habla en serio!

—¡Querría ver si hay nacido que se atreviera a hacerlo!

Llegada la discusión a ese punto, los dos ancianos tomaron rapé varias veces consecutivas, se miraron, y concluyeron por darse sendos apretones de manos, que era el resultado último y definitivo de todas sus disputas.

—Volvamos ahora, señorita al asunto que tanto interesa a su corazón. ¿Tendrá usted la bondad de decirme todo lo que acerca de ese pobre muchacho sepa? Me permitirá que principie por hacer constar que puse en juego, cuando desapareció, cuantos medios me sugirió mi buen deseo para descubrir su paradero, y que desde que salí de Inglaterra, se ha modificado por completo la opinión, que formé en los primeros momentos, de que me había robado obedeciendo instigaciones de sus antiguos cómplices.

Rosa que había tenido tiempo para coordinar sus pensamientos, hizo una historia sucinta y precisa de cuanto a Oliver había acontecido desde que salió de la casa del señor Brownlow, omitiendo únicamente las recientes revelaciones de Anita, que pensaba declarar en secreto y a solas al anciano, y cerró su narración asegurando que el pesar único del muchacho, desde algunos meses antes, era no poder encontrar a su antiguo bienhechor.

—¡Loado sea Dios! exclamó Brownlow—. Me proporciona usted una verdadera alegría, un placer como no lo experimentaba en mucho tiempo. Pero

no me dice usted dónde se encuentra en este momento, señorita Maylie. Perdóneme si me quejo; pero, ¿cómo no lo ha traído usted?

—En mi coche, que dejé a la puerta, quedó esperando.

—¡A mi puerta! —exclamó buen caballero.

Sin hablar más palabra, lanzóse fuera de la habitación, descendió precipitadamente la escalera, y segundos después habría la portezuela del carruaje.

No bien salió el señor Brownlow de la estancia, Grimwig levantó la cabeza y convirtiendo en pivote una de las patas traseras de la silla que ocupaba, y auxiliándose con el bastón y la mesa, describió tres círculos completos sin levantarse de su asiento. Ejecutada la maniobra descrita, se levantó, dio diez o doce vueltas por la habitación con paso rápido, y deteniéndose al fin bruscamente frente a Rosa, besó a ésta sin preámbulos ni ceremonias.

—¡Pschis! —susurró, al observar que la señorita se levantaba alarmada ante su singular manera de ser—. No se asuste usted. Por la edad podría muy bien ser su abuelo... Es usted una niña encantadora y yo la quiero mucho... ¡Ya están aquí!

En el instante preciso en que, haciendo una conversión hábil volvía Grimwig a ocupar su asiento, entraba Brownlow acompañando a Oliver, a quien el primero dispensa una acogida amabilísima. En cuanto a Rosa, aun cuando sus cuidados, no la hubieran valido otra recompensa que la felicidad que saboreó en aquellos momentos, hubiérase tenido por suficientemente pagada.

—Alguien queda aún a quien no debemos olvidar —observó Brownlow haciendo sonar la campanilla—. Hágame el favor de decir a la señora Bedwin que venga inmediatamente —añadió, dirigiéndose al criado que había acudido al llamamiento.

No se hizo esperar la antigua ama de llaves, la cual quedó en la puerta de la habitación esperando órdenes.

—Observo que pierde usted vista de día en día, señora Bedwin —dijo Brownlow con cierta sequedad.

—Cierto, señor —contestó la anciana—. A mis años, no suele mejorar con el tiempo la vista.

—Es ésa una verdad que me sé yo de memoria —replicó Brownlow—; pero también lo es que, si usted se calara las antiparras, acaso adivinase el motivo que me obligó a llamarla.

La buena señora comenzó a registrar sus bolsillos en busca de sus anteojos;

pero Oliver, cuya paciencia no estaba hecha a prueba de dilaciones, cediendo a su primer impulso, se arrojó en sus brazos.

—¡Bendito sea Dios! —exclamó la anciana—. ¡Si es mi inocente y querido niño!

—¡Oh, mi idolatrada enfermera! —gritó Oliver.

—¡Ha vuelto... el corazón me decía que volvería!... ¡Y qué bien está, y con qué elegancia viste!... ¡Si parece el hijo de un caballero!... La misma carita dulce, pero menos pálido... ¿Dónde has estado tanto tiempo? La expresión de la mirada es la misma, aunque menos triste la de hoy que la de aquellos tiempos... Ni un solo día he dejado de ver su dulce sonrisa, pero siempre se me figuraba verle acompañando a mis pobres hijos, muertos cuando yo era aún muy joven... Mientras hablaba, la buena anciana examinaba a Oliver, intentaba precisar cuánto había crecido, le estrechaba entre sus brazos, pasaba sus dedos por su cabello, y ora lloraba, ora reía.

Brownlow, dejando a la señora Bedwin y a Oliver en libertad de hablar a sus anchas, pasó a otra habitación, donde Rosa le refirió detalladamente la entrevista que con Anita había tenido, relato que le produjo tanta sorpresa como inquietud. También explicó Rosa los motivos que la aconsejaron no confiar el secreto a Losberne. El digno caballero contestó que a su entender había obrado con prudencia, y en el acto resolvió pedir al doctor una conferencia solemne. A fin de proporcionarle ocasión de poner cuanto antes en planta sus propósitos, convinieron en que aquella misma noche, a las ocho, se presentaría Brownlow en el hotel en que residía la señora Maylie, a la cual, en el entretanto, se pondría en antecedentes de lo que ocurría. Convenidos los preliminares expuestos, Rosa y Oliver volvieron a casa.

Había calculado Rosa que la furia del buen doctor rayaría en lo inverosímil en cuanto tuviera noticias de las revelaciones de Anita, y fuerza es convenir que no erró ni exageró sus cálculos. De su boca salieron atropellándose torrentes de amenazas mezcladas con imprecaciones contra los miserables criminales y hasta contra Anita, a la que quiso, en los primeros momentos, confiar nada menos que a los cuidados solícitos de los señores Blathers y Duff. Que hablaba en serio, lo demostró elocuentemente el hecho de que inmediatamente se calara el sombrero con ánimo de lanzarse a la calle y de pedir la cooperación de aquellos dignos funcionarios. A buen seguro que, en los primeros momentos de indignación, hubiera puesto en planta sus propósitos sin consideración a las consecuencias, de no haberle detenido por una parte la diestra de Brownlow, cuyo temperamento no era menos irascible que el suyo, y por otra, la serie de argumentos y razones con que procuraron disuadirle de que cometiera un disparate que probablemente comprometería el asunto en vez de solucionarlo.

—Entonces, ¿qué diablos hacemos? —exclamó el impetuoso doctor cuando estuvieron presentes a la conferencia las señoras—. ¿Quieren ustedes que enviemos un voto de gracias a esa cuadrilla de ladrones y perdidas, rogándoles al propio tiempo que nos dispensen el honor de aceptar un centenar de libras esterlinas por barba, como muestra insignificante de nuestro aprecio y pobre recompensa por las bondades que han testimoniado a Oliver?

—No digo tanto —replicó Brownlow riendo—; pero sí que es preciso proceder con moderación y prudencia exquisitas.

—¡Moderación y prudencia!... —gritó el doctor—. ¡Yo principiaría por enviarlos todos a la...!

—No me opongo a que los envíe a donde quiera —dijo Brownlow interrumpiendo al doctor—, siempre que ello contribuya a facilitar el objetivo que perseguimos.

—¿Qué objetivo es? —inquirió el doctor.

—Conocer a los parientes de Oliver y poner a éste en posesión de la herencia que fraudulentamente le arrebatan, suponiendo que la historia referida por la joven compañera de los ladrones sea cierta.

—¡Ah! —exclamó el doctor, pasando el pañuelo por su frente—. ¡Es verdad! ¡Ni me acordaba siquiera!

—Comprenda usted que, aun dejando a un lado a esa desventurada muchacha y suponiendo que sin comprometer a ésta, nos fuera posible poner a todos esos miserables en manos de la justicia, poco o nada habríamos adelantado.

—Algo adelantaremos —replicó el doctor—. Ahorcarían a unos cuantos y deportarían a los restantes.

—Perfectamente —contestó Brownlow riendo—; pero es la suerte que les espera y que se atraerán ellos mismos, con el tiempo, sin intervención nuestra. Si hoy encaminamos nuestros esfuerzos a adelantarla, tenga usted por seguro que haremos el Quijote y perjudicaremos nuestros intereses... o los de Oliver, que viene a ser lo mismo.

—No veo cómo —objetó el doctor.

—Va usted a verlo. Es indudable que hemos de tropezar con dificultades inmensas para penetrar en el fondo del misterio, mientras no arranquemos la máscara a ese sujeto llamado Monks. Pero es que para conseguir esto último, habremos de recurrir a ardides y estratagemas, que no nos darán resultado si no le cogemos cuando esté solo, separado de los canallas que cooperan a sus villanos planes. Supongamos que le hacemos prender: ninguna prueba tenemos contra él; es más, ni sabemos siquiera que haya tomado parte en

ninguna de las fechorías llevadas a cabo por la banda. Le absolverían de seguro, o a lo sumo, si la justicia extremaba sus rigores, le condenarían como vago, y nuestro Monks guardaría en lo sucesivo silencio tan obstinado, que para nosotros, o para nuestros proyectos, sería tanto como si hubiese quedado sordo, ciego, mudo e idiota.

—Entonces, vuelvo a preguntar otra vez —contestó con vivacidad al doctor—, si cree usted racional que nos consideremos ligados por la promesa empeñada a una pérdida... promesa hecha con la mejor intención, lo reconozco, pero que...

—No discutamos siquiera ese punto... ¡Perdone que no le deje hablar señorita! —dijo Brownlow, observando que Rosa se disponía protestar—. Hay que atenerse a todo trance a la palabra empeñada, palabra que, a mi modo de ver, en nada ha de oponerse a nuestros procedimientos. Sin embargo, antes de convenir un plan preciso de operaciones, juzgo necesario ver a esa joven, a fin de tratar de conseguir que nos dé a conocer a Monks, asegurándole que trataremos directamente con él y sin mediación de la policía, y caso que aquélla no quiera, o no pueda darnos sus señas, recabar de la misma informes detallados y precisos acerca de sus señas personales y sitios que frecuenta, con objeto de ponernos en condiciones de conocerle cuando le encontremos. A la muchacha no podemos verla hasta el domingo por la noche. Hoy es martes. Propongo, pues, que hasta el domingo, permanezcamos perfectamente quietos y guardemos secreto impenetrable, que no revelaremos ni al mismo Oliver.

Por más que Losberne acogió con ceño y de mal talante una proposición que llevaba aparejados cinco días de inacción absoluta, no pudo menos de confesar que no se le ocurría por entonces plan más ventajoso, y como por otra parte, tanto la señora Maylie como Rosa defendieron con tesón lo propuesto por Brownlow, la proposición de éste quedó aprobada por unanimidad.

—Yo desearía —observó Brownlow—, solicitar la cooperación de mi amigo Grimwig. Es un hombre singular, rico en rarezas y excentricidades, pero ladino como el que más. Abrigo el convencimiento de que podría servirnos. Añadiré que fue abogado competente y que abandonó el foro porque en veinte años sólo se le presentó un pleito y de escasa importancia. Ustedes verán si esta circunstancia le recomienda o no.

—No tengo inconveniente en que usted llame a su amigo, siempre que a mí se me permita llamar a otro que lo es mío —contestó el doctor.

—Someteremos el asunto a votación. ¿Quién es ese amigo suyo? —preguntó Brownlow.

—El hijo de esta señora, amigo antiguo de esta señorita —contestó el doctor, extendiendo un brazo hacia la señora Maylie y dirigiendo a la señorita

Rosa una mirada muy significativa.

Tiñéronse de vivo carmín las mejillas de Rosa, la cual no se opuso a la proposición, acaso porque creyera que se encontraría en minoría desesperada. Como consecuencia, acordóse invitar a los dos señores mencionados a formar parte de la junta de defensa de Oliver.

—Huelga decir que no saldremos de Londres en tanto haya esperanzas de que nuestras investigaciones puedan tener resultado —dijo la señora Maylie—. A trueque de ver logrado el objetivo que perseguimos, no perdonaré molestias ni gastos, y con gusto permaneceré en la ciudad aunque sean doce meses, siempre que ustedes me aseguren que queda un rayo de esperanza.

—¡Magnífico! —exclamó Brownlow—. Como quiera que estoy viendo en los semblantes de cuantos merodean el deseo de preguntarme a que fue debido que me viera yo en la posibilidad de corroborar y comprobar la historia que me refirió Oliver y qué causas me obligaron a abandonar repentinamente el reino, me permitirán que les haga presente que deseo que guarden en el fondo de su pecho las preguntas, hasta que yo pueda adelantarme a ellas refiriéndoles mi propia historia. Créanme que abonan mi conducta poderosas razones, no siendo la menor de ellas el estar seguro de que, hablando, podría despertar esperanzas que acaso nunca tengan realización, y aumentar las dificultades y los desencantos, harto numerosos por desgracia. ¡Vaya! Han anunciado que la cena está servida, y no es justo que la mesa espere. Por otra parte, Oliver se encuentra solo en la habitación contigua, y no sería de extrañar que creyese que su compañía nos es molesta, o bien que fraguamos alguna conspiración tenebrosa encaminada a lanzarle de nuevo a los rigores de su infausta suerte.

Diciendo estas palabras, el respetable anciano ofreció su mano a la señora Maylie, el doctor hizo lo propio con Rosa, y las dos parejas se dirigieron al comedor, quedando, por entonces, disuelta la junta de Defensa.

Capítulo XLII

Un conocido antiguo de Oliver da pruebas tan brillantes de genio, que llega a ser un personaje público en la capital

La misma noche que Anita, cediendo a un impulso generoso, hizo a Rosa Maylie las importantes revelaciones que conoce el lector, después de propinar un narcótico a Sikes, acercábanse a Londres, por el Gran Camino Real Norte, dos personas, a las cuales no puede dispensarse esta verídica historia de prestar alguna atención.

Eran las personas en cuestión un hombre y una mujer (quizá les cuadrara mejor la denominación de macho y hembra); el primero, uno de esos ejemplares larguiruchos, huesudos, patizambos y de andar perezoso y vacilante, a los cuales es difícil señalar edad determinada, seres que, de niños, parecen hombres entecos y poco desarrollados, y de hombres, podrían pasar por muchachos desarrollados prematuramente.

La mujer era joven, de constitución robusta y grandes fuerzas, pues en caso contrario, habríale sido imposible llevar el pesado fardo que gravitaba sobre su espalda. No llevaba su compañero tanto equipaje, reducido a un paquetito envuelto en un mal pañuelo y pendiente de la punta de un palo apoyado sobre el hombro, paquetito que tenía trazas de pesar muy poco. Esta circunstancia, unida a la longitud de sus piernas, realmente desmesuradas, permitíale llevar constantemente una delantera de doce pasos a su compañera, hacia la cual volvía la cabeza de tanto en tanto, haciéndole señas que traducidas al lenguaje vulgar, eran otros tantos reproches a su tardanza y excitaciones a que apresurara el paso.

Avanzaban por el camino lleno de polvo, sin fijar su atención en ninguno de los objetos que se les presentaba a la vista, excepto cuando divisaban alguna diligencia, entonces solían desviarse unos pasos sin duda a fin de no entorpecer marcha. Cuando hubieron pasado, arco Highgate, el hombre hizo y llamó con impaciencia a su compañera.

—¿Quieres darte prisa? ¡A fe que eres holgazana, Carlota!

—Pesa mucho este fardo; créeme —contestó la mujer, llegando rendida y sin aliento.

—¡Que pesa mucho! ¿Qué disparates estás diciendo? ¿Es que sirves para nada? —replicó el viajero macho, pasando al otro hombro el pequeño lío que llevaba—. ¡Dios de Dios! ¿Otra vez parada? ¡Si lo que estás haciendo no es para concluir con la paciencia de todos los santos del Cielo, que venga el diablo y lo vea!

—¿Nos falta mucho para llegar? —preguntó la mujer, recostándose contra un poste y secándose con revés de la mano el sudor que in daba su cara.

—¡Que si falta mucho! Allá es el término de nuestro viaje —respondió el viajero extendiendo un brazo—. ¿Ves aquella claridad? Pues son las luces de Londres.

—Me parece que nos quedan por lo menos dos millas largas —añadió la mujer con desaliento.

—Tanto monta que sean dos como veinte —replicó Noé Claypole, que él era en persona el compañero de la mujer—. ¡Ea! ¡En marcha, si no quieres que

despierte tu actividad a patadas!

Como quiera que la nariz de Noé, coloreada de suyo, se ponía más y más encendida cuando la cólera rugía en el pecho de su propietario, y como por otra parte, éste cruzó con paso vivo el camino mientras hablaba, la mujer se levantó sin replicar y reanudó penosamente la marcha.

—¿Dónde pasaremos la noche? —preguntó la mujer, luego que hubieron recorrido un centenar de varas más.

—¿Lo sé yo por ventura? —replicó Noé, cuya irritación exacerbaba extraordinariamente la caminata.

—Será cerca, ¿verdad?

—¡No... no será cerca! —gritó Claypole—. ¿Por qué ha de ser cerca? No creas tal cosa si no quieres llevarte chasco.

—¿Pero por qué no ha de ser cerca?

—Cuando yo digo una cosa, basta y sobra con que la diga, y no admito que se me pregunte por que ni cómo —replicó Claypole con dignidad.

—No te incomodes, Noé, que no hay motivo.

—¡Estaría gracioso!, ¿verdad que sí? que fuéramos a hospedarnos en la primera posada que en las afueras de la ciudad encontráramos, para que Sowerberry, si corre, como supongo, en persecución nuestra, no tuviera más trabajo que el de asomar su fea nariz y cargarnos en un carro, bien adornaditos con esposas! ¡Quia! Seguiremos andando hasta perdernos por las callejas más intrincadas y solitarias de la ciudad y no nos detendremos hasta que encuentre una huronera que nos ofrezca garantías de seguridad. Agradece a las estrellas, Carlota, que me hayan dado talento y astucia para los dos; pues de no haber seguido desde el principio senderos poco frecuentados para caer al fin en este camino, días haría que te encontrarías enjaulada por imbécil, paloma, lo que no te hubiera estado mal empleado.

—Confieso que eres más listo que yo —replicó Carlota—; pero no cargues sobre mis espaldas toda la culpa, y sobre todo, no digas que estaría yo enjaulada, pues supongo que si hubiéramos tenido algún tropiezo, enjaulados estaríamos los dos.

—Fuiste tú la que robaste el dinero —dijo Claypole.

—Pero lo robé para ti, Noé, y por tu encargo.

—¿Lo tengo yo acaso en mi poder?

—No; me lo has confiado a mí, dándome pruebas de una confianza que demuestra lo mucho que me quieres —dijo la mujer, acariciando la barba de

Noé y agarrándose a su brazo.

Efectivamente: Claypole había confiado a Carlota la custodia del dinero; pero, como el tal caballero no tenía por costumbre honrar a nadie con una confianza imprudente, la justicia y la imparcialidad me obligan a hacer constar que, si esta ocasión infringió costumbres de toda la vida, fue porque calculó que, en caso de prisión, era preferible que la justicia encontrase sobre su dulce compañera el cuerpo del delito, lo que le pondría en condiciones de negar su participación en el robo y aumentaría las probabilidades de salir con bien del asunto. Como comprenderá el lector, no creyó oportuno entrar en explicaciones acerca de los móviles de su conducta, y la pareja prosiguió el viaje en medio de la mejor armonía. Consecuente con su sistema de prudencia. Claypole avanzó sin detenerse hasta llegar al Ángel del Islington, donde la abundancia de transeúntes y la multitud de carruajes hicieronle creer, no sin razón, que empezaba el verdadero Londres. Sin detenerse más que el tiempo indispensable para observar cuáles eran las calles más concurridas, y como consecuencia, las que con mayor diligencia debía evitar, atravesó el camino de San Juan y no tardó en internarse por las callejuelas laberínticas y sucias comprendidas entre Gray's Inn Lane y Smithfield, que hacen de aquella parte de la ciudad uno de los distritos más asquerosos que han quedado en el corazón de Londres desafiando los planes de reforma de nuestro siglo.

Por aquellas callejas avanzó Noé Claypole, llevando a Carlota pegada a sus talones, ora deteniéndose en medio del arroyo para estudiar el aspecto exterior de alguna taberna o parador inmundo, ora deslizándose a lo largo de las paredes cuando cualquier circunstancia le inducía a creer que aún era demasiado público para sus planes. Al fin se detuvo frente al establecimiento más humilde y repugnante que tropezó en el camino, el cual, una vez reconocido y examinado con detenimiento desde la acera de enfrente, tuvo el alto honor de ser el preferido, según manifestó Claypole a su compañera.

—Dame ahora el fardo —dijo Noé, soltando los tirantes que lo sujetaban a la espalda de su compañera y cargándole sobre sus hombros—. Cuidadito con hablar palabra a nadie. Sólo podrás hablar conmigo, y cuando yo te pregunte... ¿Cómo se llama esta casa... Los Tres... qué?

—Lisiados —contestó Carlota.

—Los Tres Lisiados —replicó Noé—. ¡Magnífica muestra! ¡Adelante! Sígueme pegada a mis talones.

Dada esta orden, empujó la desvencijada puerta con un hombro y penetró en la casa, seguido por su compañera.

A nadie encontraron en la taberna más que a un judío joven que, apoyado de codos sobre el mostrador, leía un periódico arrugado y sucio. Al entrar Noé,

el judío alzó los ojos para clavarlos en los de Noé, quien por no ser menos, clavó también los suyos en los del judío.

—¿Es ésta la taberna de Los Tres Lisiados? —preguntó Noé.

—La misma —respondió el interrogado.

—Nos recomendó esta casa un caballero a quien encontramos en el camino —dijo Noé, guiñando un ojo a Carlota, ignoramos si con objeto de llamar la atención de la joven hacia aquel nuevo rasgo de ingenio de que acababa de dar pruebas, o si para recomendarle que no diera muestras de sorpresa—. Desearíamos pasar aquí la noche.

—Ignoro si será posible —contestó Barney, pues Barney, era el judío en cuestión—. Preguntaré.

—Bueno, pero antes condúcenos al comedor y allí sírvenos un pedazo de carne fiambre y un jarro de cerveza.

Introdujo Barney a los viajeros en un cuarto interior, donde les sirvió lo que habían pedido. Momentos después se les presentó de nuevo para informarles que podían pala noche en la casa, y los dejaba haciendo honor a la cena. Estaba situado el comedor de del mostrador y un poquito bajo que éste, en forma que cualquier persona conocedora de la casa, sin más trabajo que el de levantar una cortinilla que cubría un cristal pequeño colocado en un ventanillo abierto en la pared de la pieza citada, a cinco pies de elevación sobre su suelo, no sólo podía acechar cuanto allí pasase sin peligro de ser descubierta, pues el ventanillo se encontraba en el rincón más oscuro del comedor y protegido por añadidura con una gruesa viga detrás de la cual era sencillísimo ocultarse, sino también sorprender cualquier conversación que en la estancia se sostuviera, aun cuando los interlocutores hablasen en voz baja. Más de cinco minutos hacía que el dueño de la casa se encontraba en su observatorio, cuando entró Fajín para inquirir algunas noticias referentes sus jóvenes discípulos.

—¡Cuidado! —exclamó Barney—. Tenemos forasteros en el comedor.

—¡Forasteros! —susurró Fajín.

—Sí; vienen de provincias, según dicen; pero, si no me engaño de medio a medio, son gentes de nuestra condición.

Parece que la noticia interesó agradó a Fajín, pues subiéndose sobre un banco, acercó cautelosamente sus ojos al cristal, desde donde pudo ver que el galante Claypole se servía una tajada enorme de carne fiambre y trasegaba trago tras trago de cerveza, al paso que administraba a su compañera dosis homeopáticas de ambas cosas.

—Me gusta la facha de ese prójimo —susurró Fajín volviendo la cara

hacia Barney—. No dudo que puede sernos de provecho. Por lo pronto, veo que sabe manejarse admirablemente con la muchacha... ¡Chitón! ¡No respire siquiera, que me conviene escuchar la conversación de esa interesante pareja!

El judío, con un ojo pegado al cristal y una oreja a la pared, escuchó con viva atención.

—Pues sí —decía Claypole continuando una conversación precipitada—. Mi intención es ser un caballero. Váyase al diablo los ataúdes y vivamos a lo señor. Yo, al menos, así pienso hacerlo, y si tú no me imitas, Carlota, te acreditarás de tonta.

—Tu proyecto me gusta a rabiar, querido mío —contestó Carlota—; pero ten presente que no todos los días encontraremos cofrecitos que vaciar.

—¡Váyanse al diablo los cofrecitos! ¿Te figuras que no hay en el mundo otras cosas tan apetitosas como los cofrecitos?

—¿Qué quieres decir?

—¡Bolsillos, joyas, casas, diligencias y Bancos! ¿Te parece poco? —exclamó Claypole, en quien comenzaba a producir efecto la cerveza.

—Pero tú solo no puedes llegar a tanto, querido —observó Carlota.

—Ya me asociaré con los que puedan ayudarme —replicó Noé—. No faltará quien nos proponga algún trabajo, y muy pronto... Tú sola vales por cincuenta mujeres juntas, pues si he de hacerte justicia, diré que no hay quien te iguale en astucia y ligereza.

—¡Oh! ¡Y cómo me entusiasman esos elogios en tu boca! —exclamó Carlota, estampando un beso en el feo rostro de su compañero.

—¡Basta, basta ya! ¡No te enterezcas demasiado, porque me vas resultando empalagosa! —dijo con dignidad Claypole—. Me gustaría ser capitán de cualquier bando, para vigilar las operaciones de mis subordinados, para seguir todos sus pasos, sin que nadie se enterase de ello. El cargo me convendría, y si me fuera posible entrar en relaciones con algunos caballeros de esa clase, te aseguro que me encantaría, aun cuando hubiera de sacrificar ese billete de veinte libras que tenemos... del cual no sé cómo podremos vernos libres sin peligro.

Luego que hubo manifestado su sentir sobre el particular, Claypole miró el jarro de cerveza con expresión de sutil sabiduría, y después de agitar su contenido, bebió un buen trago, que le refrescó al parecer, considerablemente. Disponíase a repetir la libación, cuando le interrumpió la presencia, en el marco de la puerta, que acababa de abrirse bruscamente, de un desconocido. El personaje que acababa de hacer su aparición era Fajín, quien con amabilidad exquisita, hizo al entrar una reverencia profunda y fue a sentarse

junto a la mesa contigua a la que ocupaba la pareja y pidió a Barney que le sirviera algo de beber.

—Hermosa noche, caballero, pero demasiado fría para la estación en que nos encontramos —dijo Fajín restregándose las manos—. ¿De provincias, eh?

—¿En qué lo ha conocido usted? —inquirió Claypole.

—En las calles de Londres no suele recogerse tanto polvo —replicó Fajín, señalando con el dedo los zapatos de Noé y a continuación los de Carlota.

—¡Buena vista tiene usted, señor mío! —exclamó Noé—. ¿Has oído, Carlota?

—Para vivir en esta ciudad, precisa tener vista de lince, amigo mío —observó el judío, bajando extraordinariamente la voz—. No hay más remedio, créame usted.

Fajín terminó su observación dándose un golpecito en la nariz con el dedo índice de la mano derecha, operación que quiso remedar Claypole, sin conseguirlo del todo, a causa de las dimensiones escasas de la suya. Esto no obstante, Fajín apreció en la tentativa algo así como una coincidencia perfecta de opiniones y ofreció cortés a los viajeros una copa del licor que Barney acababa de servirle.

—¡Bueno es, a fe! —exclamó Claypole haciendo chasquear su lengua.

—¡Ah! Para beberlo de ordinario, amigo mío, preciso es que un hombre esté a todas horas en disposición de vaciar un cofrecillo, o un bolsillo, o las joyas de cualquier mujer, o una casa, o una diligencia o un Banco —dijo Fajín.

Oír Claypole la repetición de las palabras que momentos antes había dirigido a Carlota y caer de espaldas sobre el respaldo de la silla, dirigiendo ora a Carlota, ora al judío, miradas de terror, fue todo una misma cosa.

—No tema usted, amigo mío —dijo Fajín, acercando más su silla a la de su interlocutor—. ¡Ah! Por fortuna, nadie más que yo escuchó lo que ha poco decía usted... Sí, fue una verdadera fortuna.

—¡No lo vacié yo! —murmuró Claypole, que ya no estiraba las piernas como si fuera un caballero independiente, sino que las había encogido hasta esconderlas casi debajo de la silla—. Fue ésta... Tú lo tienes, Carlota; en este momento... demasiado bien sabes que eres tú la que lo guardas todo.

—Lo de menos es saber quién vació el cofrecillo y quién guarda el dinero, amigo mío —replicó Fajín dirigiendo, sin embargo, miradas de búho a la muchacha y a los dos paquetes—. A los mismos negocios me dedico yo, así que, lejos de parecerme mal lo que ustedes han hecho, lo apruebo y les doy mi enhorabuena.

—¿Dice usted que se dedica...?

—A la misma clase de negocios que usted, sí, yo, y todos los que en esta casa viven —repuso Fajín—. Buen ojo tuvo usted al escoger esta posada, en la que puede considerarse tan seguro como un rey en su lacio. En la ciudad, no hay lugar que ofrezca tantas garantías de seguridad como Los Lisiados... es de cuando a mí me conviene que le ofrezca. Tanto usted como la ni que le acompaña me han simpáticos, he dado ya las órdenes oportunas, y pueden estar completamente tranquilos.

Puede ser que las palabras Fajín llevaran la tranquilidad alma de Claypole, pero desde luego aseguro que no la llevaron a cuerpo, y de ello fueron prueba evidente sus extrañas contorsiones, cambiar a cada momento de porción, cual si nunca fuera bastante cómoda, y las miradas dirigidas su interlocutor, miradas que reflejaban temor y desconfianza.

—Añadiré —prosiguió el judío después de tranquilizar a la muchacha con ademanes y palabras amistosas—, que tengo un amigo a quien será fácil satisfacer el ardiente deseo que antes expresó usted, poniéndole en el camino que le conducirá derechura a la clase de negocios que usted prefiera y conozca, y le enseñará los que le sean desconocidos.

—Parece que habla usted en serio —observó Noé.

—¿Le parece a usted que tengo yo cara de hablar en broma? —explicó Fajín, dándole unos golpecitos sobre el hombro. ¡Es usted un genio, querido! ¿Quiere usted salir un momento y hablaremos cuatro palabras a solas?

—No tenemos necesidad de molestarnos —contestó Noé, extendiendo nuevamente sus piernas—. Esta subirá arriba los equipajes mientras hablamos... Carlota, vete con los fardos.

La orden, que fue comunicada con gran majestad, tuvo exacto e inmediato cumplimiento.

—La he enseñado bastante bien, ¿no le parece a usted? —preguntó Claypole, con el tono de quien ha domado una bestia feroz.

—Admirablemente, amigo: bien se ve que lo entiende usted.

—No me encontraría yo en este sitio si así no fuera... Pero no perdamos tiempo, pues no puede tardar mucho en volver.

—Veamos: ¿qué me dice usted? Si el amigo de quién le he hablado le agrada, ¿no le parece que lo mejor sería asociarse a él?

—¿Prosperan sus negocios? —inquirió Claypole guiñando un ojo—. Porque lo importante es eso.

—Sus negocios están en plena producción; sus auxiliares son numerosos, y

entre ellos cuenta con verdaderas lumbreras en el arte.

—¿Todos de la ciudad?

—Ni un lugareño ha sido admitido todavía, y es más; hasta creo que no admitiría a usted, no obstante mis recomendaciones, si no fuera porque en estos momentos está falto de auxiliares.

—¿Tendré que aflojar la mosca? —preguntó, dándose algunos golpecitos en el bolsillo.

—¡Ah! ¡Es condición precisa! —replicó Fajín con énfasis.

—Veinte libras esterlinas son una cantidad respetable... ¿no le parece?

—No valen gran cosa cuando las representa un billete del Banco del cual es difícil desprenderse —replicó Fajín—. Supongo que habrán tomado el número y la fecha de emisión, que el Banco estará avisado, y que, a su presentación, en vez de hacerlo efectivo... ¡Ah! Comprenda usted que su billete de veinte libras tiene muy poco valor. Mi amigo tendrá que enviarlo al extranjero donde habrá de venderlo con gran quebranto.

—¿Cuándo podré ver a su amigo? —preguntó Noé.

—Mañana por la mañana.

—¿Dónde?

—Aquí.

—¡Hum! Si me asocio, ¿qué ventajas obtendré?

—Podrá vivir como un caballero... tendrá casa, mesa, tabaco y licores... la mitad de lo que usted gane y la mitad de lo que gane la joven que le acompaña.

Es muy dudoso que Noé Claypole, cuya voracidad era implacable, hubiese aceptado las deslumbrantes proposiciones del judío si hubiera sido dueño absoluto de sus actos; pero, como se le ocurrió la idea de que, si las rechazaba, se encontraba en poder de su nuevo conocido, quien sin vacilar un segundo le entregaría a la justicia, poco a poco se fue convenciendo, y acabó por manifestar que las condiciones merecían su aprobación.

—Sin embargo —añadió Claypole—, en atención a que mi compañera trabajará mucho, me parece natural que a mí se me confíen ocupaciones sencillas y de poco compromiso.

—¿Trabajos de capricho, eh? —inquirió Fajín.

—Algo por el estilo. ¿Qué le parece a usted que podría hacer para empezar? Con que no sea pesado ni ofrezca peligros, lo acepto desde luego.

—Algo me parece que he oído hablar a usted sobre su capacidad para espiar a sus semejantes, querido —observó el judío—. Mi amigo necesita muy de veras a uno que se encargue de esas operaciones.

—No sé si lo he dicho, pero crea usted que sin inconveniente aceptaría ese entretenimiento; pero se me figura que debe ser oficio poco lucrativo.

—Eso es verdad —contestó el judío recapacitando, o haciendo que recapacitaba—. No; desde luego no.

—Entonces, ¿qué? —preguntó anhelante Claypole—. Me gustaría dedicarme a cualquiera de esas ocupaciones que pueden hacerse con facilidad y sin correr más riesgos de los que a uno puedan amenazarle en su casa.

—¿Quiere usted dedicarse a las viejas? —preguntó el judío—. Es negocio muy productivo. Se gana el dinero a espaldas arrebatándoles los saquitos de mano y perdiéndose acto seguido a la vuelta de la primera esquina.

—Sí... pero gritan como condenadas y hasta arañan alguna vez —replicó Claypole, moviendo la cabeza—. Me parece que no me conviene. ¿No quedan otras especialidades que explotar?

—¡Ah... sí! —exclamó el judío, poniendo una mano sobre la rodilla de Noé—. Nos queda la zancadilla del cachorro.

—¿Y qué es eso?

—Llamamos cachorros, querido —explicó el judío—, a los niños que salen por encargo de sus madres a hacer cualquier recado, y llevan chelines o peniques... siempre suelen guardarlos en sus manos, y la zancadilla consiste en escamotearles el dinero derribándoles acto seguido en tierra, alejándose a continuación con paso lento y como si tal cosa, como si se tratara de un niño que ha caído por casualidad y se ha lastimado un poco. ¡Ja, ja, ja, ja!

—¡Ja, ja, ja, ja! —rugió Claypole acoceando la mesa—. ¡Eso me conviene! ¡Mi especialidad!...

—Indudable. Por cierto que por los alrededores de Camden Town o del Puente de Battle podrá explotar el negocio en gran escala. Siempre transitan por allí muchachos que van a recados y no ha de serle difícil echar muchas zancadillas diarias. ¡Ja, ja, ja, ja!

Noé Claypole hizo coro a las carcajadas de Fajín.

—No hay más que hablar —dijo Noé, luego que se hubo serenado un poco y cuando ya Carlota había vuelto a la habitación—. Quedamos entendidos: ¿a qué hora nos veremos mañana?

—¿Le parece a las diez? —preguntó Fajín.

—Sea a las diez.

—¿Y qué nombre he de dar a mi nuevo amigo?

—Bolter —contestó Noé, que se había preparado por si le hacían una pregunta que consideraba segura—; Mauricio Bolter... Esta es la señora Bolter.

—¡A los pies de usted, señora Bolter! —dijo Fajín, con cómica gravedad—. Será para mí un placer estrechar nuestras relaciones.

—¿No oyes lo que este caballero te está diciendo? —gritó Claypole.

—Sí, mi querido Noé, sí —contestó la señora Bolter alargando la diestra al judío.

—En la intimidad me llama Noé —explicó Mauricio Bolter, antes Noé Claypole—. ¿Comprende usted?

—¡Oh, sí! ¡Comprendo perfectamente! —contestó Fajín, diciendo, verdad acaso por primera vez en su vida—. ¡Buenas noches! ¡Buenas noches!

No sin repetir mil veces las despedidas y después de cambiar varias frases agradables con sus nuevos amigos, marchóse el judío. Noé Claypole reclamó toda la atención de su esposa para explicarle el trato que, acababa de cerrar con toda la altanería y aire de superioridad que tan perfectamente se armonizan, no diremos ya con un individuo del sexo fuerte, sino con un caballero que en, tanto estima la nueva dignidad que le ha sido conferida, consistente en preparar la zancadilla del cachorro a cuantos niños transiten con dinero por las calles de Londres y sus alrededores.

Capítulo XLIII

Donde encontramos que el famoso Truhán dio un tropiezo grave

—¿Conque su amigo de usted era usted mismo? —exclamó Claypole, por otro nombre Mauricio Bolter, a poco de haber llegado al día siguiente a la casa del judío, en cumplimiento de lo pactado—. No me la dio del todo, amigo mío, pues si he de decir verdad, me lo había figurado.

—No hay quien de sí mismo no sea amigo, querido —replicó Fajín, dirigiendo a su nuevo amigo una mirada insinuante—. No puede encontrar otro que lo sea tanto.

—Se dan casos —observó Mauricio Bolter, con aires de hombre de mundo—. Sabe usted muy bien que hay personas cuyos únicos enemigos son ellos

mismos.

—¡No lo crea usted! —replicó el judío—. Cuando un hombre aparece enemigo de sí mismo, es porque se aprecia demasiado, y cuanto más parezca que le preocupan la felicidad y suerte de sus prójimos, más cuida de las suyas. ¡La abnegación!... ¡Uf! ¡No existe semejante fruta en el huerto de la Naturaleza!

—Y si existe, no debiera existir; es la verdad —observó Bolter.

—Nada más cierto. Algunos hechiceros pretenden que el número tres es un número mágico, otros afirman que es el siete. Todos se engañan; el número mágico es el uno.

—¡Ja, ja, ja, ja! ¡Viva el número uno! —gritó Bolter.

—En comunidades pequeñas como la nuestra —explicó el judío, creyendo que era llegado el momento de determinar su propia posición—, tenemos un número uno general... o lo que es lo mismo: usted no puede considerarse como número uno sin tenerme también a mí por número uno, de la misma manera que por número uno me tienen todos los demás.

—¡Demonio! —exclamó Bolter.

—Comprenda usted —añadió el judío, sin hacer caso de la interrupción—, que dada la trabazón, el enlace íntimo que debe existir entre nosotros, dada la identificación que entre nuestros intereses existe, no puede ser de otra manera. Por ejemplo: obligación suya es velar por la seguridad del número uno... entendiéndose a usted mismo por número uno.

—De acuerdo; tocante a eso no hay cuestión.

—Perfectamente. Usted no puede cuidar de sí mismo, número uno, sin cuidar también de mí, número uno.

—Querrá usted decir número dos —replicó Bolter, egoísta hasta lo infinito.

—No por cierto —replicó el judío—. Para usted, debo tener la misma importancia que tenga usted mismo.

—No puedo dudar que me parece usted un hombre simpático y digno de todo mi aprecio; pero me parece que mi unión con usted no es ni puede ser tan íntima como mi unión con mi interés personal.

—Recapacite usted un momento, amigo mío, nada más que un momento —dijo Fajín, encogiéndose de hombros—. Ha dado usted un tropiezo según el mundo, aunque para mí sea una hazaña digna de respeto, una hazaña que merece mi aprobación y le da un título más a mi cariño; pero hazaña que podría valerle una corbata tan fácil de poner, como difícil de desatar: supongo que habrá comprendido que me refiero a la horca.

Bolter llevó maquinalmente la mano a la corbata, como si le apretara demasiado, y manifestó su conformidad con las palabras de su interlocutor por medio de un gruñido especial.

—La horca, amigo mío —repuso Fajín—, es un poste indicador horrible que, en forma tan brusca como brutal, ha puesto fin desastroso a la carrera de más de un valiente que trabajaba sin recelo por nuestras calles. Pues bien: objetivo número uno debe ser esquivar los obstáculos que pueda encontrar en su camino y maniobrar siempre a distancia respetable de aquella señora.

—Tiene usted mucha razón: pero, ¿por qué me habla de cosas tan desagradables?

—Lisa y llanamente para que me comprenda con toda claridad: Si no quiere usted dar de bruces, cuando menos lo piense, en el poste indicador de que acabo de hablarle habrá de velar por mis intereses de la misma manera que yo, si quiero que prosperen mis intereses, habré de velar por su seguridad de usted. Para usted, lo primero habrá de ser su número uno personal, lo segundo, mi número uno. Cuanta mayor sea la solicitud con que usted atienda a su número uno personal, en más alto habrá de apreciar mi número uno... y hétenos llegados a la postre a lo que manifesté a usted al principio: el amor hacia el número uno es el lazo que nos une en apretado ejército, que caminará de victoria en victoria mientras subsista ese lazo, pero que, roto éste, caerá precipitado a los abismos del no ser.

—¡Es verdad... es verdad! —exclamó Bolter con expresión meditabunda—. ¡Oh!... ¡Y cómo se advierte que es usted perro viejo!

Con visible complacencia comprendió Fajín que la alusión a su genio maravilloso no era estéril cumplimiento, sino reflejo de la impresión profunda y real que sus argumentos habrían producido en el ánimo de su nuevo recluta. Con el objeto de robustecer y dar mayor consistencia a una impresión tan apetecible como conveniente a sus fines, continuó dando a conocer a aquél, con algún detalle, la extensión y el alcance de sus operaciones, sirviéndole en el mismo plato la verdad mezclada con la mentira, cuando así convenía a sus fines, y combinándolo todo con tal arte, que el respeto del señor Bolter crecía por grados, bien que un tanto templado con cierto grado de saludable temor que a los intereses del jefe convenía despertar.

—Gracias a esta confianza mutua que entre nosotros reina, puedo consolarme de las dolorosas pérdidas que a veces lamento —observó el judío—. Ayer mañana, sin ir más lejos, perdí al que sin exagerar podría llamar mi brazo derecho.

—¿Murió? —preguntó Bolter.

—¡No, no! El mal no es tan grave, gracias a Dios.

—Entonces, será que lo...

—Llamaron —interrumpió el judío—; eso es; lo llamaron.

—¿Lo necesitaban para al asunto particular?

—Lo necesitaban... ¡No es ésa la palabra que mejor le cuadra! Le acusaron de haber intentado trabar relaciones demasiado estrechas con el bolsillo de un desconocido y, al registrarle, le encontraron una cajita de rapé de plata... la suya, amigo mía, la suya, pues he de hacer constar que el pobre tomaba rapé, y cierto que le gustaba mucho. Creyendo que conocen al dueño de cajita en cuestión, le han tenido preso hasta hoy... ¡Ah! ¡Vale cincuenta cajitas de oro, y con gusto las pagara yo a trueque de ponerle en libertad! ¡Cuánto siento que no haya conocido usted al Truhán amigo mío; cuánto lo siento!

—Espero tener el placer de conocerle; ¿no le parece?

—¡Mucho lo dudo! —contestó el judío, exhalando un suspiro—. Si no presentan pruebas nuevas, el castigo no pasará de seis semanas de cárcel y pronto lo tendremos de nuevo entre nosotros; pero si por desgracia ocurre lo contrario está perdido. Saben que el Truhán pierde de listo y harán de él un pensionista... un pensionista perpetuo. ¡Mire usted que hacer del Truhán nada menos que un pensionista perpetuo!

—¿Pero qué diablos significa hacerle pensionista perpetuo? ¿Por qué no me habla en forma que lo entienda, dejándose de enigmas?

Disponíase Fajín a traducir al lenguaje vulgar la expresión que significaba «cadena perpetua», cuando vino a poner fin brusco al diálogo la llegada de Carlos Bates, quien se presentó con las manos metidas en los bolsillos de sus calzones y con cara contorsionada, en la que se leía un terror que, por lo exagerado, resultaba cómico.

—¡Se acabó Fajín! —exclamó con acento lúgubre el recién venido, luego que el judío hizo su presentación a Bolter, y viceversa.

—¿Qué estás diciendo? —gritó Fajín, cuyos labios temblaron.

—Ha aparecido el dueño de la cajita; dos o tres testigos más han reconocido la cajita y han identificado a nuestro pobre amigo, el que puede darse por condenado a hacer el viaje. Necesito un traje completo de luto, Fajín, y un crespón para mi sombrero, a fin de visitarle antes que salga para su destino. ¡Clama venganza al Cielo pensar que Dawkins, el gran Dawkins, el Truhán más truhán de todos los truhanes, salga de la nación por una mísera caja de rapé, que bien vendida no valdría dos perros chicos! ¡Siempre creí que, si alguna vez caía, sería bajo el peso de algún reloj de oro, de alguna cadena de lo mismo, por lo menos! ¡Oh! ¿Por qué no robaría toda la fortuna de algún

caballero tan viejo como rico, y así saldría de entre nosotros como caballero, y no como raterillo vulgar, sin honra, ni provecho, ni gloria?

Pronunciada una oración tan patética sobre la suerte de su infortunado amigo, Carlos Bates se dejó caer sobre la silla más inmediata a su dolorida persona, con expresión triste y compungida.

—¿Qué estás hablando sobre salir de entre nosotros sin honra, ni provecho, ni gloria? —gritó Fajín, fulminando a su discípulo con una mirada de enojo—. ¿No fue siempre el mejor de todos nosotros? ¿Hay alguno que lleve su osadía hasta el extremo de pretender comparársele? ¿Eh?

—¡Nadie! —contestó Bates con voz de bajo profundo—. ¡Absolutamente nadie!

—Entonces... ¿por qué disparatas? ¿A qué vienen esos lloriqueos? ¿Se puede saber lo que quieres?

—¿Que por qué lloriqueo? —replicó Bates, arrastrando por las oleadas de su pena hasta el punto de desafiar lisa y francamente a su venerables maestro—. Lloriqueo porque su causa no se hará pública; lloriqueo porque no se ocupará de él la prensa, porque no resonarán sus proezas por todos los ámbitos del Reino Unido, porque nadie llegará jamás a saber la mitad siquiera de lo que el Truhán valía. ¿Qué lugar ocupará en el calendario de Newgate? ¿Quién sabe si ni figurará en él! ¡Dios mío... Dios mío! ¿Puede concebirse desgracia más espantosa?

—¡Ah! —exclamó el judío, volviéndose con cara risueña hacia Bolter—. Viendo está usted el entusiasmo, el orgullo que les inspira su profesión. ¡Es realmente hermoso, consolador!

Por medio de un ademán exteriorizó Bolter su asentimiento, y el judío, después de contemplar durante algunos segundos con satisfacción evidente el aire apesadumbrado de Bates, acercóse a él, le dio unas palmaditas en la espalda, y le dijo con expresión afectuosa:

—No te apures, Bates, que todo se sabrá. Ten por seguro que la publicidad que desees será un hecho. El mundo entero tendrá noticia de su ingenio, quedará persuadido de su talento sin rival. Nuestro mismo amigo se encargará de ello, y si lo perdemos, no será sin que quedemos cubiertos de gloria los que hemos tenido la honra de ser sus compañeros y maestros. ¡Y tan joven, Carlos! ¿Puede haber mayor gloria que ser enviado a sus años al templo del que no se vuelve?

—Es un honor inmenso; no puedo negarlo —contestó Bates.

—Tendrá cuanto le haga falta, estará como el pez en el agua, vivirá en aquel palacio, que los necios llaman presidio, como un caballero; sí, como un

caballero, sin que le falte la cerveza todos los días, ni dinero en el bolsillo por si se le ocurre jugar con sus dignos compañeros a cara o cruz.

—¡Oh! ¿De veras? —gritó entusiasmado Bates.

—Todo eso tendrá, aparte de que le nombraremos un abogado de talla para que se encargue de su defensa, y hasta él mismo, nuestro buen amigo el Truhán, podrá pronunciar un discurso, si tal es su deseo, discurso que publicarán todos los periódicos, diciendo entre otras cosas: «Tiene la palabra el Truhán... risas... aullidos... Convulsión en los individuos del tribunal...» ¿Qué te parece, Carlos?

—¡Ja, ja, ja! ¡La verdad es que podría ser gracioso!...

—¿Cómo, podría? ¡Lo será, no te quepa duda, lo será!

—Es verdad. Lo será —repitió Bates, frotándose las manos de gusto.

—Me parece que lo estoy viendo y oyendo ya —repuso Fajín.

—¡Y yo! —exclamó Bates—. ¡Ja, ja, ja, ja! Lo veo como si en este momento lo tuviera delante de los ojos. Fajín, ¡palabra de honor! ¡Por mi vida que será chusco el lance!... ¡Ya lo creo! ¡El señor Truhán dirigiendo la palabra a aquella cuadrilla de empelucados, graves como figurones de madera, con la misma tranquilidad y sangre fría que si fuera hijo querido del presidente del Tribunal Supremo a quien se le ocurre soltar un discurso después de un banquete opíparo... ¡Ja, ja, ja, ja!

A decir verdad, de tal manera había alentado el judío el carácter excéntrico de su discípulo, que éste, que al principio veía en el Truhán una víctima digna de lástima, considerábale ahora como personaje principal en la representación escénica de una obra humorística por antonomasia, y sentía viva impaciencia porque llegase el momento en que su antiguo compañero tuviera ocasión de desplegar sus excepcionales facultades intelectuales.

—Será preciso que hoy mismo tengamos noticias tuyas... —observó Fajín—. Habrá que idear un medio... dejadme meditar...

—¿Quiere usted que vaya yo? —preguntó Bates.

—¡Por nada del mundo! —respondió el judío—. ¿Estás loco, Carlos, loco de remate? Únicamente así se concibe que se te ocurra la idea descabellada de meterte tú mismo en... ¡No, Carlos, no! ¡Basta con ir perdiendo uno a uno los brazos!

—Lo digo porque supongo que tampoco pensará ir usted —repuso Bates con cierta expresión irónica.

—Tampoco es prudente, a mi juicio —contestó Fajín.

—Entonces, ¿por qué no envía a nuevo afiliado? —preguntó Bates, poniendo su mano sobre el hombro, de Noé—. Nadie le conoce.

—Si él quisiera —observó Fajín.

—¿Cómo si quisiera? ¿Por qué no ha de querer?

—En realidad no hay motivos para que no quiera, amigo mío —dijo el judío, volviéndose hacia Bolter—. Ninguno absolutamente.

—Me permitirá que le haga observar —contestó Noé, moviendo la cabeza con expresión de alarma—, que sí los hay. Por lo pronto, ese asunto no es de mi negociado.

—¿Qué negociado asignó usted a éste, Fajín? —preguntó Bates, dirigiendo una mirada desdeñosa al escuálido recluta—. ¿El de huir el bulto cuando los negocios toman mal cariz, y el de participar de los beneficios cuando navegan viento en popa?

—¿Y a usted qué le importa? —gritó Noé—. Procure usted no tomarse libertades semejantes con sus superiores, mocoso, pues podría pesarle.

Tan repetidas y ruidosas fueron las carcajadas con que Bates acogió una amenaza lanzada con tono tan grandilocuente, que pasó algún tiempo antes que Fajín pudiera mediar para hacer presente al señor Bolter que ningún peligro correría presentándose en los centros policiacos y de justicia; que, por lo mismo que no habían podido llegar a la metrópoli noticias de la insignificante faltilla cometida ni las señas de su persona, nada tenía que temer, tanto más, cuanto que no era probable que nadie sospechase que en la capital había buscado refugio, y que, en todo caso, convenientemente disfrazado, en ninguna parte de Londres estaría tan seguro como en los mismos centros de policía, por lo mismo que aquéllos serían los últimos rincones de la ciudad donde a nadie podría ocurrírsele ir a buscarle.

Convencido, en parte, por esas reflexiones, y más por ellas, por el miedo que el judío le inspiraba, Bolter se resignó al fin, bien que a regañadientes y con repugnancia manifiesta, a tomar a su cargo el cometido. Siguiendo los consejos del judío, dejó inmediatamente su vestido y se disfrazó de carretero, poniéndose una blusa, calzones de paño burdo y polainas de cuero, prendas que sacó del guardarropa admirablemente surtido de Fajín. Completó el disfraz un sombrero bien adornado con cédulas de pago de distintos portazgos y una tralla. Equipado de esta suerte debía introducirse en las salas de justicia, fingiendo ser un campesino procedente del mercado de Covent Garden, que acudía arrastrado por la curiosidad. Como Noé era torpe, flaco y desgarrado, Fajín dio por descontado que desempeñaría a maravilla su comisión.

Ultimados los preparativos, diéronle cuantos datos creyeron oportunos para

que conociera al Truhán, y el mismo Bates se encargó de acompañarle, por las calles tortuosas y poco frecuentadas, hasta las inmediaciones de la Bow Street. Allí le indicaron, con gran lujo y precisión de detalles, la situación exacta de las oficinas de policía, previniéndole que siguiera de frente y sin desviarse el corredor y que, cuando llegara al patio, tomara una puerta que vería a la derecha y en lo alto de una escalera, y se quitase el sombrero al entrar en la sala. Bates terminó sus instrucciones diciéndole que volviera pronto al mismo sitio donde entonces se encontraban, asegurándole que allí esperaría su regreso. Ejecutó Noé Claypole, o Mauricio Bolter, como el lector prefiera llamarle, las instrucciones que de Bates recibiera, instrucciones tan precisas y detalladas —hay que tener presente que Carlos Bates conocía perfectamente aquellos lugares—, que le permitieron llegar hasta la sala del tribunal sin necesidad de hacer ninguna pregunta ni tropezar en su camino con el obstáculo más insignificante. Encontróse entre un público numeroso de curiosos, mujeres en su mayoría, en un salón sucio y repugnante, en cuyo testero se elevaba una plataforma separada convenientemente por medio de una barandilla. En la plataforma, pegado a la pared de la izquierda, estaba el banquillo donde se sentaban los acusados, en el centro la tribuna para los testigos, y a la derecha la mesa del tribunal. Delante de ésta se alzaba un biombo que tenía por objeto resguardar a los representantes de la Ley contra las miradas del público, al cual, si no podía ver, érale concedido, al menos, imaginarse la majestad grandiosa de la justicia.

Ocupaban en aquel momento el banquillo de los acusados dos mujeres, que saludaban con movimientos de cabeza a sus admiradores mientras el escribano daba lectura a las declaraciones a una pareja de guardias de seguridad y a un hombre vestido de paisano que tenían apoyados los codos sobre la mesa. El carcelero estaba en pie, recostado contra la barandilla, golpeándose maquinalmente la nariz con una llave que tenía en la mano, operación que de vez en cuando suspendía para imponer silencio a los que sostenían alguna conversación en voz alta o para decir con voz recia y ahuecada a alguna mujer: «¡Saque usted a ese muñeco de la sala!», cada vez que venían a perturbar la gravedad de la sala lloriqueos infantiles, medio ahogados por medio del chal de la madre. La sala olía a humedad, las paredes estaban sucias y descoloridas y el techo ennegrecido. Sobre la repisa de la chimenea veíase un busto viejo y ahumado, y coronaba el banquillo de los acusados un reloj cubierto de polvo, único objeto que al parecer se movía con regularidad y precisión. En cuanto a todos los seres animados allí presentes, la depravación, o la miseria, o las relaciones estrechas y habituales con entrambas cosas, habían acumulado sobre ellos un tinte especial no menos desagradable y repugnante que la escoria grasienta que cubría todos los objetos inanimados de aquel lugar, capaz de entristecer el ánimo más alegre.

Noé buscó por todas partes al Truhán, pero aunque vio muchas mujeres

que por su catadura hubieran podido ser madres o hermanas de tan notable personaje, y más de un hombre que por su facha debía parecerse a su distinguido padre como un huevo a otro huevo, a nadie vio cuyas señas personales correspondieran a las que del Truhán le habían dado. No sin ansiedad y con bastante inquietud esperó hasta que las mujeres, condenadas por el tribunal, salieron de la sala contoneándose con una desfachatez que le dejó mudo de asombro, y entonces fue cuando terminó su suspensión, pues vino a ocupar el banquillo otro acusado, en quien reconoció al punto al distinguido individuo que motivaba su visita. Era, en efecto, el señor Dawkins, quien penetró en la sala con mucho donaire, recogidas las mangas de su levitón, como de costumbre, puesta en el bolsillo la mano izquierda y llevando en la diestra el sombrero, siguiendo al carcelero con admirable desenvoltura. No bien ocupó su asiento en el banquillo, preguntó con voz alta y enérgica qué motivos tenían para hacerle sufrir semejante humillación.

—¿Quieres guardar la lengua en, tu bolsillo? —gritó el carcelero.

—Soy ciudadano inglés, si no estoy equivocado —replicó el Truhán— ; ¿cómo se permiten pisotear, mis privilegios?

—Pronto se te concederán cuantos privilegios te son debidos —observó el carcelero—. Podrás saborearlos... hasta con su poquito de sal y pimienta.

—¡Veremos la cara que pondrá el Ministro de Gracia y justicia cuando sepa lo que hacen conmigo! —exclamó el Truhán—. ¿De qué se trata? Yo agradeceré a los magistrados que despachen pronto este asunto y no me hagan perder un tiempo precioso, que necesito para mis asuntos, entreteniéndose en leer el periódico. En la ciudad me espera un caballero con quién tengo una cita pendiente, y como me precio de ser hombre de palabra y muy puntual en asuntos de negocios, se irá, si no llego a la hora convenida, en cuyo caso, entablaré acción reclamando daños y perjuicios contra los que hayan sido causa de mi demora.

Terminó su discurso el Truhán preguntando al carcelero los nombres «de los dos avechuchos que veía en la mesa del tribunal», palabras que excitaron tal hilaridad en el auditorio, que las risotadas es probable que llegaran hasta los oídos de Carlos Bates, aunque entre el juzgado y el lugar, donde esperaba a Noé mediaba una distancia más que regular.

—¡Silencio! —rugió el carcelero.

—¿De qué se le acusa? —preguntó uno de los magistrados.

—De aligerar bolsillos ajenos, señoría.

—¿Ha comparecido alguna otra vez el acusado ante los tribunales?

—Ha merecido comparecer infinidad de veces —contestó el carcelero—;

pero si no ha comparecido ante la justicia, en más de cuatro ocasiones han trabado relaciones con él los agentes de la misma. Le conozco demasiado.

—¡Ah! ¿Conque usted me conoce? —gritó el Truhán, tomando nota de la afirmación del carcelero—. Está muy bien. Nos encontramos frente a un caso de deformación de carácter, señor presidente.

—Estalló otra carcajada general seguida de otro grito del carcelero imponiendo silencio.

—¡Que se presenten los testigos! —ordenó el escribano.

—¡Ah! ¡Eso digo yo! —exclamó el Truhán—. ¡Vengan los testigos!... ¿Dónde están? ¡Me agradecería verlos!

Su deseo quedó satisfecho en el punto y hora en que fue formulado. Un policía se destacó del público avanzando hasta la plataforma, para declarar que había visto con sus propios ojos al acusado en el momento que intentaba desvalijar a un caballero desconocido, a quien por cierto robó un pañuelo, bien que volvió a dejarlo donde estaba al ver que era malo y viejo, no sin antes restregarse con él la cara. Por la causa explicada prendió al ratero no bien pudo llegar hasta su persona, y habiéndole registrado, encontróle en el bolsillo una caja de rapé de plata, en cuya tapa había grabado un nombre. Gracias a la Guía pudieron saber dónde vivía el propietario de la cajita. Interrogado éste, aseguró, bajo juramento, que había echado de menos la cajita el día anterior, en el momento de salir de entre un grupo numeroso de gentes. Entre éstas le llamó la atención un joven, que parecía tener interés en eclipsarse, y el joven en cuestión, era el prisionero que yo le puse delante, es decir, el mismo que ahora se sienta en el banquillo.

—Acusado —dijo el presidente—: ¿puede decir algo en su descargo? ¿Desea contestar al testigo?

—No me rebajaré hasta el extremo de cruzar con él la palabra —contestó el Truhán.

—¿Nada alega usted?

—¿No oyes que te pregunta su Señoría? —exclamó el carcelero, sacudiendo un codazo al acusado.

—Dispense usted —dijo el Truhán, fijando en la mesa una mirada distraída—. ¿Hablaban conmigo?

—¡En mi vida he visto bribón más redomado! —murmuró el carcelero—. ¿Vas a hablar o no, desvergonzado?

—¡No! —replicó el Truhán—. No hablaré aquí, que no es en esta tienda donde se vende justicia; además, mi defensor ha ido hoy a almorzar con el

Vicepresidente de la Cámara de los diputados. Pero hablaré en otra parte, sépanlo ustedes, y hablaré tan alto, tan claro, y ante amigos tan poderosos y respetables, que la taifa de bolillas y lechuzos que me escuchan en este instante lamentarán haber nacido y maldecirán del día que se atrevieron a molestarme, y...

—¡Visto y condenado! —gritó el escribano—. Conduzcan al acusado al calabozo.

—¡Andando, príncipe! —dijo el carcelero.

—Enseguida —replicó el Truhán, limpiando el sombrero con la palma de la mano—. ¡Ay de vosotros! —repuso, encarándose con el tribunal—. ¡De nada les servirá poner cara de espanto! ¡Me las pagarán, no tendré piedad ni compasión, seré inexorable! Por nada del mundo quisiera estar en su pellejo, señores míos. Aun cuando de rodillas me suplicaran ahora que me fuera libremente a mi casa, vive Dios que no lo haría. ¡Pueden llevarme a la celda!

Hubo de pasar el Truhán por la humillación de dejarse agarrar por el cuello, y salió de la sala amenazando al cielo y a la tierra, asegurando que su prisión suscitaría una cuestión parlamentaria que costaría serios disgustos al Gobierno, probablemente hasta su caída, y no puso fin al torrente de amenazas hasta que llegó al patio, donde comenzó a reír a carcajadas y hacer muecas y visajes al carcelero. En cuanto a Noé Claypole, luego que vio con sus propios ojos como encerraban al Truhán en una celda, volvió corriendo al sitio en que Bates quedara esperándole. Uniósele al cabo de algunos minutos de espera este último, quien no consideró conveniente dejarse ver hasta después de asegurarse de que no había moros en la costa, desde un escondrijo donde había permanecido oculto. Los dos se apresuraron a llevar a Fajín la consoladora noticia de que su — discípulo había hecho cumplido honor a su maestro y conquistado para sí mismo una reputación gloriosa.

Capítulo XLIV

Donde veremos que Anita, llegado el instante de cumplir la palabra que empeñó a Rosa Maylie, fracasa

Por muy acostumbrada que Anita estuviera a las artes de la astucia y del disimulo, no le fue posible ocultar del todo la impresión que en su ánimo produjo el paso gravísimo que acababa de dar. Recordó que el pérfido judío y el brutal Sikes habían depositado en ella secretos que celaron cuidadosamente a todos los demás, persuadidos de que merecía toda su confianza y teniéndola por incapaz de faltar jamás a ella. Criminales, muy criminales eran aquellos

proyectos, desalmados hasta más no poder sus autores, inmenso el aborrecimiento que profesaba al judío, quien paso a paso la había hecho descender hasta los abismos más tenebrosos de la infamia, y, sin embargo, había ratos en que la desdichada vacilaba, en que lamentaba que sus revelaciones pudieran llevar a Fajín al precipicio que con maña tan diabólica y, por tanto, tiempo esquivara, en que deploraba ser ella la que por su propia mano, le pusiera dentro de la férrea Ley, aunque desde luego comprendía que lo merecía.

Pero todo esto no pasaba de ser aberraciones mentales propias de un ánimo femenino no del todo de prendido de sus amistades recuerdos antiguos, aunque si resuelto a caminar con paso firme hacia un objetivo determinado, y decidido a no detenerse ante ninguna consideración. Los perjuicios que sus revelaciones pudieran acarrear a Sikes habrían sido los únicos motivos que la hubieran detenido, si a tiempo estuviese; pero, de todas suertes, había exigido que se guardara el secreto religiosamente, no había facilitado dato alguno que pudiera conducir a su descubrimiento y hasta por amor a aquél habría rehusado aceptar un asilo seguro, donde hubiera estado a cubierto contra las asechanzas del vicio y los zarpazos de la miseria... ¿Podía hacer más? ¡Nada! ¡Estaba resuelto... había tomado su partido!

Aunque las luchas internas de que, acabamos de hacer mérito la llevaron siempre a la misma conclusión, acometiéronla con cruel insistencia una y otra vez, y terminaron por dejar en ella rastros perfectamente visibles. Enflaqueció, desaparecieron los colores de sus mejillas en el breve espacio de algunos días, a veces no se daba cuenta de lo que pasaba en derredor, ni tomaba parte en las conversaciones que en otra ocasión la hubieran interesado de seguro. Ora permanecía abatida y silenciosa, ora reía sin motivo; hablaba atolondradamente, —y segundos después se sentaba pensativa, apoyada la frente sobre la palma de la mano, y cuando ponía algún empeño en salir de aquel estado, sus mismos esfuerzos evidenciaban más y más sus inquietudes y demostraban que su pensamiento vagaba suelto y sin freno por lugares muy alejados de las personas que en derredor tenía. Era un domingo por la noche. El reloj de la iglesia vecina comenzaba a sonar una hora. Sikes y el judío estaban hablando, pero suspendieron la conversación para escuchar. También Anita escuchó, alzando la cabeza para contar las horas. Dieron las once.

—Falta una hora para la medianoche —observó Sikes, alzando la cortinilla de la ventana y mirando a la calle—. Noche oscura y tempestuosa... admirable para los negocios.

—¡Es verdad! —contestó Fajín—. ¡Qué lástima, Guillermo, que no tengamos ninguno preparado!

—¡Gracias al diablo que hablas con seso una vez! —gruñó Sikes—. Es

lástima, no hay duda, pues hoy me encuentro con verdaderas ganas de trabajar.

Suspiró el judío y movió melancólico la cabeza.

—Fuerza será que nos desquitemos en la primera oportunidad —dijo Sikes—. No puede decir más.

—Así se habla, amigo mío —contestó el judío, tomándose la libertad de poner una de sus manos sobre el hombro de Sikes—. Me entusiasma que un hombre se explique de ese modo.

—Te entusiasma, ¿eh? ¡Vaya! ¡me alegro!

—¡Ja, ja, ja, ja! Hace tiempo que no le veía tan en su centro como esta noche, Guillermo.

—Pero me vas a sacar de mis casillas si continúas apoyando sobre mi hombro esa garra de demonio que me gastas, zorro viejo. ¡Retírala, retírala! —terminó, sacudiéndosela de una manotada.

—¿Le pone nervioso, Guillermo, eh? ¿Le produce una impresión así como sí le agarraran por el pescuezo —preguntó riendo el judío, empeñado en no darse por ofendido.

—Me produce la impresión de que me agarra el mismísimo demonio. A decir verdad, en mi vida vi hombre de catadura más siniestra que la tuya, y hasta dudo mucho que haya existido, como no fuera tu padre, quien seguramente arderá en este instante en los infiernos, si es que has tenido padre, pues no me sorprendería poco ni mucho que descendieras directamente del diablo y no tuvieras nada de común con la raza humana.

En vez de contestar Fajín a tan graciosos cumplimientos, tiró por las y le señaló con la manga a Sikes índice a Anita, que se había aprovechado del diálogo que dejamos transcrito para ponerse el sombrero, y en aquel momento se encaminaba hacia la puerta.

—¡Eh, Anita! —gritó Sikes—. ¿Adónde diablos vas a estas horas?

—No lejos de aquí.

—¿Qué contestación es ésa? —replicó Sikes—. ¿Adónde vas?

—Ya lo he dicho: no lejos de aquí.

—¡Y yo he preguntado que dónde! —insistió Sikes con acento feroz—. ¿Has oído?

—No puedo decirte adónde, porque no lo sé.

—Entonces, te lo diré yo —repuso Sikes—, más irritado por la obstinación de la joven que porque le importara que aquélla se fuera a la calle, si tal era su

deseo—. ¡No vas a ninguna parte, ea! ¡Siéntate!

—No me encuentro bien, conforme antes te dije, y quisiera respirar el aire puro de la calle.

—Saca la cabeza por la ventana y tienes conseguido tu objeto —replicó Sikes.

—No me basta: necesito respirarlo en la calle.

—Pues en la calle no lo respirarás.

Levantándose de pronto, cerró la puerta con llave, quitó a Anita el sombrero y lo arrojó sobre un armario, diciendo:

—Quieras o no, habrás de estarte quietecita en casa.

—No será el sombrero el que me impida salir —dijo la joven, poniéndose espantosamente pálida—. ¿Qué es lo que te propones, Guillermo? ¿Sabes lo que haces?

—¿Que si sé lo que...? ¡Vaya! —exclamó Sikes, volviéndose hacia Fajín—. ¡Ha perdido el juicio, pues de no ser así, no obraría como obra!

—¡Me obligarás a tomar una resolución desesperada! —exclamó la muchacha, oprimiéndose el pecho con entrambas manos, cual si necesitase de todas sus fuerzas para contener los latidos de su corazón—. ¡Déjame salir... pero enseguida... ahora... en este instante!

—¡No! —rugió Sikes.

—¡Dígale usted que me deje salir, Fajín! ¡Será mejor... mejor para él! ¿No me oye? —gritó Anita, dando una patada en el suelo.

—¡Que si te oigo! —rugió Sikes, encarándose con la muchacha—. ¡Te oigo, sí; y si dentro de medio minuto continúo oyéndote, ten por seguro que el perro se encargará de reducirte al silencio agarrando entre sus colmillos tu garganta! ¿Qué diablos de manía es ésa?

—¡Déjame salir! —repitió con insistencia la joven.

Sentándose a continuación sobre el suelo, frente a la puerta, añadió:

—Guillermo... déjame marchar. No sabes lo que estás haciendo... Te aseguro que no lo sabes... Con una hora tengo bastante.

—¡Que me hagan picadillo ahora mismo si esta desventurada no se ha vuelto loca de repente! —exclamó Sikes—. ¡Levántate!

—¡No me levantaré hasta que me dejes salir... no, y no, y no!

Quedó Sikes mirándola con fijeza, esperando una oportunidad favorable, y

cuando ésta se presentó, agarróla de pronto por las manos y la llevó arrastrando hasta la reducida estancia contigua, donde la sentó en una silla obligándola a permanecer sentada a viva fuerza. La muchacha se debatió con furia, luchando unas veces y llorando y suplicando otras, hasta que, cuando sonaban las doce, vencida, agotadas sus fuerzas, dejó de resistir. Sikes, después de ordenarla que no volviera a insistir en salir aquella noche, orden que acompañó con una letanía interminable de blasfemias e imprecaciones, la dejó sola y salió a reunirse con el judío.

—¡Canastos! —exclamó el bandido, secándose el sudor que a mares inundaba su frente, ¡Vaya una mujer rara!

—¡Y tanto, Guillermo, y tanto! —contestó el judío con expresión recelosa.

—¿Qué demonios habrá tenido el capricho de meter en su cabeza la estrambótica idea de salir esta noche? ¿Qué me dices, Fajín? Tú que la conoces a fondo, tal vez puedas explicarme el por qué de ese capricho.

—Obstinación... terquedad de mujer, supongo —contestó el judío encogiéndose de hombros.

—¡Eso debe ser! —gruñó Sikes—. ¡Yo creía que la había domado, pero veo que continúa tan mala como siempre!

—¡Continúa peor! —replicó el judío, pensativo—. Nunca la he visto que se pusiera así por tan poca cosa.

—Ni yo tampoco —dijo Sikes—. Quizá se le ha contagiado la calentura y se encuentra bajo sus efectos: ¿no te parece?

—Pudiera ser.

—La sangraré yo mismo sin llamar al médico, si el acceso vuelve a repetirse.

El judío aprobó el tratamiento con un movimiento de cabeza.

—Mientras estuve enfermo, ni de día ni de noche se separó de la cabecera de mi cama, mientras tú, demostrando una vez más que tienes corazón de lobo, ni una vez te presentaste en mi casa. Nuestra miseria en esos días fue espantosa, y no me extrañaría poco ni mucho que su mollera se haya resentido de tantos días de encierro, y que ahora quiera desquitarse tomando el aire: ¿no te parece?

—Eso será, amigo mío... ¡Pschist!

Mientras el judío estaba hablando, la muchacha reapareció en la estancia y fue a sentarse en el mismo sitio que antes ocupó. Tenía los ojos hinchados y muy encendidos. Una vez sentada, comenzó a mecerse moviendo acompasadamente la cabeza y, al cabo de pocos momentos, rompió a reír

estrepitosamente.

—¡Cristo! ¡Ya la tenemos del otro lado! —exclamó Sikes, mirando con sorpresa a Fajín.

Hízole éste una seña para que no hablara más del asunto, y poco después, la muchacha se tranquilizaba y recobraba su aspecto normal. El judío, luego que aseguró en voz muy baja a Sikes que no había peligro de que Anita volviera por entonces a las andadas, tomó su sombrero y dio las buenas noches. Llegado a la puerta, se detuvo, volvió la cabeza, y preguntó si no había quien le hiciera el favor de alumbrarle mientras bajaba la escalera.

—Alúmbrale —dijo Sikes, que estaba cargando su pipa—. Sería una lástima que se rompiera el cuello y chasquease a los aficionados a ver bailar al prójimo en la horca. Alúmbrale.

Anita siguió al judío llevando una vela en la mano. Llegados al portal, Fajín puso el índice sobre sus labios y preguntó con voz muy baja:

—¿Qué pasa, hija mía?

—¿Qué quiere usted decir? —replicó Anita en el mismo diapasón.

—Te lo diré con toda claridad.

—Puesto que ése te trata tan mal cosa muy natural, siendo como es un bestia, un animal feroz... ¿por qué no...?

—Acabe usted —dijo Anita, viendo que Fajín se interrumpía sin terminar la frase comenzada.

—Dejémoslo por ahora —replicó Fajín—. Otro día hablaremos de ello. Ya sabes que en mí tienes un amigo, Anita... un amigo de verdad. Dispongo de medios tan secretos como eficaces. Si quieres vengarte de los que te tratan como a un perro... ¿Como a un perro digo? ¡Peor mil veces que a un perro, pues a éste algunas veces lo acaricia! Si quieres vengarte, acude a mí. Ese animal es para ti un amigo de ayer, al paso que a mí me conoces de antiguo.

—De antiguo y a fondo —contestó la muchacha sin manifestar la menor emoción—. Buenas noches.

Retrocedió cuando Fajín le alargó la mano; pero repitió con voz entera las buenas noches y, contestando la mirada que le dirigió el judío con un gesto de conformidad, cerró la puerta de la casa. Fajín tomó el camino de la suya, absorto en profundas reflexiones. Había sospechado, no como consecuencia de la escena que acababa de presenciar, sino poco a poco y por grados, que Anita, cansada de sufrir el trato brutal del bandido, se habría encaprichado por algún otro. El cambio súbito de carácter, sus repetidas ausencias de la casa, de la cual siempre salía sola, su indiferencia relativa para con los intereses de la

banda, en favor de los cuales demostró siempre un celo extraordinario, y por añadidura, su empeño por salir aquella noche, a una hora determinada, eran otros datos que venían a robustecer las sospechas del judío, trocándolas casi en profunda convicción. El objeto de aquel nuevo capricho no era, indudablemente, ninguno de sus discípulos; pero, fuera quien fuera, de todas suertes debía considerarlo como adquisición preciosa, sobretodo, sometidos a la influencia de un auxiliar como Anita, y era preciso, tal pensaba Fajín, ganarlo sin pérdida de momento para la banda.

Quedaba aún por resolver otra cuestión, infinitamente más espinosa que la expuesta. Sikes sabía demasiado, se había convertido en hombre peligroso, y por añadidura, los groseros insultos que a todas horas dirigía a Fajín, habían herido a éste dolorosamente, aun cuando hubiese tenido cuidado de no darlo a conocer. Anita debía estar bien persuadida de que, si abandonaba a Sikes, jamás se vería libre de su furor, furor que descargaría estropeándola, asesinandola... y quién sabe si quitando de en medio al objeto de su nuevo capricho.

—En estas condiciones —monologaba Fajín—, a poco que se la excite ¿no conseguiremos que se preste envenenar a Sikes? No sería la primera mujer que hace eso, y cosas mil veces peores, cuando de asegurar al objeto de su cariño se ha tratado. Así acabaría yo con ese bandido peligroso, a quien detesto con toda mi alma. Otro ocuparía su puesto, y mi influencia sobre la muchacha, descansando sobre un apoyo tan firme como mi conocimiento de la fechoría por ella cometida, sería decisiva, ilimitada.

Estas reflexiones surgieron ya en la mente del judío mientras permaneció en la habitación del bandido, presenciando la pendencia entre éste y su amante, y como eran los pensamientos que le dominaban, quiso aprovechar la primera oportunidad que se le ofreció para sondear a la muchacha con insinuaciones no determinadas, pero suficientemente transparentes, y lo hizo al despedirse. Anita no reveló sorpresa, debió comprender la significación de aquéllas... las comprendió. La mirada que le dirigió en el momento de despedirse lo pregonaba por modo evidente. Pero... ¿temblaría ante la idea de matar a Sikes? ¡Y, sin embargo, era ese precisamente el objetivo principal que había de alcanzar!

—¿Cómo podría yo acrecentar la influencia que sobre ella tengo? —se preguntaba Fajín—. ¿Cómo adquirir más imperio sobre esa mujer?

Imaginaciones como la del judío, son siempre fecundas en recursos. Suponiendo que, sin arrancar una confesión a la misma interesada, le fuera dado descubrir la causa de su repentina mudanza, y amenazase a aquélla con revelar toda la verdad a Sikes, a quien temía como al demonio, si no se prestaba a secundar su proyecto, ¿no podría entonces, contar con la obediencia

ciega de la joven?

—¡Sí, sí! —exclamó el judío voz alta—. ¡No se atreverá entonces a negarme nada... nada absolutamente! ¡Es cosa hecha! ¡Cuento con el medio que buscaba, y lo pondré en planta sin tardanza!... ¡Oh!... ¡Al fin te tengo, condenado!

Plegáronse sus labios en una sonrisa siniestra, dio media vuelta agitó con aire de amenaza el puño en dirección a la casa de Sikes, prosiguió la marcha hacia la suya, metidas sus huesosas manos en los bolsillos de su raído abrigo.

Capítulo XLV

Fajín encarga a Noé Claypole una misión secreta

A la mañana siguiente, levantóse el judío muy temprano y esperó con impaciencia la presentación de su nuevo discípulo, el cual pareció, a fin, bien que con considerable retraso, a tiempo para asaltar con voracidad de buitre el almuerzo.

—Bolter —comenzó el judío, tomando una silla y sentándose frente a Noé Claypole.

—Presente —contestó el llamado—. ¿Qué se ofrece? No me pregunte usted nada hasta que haya comido. Veo que tiene usted la mala costumbre de no dejar tiempo ni para digerir las comidas, lo que tengo por falta imperdonable.

—Siempre he creído que se puede comer y hablar al mismo tiempo —replicó Fajín, maldiciendo interiormente la voracidad de su nuevo recluta.

—¡Oh, sí! ¡Puedo hablar! ¡Hasta creo que la conversación azuza mi apetito! —respondió Claypole, cortando una rebanada de pan verdaderamente monstruosa—. ¿Dónde está Carlota?

—Fuera. La hice salir esta mañana con la otra joven, porque necesitaba estar a solas con usted.

—Preferible hubiera sido que le hubiera usted mandado que me preparase una buena tostada con manteca antes de salir; pero, en fin, hable usted, que sus palabras no han de detener el movimiento de mis mandíbulas.

No había, en efecto, peligro de que la conferencia restase alientos a quien se había sentado a la mesa con la firme resolución de trabajar con ardor.

—Ayer hizo usted una buena campaña, amigo mío —comenzó diciendo

Fajín—. Seis chelines y nueve peniques y medio en el primer día suponen un resultado soberbio. Auguro que la zancadilla del cachorro será para usted la base de su fortuna.

—No olvide usted poner en cuenta los tres botes de estaño y la jarra de leche —observó Bolter.

—Nada olvido, querido. Los tres botes de estaño suponen en usted gran dosis de genio, pero fue golpe magistral escamotear la jarra de leche.

—Para ser principiante, creo que no lo hice del todo mal —dijo Bolter con satisfacción—. Botes y jarra estaban colgados al aire en la puerta de un figón, y yo creí que la lluvia enmohecería a los primeros y aguaría la leche de la segunda, y por eso me los llevé. Además, unos y otra hubieran podido acatarrarse, lo que habría sido una lástima. ¡Ja, ja, ja, ja!

El judío fingió reír también de todas veras mientras Bolter, poniendo brusco fin a sus carcajadas, embauló la primera rebanada de pan y se dispuso a hacer lo propio con la segunda.

—Necesito encargarle una misión, Bolter —dijo Fajín, apoyando los codos sobre la mesa—, que exige mucho cuidado y no menos astucia.

—He de decirle que no se le ocurra ponerme en peligro enviándome a los centros policiacos. No me convienen semejantes comisiones, ya lo sabe usted.

—La comisión que he de encargarle, no ofrece el menor peligro. Se trata de seguir los pasos a una mujer.

—¿Vieja?

—Joven.

—Esa comisión la desempeñaré a maravilla. Ya cuando iba a la escuela era un atisbador muy regular. ¿Y en qué ha de consistir el espionaje? Supongo que no tendré que...

—No tendrá usted que hacer nada —interrumpió el judío—. Nada más que decirme adónde va, a quién ve, y si es posible repetirme lo que aquélla hable. Acordarse de la calle, si en la calle se detiene, y de la casa, si en alguna casa entra: en una palabra, traerme cuantos datos pueda recoger.

—¿Y cuánto me valdrá el trabajo? —preguntó Noé, mirando con descaro a su maestro.

—Si cumple usted bien, le daré una libra esterlina, querido. ¡Una libra! —repitió Fajín, deseando excitar el interés de su discípulo—. Crea usted que jamás pagué tan cara ninguna comisión, fuera de la clase que fuera.

—¿Quién es ella?

—Una de las nuestras.

—¡Diablo! —exclamó Noé, rascándose la punta de la nariz—. Desconfía de ella, ¿eh?

—Parece que ha trabado relaciones nuevas fuera de casa, y necesito saber quiénes son sus nuevos amigos.

—Comprendo. Quiere usted tener el placer de conocerlos, para saber si son caballeros de respetabilidad, ¿no? ¡ja, ja, ja, ja! Cuente usted conmigo.

—Ya sabía que podía contar —respondió Fajín, entusiasmado ante la buena acogida que su nuevo discípulo dispensaba a su proposición.

—¡Claro que sí! ¡Pues no faltaba más!... ¿Y dónde está ella? ¿Dónde debo esperarla? ¿Cuándo he de comenzar el espionaje?

—Todos esos datos se los facilitaré cuando sea sazón oportuna, amigo mío. A su tiempo sabrá usted quien es la interesada. Esté dispuesto a ponerse en campaña, y déjeme a mí el resto.

Aquella noche, la siguiente y la tercera, el espía estuvo vestido de carretero, dispuesto a lanzarse a la calle a la primera indicación, del judío. Pasaron seis noches... seis eternidades para Fajín, todas las cuales volvió éste a su casa con expresión de desencanto y diciendo que no había llegado el momento de obrar. A la séptima, regresó más temprano con cara que reflejaba viva alegría. Era domingo.

—Esta noche sale —dijo Fajín—. Casi me atrevo a asegurar que el objeto de su salida es el asunto en cuestión, pues ha estado todo el día sola y el hombre a quien teme no volverá a casa hasta poco antes del amanecer. Venga conmigo... ¡Volando!

Levantóse Noé sin despegar los labios, impulsado por la excitación que observó en Fajín y que le afectó profundamente juntos salieron de casa sin hacer ruido y, atravesando un verdadero laberinto de calles, llegaron al fin frente a la puerta de una taberna-posada, donde hicieron alto. Noé vio que era la misma en que había pasado la noche el día que llegó a Londres. Eran las doce de la noche, y la puerta estaba cerrada. Un silbido peculiar del judío bastó para que aquélla girase sin ruido sobre sus goznes. Entraron y la puerta se cerró. Sin decir palabra, y apelando al lenguaje de los sordomudos, Fajín y el judío que les había abierto la puerta señalaron con el dedo a Noé una ventanita defendida con su correspondiente cristal, y le indicaron que se acercase y observara a la persona que en la habitación se encontraba.

—¿Es la mujer? —preguntó Noé con voz que parecía un susurro.

—Sí.

—No veo bien su cara... Tiene los ojos clavados en el suelo y la luz está colocada detrás de ella.

—Espere ahí —susurró Fajín.

Hizo una seña a Barney y éste desapareció al punto. Segundos después vio Noé que entraba en la habitación en que se encontraba la mujer, que fingiendo despabilar la vela la colocaba de manera que su luz diese de lleno en el rostro de aquélla, y que dirigía a ésta la palabra consiguiendo que alzara la cabeza.

—¡Ya la veo bien! —murmuró el espía.

—¿Con toda claridad? —preguntó Fajín.

—La reconocería entre mil.

Abandonó presuroso su observatorio en el momento en que la muchacha salía de la habitación y se dirigía a la calle. Fajín escondió a Noé detrás de una puerta vidriera provista de cortinillas, desde donde vieron pasar a la joven, conteniendo la respiración.

—¡Ahora! —murmuró Barney, que había salido a acompañar a Anita hasta la puerta.

Noé cambió una mirada de inteligencia con Fajín, y se lanzó a la Calle.

—¡Por la izquierda... acera de enfrente, y cuidado! —murmuró Barney.

Así lo hizo Noé. A la luz de los faroles, no tardó en ver a la joven que le llevaba alguna delantera. Apretó el paso hasta colocarse a la distancia que le pareció conveniente, y siguió por la acera contraria a la que seguía Anita, a fin de no perder ninguno de los movimientos de ésta. La joven miraba de tanto en tanto en derredor con inquietud manifiesta, y en una ocasión interrumpió su marcha para dejar pasar a dos hombres que la seguían de cerca. A medida que pasaba el tiempo parecía cobrar nuevos alientos su paso era más firme y decidido. El espía, siempre a la misma distancia, la seguía sin perderla de ojo.

Capítulo XLVI

La cita

Sonaban las doce menos cuarto en el reloj de la iglesia cuando aparecieron dos bultos en la entrada del Puente de Londres. Uno de ellos, que avanzaba con paso rápido, era una mujer, que miraba anhelante en derredor con la expresión de quien espera encontrar a alguien; el otro era un hombre, que se deslizaba, cauteloso, amparándose en cuantas sombras encontraba, y seguía al

parecer a la mujer, regulando su paso por el de ésta, deteniéndose cuando la primera se detenía y prosiguiendo el avance cuando aquélla lo continuaba, pero sin ganar nunca un palmo de ventaja. En esta forma atravesaron el puente desde Middlesex a la orilla de Surrey, donde la mujer, no viendo entre los transeúntes al objeto de sus ansiosas pesquisas, dio media vuelta con expresión de desencanto. Rápido fue su movimiento de conversión; mas no consiguió coger desprevenido al espía, quien, ganando una de las salientes que coronan las pilastras, e inclinándose sobre el parapeto a fin de ocultar su cara, dejó que la mujer pasase frente a él por la acera opuesta. Cuando vio que aquélla le llevaba la misma ventaja que antes, siguióla de nuevo con idéntica cautela. Casi en el centro del puente hizo alto la mujer: el hombre imitó su conducta.

La noche estaba muy oscura. Había sido el día desapacible y lluvioso, y apenas si muy contados transeúntes recorrían aquel lugar a hora tan avanzada. Los pocos que por allí pasaron, hiciéronlo caminando con rapidez, probablemente sin ver al hombre ni a la mujer, y con toda seguridad sin fijar en ellos su atención. No era el aspecto de aquéllos el más indicado para llamar la atención importuna de los mendigos a quienes la casualidad o la miseria llevasen al puente a buscar alguna arcada fría o alguna choza que ofreciera abrigo a sus míseros cuerpos, por cuyo motivo, ni hablaron a ninguno de los transeúntes, ni hubo entre éstos uno solo que les dirigiera la palabra.

Besaba el negruzco canal del río una niebla espesa que daba tonos opacos al rojo esplendor de las linternas encendidas en las pequeñas embarcaciones fondeadas acá y acullá, y acentuando la obscuridad y borrando casi las líneas de los tétricos edificios que se elevan en las orillas. Alzaban los almacenes de entrambas márgenes sus cabezas ennegrecidas por el humo sobre la masa densa de tejados, contemplando con torvo ceño la superficie de las silenciosas aguas, demasiado negra para que pudiera reflejar sus cuarteadas figuras. Aunque confusamente y entre negras sombras, divisábanse la torre de la vetusta iglesia del Salvador y la elevada cúpula de San Magno, gigantescos guardianes desde fechas remotas del antiguo puente, no ocurría lo propio con el bosque de palos y vergas de fa infinidad de barcos anclados debajo del puente, ni con las agujas y campanarios de las iglesias, perfectamente invisibles a causa de la tenebrosidad de la noche.

Varias veces había pasado y repasado el puente la mujer, siempre espiada por el hombre, cuando el grave tañido de la gigantesca iglesia de San Pablo anunció el fenecimiento de un nuevo día. Era medianoche para toda la ciudad; para los que habitan suntuosos palacios como para los que sufren en míseras chozas; para los que viven en las cárceles como para los reclusos en los manicomios; para los que acaban de venir al mundo en un hospicio como para los que le dan el último adiós en el lecho mísero de un hospital; para el rostro rígido y frío del cadáver como para, la carita del niño que duerme un sueño

plácido: era medianoche para todos. No habían transcurrido dos minutos desde que sonaron las doce, cuando una señorita joven, acompañada por un caballero de cabellos grises, descendió de un carruaje a escasa distancia del puente, y penetró en éste, despidiendo antes al coche, dando el brazo a su acompañante. No bien adelantaron unos pasos, la mujer que estaba esperando avanzó a su encuentro. El señor anciano y la joven caminaban mirando en derredor con la expresión de quien teme no encontrar a quien busca, cuando tropezaron de improviso con la que, por lo visto, les estaba esperando. Hicieron alto ahogando un grito de sorpresa al observar que en aquel instante pasaba junto a ellos un hombre que, a juzgar por el traje, debía ser carretero.

—¡Aquí no! —murmuró Anita con azoramiento—. Me da miedo hablarles aquí! Vamos a... sitio más retirado... al pie de la escalera.

Al pronunciar las palabras anteriores, que acompañó con un gesto que indicaba la dirección que deseaba se tomase, el carretero volvió la cabeza, preguntó con tono áspero por qué ocupaban toda la acera del puente, y pasó. La escalera indicada por la joven era la de la orilla Surrey, inmediata a la iglesia del Salvador, por la cual se bajaba al río. Hacia ella se encaminó en derechura, bien que recatándose con sin igual astucia y maestría, el individuo de aspecto de carretero, el cual, después de escudriñar el terreno, comenzó a descender. La escalera en cuestión forma parte del puente, y consta de tres tramos. El tramo segundo, bajando, termina en una pilastra decorativa que da frente al Támesis. En este punto se abre la escalera tramo inferior en tal forma, que una persona, si dobla el ángulo del muro no puede ser vista por las que ocupen peldaños más altos que el suyo, aun cuando se encontraran colocadas en el inmediato. El carrete una vez ganó el punto indica, dirigió en torno suya una mira rápida, y no encontrando otro escondite más conveniente, arrinconóse como pudo, pegando su espalda contra la pilastra, y espero de que los objetos de su espionaje no bajarían más de lo que él ha bajado y abrigando la seguridad que si no le era dable escuchar conversación que sostuvieran, al menos le sería fácil seguirlos cuando se retirasen.

Tan eterno se le hacía el tiempo en aquel paraje solitario, y tan intensa era la ansiedad del espía por penetrar los motivos de la entrevista, tan distintos de lo que se le había hecho suponer, que más de una vez dio por perdido el asunto creyendo que las personas que esperaba, o se habían quedado arriba, se habían ido a sitio diferente, donde celebrarían su misteriosa conferencia. A punto estaba de abandonar su escondite y de subir, cuando llegó a sus oídos rumor de pasos, y casi al mismo tiempo de voces que hablaban muy cerca de él. Pegado contra el muro, y sin respirar apenas, escuchó con atención infinita.

—Nos hemos alejado demasiado y no consentiré que esta señorita dé un vaso más —dijo una voz, indudablemente la del caballero anciano—. Muchos no hubieran tenido en usted confianza bastante para seguirla tan lejos; pero ya

ve usted que yo estoy dispuesto a seguirle el humor.

—¡Seguirme el humor! —repitió la voz de la mujer que el espía había seguido—. A fe que no es usted muy amable, caballero... ¡Seguirme el humor! ... En fin, no hablemos de ello.

—Es que... ¡Dígame! —repuso el anciano con tono más benévolo—. ¿Con qué intención nos ha traído usted a sitio tan extraño? ¿Por qué se ha negado a que tengamos la conversación arriba, donde hay luz y movimiento y vida... no mucha, es verdad, y nos obliga a bajar a este agujero oscuro y tenebroso?

—Ya manifesté antes que tenía miedo de hablar arriba —contestó Anita—. La causa no podré explicarla; pero ello es que, esta noche, me embarga un pánico tan horrible; que con dificultad puedo mantenerme en pie.

—¿Miedo a qué? ¿A quién? —inquirió el caballero, en cuyo pecho nacía un sentimiento de compasión hacia la joven.

—No puedo decirlo; ni yo misma lo sé —replicó la joven—. Todo el día me han acosado horribles presentimientos de muerte, siento un frío interior que me hiela la sangre y al mismo tiempo un terror que me produce una sensación de ahogo, de calor, como si me abrasase en una hoguera. Esta noche abrí un libro para distraer el tiempo, y en sus páginas, en vez de letras, veía imágenes sangrientas.

—¡Imaginación excitada —exclamó el anciano, tratando de calmarla.

—¡No era imaginación! —replicó la muchacha con voz ronca—. ¡Juraría que en todas las páginas del libro leía la palabra ataúd, impresa con letras rojas... y ataúdes tropecé en abundancia esta noche a mi paso por las calles!

—No es extraño —observó el caballero—; a mí me ha sucedido lo propio varias veces.

—Usted los habrá encontrado reales y verdaderos —replicó la joven—, pero no como los que yo he visto.

Tan singular era el acento de Anita, que el espía se sintió estremecido de pies a cabeza al escuchar sus palabras últimas, y creyó que por sus venas corría hielo derretido en vez de sangre. Jamás experimentó mayor consuelo como cuando sonó en sus oídos la voz musical de la señorita, que suplicó a Anita que se calmase y ahuyentara de su mente ideas tan lúgubres.

—¡Háblela usted con bondad! —dijo al caballero que la acompañaba—. ¡Pobrecilla!... ¡Lo necesita tanto!...

—¡Los orgullosos pastores de almas habrían erguido altivos sus cabezas y me hubieran mirado con desdén si esta noche me vieran como estoy, y no dudo que clamarían venganza al Cielo y al infierno contra mí! —exclamó

Anita—. ¡Oh, mi querida señorita! ¿Por qué los que se adornan con el título de ministros de Dios no han de tratar con misericordia y amabilidad a las desventuradas como yo? ¿Por qué no han de hablarles con tanta caridad como usted, que, siendo joven y hermosa, y poseyendo dotes que aquéllos perdieron, tendría mayor derecho que ellos a enorgullecerse?

—¡Ah! —exclamó el caballero—. El turco, después de lavar su cara, la vuelve hacia Oriente cuando reza sus oraciones; pero esos seres ejemplares de quienes usted habla, después de restregar bien sus caras contra el mundo, cual si su propósito fuera borrar hasta los rastros más insignificantes de la sonrisa, las vuelven así mismo, con tanta regularidad como los turcos, pero hacia el lado más tenebroso de los cielos. Entre un musulmán y un fariseo, la elección no es dudosa: me quedo con el primero.

El discurso anterior fue dirigido al parecer a la señorita, aunque quizá el objetivo de quien lo pronunció fuera dar a Anita tiempo para reponerse.

—El último domingo por la noche no vino usted —repuso, dirigiéndose a la joven.

—No me fue posible —respondió Anita—; me retuvieron a la fuerza.

—¿Quién?

—El hombre de quien hablé ya a la señorita.

—Supongo que nadie sospechará que está usted en comunicación con nosotros a propósito del asunto que nos reúne aquí esta noche, ¿eh? —preguntó el caballero.

—No —contestó la muchacha, moviendo la cabeza—. Me es muy difícil salir sin que él sepa adónde voy y por qué voy. Si pude visitar a la señorita cuando lo hice, fue porque antes propiné una dosis de láudano al hombre de quien dependo.

—¿Despertó antes de volver usted? —preguntó el anciano.

—No. Ni él ni nadie sospechan de mí.

—Perfectamente: escúcheme ahora.

—Puede usted hablar —contestó Anita.

—Esta señorita me ha referido, a mí y a reducido número de amigos de la más absoluta confianza, lo que hace quince días le reveló usted. Confieso que en los primeros momentos abrigué mis dudas acerca de la confianza que en usted pudiéramos tener, pero esas dudas se han disipado: hoy la veo a usted digna de toda mi confianza.

—Lo soy —contestó con calor la joven.

—Repito que así lo creo. A fin de demostrar a usted la confianza completa que me merece, le confesaré sin rodeos ni reservas que nuestro propósito es arrancar, por medio del terror, el secreto, sea el que sea, de ese individuo que dice llamarse Monks. Pero si... si nos fuera imposible apoderarnos de él, o bien, si aun teniéndole en nuestro poder, no consiguiéramos lo que deseamos, será preciso que usted nos entregue al judío.

—¡A Fajín! —exclamó la joven retrocediendo.

—Será preciso que usted nos entregue a ese hombre: sí.

—¡No haré tal! ¡No lo entregaré! —replicó Anita—. ¡Es un demonio, peor mil veces que todos los demonios juntos, pero no seré yo quien lo entregue!

—¿Que no? —preguntó el caballero, quien al parecer esperaba aquella contestación.

—¡Nunca!

—Dígame por qué.

—Por un motivo —replicó con entereza la muchacha—, por un motivo que la señorita conoce y respeta y respetará, porque así me lo ha prometido. Hay, además, otra razón, y es que si él ha llevado una vida criminal, también la he llevado yo. Son muchos los que han seguido los mismos derroteros, y jamás venderé a los que... algunos al menos... habiendo podido venderme a mí, no lo hicieron, no obstante su perversidad.

—Entonces —replicó el caballero, como sí hubieran llegado al punto al que deseaba llegar—, ponga a Monks en mis manos y deje que yo me entienda con él.

—¿Y si Monks denuncia a los otros?

—En ese caso, si él dice la verdad sobre lo que deseamos saber, prometo formalmente a usted que, aun cuando denuncie a los otros, el asunto permanecerá secreto. En la historia de Oliver es probable que haya circunstancias que no convenga hacer del dominio público. Conque sepamos la verdad, nada más ambicionamos, y no seremos nosotros los que prometamos la libertad de nadie.

—¿Y si se niega a hablar?

—Si se negase a hablar, tampoco denunciaremos a la justicia al judío sin consentimiento de usted; pero, si eso ocurriera, yo expondría a usted razones que acaso la decidieran a entregarle.

—¿Empeña la señorita su palabra de que así será? —preguntó con ansiedad la muchacha.

—La empeño; a ello me obligo formal y solemnemente —contestó Rosa.

—¿No sabrá nunca Monks cómo ha llegado esto a noticia de ustedes? —preguntó Anita después de una pausa.

—Nunca —respondió el anciano—. Tomaremos nuestras medidas para que ni remotamente pueda sospechar dónde hemos obtenido nuestros informes.

—Jamás rendí culto a la verdad, y entre embusteros he vivido desde que tengo uso de razón; pero tengo fe en la palabra que me empeñan —observó la muchacha.

Después de recibir nuevas seguridades de entrambos oyentes de que podía confiar tranquila en su discreción y reserva, procedió, en voz baja que muchas veces se veía el espía en gran aprieto para seguir el hilo de su discurso, a describir con minuciosidad la taberna-posada, de la que aquella noche había salido, cuyo nombre y situación dio. A juzgar por las pausas que de vez en cuando hacía, no parecía sino que el caballero anotaba algunos de los datos que la joven facilitaba. Luego que hubo descrito con detalles el lugar, el sitio que permitía observar sin peligro de ser descubierto, y especificado la noche y hora en que Monks tenía costumbre de visitar aquél, interrumpióse por espacio de breves instantes como para recordar mejor las señas personales del hombre objeto de sus informes.

—Es alto —añadió—, robusto, pero no grueso. Se balancea mucho al andar y su cabeza se mueve constantemente a derecha e izquierda, a fin de ver a cuantos pasen por su lado. Sobre todo no olvide que tiene los ojos muy hundidos, más que los de ningún otro hombre, bastando este solo dato para que sin dificultad puedan reconocerle. Su tez es morena y negros sus ojos y pelo, y aun cuando no tendrá más de veintiséis o veintiocho años, parece un viejo. Sus labios, descoloridos y blanquecinos, están desfigurados a consecuencia de repetidos mordiscos que él mismo se da, pues en sus accesos furiosos, que le acometen con frecuencia, se muerde las manos y las cubre de heridas... ¿Por qué se estremece usted? —preguntó la joven, interrumpiendo su narración.

El caballero contestó que no tenía conciencia de haberse estremecido, y rogó a la narradora que prosiguiera su relato.

—Casi todos estos datos —repuso la muchacha—, los debo a otras personas que frecuentan la casa que antes describí, pues tan sólo dos veces he tenido ocasión de ver a Monks, y las dos iba embozado en una capa. Creo que son las únicas señas que para que lo conozca usted puedo darle... ¡Ah! En el cuello, a bastante altura para que usted pueda verla, a pesar de la corbata, tiene...

—Una mancha roja, semejante a una quemadura —exclamó el caballero

adelantándose a la muchacha.

—¡Cómo! —dijo Anita—. ¿Acaso le conoce usted?

También la señorita lanzó un grito de sorpresa, al cual sucedió un silencio absoluto que se prolongó durante un buen espacio.

—Creo conocerle... le conoceré, gracias a las señas que usted me da —contestó el caballero—. Veremos... veremos. Puede que no sea el mismo... Ofrece el mundo tantos ejemplos de semejanzas maravillosas entre distintas personas...

Mientras afectando indiferencia pronunciaba las palabras anteriores, dio dos o tres pasos en dirección al espía, llegando tan cerca de éste, que no se perdieron las palabras siguientes, murmuradas entre dientes por el caballero:

—Seguramente es él.

Luego que volvió a acercarse a Anita, repuso:

—Nos ha prestado usted un servicio inmenso, joven, que yo quisiera pagar de alguna manera. ¿Qué puedo hacer en su obsequio?

—Nada absolutamente —contestó Anita.

—Yo le agradeceré mucho que no persista en su negativa —repuso el caballero con acento de bondad capaz de enternecer a un corazón endurecido por el crimen o la desgracia—. Recapacite usted, y dígame con toda franqueza qué puedo hacer en su obsequio.

—¡Nada, señor, nada! —repitió la joven llorando amargamente—. ¡Nada puede hacer por mí... ¡Para mí ya no hay esperanza!

—Es usted la que quiere alejarse de ella —replicó el caballero—. Su pasado es un desierto árido y estéril que ha consumido todas las energías de sus años juveniles y agotado esos tesoros inestimables que sólo una vez en la vida nos concede el Creador, pero puede y debe usted tener esperanzas en el porvenir. No quiero decir con esto que esté en nuestro poder devolver a usted la paz y tranquilidad de espíritu y de corazón, porque ésta sólo con sus esfuerzos propios ha de alcanzarla; pero sí deseamos de todas veras ofrecerle un asilo tranquilo, en Inglaterra o en el extranjero, si temiera usted residir cerca de sus antiguos cómplices. Antes que alboree el nuevo día, antes que las suaves tintas de la primera aurora disipen la negrura de las aguas de ese río, puede usted encontrarse muy lejos del alcance de sus antiguos amigos sin dejar la huella más insignificante de su marcha exactamente lo mismo que si en este instante desapareciera usted de este mundo de miseria. ¡Vamos! ¡No quisiera yo que nunca más volviera a cambiar una sola palabra con ninguno de sus compañeros de disolución, ni dirigir una mirada a las cavernas del crimen en que ha vivido, ni respirar un átomo de aquella atmósfera pestilente que

envenena y mata! ¡Abandónelo todo, ahora que es tiempo todavía!

—La convenceremos —terció Rosa—. Vacila... lo estoy viendo... accederá a nuestros ruegos.

—Me temo que no —respondió el caballero.

—No, señor; no accederé testó la joven tras breve lucha sigo misma—. Estoy encadenada, mi vida antigua. La aborrezco, maldigo ahora; pero no puedo abandonarla. He avanzado demasiado para volver atrás... y, sin embargo... ¡quién sabe! ¡Si hace ni poco tiempo me hubiera usted hablado como me habla, le habría contestado riéndome en sus barbas...! ¡Oh! —añadió mirando azorada en derredor—. ¡Me asaltan de nuevo los temores!... ¡Necesito volver inmediatamente a casa!

—¡A casa! —repitió la señora con expresión de infinita tristeza.

—¡Sí, señorita, a casa! ¡A la casa que me he fabricado con el trabajo de toda mi vida! Separémonos... ¡Quién sabe si me habrán espiado y visto!... ¡Me voy... me voy! Si algo estiman el servicio que les he prestado, no pongan obstáculos a mi marcha... dejen que me vaya sola.

—Veo que todo es inútil —murmuró el caballero, exhalando un suspiro—. Acaso estemos comprometiendo su seguridad reteniendo aquí. Puede que la hayamos obligado a permanecer entre nosotros más tiempo del que ella creía.

—¡Sí... sí! —contestó, anhelante, Anita—. ¡Así es, en efecto!

—¡Dios mío! —exclamó Rosa—. ¿Qué suerte esperará a esta desventurada criatura?

—¿Qué suerte, señorita? —repitió la muchacha—. ¡Tienda usted vista hacia esas aguas negruzcas revueltas! ¿Cuántas veces habrá leído usted de personas tan desgraciadas como yo, que se han precipitado en su fondo sin dejar en este mundo alma viviente que les hay dedicado una lágrima de compasión? ¡Tal vez tarde algunos años, acaso sea cuestión de meses, quién sabe si ocurrirá dentro de breves días... pero tenga usted por seguro que mi fin será ese!

—¡Por favor, no hable usted así! —exclamó Rosa, sollozando.

—No llegará la noticia a sus oídos, señorita... ¡Oh, no! ¡No permita Dios que semejantes horrores vengán a perturbar la plácida tranquilidad de su alma! ¡Buenas noches!... ¡Buenas noches!...

La agitación violenta de la muchacha, y el terror pánico que la dominaba, fueron para el bondadoso caballero motivos suficientes que, le indujeron a dejarla marchar, como era su deseo. No tardó en extinguirse el ligero rumor de los pasos del anciano y de la señorita, quedando todo sumido en el mayor

silencio antes que sus bultos aparecieran en el puente.

—¿Qué? —murmuró Rosa, deteniéndose con brusquedad al llegar a lo alto de la escalera—. ¿Ha llamado? Me pareció oír su voz.

—¡No, querida niña, no ha llamado! —contestó el señor Brownlow, que él era el acompañante de Rosa—. Ni ha hablado, ni se ha movido, ni creo que se moverá hasta que nos hayamos alejado nosotros.

Tan afectada estaba Rosa Maylie, que con dificultad podía dar un paso: el señor Brownlow hubo de ofrecerle el brazo. No bien se hubieron alejado, Anita se dejó caer sobre los escalones de piedra. Las crueles agonías que atenaceaban su corazón se cuajaron en lágrimas amargas que brotaron de sus ojos. Levantóse al cabo de algún tiempo, y con paso débil y tambaleándose subió la escalera que conducía al puente. El espía continuó en su puesto algunos minutos más, y una vez se hubo convencido de que estaba solo, salió de su escondite y, pegado al muro, subió en la misma forma que antes descendiera. Llegado a lo alto de la misma, antes de atreverse a asomar la cabeza, escudriñó con mirada de búho los alrededores, y cuando adquirió la seguridad de que nadie le observaba, echó a correr con cuanta velocidad le permitían sus piernas en dirección a la casa de Fajín.

Capítulo XLVII

Consecuencias fatales

Serían sobre dos horas antes del crepúsculo matutino... esa hora que en otoño puede con toda propiedad llamarse el corazón de la noche, cuando las calles están desiertas y silenciosas, cuando el sonido parece dormido en profundo sueño, cuando el desenfreno y la borrachera se han recogido con paso vacilante para soñar en el fondo de las casas. En esa hora tranquila y silenciosa velaba el judío encerrado en su repugnante buhonera, con el rostro tan pálido y contraído, tan inyectados en sangre los ojos, que más bien que ejemplar de la raza humana, parecía espantoso fantasma escapado de la tumba y perseguido por los espíritus de las tinieblas.

Hallábase sentado, acurrucado sobre el frío suelo, arrebujado en un cubrecama viejo y hecho jirones, vuelta la cara hacia una vela consumida colocada sobre una mesa a su lado. Tenía la mano derecha pegada a los labios y, mientras abstraído y meditando, seguramente maldades, mordía sus largas y negras uñas, dejaba ver, en las tenebrosidades de su hedionda boca sin dientes, unos cuantos colmillos largos y cortantes que muy bien hubieran podido pasar por defensas de perro de presa o de tigre.

Sobre un colchón fementido tendido en tierra estaba Noé Claypole profundamente dormido. Hacia él dirigía de tanto en tanto el viejo sus miradas, que no tardaban en fijarse en la vela, cuyo largo pabulo, así como las gotas de sebo que caían sobre la mesa, demostraban muda pero elocuentemente que los pensamientos del judío estaban muy lejos de allí. Así era en efecto.

Mortificación lacerante al ver destruidos sus proyectos, rabia insana contra la muchacha que había cometido el horrendo crimen de ponerse al habla con personas extrañas a la banda, desconfianza completa en la sinceridad de la misma muchacha cuando se negó a entregarle, desengaño amargo al creer perdida la ocasión de vengarse de Sikes, miedo de ser descubierto, imágenes de ruina y de muerte en lontananza, y rabia fiera atizada por todas sus ruines pasiones que, empujándose y atropellándose unas a otras en furioso remolino, rugían en el fondo del cerebro de Fajín, mientras en su negro corazón bramaban todos los malos instintos y se elaboraban los planes más tenebrosos. Y así permaneció sin variar de expresión, sin hacer el menor movimiento, insensible al frío y sin noción del tiempo, hasta que su fino oído sorprendió rumor de pasos en la calle.

—¡Al fin! —murmuró el judío, pasándose el revés de la mano por sus labios resecaos por el fuego de la fiebre—. ¡Al fin!

Sonó la campanilla. El judío se levantó, subió la escalera, y no tardó en presentarse nuevamente en su antro, acompañado por un hombre cuya parte inferior del rostro ocultaba el cuello de su abrigo, y que llevaba debajo del brazo un pequeño fardo. Luego que el desconocido se sentó y despojó del abrigo, resultó ser Sikes.

—Ahí tienes eso —dijo, dejando el fardito sobre la mesa—. Tómalo y saca de él el mejor partido posible. Harto trabajo ha costado adquirirlo. Tres horas hace que debía haber llegado aquí.

Tomó Fajín el paquete, lo guardó en la alacena, y volvió a sentarse sin hablar palabra. No separó, empero, sus ojos del bandido durante la operación; y como continuara después de sentado clavada en la de Sikes convulsos sus labios tuviera más contorsionada que nunca por efecto de las emociones que le dominaban, el bandido retiró involuntariamente y llegó a sentir verdadera alarma.

—¿Qué pasa de nuevo? —preguntó—. ¿Por qué me miras modo?

Levantó el judío su huesosa mano y hasta agitó en el aire su tembloroso índice, pero su furor era tan grande, que le fue imposible articular palabra.

—¡Dios de Dios! —exclamó Sikes, verdaderamente alarmado—. ¡Este hombre se ha vuelto loco! ¡Habrás que ponerse en guardia!

—¡No, no! —contestó Fajín, recobrando la facultad de hablar—. ¡No es... noes usted la persona, Guillermo! ¡No tengo... no encuentro en usted nada reprehensible!

—¿De veras? ¡Vaya!... ¡Me alegro! —contestó Sikes, mirando al judío con expresión siniestra y pasando descaradamente una pistola de un bolsillo a otro, como para tenerla más a la mano—. No deja de ser una fortuna para uno de los dos... ¡Lo que menos importa es saber cuál es ese uno!

—Lo que tengo que decirle a usted, Guillermo —replicó Fajín—, le pondrá más furioso de lo que estoy yo.

—¿Sí? —preguntó el bandido con expresión de incredulidad—. ¡Lárgalo, pues... pero pronto, no vaya Anita a creer que me he perdido!

—¡Perdido! —exclamó Fajín—. ¡Por perdido le tiene... es decir, para perderle ha hecho lo que ha estado en su mano!

Sikes miró al judío con perplejidad manifiesta, y como nada encontrara en la cara de aquél que fuera explicación del enigma, agarróle por el cuello, le sacudió violentamente, y dijo:

—¿Hablarás, sapo condenado? ¡Habla pronto, si no quieres encontrarte sin aire para hacerlo cuando te resuelvas! ¡Abre esa sima que tienes por boca y di con claridad lo que pasa! ¡Pronto, lobo maldito, pronto!

—Supongamos —comenzó diciendo Fajín—, supongamos que ese muchacho que duerme ahí...

—¡Qué! —exclamó Sikes, volviéndose bruscamente hacia Noé, en quien parecía que no había reparado hasta entonces.

—Supongamos que ese muchacho nos hubiera delatado a todos, buscando primero las personas más convenientes a sus miras y teniendo luego con ellas una entrevista en la calle, para darles nuestras señas y filiación, describir nuestras marcas especiales y revelarles los sitios donde con mayor facilidad y seguridad pudieran encontrarlos. Supongamos que hubiera hecho todo eso por su propia voluntad... no preso, ni cogido en la trampa, ni engañado ni sometido a interrogatorio, sino espontáneamente, por puro capricho, por satisfacer su gusto, yendo él mismo a buscar a nuestros enemigos para contárselo todo... ¿Me oye usted? —bramó el judío, con los ojos inyectados en sangre—. Pues si me oye, dígame: ¿qué haría usted?

—¿Que qué haría? —repitió Sikes, barbotando una blasfemia horrenda—. Si después de saberlo le encontrase vivo, con los tacones de mis zapatos le destrozaría el cráneo, haciendo de él tantos pedazos como, pelos tiene en la cabeza.

—¿Y si el autor de las revelaciones hubiera sido yo? —aulló el judío—.

¡Yo, que poseo tantos secretos, yo, que puedo hacer ahorcar a tantos, siquiera entre ellos figure yo mismo.

—¡No lo sé! —contestó Sikes rechinando los dientes y poniéndose blanco al solo pensamiento de semejante traición—. Algo haría yo en la cárcel para que me esposasen; y si comparecíamos los dos juntos ante el tribunal, en la misma sala, y a presencia de todo el mundo, con las esposas te haría saltar los sesos... ¡La ira me daría tanta fuerza, que entre mis dedos aplastaría tu cabeza como si sobre ella pasase un vagón cargado!

—¿De veras?

—Pruébalo y te convencerás.

—¿Y si el traidor fuera Bates, o el Truhán, o Belita, o...?

—¡No perdamos tiempo! Lo de menos es el nombre. A cualquiera que me vendiese, le daría la medicina que acabo de mencionar.

Fajín miró entonces con fijeza a su interlocutor, e indicándole por medio de un gesto que guardara silencio, llegóse al colchón en que dormía Claypole y despertó al durmiente. Sikes se incorporó, y apoyados ambos codos sobre sus rodillas, parecía preguntarse cuál sería el final de tantos misterios y preparativos.

—¡Bolter!... ¡Bolter!... —llamó el judío—. ¡Pobre muchacho! —añadió con expresión diabólica—. ¡Está rendido!... ¡Es natural!... ¡Ha tenido que espiarla tanto tiempo... espiarla, Guillermo!

—¿Pero qué quieres decirme? preguntó Sikes irguiéndose en la silla.

Por toda contestación, el judío se inclinó sobre el durmiente y le obligó a sentarse sobre el colchón. No sin que tuviera que repetir varias veces y con voz recia su nombre supuesto, consiguió que Noé se frotase los ojos, bostezase desafortadamente y dirigiera en derredor miradas soñolientas.

—Cuéntemelo otra vez todo a fin de que lo oiga este señor —dijo Fajín, señalando a Sikes con el dedo.

—¿A contar el qué? —preguntó Noé no bien despierto.

—Lo referente a... Anita —contestó el judío, asiendo a Sikes por la muñeca como para impedirle que se fuera antes de oírlo todo—. La siguió usted, ¿no es cierto?

—Sí.

—¿Hasta el Puente de Londres?

—Sí.

—¿Dónde encontró a dos personas?

—Sí.

—Un caballero y una señora, a quienes había visitado ya anteriormente, los cuales le pidieron que vendiese a sus compañeros... empezando por Monks, lo que hizo; que diera sus señas, a lo que se prestó también, que indicara la casa en que solemos reunirnos, y la indicó sin hacerse de rogar; el sitio desde el cual podían acecharnos... y lo describió, y la hora en que teníamos costumbre de estar juntos... y también la reveló. Todo eso hizo. Lo descubrió todo, en una palabra, sin que nadie le amenazara, sin que ella se resistiera, sin protestar; ¿no es cierto? —gritó el judío, a quien cegaba la cólera.

—Eso es —contestó Noé, rascándose una oreja—. Todo pasó como lo dice usted.

—¿Qué dijeron sobre el domingo último? —repitió Noé recapacitando—. Pues dijeron lo que conté a usted.

—¡Repítalo... repítalo otra vez! —bramó el judío, agarrando con mayor fuerza el brazo de Sikes y agitando la otra mano, mientras echaba espumajos por la boca.

—Le preguntaron... —contestó Noé, que, más despierto, comenzaba a comprender quien era Sikes—, le preguntaron por qué no había ido el domingo último, conforme tenía prometido, y ella contestó que no le fue posible.

—¿Por qué?... ¿Por qué? —preguntó el judío con expresión de triunfo—. Díganos por qué.

—Porque la retuvo por fuerza en casa un tal Guillermo, el hombre de quien antes les había hablado.

—¿Qué más dijo sobre ese hombre? ¿Qué más dijo sobre el hombre de quien antes le había hablado? ¡Dígaselo... dígaselo!

—Pues... que no podía salir de casa sin que aquel hombre supiera adónde iba, y que, la primera vez que visitó a la señorita, le... ¡Ja, ja, ja, ja! ¡No reí poco cuando lo oí! La primera vez que visitó a la señorita, para poder salir, se vio obligada a propinarle una dosis de láudano.

—¡Mil rayos! —rugió Sikes—. ¡Suelta... déjame salir!

Desasiéndose de la zarpa del viejo y dando a éste un empellón, salió de la estancia y se precipitó escalera abajo como un loco furioso.

—¡Guillermo!... ¡Guillermo! —gritó el judío, corriendo tras él—. ¡Una palabra... una sola palabra!

Ni esa palabra hubiera podido pronunciar Fajín si el bandido hubiese podido abrir la puerta de la calle, que encontró cerrada; pero como ésta resistiera sus esfuerzos, el judío llegó a tiempo para encontrarle blasfemando y maldiciendo como un condenado.

—¡Déjame salir!... ¡No me hables!... ¡Es peligroso!

—Una sola palabra —insistió Fajín, mientras abría la puerta—. No lleve la...

—¿La qué?

—... la violencia demasiado lejos, Guillermo.

La aurora, que se había anunciado minutos antes, enviaba a la tierra claridad bastante para que aquellos hombres pudieran verse las caras. Cambiaron una mirada rápida: los ojos de entrambos despedían fulgores siniestros que no dejaban lugar a duda. El pensamiento de los dos era el mismo.

—Quiero decir —repuso Fajín, comprendiendo que ya era inútil el disimulo—, que no lleve la violencia hasta extremos que comprometan su seguridad... ¡Astucia, Guillermo! ¡Nada de escándalos!

Sikes, sin contestar palabra, se lanzó a la calle, no bien el judío franqueó la puerta.

Sin detenerse a reflexionar un momento, sin volver una sola vez la cabeza hacia la derecha o hacia la izquierda, sin alzar los ojos al cielo, ni bajarlos a la tierra, sino con la mirada fija al frente y llena de resolución salvaje, tan apretados los dientes que parecía que las mandíbulas amenazaban romper la envoltura de carne que las cubría, el feroz bandido emprendió frenética carrera y no despegó los labios, no cedió la horrible tirantez de ninguno de sus músculos hasta que llegó a su casa. Abrió sigiloso la puerta de la misma con la llave que consigo llevaba, subió con paso de lobo la escalera, entró en su habitación, cuya puerta volvió a cerrar con llave y doble vuelta y no contento con eso, la barricó colocando detrás una mesa muy pesada, y descorrió la cortina del lecho. La joven estaba acostada, a medio vestir. Al entrar Guillermo; despertó sobresaltada.

—¡Levántate! —rugió el bandido.

—¿Eres tú, Guillermo? —preguntó Anita, con expresión de alegría.

—Yo soy; ¡levántate!

Lucía una vela cerca del lecho, Guillermo la arrancó del candelero que la sostenía, y la tiró debajo de la estufa. Anita, viendo que era de día, se levantó y fue a recorrer la cortina de la ventana.

—¡Déjala! —dijo Sikes deteniéndola—. Para lo que voy a hacer, tenemos luz sobrada.

—¡Guillermo! —llamó la joven con cierto temor—. ¿Por qué me miras así? Dilatadas las narices y con respiración jadeante, el bandido permaneció sentado algunos momentos, mirándola con fijeza aterradora, y de pronto, agarrándola por el cuello, la arrastró hasta el centro de la habitación y, dirigiendo una mirada a la puerta, tapóle la boca con su pesada manaza.

—¡Guillermo!... ¡Guillermo!... —murmuró la joven con voz ahogada, debatiéndose con la energía que da el terror producido por la proximidad de la muerte—. ¡No... no gritaré... no diré palabra... escúchame... háblame... dime qué es lo que he hecho!...

—¡Lo sabes de sobra, infame! —bramó el bandido, con voz concentrada—. Te vigilaron esta noche... han escuchado todas tus palabras.

—En ese caso, por amor de Dios, perdóname la vida, como yo perdóné la tuya, Guillermo. ¡Guillermo... Guillermo querido... no, no es posible que tengas corazón para matarme! ¡Piensa en lo mucho que siempre, y hasta esta noche misma, he rehusado por ti! ¡Tendrás tiempo para reflexionar y no cometerás este crimen... porque yo no te soltaré, y tú no emplearás conmigo la fuerza bruta! ¡Guillermo... Guillermo... por Dios... por ti... por mí... detente antes de verter mi sangre! ¡Por mi alma, llena de cieno ¡ay! te juro que siempre te fui fiel, que jamás te hice traición.

Sikes hizo un esfuerzo violento para desprender su brazo; pero con fuerza tal le sujetaba la joven, que no pudo conseguirlo.

—¡Guillermo! —exclamaba Anita, procurando apoyar su cabeza contra el pecho del miserable—. El bondadoso caballero y la dulce señorita con quienes hablé esta noche me han ofrecido un refugio en cualquier país extranjero donde podré terminar tranquilamente mis días. Déjame que vuelva a verles, y que les suplique de rodillas que te concedan a ti la misma merced. Los dos juntos podremos abandonar esta horrorosa casa, alejarnos de esta ciudad y vivir mejor, dando al olvido nuestra existencia pasada, excepto cuando pidamos a Dios perdón de ella, y no volviéndonos a ver nunca más. Nunca es tarde para arrepentirse. Así me lo dijeron... y ahora veo que tenían razón... ¡Tenemos tiempo... no mucho, pero sí el suficiente!

El bandido consiguió al fin desasir uno de sus brazos y empuñó seguidamente una pistola. No obstante la cólera que le enloquecía, cruzó por su mente la idea de que sería descubierto en el acto si disparaba el arma, y entonces, con la culata de aquella descargó dos golpes tremendos contra la cara vuelta hacia arriba de la joven, que casi estaba pegada a la suya. Tambaleóse la joven y cayó desplomada en tierra, cegada por la sangre que en

abundancia brotaba de una herida terrible que los golpes habían abierto en su frente. Pudo incorporarse, sin embargo, y ponerse de rodillas gracias a un esfuerzo sobrehumano, y entonces, sacando del seno un pañuelo blanco, que le había dado Rosa Maylie, y elevándolo al cielo entre sus manos cruzadas, murmuró una plegaria impetrando la misericordia de Dios. La escena era espantosa. El asesino se acercó a la pared con paso vacilante, agarró una tranca, y volviendo la cabeza a fin de no ver a su víctima, la remató a trancazos.

Capítulo XLVIII

Fuga de Sikes

Fue el que dejamos reseñado en el capítulo anterior el más horrendo de los delitos que, a favor de las tinieblas de la noche, se habían cometido dentro del vasto recinto de Londres; fue, entre todas las hazañas rufianescas cuyo vaho nauseabundo emponzoñó el suave ambiente de la mañana, la más cobarde y cruel. El astro rey, que no sólo trae consigo la luz, sino también vida nueva, esperanza nueva y energía nueva al hombre, alzóse sobre la ciudad envolviéndola en hermosas nubes de gloria radiante. Sus rayos luminosos lo mismo penetraron a través de los costosos cristales de delicados colores que por los amarillentos vidrios remendados con papel, lo mismo inundaron los ventanales de las soberbias cúpulas de las catedrales que las grietas de las casuchas cuarteadas.

También iluminó la estancia en cuyo piso yacía el cadáver de la mujer asesinada. Bien hubiera querido el bárbaro matador cerrarle paso, desterrar la claridad de la escena de su crimen, pero pese a sus esfuerzos, la luz penetró a torrentes... ¡Espantosa era la escena la incierta luz del crepúsculo matutino, pero infinitamente más cuando el sol la bañaba con sus radiantes resplandores! No se había movido Sikes; el terror le tenía como yerto. A sus oídos había llegado un quejido lastimero, sus ojos vieron que su víctima movía una mano, y su rabia acrecentada por el terror, le impulsó a herir, a herir y una y otra vez. Echó una colcha sobre el cadáver... ¡Peor... mucho peor!... ¡Más terrible era representarse, ver con la imaginación los ojos de la víctima vueltos hacia él, que contemplarlos fijos, clavados en el techo, cual si mirasen en éste la imagen del mar de sangre que reflejaban los rayos del sol! El asesino tiró de la colcha... Allí estaba el cadáver... carne y sangre, nada más... ¡pero qué carne, qué sangre! Encendió fuego y arrojó a él garrote. En el extremo de éste había pegados algunos cabellos, que chisporrotearon al convertirse en cenizas y subieron describiendo espirales por la chimenea al tomarlo entre sus alas una

ráfaga de aire. Hasta este detalle, con ser tan insignificante, aterró al asesino, no obstante su barbarie, bien que su terror no le impidió mantener el arma hasta que la vio reducida a carbones, primero, y últimamente a cenizas. Se lavó entonces, cepilló su traje, pero como hubiera en éste manchas que era imposible hacer desaparecer, cortó el paño y lo arrojó al fuego... ¡Ah! ¡Las manchas que observara en el vestido inundaban la habitación! ¡Hasta las patas del perro estaban tintas en sangre!

Durante todo ese tiempo, el asesino no había vuelto la espalda al cadáver... ¡no! ¡Ni por un instante! Cuando hubo terminado sus preparativos, dirigióse a la puerta, pero retrocediendo, sin perder de vista a su víctima y arrastrando consigo al perro, temeroso de manchar de nuevo sus pies y llevar consigo hasta la calle nuevas huellas del horrendo crimen cometido. Entornó sin hacer ruido la puerta de la calle, dio doble vuelta a la llave, y abandonó la casa. Cruzó la calle y desde la acera opuesta alzó los ojos hasta la ventana a fin de asegurarse de que nada se veía desde fuera. Continuaba corrida la cortina que Anita había querido descorrer para dar entrada a la luz que nunca más debían ver sus ojos... ¡Junto a la cortina estaba el cadáver!... ¡Él lo sabía perfectamente!... ¡Oh, Dios! ¡Cómo inundarían aquel sitio los rayos del sol! El examen no duró más que un instante. Algo más tranquilo al verse fuera del teatro de su villana acción, silbó al perro y se alejó caminando con rapidez. Cruzó por Islington, subió a la colina de Highgate que sirve de asiento a la estatua erigida en honor de Wellington, descendió de nuevo, caminando a la ventura y sin saber adónde dirigirse, torció a la derecha casi en los comienzos del descenso y, tomando un sendero que atravesaba los campos, bordeó el bosque de Caen y llegó a Hampstead Heath. Cruzando la hondonada por el Valle de Health, subió por el repecho opuesto y, atravesando el camino que pone en comunicación a Hampstead, con Highgate, prosiguió la marcha por los campos de North End, en uno de los cuales se tendió al abrigo de un seto y se durmió. Pronto volvió a levantarse y a proseguir su marcha, pero no en dirección al campo, sino para aproximarse de nuevo a Londres por el camino real. A poco volvió sobre sus pasos, tomó luego dirección distinta, cruzó terrenos que antes había atravesado ya, y rondó de una parte a otra, a la ventura, ora tendiéndose en el fondo de algún foso para dar algún descanso a su cuerpo, ora levantándose asustado en busca de refugio más seguro, que no encontraba en ninguna parte. ¿Habría algún lugar, no muy apartado ni demasiado público, donde pudiera encontrar algún alimento, algo con que refrescar su reseca garganta? Sí... Hendon: era un pueblecillo que respondía a sus deseos, situado a corta distancia y casi despoblado. A Hendon dirigió sus pasos, tan pronto corriendo con todas sus fuerzas como andando a paso de caracol o suspendiendo la marcha y entreteniéndose en descargar bastonazos contra los setos. Llegó al pueblo, y se imaginó que todo el mundo, hasta los niños, le miraban con desconfianza y recelo. Sin valor para comprar un

mendrugo de pan ni un vaso de agua, salió del pueblo aunque no había probado bocado en muchas horas, y retrocedió hacia Heath, sin saber adónde dirigir sus pasos.

Después de recorrer millas y millas de distancia, volvió a encontrarse casi en el punto de partida. Pasó la mañana, llegó la tarde, feneció el día, y el asesino continuaba caminando de aquí para allá, ora subiendo, ora bajando, sin dar punto de reposo a sus piernas, y, sin embargo, encontrándose siempre en el mismo sitio. Al fin tomó decididamente dirección hacia Hatfield. Las nueve de la noche serían cuando el hombre, extenuado y falto de fuerzas, y el perro, renqueando y cojeando a consecuencia de un ejercicio al que no estaba acostumbrado, descendían por la colina que conduce al pueblo, torcían al llegar a la iglesia, avanzaban por una calle y se deslizaban al fin en el interior de una taberna, a la cual los había guiado la escasa luz que iluminaba su puerta. Sentados alrededor de la lumbre había algunos campesinos que entretenían el tiempo bebiendo. Apresuráronse a dejar entre ellos un sitio al recién llegado; pero Sikes fue a sentarse en el rincón más alejado y oscuro, donde comió y bebió solo, mejor dicho, acompañado por su perro, al cual arrojaba de vez en algún pedazo de pan.

Hablaban los que estaban reunidos en la taberna de campos, cosechas, y cuando agotaron el tema, de la edad de un viejo a quien habían enterrado el domingo anterior, acerca del cual aseguraban los jóvenes que era muy viejo, al paso que los viejos sostenían que era muy joven, de la edad poco más o menos de un abuelo allí presente, cuyos cabellos de nieve y espalda encorvada eran fe de bautismo harto elocuente, el cual juraba y perjuraba que habría vivido seguramente veinticinco años más... a poco que se hubiese cuidado. La conversación no era para llamar la atención ni para producir alarma a nadie. El asesino, después de pagar el gasto hecho, permaneció en su rincón y concluyó por dormirse, cuando lo medio despertó la entrada en la taberna de un individuo.

Era éste un sujeto grotesco, entre buhonero y juglar, que recorría el mundo a pie, vendiendo piedras de afilar, suavizadores de navajas, navajas de afeitar, pastillas de jabón, cosméticos, medicinas para perros y caballos, artículos de perfumería barata, pastas y cosas por el estilo, que llevaba en una caja sujeta a su espalda a guisa de mochila. Su entrada dio lugar a un chaparrón de chistes tan baratos y malos como sus mercancías, chaparrón que no cesó hasta que el buhonero dio fin a su cena y abrió su caja desplegando ante el público los tesoros que encerraba.

—¿Y ese ladrillo? ¿Es bueno para comer? —preguntó un labriego, haciendo guiños altamente cómicos y señalando a unas pastillas colocadas en un rincón de la caja.

—Esto, mi querido paisano —contestó el buhonero tomando una en sus manos—, es una composición preciosa e infalible que borra y hace desaparecer toda clase de manchas, herrumbres, mohos, mugres, roñas, lunares, macas, máculas y mancillas, salpicaduras y suciedades de las telas de seda, algodón, sean de raso, liberty, bengalina o moire, de lienzo, madapolam, holanda, nipis, o nansú o batista, de jerga, cheviot o patén, merinos o muselinas, alfombras, tapices y terciopelos, moquetas, felpas y peluches. Borra las manchas de vino, las manchas de fruta, las manchas de cerveza, las manchas de agua, las manchas de pintura, las manchas de betún, de brea, de alquitrán, de pez, de resina, toda clase de manchas salen y desaparecen con que se las frote una sola vez con esa composición infalible y maravillosa. Si una dama, damisela o señorita, casada, soltera o viuda, doncella o no doncella, mancha y ensucia su honor, no tiene que hacer más que tragarse una pastilla y queda limpia e inmaculada como un rayo de sol. El caballero que desee probarlo, engúllase una pastilla y quedará convencido, pues es de efectos tan seguros y rápidos como los de un pistoletazo, aunque de sabor menos desagradable. ¡un penique la pastilla!... ¡No vale más que un penique, no obstante poseer tantas y tan preciosas cualidades! Surgieron inmediatamente dos compradores y en el auditorio se vieron otros que titubeaban, lo que, observado por el vendedor, aumentó considerablemente su locuacidad. Todo lo que producen las fábricas se vende en el acto —añadió—. Hay catorce molinos con motores hidráulicos, seis de vapor, y otro con baterías galvánicas, todos trabajando, todos produciendo sin cesar, y aun así, no bastan para satisfacer las necesidades del mercado, aunque los obreros de las fábricas trabajan día y noche hasta caer muertos sobre las máquinas. Verdad es que las viudas que dejan cobran desde el instante de serlo una pensión de veinte libras esterlinas al año, otras veinte por cada uno de los hijos, y un premio de cincuenta cuando se trata de gemelos... ¡Un penique vale la pastilla!... También las vendo por dos medios peniques, y si me apuran, hasta las daré por cuatro cuartos de penique. ¡Manchas de vino, manchas de fruta, manchas de cerveza, manchas de pintura, manchas de honra, manchas de sangre! En el sombrero de aquel caballero veo una mancha que haré desaparecer en menos tiempo del que tarde él en mandarme servir una pinta de cerveza.

—¡Eh! —gritó Sikes, poniéndose en pie de un salto—. ¡Traiga usted el sombrero!

—No tardaré en limpiarla el tiempo que usted tarde en cruzar la habitación para tomarlo —contestó el charlatán—. Vean ustedes, caballeros, la mancha que presenta este sombrero, una mancha oscura, de menor diámetro que un chelín, pero más espesa que una media corona. Tanto si es de vino, como de fruta, cerveza, agua, pez, pintura o alquitrán, sea de fango o de sangre...

No pudo terminar el charlatán su discurso porque Sikes barbotando una

blasfemia espantosa, se lanzó sobre él derribando la mesa y algunas sillas, y salió como un loco del figón. Dando una vez más pruebas de la irresolución que desde que cometió el crimen le dominaba, el asesino, al observar que nadie le seguía, y creyendo que los sujetos que escuchaban al charlatán le supondrían borracho, volvió a entrar en la población, y se disponía a pasar frente a la parada de diligencias, alejándose todo lo posible del resplandor de los faroles que iluminaban la calle, cuando reconoció la diligencia de Londres y vio que acababa de llegar. Desde luego supuso lo que iba a suceder; pero, a pesar de todo, se acercó a escuchar. Delante de la puerta esperaba el conductor del correo, con la valija de la correspondencia en la mano. Llegó un hombre vestido como de guardabosque, a quien el primero entregó una cesta que antes había dejado en la acera.

—Para sus señores —dijo el conductor—. ¡Menos calma, hombre, menos calma...! ¿Me va a tener aquí eternamente? Anteayer tampoco tenía listo el correo y eso no puede seguir así... ¿Oye usted?

—¿Ocurre algo de nuevo en la ciudad, Benjamín? —preguntó al guardabosque, sin parar mientes en la reprensión del conductor.

—Nada que yo sepa —respondió el conductor poniéndose los guantes—. Algo he oído hablar sobre un asesinato cometido por Spitalfields, pero tal vez no sea cierto.

—Lo es, sí señor —exclamó el viajero, asomando la cabeza por la portezuela—. Por cierto que ha sido un asesinato horrible.

—¿Y es hombre o mujer la víctima? —preguntó el conductor, llevando la mano al sombrero.

—Mujer —contestó el viajero—. Se cree que...

—¡Benjamín! —gritó el mayoral con impaciencia.

—¿Pero viene esa maldita valija? —preguntó el conductor—. ¿Es que se han dormido dentro?

—¡Voy! —contestó el encargado de la estafeta.

—¡Voy! —gruñó el conductor.

—¡Voy... pero no llegas nunca!... ¡Al fin!

Sonó la bocina y partió la diligencia como una exhalación. Sikes permaneció inmóvil en la calle, indiferente, al parecer, a lo que acababa de oír y sin pensar en otra cosa que en la dirección que le convendría tomar. Al fin dio media vuelta, y tomó el camino que conduce desde Hatfield a San Albano. Comenzó caminando con paso firme y resuelto; mas no bien dejó a sus espaldas la población y se aventuró por el camino oscuro y solitario, sintió

que penetraba hasta la medula de los huesos una impresión de terror que le oprimía el corazón. Cuantos objetos tropezaban sus ojos fueran reales o sombras, se movieran o permanecieran inmóviles, parecíanle imágenes terroríficas, bien que no eran nada comparadas con los pensamientos que le acosaron aquella mañana, pensamientos que le producían el efecto de un fantasma sangriento que le fuera pisando los talones. No tardó, empero, en presentarse el mismo fantasma, cuya sombra veía en la obscuridad, acompañándole en el camino con expresión solemne y rígida actitud. Sus oídos distinguían el roce de las faldas de su víctima al pasar sobre los matorrales y todas las ráfagas de viento repetían el grito de angustia que brotó de los labios de Anita al recibir el golpe de muerte. Si el asesino suspendía la marcha, el fantasma hacía lo propio; si corría aquél, corría el fantasma, pero no moviendo las piernas, que esto hubiera sido, en medio de todo, un consuelo, sino deslizándose sobre el suelo, como empujado por un soplo melancólico de la brisa, que ni aumentaba ni moría. A veces se volvía desesperado, resuelto a cerrar contra el fantasma y acribillarlo a golpes, no obstante presentar todas las características de la muerte; pero se le erizaba el cabello, y la sangre se le helaba en las venas al ver que el fantasma se volvía también, quedando siempre a su espalda. Por la mañana caminaba el fantasma como mostrándole el camino, delante de él; pero entonces volaba detrás... siempre detrás.

Recostóse contra un talud, y el fantasma quedó ante sus ojos, como suspendido entre la tierra y el profundo azul del cielo: se tendió en medio del camino, boca arriba... y pegada a la cabeza vio una losa sepulcral, en una inscripción escrita con sangre. ¡Que no se diga que hay asesinos que burlan la acción de la justicia, que no se hable de que la Providencia duerme nunca! ¡Los terrores, las agonías que Dios infiltra en el corazón del asesino son más terribles que veinte muertes violentas! A su paso encontró Sikes una, cabaña que parecía brindarle abrigo para pasar el resto de la noche. Frente a la puerta se alzaban tres álamos gigantescos que acrecentaban la obscuridad. Gemía el viento al cruzar por entre sus ramas. El asesino no podía continuar la marcha hasta que llegase el nuevo día, y decidió tenderse al abrigo de la choza... para sufrir nuevas torturas. Asaltóle allí otra visión, tan obstinada como las anteriores, pero mucho más terrorífica. En medio de las densas tinieblas aparecieron aquellos ojos extraviados, de mirada vidriosa y fija, que hubiera preferido ver con los suyos de la carne a representárselos con los de la imaginación, y aparecieron luminosos, pero sin comunicar su claridad a los objetos inmediatos. Los ojos sólo eran dos, pero aparecían por todas partes. Si entornaba los párpados, su fantasía le presentaba la estancia en que cometió el asesinato, con todos los objetos, hasta los más insignificantes, hasta los que él había olvidado, y todos en el sitio de costumbre. En su lugar continuaba también el cadáver, cuyos ojos ofrecían la misma expresión pavorosa que

cuando él salió huyendo. Se levantó y echó a correr desatinado, loco, por los campos, mas al ver que el fantasma no le dejaba, volvió a la choza y se tendió en el suelo. En la choza le esperaban los ojos fosforescentes, los ojos que le enloquecían.

Y allí permaneció. No hay lengua humana capaz de dar una idea aproximada de las horribles torturas que hubo de apurar, ni imaginación, no siendo la misma del asesino, tan potente que pueda concebir los terrores que le atenaceaban, produciéndole temblores convulsivos y haciendo que el sudor brotase a chorros por todos los poros de su cuerpo. ¿Qué pasaba en el exterior de la choza? ¿Qué significan esos gritos lejanos, ese bramar de voces, esos alaridos como de alarma o de admiración que en alas del viento llegan a sus oídos? El asesino lo ignora, pero ¡ah! cualquier eco humano tiene para él en aquellas circunstancias la misma significación. El criminal se estremece, nuevos terrores le invaden, y ante la perspectiva de un peligro personal, recobra las fuerzas y las energías perdidas, se pone en pie violentamente y emprende desatinada carrera. El firmamento semeja inmensa bóveda encendida. Millones de chispas elevándose en pavoroso remolino, mezcladas con lenguas de fuego, iluminan la atmósfera en un radio de algunas millas, y en dirección al sitio en que el asesino se halla avanzan densas nubes de humo arrastradas por él aire. Aumentan los gritos, nuevas voces centuplican el tumulto, y al fin llegan a oídos del feroz asesino las fatídicas palabras ¡fuego... fuego! mezcladas con el repicar alarmante de las campanas que tocan a rebato, y el estruendo que producen enormes masas pesadas al desplomarse, y el bramar de las llamas al enroscarse en algún obstáculo, que a la postre se convierte en alimento nuevo arrojado al elemento destructor. A la luz siniestra del incendio ve el asesino muchas personas, hombres y mujeres... vista que para él es algo así como un soplo de vida. Corre... corre de frente, con carrera frenética, salvando zanjas y terraplenes, puertas y cercas, corre con carrera tan desatinada como la de su perro, que mostrándole el camino vuela ladrando y aullando.

Llegó al lugar del siniestro. Personas a medio vestir corrían de acá para allá, unas procurando sacar de las caballerizas a los enloquecidos caballos, otras forzando las puertas de los corrales para dar salida a las reses y otras saliendo de la casa con cargas sobre sus hombros, entre mares de chispas y trozos de maderos encendidos que caían de lo alto. Los huecos del edificio, una hora antes defendidos con ventanas, dejaban ver un mar agitado de fuego que rugía y bramaba en el interior agrietábanse las paredes y concluían por derrumbarse con estruendo, y los objetos de hierro o de metal, puestos al rojo blanco, se fundían, enviando al suelo chorros de hirviente líquido. Las mujeres y los niños lanzaban alaridos de espanto, que los hombres procuraban acallar, animándolas con formidables gritos. También gritó el asesino, gritó hasta quedar sin voz, y lo olvidó todo, todo, hasta sí mismo, y siguiendo el ejemplo

general, se precipitó en lo más espeso de las turbas.

¡Lo que trabajó aquella noche! Tan pronto se le veía en las bombas, ayudando a los bomberos a lanzar ríos de agua sobre las maderas ardiendo o sobre las paredes calcinadas, como pasando entre nubes de humo o entre mares de llamas. Ora trepaba por las escaleras de cuerda, ora corría sobre los tejados que se desplomaban, ora sobre los pisos que temblaban bajo su peso, ora saltaba sobre piedras o ladrillos ardiendo. Donde el fuego era más voraz, allí estaba él; pero cual si potencias sobrenaturales protegieran su persona, ni sufría quemaduras, ni se fatigaba, ni se rendía, ni pensaba tampoco. Cuando asomaron las primeras claridades de la aurora, lo que fueran edificios no eran ya más que informes montones de ruinas ennegrecidas que, semejantes a inmenso pebetero, enviaban al cielo nubes de humo. Disipada la excitación, volvieron, con fuerza centuplicada, los terrores consiguientes a la conciencia de su abominable crimen. Sikes miró receloso en derredor, pues los hombres formaban grupos y conversaban entre sí, y temió ser él el objeto de sus conversaciones. El perro, obediente a un gesto significativo que le hizo, se acercó al criminal y ambos se alejaron cautelosamente. Al pasar junto a la bomba, en rededor de la cual había sentados varios hombres, fue llamado por éstos para que tomara un refrigerio. Aceptó un bocado de pan y un trozo de carne, y mientras bebía un trago de cerveza, oyó que decía uno de los bomberos:

—Dicen que ha huido hacia Birmingham, pero le cogerán: han salido correos en todas direcciones, y mañana por la noche resonarán en toda la región los gritos de alarma.

Huyó Sikes de aquel lugar, y corrió hasta caer rendido. Gracias al cansancio pudo dormir, pero con sueño agitado. Cuando despertó, continuó vagando indeciso, sin rumbo fijo, poseído de terror al pensar en la noche de torturas que le esperaba.

De repente tomó el partido desesperado de volver a Londres.

—Allí, al menos, tendré personas con quienes hablar —pensó—. Además, no me faltará sitio donde esconderme. No es de esperar que me busquen en la ciudad después de haberme perseguido por el campo. ¿No podré permanecer oculto una o dos semanas, y luego, a fuerza de amenazas, obligar a Fajín a que me ayude a pasar a Francia? ¡A fe que voy a correr ese riesgo!

Cediendo a este primer impulso, emprendió sin dilación el viaje de regreso, buscando los caminos menos frecuentados, decidido a esconderse a poca distancia de la capital y a entrar en ésta a favor de las sombras de la noche, hasta llegar al sitio que había resuelto fuera su refugio.

—¿Pero y el perro? Si las autoridades habían enviado requisitorias,

seguramente no habrían olvidado que faltaba el perro, y que según todas las probabilidades acompañaría al criminal. Esta circunstancia podía muy bien ser causa de su aprensión al pasar por las calles. Resolvió, pues, ahogar a su fiel compañero, y, a este efecto, continuó caminando en busca de un estanque, cogiendo de paso una piedra de algún peso que ató con su pañuelo.

Miraba el perro a su amo mientras éste hacía los preparativos, y fuera que el instinto le advirtiese el peligro, o que Sikes le mirara con, expresión más ceñuda y amenazadora que de ordinario, el hecho es que: seguía a distancia muy respetable. Cuando el asesino hizo alto al borde de un estanque y llamó al animal, éste, lejos de acudir a su voz, se detuvo de repente.

—¡Aquí! —gritó Sikes—. ¿No me oyes?

La fuerza de la costumbre hizo que el perro se acercase, pero al ver que Sikes se disponía a atarle el pañuelo al cuello, lanzó un gruñido, y retrocedió.

—¡Ven aquí! —bramó el bandido, pateando de coraje.

El animal meneó la cola, pero sin moverse. Sikes preparó un nudo corredizo y volvió a llamar.

El perro avanzó, retrocedió, se detuvo, miró a su amo, y echó a correr. Silbó Sikes repetidas veces, sentóse al borde del estanque creyendo que el animal acudiría al fin; mas, convencido de la inutilidad de la espera, prosiguió su marcha.

Capítulo XLIX

Se encuentran al fin, Monks y Brownlow. Celebran una conferencia que es interrumpida

La noche comenzaba a enseñorearse de la tierra cuando el señor Brownlow, descendiendo de un coche frente a la puerta de su casa, llamaba suavemente. Abierta la puerta, saltó del coche un hombre robusto y tomó posiciones junto a la portezuela del carruaje, mientras otro hombre saltaba del pescante y se colocaba al otro lado. Obedeciendo una seña de Brownlow, entre los dos hombres mencionados sacaron del interior del coche a un tercero, a quien obligaron a entrar en la casa. Este tercero era Monks. Sin hablar palabra subieron los cuatro hombres la escalera. Rompía la marcha Brownlow, quien no paró de andar hasta que entró en un cuarto del interior de la casa, adonde le siguieron los demás. En la puerta del cuarto en cuestión, Monks, que había llegado hasta allí con repugnancia perfectamente visible, se detuvo. Los dos hombres entre los cuales caminaba miraron al anciano caballero como

pidiendo instrucciones.

—Sabe muy bien cuál es la alternativa —dijo Brownlow—. Si vacila, si se resiste, si mueve un dedo llevadle a la calle, llamad a la policía, y hacedle prender en mi nombre como criminal que es.

—¿Cómo se atreve usted a darme semejante nombre? —preguntó Monks.

—Y usted, joven, ¿cómo se ha atrevido a obligarme a ello? —replicó Brownlow, mirando con severidad a su interlocutor—. Su locura, ¿llega hasta el punto de desear salir de esta casa? ¡Soltadle!... ¡Vaya, señor mío! ¡Ya está usted en libertad! Puede usted irse, si ése es su deseo, como nosotros podemos seguirle: pero le prevengo, le juro por todo lo que hay de más sagrado, que tan pronto como pise la calle, haré que te prendan como ladrón y falsario. Estoy resuelto, y mis resoluciones son inquebrantables. Si usted se obstina en salir, no se queje de las consecuencias.

—¿Y con qué derecho se ha apoderado usted de mí en la calle y ha hecho que estos perros me traigan aquí secuestrado? —gritó Monks, paseando sus miradas desde el uno hasta el otro de los hombres que silenciosos, estaban a su lado.

—Con el mío propio —replicó Brownlow—. Estas personas han obedecido órdenes mías, y yo asumo toda la responsabilidad del acto. Si cree usted que al privarle de la libertad le he inferido un agravio, medios y ocasión tendrá para quejarse cuando salga de aquí, aunque creo que optará usted por callarse... Se lo repito: invoque usted la Ley... que a la Ley recurriré también yo en ese caso: pero cuando haya avanzado demasiado para retroceder, cuando el poder, que ahora está en mis manos, haya pasado a otras, no espere usted indulgencia de mí ni diga que soy yo quien le precipita a un abismo en cuyo fondo se habrá arrojado usted mismo.

Monks, desconcertado y visiblemente alarmado, titubeó.

—Preciso es que se decida pronto —repuso Brownlow, con calma y resolución—. Si prefiere que le persiga judicialmente, atrayendo sobre usted un castigo cuya sola idea me espanta, no seré yo quien le ponga obstáculos: abierto tiene el camino; si por el contrario apela usted a mi indulgencia e impetra la conmiseración de aquellos a quienes tan criminalmente ha perjudicado, siéntese, sin hablar palabra, en aquella silla. Hace dos días que le estaba esperando.

Monks murmuró algunas palabras ininteligibles, y continuó vacilando.

—¡Pronto! —insistió Brownlow—. Si deja que yo pronuncie una palabra, puede dar por perdidas las esperanzas de salvarse.

Aun entonces no se disiparon las vacilaciones de Monks.

—Poco inclinado soy por carácter y por temperamento a parlamentar —añadió Brownlow—; pero, cuando defiendo, como ocurre ahora, intereses ajenos, además de carecer de inclinación, carezco de derecho.

—¿No hay... —preguntó Monks con voz temblorosa— otro... recurso?

—Ninguno.

Monks miró anhelante al anciano; pero como en su rostro no encontrase otra cosa que severidad y determinación, penetró en la estancia y se sentó, encogiéndose de hombros.

—Cerrad la puerta por fuera, y entrad cuando yo llame —dijo Brownlow a los dos hombres.

Obedecieron éstos, dejando a los dos hombres solos en la habitación.

—¡A fe que me trata bien el que se precia de haber sido amigo de mi padre! —exclamó Monks, quitándose el abrigo y el sombrero.

—Precisamente por haber sido el mejor amigo de su padre, joven —replicó Brownlow—, precisamente porque cifré todas las ilusiones, todos los deseos de mis felices años juveniles en su padre y en aquella hermosa niña, hermana suya, que Dios llamó a su lado en la primavera de su vida, sumiéndome a mí en los dolores de la soledad y del aislamiento, precisamente porque su padre, cuando todavía era niño, cayó de rodillas conmigo junto al lecho de muerte de su hermana única, la mañana misma en que lazos sagrados debían unirme para siempre con aquella celestial criatura... ¡el Cielo lo quiso disponer de otra manera!... precisamente porque mi corazón lacerado le reservó siempre el puesto principal, a pesar de sus faltas y errores, hasta el día de su muerte, precisamente porque antiguos recuerdos llenan mi alma y hasta el ver a usted hace que de su padre me acuerde, precisamente por todas estas razones siento impulsos de tratarle con piedad... ¡Sí, Eduardo Leeford!... ¡Le trato con conmiseración, aunque la vergüenza me abraza la cara al ver que deshonra usted el apellido de su padre!

—¿Y qué tiene que ver el apellido? —replicó Monks, reparando con sorpresa en la agitación de su interlocutor—. ¿Qué me importa el nombre?

—¡Nada, ya lo sé! Pero ese apellido lo llevo ella, y aun hoy, a pesar del tiempo transcurrido, evoca en mi memoria, en la memoria de un viejo, la emoción que experimentaba en otros tiempos cuando la oía pronunciar... ¡Oh! ¡Cuánto me alegro de que lo haya dejado usted para vivir bajo nombre supuesto!

—Todo eso está muy bien —respondió Monks (continuaremos llamándole así) después de un silencio prolongado, durante el cual adoptó una actitud de reto, mientras Brownlow tenía el rostro cubierto con las manos—. ¿Pero qué

es lo que usted desea de mí?

—Tiene usted un hermano, cuyo nombre, pronunciado por mí en su oído cuando le seguía por la calle, bastó para que usted se decidiera a acompañarme, lleno de terror y alarma.

—Yo no tengo hermano alguno —replicó Monks—. Sabe usted perfectamente que soy hijo único: ¿por qué, pues, me habla de hermanos? Tan bien como yo mismo sabe que no los tengo.

—Va usted a oír cosas que yo sé, y que usted ignora, cosas que de seguro le interesarán —dijo Brownlow—. Sé perfectamente que es usted el fruto único y miserable de un matrimonio desdichado que el orgullo de familia y la más sórdida de las ambiciones obligaron a contraer a su padre cuando apenas había salido de la niñez.

—Las frases huecas y palabras de relumbrón me importan muy poco —contestó Monks riendo con impudencia—. Conoce usted el hecho, y eso me basta.

—Conozco el hecho; pero conozco también las torturas lentas, los sufrimientos horribles, las agonías que resultaron de aquella unión fatal prosiguió el anciano—. Conozco cuán pesada, cuán insoportable fue la cadena que arrastraron los dos por el mundo, cuán tristes fueron los días de su emponzoñada vida: conozco las discordias abiertas que sucedieron a la galantería estudiada, conozco el desamor que reemplazó a la fría indiferencia, sé que el desamor se trocó en odio, y el odio en desesperación, hasta que al fin, los que por su unión debían vivir siempre juntos, acabaron por separarse, rompiendo lazos que sólo la muerte podía desatar, y buscaron nuevas relaciones para vivir entre ellas bajo nombres supuestos. Su madre consiguió olvidarlo todo muy pronto, como así su padre, cuyo corazón continuó lacerado y dolorido por espacio de muchos años.

—Se separaron, sí... ¿y qué?

—Al cabo de algún tiempo de separación, su madre encontró en el continente distracciones frívolas, a las que se entregó por completo, olvidando, en absoluto a su marido, diez años más joven que ella, el cual, viendo destruido para siempre su porvenir, permaneció en su patria y contrajo nuevas amistades. Supongo que por lo menos conocerá usted esta circunstancia: ¿no es verdad?

—No, señor: no la conozco —contestó Monks bajando los ojos y dando una patada, como hombre resuelto a negarlo todo—. Se engaña usted... no sé nada.

—El tono con que me habla, no menos que los movimientos con que

acompaña sus palabras, me demuestran que no sólo la conoce usted, sino también que la recuerda perfectamente, que la ha recordado siempre, y que siempre ha pensado en ella con rabia —replicó Brownlow—. Hablo de quince años atrás, cuando usted no pasaba de once años y su padre no había cumplido los treinta y uno, pues repito que era casi un niño cuando su padre le obligó a casarse. ¿Será preciso que detalle sucesos que manchan la memoria de su padre, o quiere evitarme esa necesidad poco grata, revelándome toda la verdad?

—Nada tengo que revelar —replicó Monks—; puede usted decir lo que le venga en gana.

—Hablaré, pues. Esos nuevos amigos eran un antiguo oficial de marina, retirado del servicio activo, cuya esposa había fallecido medio año antes, dejándole dos hijas, pues si el matrimonio tuvo más descendencia, afortunadamente había muerto. Una de ellas, hermosa como un ángel del Cielo, contaba diecinueve años: la otra sólo contaba dos o tres.

—¿Y a mí qué me importa? —interrumpió Monks.

—Residían —prosiguió Brownlow, sin parar mientes en la interrupción—, en una parte del país al que su padre de usted había ido a parar, fijando su estancia. Se conocieron, se trataron, nació la intimidad, y tras ésta vino la amistad sincera. Poseía su padre dotes como pocos hombres han poseído. Participaba de las gracias de su hermana y su alma era gemela de la que aquélla. Con el trato, crecía el cariño que el oficial de marina le profesaba. ¡Si el Cielo hubiera querido que fuera sólo el del oficial!... ¡Por desgracia con su hija ocurría otro tanto!

Hizo una pausa el narrador. Monks se mordía nervioso los labios, mientras mantenía los ojos clavados en tierra.

—Al cabo de un año —repuso Brownlow—, contraía solemnes compromisos con la niña en cuestión, y se hacía objeto del primero, del verdadero amor, objeto de la pasión única y ardiente de un ángel, más puro que un rayo de sol.

—Su cuento no acaba nunca —dijo Monks, revolviéndose agitado en la silla.

—Es una historia de tristeza, de dolores, de pruebas terribles, de amarguras, joven, y las historias de esa clase suelen ser por regla general interminables —replicó Brownlow—. Si de un relato de dichas y felicidades se tratase, tenga usted seguro que sería muy breve. Murió por entonces uno de aquellos parientes ricos, a cuya benevolencia y protección había sido sacrificado su padre de usted, repitiéndose una vez más un caso desgraciadamente muy frecuente, y para reparar en parte las desdichas de que

fuera causa ocasional, legó a su padre de usted lo que consideró sería panacea universal que disiparía todas las penas... ¡Dinero! El heredero hubo de partir inmediatamente a Roma, donde acababa de morir dicho pariente, dejando todos sus negocios embrollados; pero apenas llegado allí mi amigo y autor de los días de usted sintióse a su vez atacado de una enfermedad mortal. Al saberlo su madre, que estaba en París, fue a reunirse con él, llevándole a usted consigo; mas al día siguiente de su llegada, murió el esposo sin dejar ningún testamento. Ningún testamento, ¿me entiende usted? De este modo toda la fortuna recaía en la madre y el hijo, es decir, ustedes dos.

Llegado el relato a este punto, Monks, sin respirar apenas, escuchaba con singular atención, aun cuando sus ojos no se fijaban en el narrador. Cuando Brownlow dejó de hablar, cambió de compostura como un hombre que experimenta un alivio inesperado, y se pasó una mano por su ardorosa frente.

—Antes de ponerse en camino, su padre de usted pasó por Londres —dijo Brownlow con lentitud, mirando fijamente a su interlocutor— y vino a verme.

—Nunca he oído hablar de eso —repuso Monks con aire de afectada incredulidad, mas no sin experimentar una desagradable sorpresa.

—Vino a verme y me dejó entre otras cosas un retrato de aquella pobre joven, pintado por él mismo, el cual no pudo llevarse consigo, con gran sentimiento suyo. Me dijo en términos vagos e incoherencias que había perdido y deshonrado a una familia, y me manifestó asimismo que tenía la intención de convertir su fortuna en fincas para asegurarles a usted y a su madre una parte de los bienes últimamente adquiridos, después de lo cual iba a expatriarse para siempre. Prometió escribir para decírmelo todo, y aseguró que volvería a verme por última vez antes de alejarse para siempre. Mas ¡ay! aquélla era nuestra última entrevista. Ni recibí ninguna carta suya ni le volví a ver. Me dirigí —prosiguió Brownlow, después de una pausa—, me dirigí a la escena... emplearé la palabra que usaría el mundo despiadado, toda vez que para él son ya lo mismo las dulzuras que las asperezas de los hombres... a la escena de su amor criminal, resuelto, si mis temores se trocaban en realidad, a ofrecer a la pobre niña abandonada un corazón que la comprendiese y compadeciese, y un techo que la abrigase y defendiese. La familia había desaparecido ocho días antes. Pagaron las pequeñas atenciones que tenían pendientes y se fueron durante la noche. ¿Adónde? ¡Nadie puede decirlo! Monks comenzó a respirar con más libertad, y hasta se atrevió a dirigir al narrador una mirada de triunfo.

—Cuando una mano más potente que la de la casualidad —añadió el anciano, acercando más su silla a la de Monks—, puso en mi camino a su hermano de usted... niño abandonado, harapiento, débil, arrancado por mí de la vida de vicio y de infamia a que se...

—¿Qué? —gritó Monks.

—Gracias a mí; sí. Ya previne a usted al principio que oiría cosas que merecerían su interés. He dicho y repito, que gracias a mí. Veo que su cómplice de infamias ha tenido por conveniente callar mi nombre, aunque, o mucho me engaño, o debía suponer que jamás habría sonado en sus oídos de usted. Pues bien: cuando aquel niño, a quien usted quería precipitar en los negros abismos de la infamia, se cruzó en mi camino, y merced a una serie de circunstancias que usted conoce, vino a mi casa, donde curó de una buscando la salud, su semejanza con el retrato de que le he hablado hace poco me llenó de asombro. Desde la primera vez que le vi, a pesar de su miseria y de sus harapos, observé en su semblante una expresión de languidez que me recordó de pronto como en un sueño las facciones de aquella a quien tanto había querido. No necesito decirle qué existencia arrastraba antes de que yo conociese su historia.

—¿Por qué me dice usted que...?

—Porque me consta que fue obra suya.

—Yo...

—Es inútil que me lo niegue. Pronto se convencerá usted de qué sé muchas otras cosas además de ésta.

—¡Usted... usted nada puede probar contra mí! —barbotó Monks—. ¡Le desafío a que demuestre nada!

—Ya veremos —replicó el anciano, dirigiendo a su interlocutor una mirada penetrante—. Perdí al muchacho, y cuantos esfuerzos hice para encontrarle fueron ineficaces. Como su madre de usted había muerto, comprendí que nadie más que usted podía darme la clave del misterio, y como yo sabía que usted se encontraba en sus posesiones de las Indias Occidentales, a las cuales... usted lo sabe mejor que yo... a las cuales se había retirado después de la muerte de su madre, a fin de librarse de las consecuencias de su viciosa conducta, a las Indias Occidentales me fui yo. A mi llegada encontré que usted se había ido ya, sin que nadie pudiera decirme adónde, aunque era creencia general que a Londres. Regresé. Sus mismos agentes no tenían noticia de su residencia: me dijeron que iba y venía de una parte a otra como siempre había hecho, permaneciendo a veces en un mismo sitio varios días, algunas horas otras, y eclipsándose por espacio de meses enteros, aunque, al parecer, frecuentaba las mismas guaridas y cultivaba las mismas relaciones bajas y criminales que cultivó cuando era muchacho ingobernable. Cansé a los agentes mencionados con mis insistencias sin obtener resultado, y me dediqué a rondar día y noche las calles, siempre con éxito negativo hasta hace dos horas que acerté a encontrarle...

—Y ahora que ya me ve usted a su gusto, ¿qué? Robo y falsificación son dos palabras demasiado gruesas para echármelas en cara sin más razón ni fundamento que existir una semejanza imaginaria entre un pillete vagabundo y el retrato de una mujer muerta... ¡Hermano mío!... ¡Ni siquiera sabe usted si de aquella pareja de... mentecatos nació hijo alguno! ¡Atrévase usted a afirmar que lo sabe!

—No lo sabía —replicó Brownlow levantándose—; ¡pero en los quince días últimos lo he averiguado todo! Usted tiene un hermano; conoce usted el hecho y conoce usted la persona. Existió un testamento que su madre de usted destruyó, confiando a usted el secreto y los provechos de su indigna acción en su lecho de muerte. El testamento hablaba del nacimiento de un niño, fruto de desgraciadas relaciones, y ese niño nació y ese niño tuvo la desgracia de que usted le encontrara fortuitamente, y sospechara quién era al observar el parecido que con su padre tenía. Se presentó usted en el lugar de su nacimiento, donde existían pruebas... pruebas que ha tiempo han desaparecido... de su nacimiento e identidad. Usted destruyó esas pruebas, y hoy, según palabras de usted, dirigidas al judío, tan miserable como usted, «las únicas pruebas de la identidad del niño están en el fondo del río, y la vieja bruja que las recibió de la madre se pudre en su ataúd». ¡Hijo indigno desnaturalizado, cobarde y embustero, usted, que maquina maldades y vilezas reuniéndose con ladrones y asesinos en lugares tenebrosos durante la noche, usted, cuyas infames tramas han ocasionado la muerte violenta de una persona que valía millones de veces más que usted, usted, que desde que vino al mundo fue manantial de amarguras y de desesperación para su padre, usted, en cuyo negro corazón anidan todas las malas pasiones, todos los vicios, todas las disoluciones, usted atacado por enfermedades vergonzosas que han hecho de su cara reflejo asqueroso de su conciencia, usted, Eduardo Leeford... ¿se atreverá aún a desafiarme?

—¡No, no, no! —contestó el cobarde, agobiado bajo el peso de acusaciones tan terribles.

—Todas las palabras —gritó el anciano—, todas las palabras que han mediado entre usted y aquel aborrecible villano me han sido repetidas. Las sombras que usted vio proyectadas recogieron sus secretos y me los revelaron. El aspecto del pobre niño, perseguido con saña, ha conmovido hasta al vicio, y ha inculcado a éste las características de la virtud. Se ha cometido un odioso asesinato, del que usted es cómplice moralmente si no le alcanza también responsabilidad real.

—¡No, no, no! —repitió Monks. ¡Yo... yo no sé nada de eso! Precisamente iba a enterarme de la verdad del caso cuando usted me sorprendió en la calle... La causa me es completamente desconocida... Yo creo que el crimen debe ser resultado de una disputa vulgar.

—Ha sido consecuencia de la revelación parcial de los secretos de usted...
¿Me los revelará todos?

—¡Sí... los revelaré!

—¿Se presta a consignarlos por escrito, a detallarlos en una declaración de su puño y letra, y a repetir luego la declaración ante testigos?

—¡También... también me comprometo a eso!

—¿Se obliga a permanecer aquí hasta que quede redactada esa declaración, y a acompañarme después al lugar que yo crea oportuno, a fin de ratificarla?

—También... si en ello tiene usted gran empeño.

—Aún tiene usted que hacer más —repuso Brownlow—. Debe restituir lo que es de un niño inocente que jamás ofendió a nadie, siquiera sea fruto de un amor culpable. No habrá usted olvidado las cláusulas del testamento. Cúmplalas en la parte que a su hermano se refiere, y podrá luego irse adonde le acomode. La justicia de acá abajo habrá quedado satisfecha y nada más le exigirá.

Todavía paseaba Monks por la estancia cual fiera enjaulada, pensando con perversas intenciones la proposición que acababa de serle hecha y midiendo las probabilidades de evadirla, sintiendo en su alma las dentelladas del miedo por una parte, y los zarpazos del odio por otra, cuando se abrió bruscamente la puerta de la habitación y penetró un caballero, el señor Losberne, en estado de la más violenta agitación.

—¡Prenderán a ese hombre! —exclamó—. ¡Lo prenderán esta noche!

—¿Al asesino? —preguntó Brownlow.

—Sí, sí —contestó el recién venido—. Ha sido visto el perro rondando en torno de una guarida antigua, y no ofrece duda de que en ella está escondido su amo. Un ejército de policías y de espías vigila por todas partes. He hablado con los encargados de prenderle, y me aseguran que no puede escapárseles. Esta noche han ofrecido las autoridades un premio de cien libras esterlinas al que lo prenda.

—A las que yo añadiré cincuenta más, y este ofrecimiento lo publicaré yo mismo, con mis propios labios, y en el mismo lugar donde se oculta, si me es posible llegar hasta él. ¿Dónde está el señor Maylie?

—¿Enrique? No bien vio que usted subía sano y salvo a su coche con este amigo suyo, se fue corriendo al lugar donde se supone que está el asesino para reunirse con los que de su persona quieren apoderarse. Montó a caballo y es probable que haya llegado ya a él.

—¿Y el judío? —inquirió Brownlow—. ¿Qué noticias hay de él?

—Las últimas que tengo son que no había caído en poder de la justicia, pero que caerá infaliblemente. Puede que a estas horas esté ya preso. De todas suertes, su prisión la consideran indefectible.

—¿Se ha decidido usted ya? —preguntó Brownlow a Monks, bajando la voz.

—Sí —contestó el interpelado—. ¿Me guardará usted el secreto?

—Lo guardaré. Permanezca usted aquí hasta que yo vuelva: es la única esperanza de salvación que le queda.

Seguidamente salió de la estancia el doctor acompañando a Brownlow.

—¿Ha conseguido usted algo? —preguntó con voz muy baja el doctor.

—Todo cuanto podía esperar, y hasta más. Acoplando los datos suministrados por la infortunada joven, con los que yo poseía y con los que han sido resultado de las investigaciones practicadas sobre el terreno por nuestro buen amigo, le he cerrado todas las salidas sin dejarle escapatoria, y le he hecho ver claro como la luz del sol el horror de su conducta. Escriba usted señalando la reunión para pasado mañana a las siete de la tarde. Yo llegaré allí con algunas horas de anticipación, pero será preciso conceder algún tiempo de descanso, sobre todo a la señorita Rosa, la que acaso tenga más necesidad de valor del que usted y yo podemos prever en este momento. Hierve la sangre en mis venas al pensar en que vamos a vengar a esa pobre joven, bárbaramente asesinada. ¿Qué camino han tomado?

—Si va usted en derechura y sin perder tiempo a las oficinas de policía, llegará con oportunidad: yo me quedo aquí.

Separáronse los dos amigos, ambos poseídos de violenta agitación.

Capítulo L

La persecución y fuga

A orillas del Támesis, no lejos de la iglesia de Rotherhithe, allí donde se alzan sobre el río los edificios más sucios y ruinosos, y los barcos son más negros como consecuencia del polvo de la hulla y del humo que escapa de los caserones emplazados al borde mismo de las aguas, existía, y existe en la actualidad, la más inmunda, la más singular, la más extraordinaria de las localidades que encierra en su seno la ciudad de Londres, y que desconocen, hasta de nombre, la inmensa mayoría de sus habitantes.

Para llegar hasta el sitio a que me refiero, preciso es atravesar una

enmarañada red de callejas estrechas, tortuosas y cubiertas de lodo, frecuentadas por la población más pobre y grosera de la ribera, y dedicada al tráfico que los lectores adivinarán sin esfuerzo.

Encierran las tiendas las provisiones más baratas y menos delicadas: penden de la puerta del tendero, de las fachadas de las casas y de las ventanas los tejidos más burdos y ordinarios y las ropas menos conformes con las exigencias de la moda. El que penetra por aquel lugar, ha de pasar entre apiñados grupos de obreros sin trabajo, cargadores de lastre, descargadores de carbón, ha de codearse con turbas de mujeres desvergonzadas, con ejércitos de muchachos harapientos, con la escoria, la hez de la playa, ha de cerrar los ojos a espectáculos nauseabundos, y la nariz a miasmas de corrompidos, y los oídos al estruendo ensordecedor que producen los millares de carros que cruzan por todas partes, transportando pesadas mercancías desde los almacenes a los barcos, o desde éstos a aquéllos. Cuando al fin llega a calles más distanciadas y menos transitadas que las que acaba de dejar a sus espaldas, encuentra el visitante edificios que se sostienen de milagro, casas desmanteladas, paredes que amenazan caer sobre su cabeza, chimeneas medio derruidas, ventanas defendidas con barrotes de hierro enmohecido, más que enmohecido, comido por la herrumbre, y todas las características de la desolación y del abandono. En esos parajes, más allá de Dockhead, en el poblado de Southwark, hállase la llamada Isla de Jacob, circundada por un foso lleno de fango, de unos seis a ocho pies de profundidad por quince o veinte de anchura, en otro tiempo llamado Mill Pond, nombre que en nuestros días ha sido reemplazado por el de Folly Ditch. El foso desemboca en el Támesis y puede llenarse de agua a todas horas abriendo las esclusas de Lead Mills, que fueron las que le dieron el nombre antiguo. Cualquiera extraño que en ocasiones semejantes escogiera como observatorio uno de los puentes de madera tendidos por Mill Lane, vería que los habitantes de las casas de entrambas orillas bajaban desde las ventanas cubos, pozales y vasijas de toda clase que luego izaban llenas de agua, y si luego, separando la vista de tales operaciones domésticas, la dirigía a las casas en sí, sorprendería escenas que llevarían su sorpresa hasta un punto indecible. Desvencijadas galerías de madera comunes a la parte posterior de media docena de casas, provistas de agujeros abundantes para contemplar, sin duda, el mar de cieno que duerme debajo; ventanas rotas, sin cristales, de los cuales sobresalen largas pértigas que servirían para tender en ellas ropa blanca si la ropa blanca no fuera allí artículo desconocido; habitaciones tan estrechas, tan sucias, tan infectas, que el aire no se atreve a visitarlas por temor a contaminarse, casuchas de madera emplazadas sobre el fango, que amenaza tragarlas, y que más de una se ha tragado ya, paredes ennegrecidas en ruinas... en una palabra: sus espantados ojos encontrarían la miseria, la pobreza, con todo su horrible séquito de suciedad, de basura, de hediondez.

En la Isla de Jacob, los almacenes están vacíos y las casas se derrumban;

las ventanas no son ya ventanas, las puertas yacen en el centro de las calles, las chimeneas son negras, pero no despiden ya humo. Treinta o cuarenta años atrás, antes que aquel distrito fuera teatro y víctima de interminable serie de pleitos, era centro comercial de primer orden; pero hoy es una isla desierta en toda la extensión de la palabra. Las casas no pertenecen a nadie, carecen de puertas, y las habitan los que tienen valor para penetrar en ellas, los cuales viven y mueren allí sin que nadie les moleste. A decir verdad, preciso es tener motivos muy poderosos para vivir oculto, o verse reducido a la condición más miserable, para buscar refugio en la Isla de Jacob.

En el piso alto de una de las casas aludidas, edificio aislado y de grandes proporciones, en estado ruinoso bajo todos los aspectos, pero defendido con sólidas puertas y ventanas, emplazado sobre el borde mismo del foso descrito, hállanse reunidos tres hombres, los cuales permanecen sentados, dirigiéndose mutuamente miradas de inquietud, como si esperasen algún suceso desagradable, pero sin osar moverse ni romper el silencio. Uno de ellos es nuestro antiguo conocido Tomás Crackit, el otro el señor Chitling, y el tercero, un bandido de cincuenta años cuya nariz debió quedar, en su mayor parte, como trofeo de alguna pendencia antigua, y cuya cara presenta una cicatriz horrorosa, recuerdo probablemente de la misma o de alguna otra pendencia. Llámase este último Kags y es licenciado de presidio.

—Cuando el calor excesivo te indujo a abandonar la antigua huronera en que vivías con tus amigos —dijo Tomás a Chitling— bien hubieras podido escoger cualquier otro palacio que no fuera éste, amigo mío.

—¿Por qué no te has ido tú, pedazo de bruto? —contestó Kags.

—Yo creí que me recibirías mejor —dijo Chitling con aire pensativo.

—Debes comprender, joven —replicó Tomás—, que cuando un hombre se resuelve a vivir completamente solo, como yo lo he hecho, y se encierra en una casa para que nadie fiscalice sus actos, es muy poco agradable recibir una visita de un caballero de tus méritos, por muy entretenido que resulte jugar con él alguna que otra partida de cartas.

—Y sobre todo —observó Kags—, cuando ese caballerito lleva consigo a un amigo, que ha llegado repentinamente y antes de tiempo del extranjero, y es, por añadidura, demasiado modesto para pasar su tarjeta a los jueces participándoles su regreso.

Siguió un momento de silencio. Tomás Crackit, comprendiendo que le sería imposible continuar la conversación en la forma humorística comenzada, volvióse hacia Chitling y le preguntó:

—¿Cuándo prendieron a Fajín?

—A la hora de comer... a las dos de la tarde de hoy. Carlos Bates y yo pudimos disiparnos como el humo, por la chimenea: Bolter se metió de cabeza en la tinaja, que estaba sin agua; pero sus hermosas piernas eran demasiado largas, sobresalían, y le echaron también mano.

—¿Y Belita?

—¡Pobrecilla! —exclamó Chitling con tristeza—. Fue a ver el cadáver, y su vista la enloqueció de tal suerte, que al salir, gritando y dándose de cabezadas contra las paredes, tuvieron que ponerle una camisa de fuerza y llevarla al hospital. Allí está.

—¿Y qué se ha hecho de Bates? —preguntó Kags.

—Anda por ahí rondando, sin atreverse a llegar aquí hasta que cierre la noche, pero no tardará en aparecer —contestó Chitling—. No puede refugiarse en ninguna otra parte, pues todos los individuos de Los Lisiados están sometidos a estrecha vigilancia, y hasta la taberna... me acerqué y lo vi con mis propios ojos... hasta la taberna está llena de esbirros.

—Ha sido un cataclismo —observó Tomás, mordiéndose los labios—. Más de uno caerá esta vez.

—Están ya instruyendo la causa —dijo Kags—; si van con actividad y Bolter declara... que declarará, no me cabe duda, quedará demostrada la complicidad del judío, mejor dicho, la inducción al crimen, dictarán sentencia el viernes, y dentro de seis días, a contar de hoy, bailará en el aire.

—¡Había que oír los gritos de las gentes! —exclamó Chitling—. Los agentes de policía tuvieron que luchar como demonios para que no lo hicieran pedazos. Hubo un momento en que consiguieron derribarlo en tierra, y fue necesario formar un círculo y conducirlo en medio hasta la cárcel. ¡Si le hubieras visto cubierto de fango y de sangre, lanzar en derredor miradas de espanto y abrazarse a los policías como si sus mejores y más cariñosos amigos fueran! ¡Me parece que los estoy viendo, resistiendo las acometidas furiosas de las turbas y arrastrando entre ellos al judío! ¡Estoy viendo a los hombres, que se precipitaban unos tras otros, rechinando los dientes y acosándole como bestias feroces! ¡Veó la sangre que empapaba su cabello y barbas y resuenan en mis oídos los alaridos de las mujeres que querían despedazarle a dentelladas, que juraban que con sus uñas le arrancarían el corazón!

El que fue testigo de aquella escena horrorosa, presa de espanto al recordarla, se tapó con las manos los oídos, y cerrando los ojos, comenzó a pasear agitado por la estancia, con el aspecto del que corre peligro de perder la razón.

Mientras Chitling paseaba agitado, sin mirar a sus compañeros, que

permanecían silenciosos con la mirada clavada en el suelo, oyóse un ruido en la escalera y segundos después penetraba saltando en la habitación el perro de Sikes. Todos corrieron a la ventana, bajaron presurosos por la escalera y salieron a la calle. El animal había entrado por una ventana, y como no hizo movimiento alguno para seguirlos, supusieron que venía solo.

—¿Qué significa esto? —preguntó Tomás, luego que volvieron los tres a la habitación—. No es posible que venga aquí... yo... yo... espero que no vendrá.

—Si hubiese de venir aquí, habría llegado con el perro —contestó Kags, inclinándose para examinar al animal, que se había echado en el suelo sin aliento—. ¡Vaya! Le daremos un poco de agua, pues ha corrido tanto, que está medio muerto.

—Ni una gota ha dejado —observó Chitling, después de contemplar al perro mientras bebía—. Cubierto de fango, cojo, medio ciego... mucho ha debido de correr.

—¿De dónde vendrá? —preguntó Tomás—. Sin duda ha ido a muchas partes, y no encontrando más que personas desconocidas, ha llegado aquí, donde ha estado muchas veces: ¿pero dónde se habrá separado de su amo y por qué llega solo?

—Yo no creo que él —nadie se atrevía a pronunciar el nombre del asesino —, se haya quitado de en medio con sus propias manos —dijo Chitling—. ¿Qué os parece?

Tomás movió la cabeza.

—Si se hubiese matado —dijo Kags—, el perro haría lo posible por llevarnos al sitio donde dejó su cadáver... No; lo que yo creo, es que habrá encontrado forma de abandonar el país y dejado el perro de una manera u otra... no sé cómo, si no le ha dado esquinazo.

Como esta suposición ofrecía más visos de probabilidad, fue aceptada por todos. El perro se agazapo debajo de una silla, donde no tardó en dormirse sin hacer caso de nadie. Como la noche había cerrado ya, cerraron las ventanas y encendieron una vela que colocaron sobre la mesa. Los terribles sucesos acaecidos en los dos días anteriores habían producido en los tres hombres impresión profunda, a la que daban mayor fuerza todavía el peligro y la, incertidumbre de su propia situación. Acercando sus sillas y hablando en voz tan baja, que parecía susurros, estremeciéndose al menor ruido, cualquiera hubiese podido creer que el cadáver de la joven asesinada se hallaba en la estancia contigua. En tal actitud se encontraban hacía ya rato, cuando oyeron llamar con insistencia a la puerta de la calle.

—Debe ser Bates —dijo Kags.

Llamaron de nuevo... ¡No... no era Bates! Bates nunca llamaba así. Llegóse Crackit a la ventana, sacó la cabeza, miró... y no tuvo que molestarse en decir quién era el que llamaba, pues la palidez de su rostro lo dijo con tanta claridad como hubiera podido hacerlo su lengua, El perro despertó inmediatamente y corrió ladrando a la puerta.

—No hay más remedio que dejarle entrar —dijo Crackit, tomando la vela.

—¿No hay más remedio? preguntó Kags con voz ronca.

—No; no lo hay.

—No nos dejes a oscuras —exclamó Kags tomando otra vela y encendiéndola, pero con mano tan torpe y temblorosa, que el llamamiento se repitió otras dos veces.

Crackit bajó a abrir, no tardando en subir, seguido por otro hombre cuya cara ocultaba casi por completo una bufanda. Al quitársela, dejó ver un rostro blanco como un sudario, unas facciones lívidas, unos ojos hundidos, unas mejillas demacradas, una barba muy crecida y enmarañada... en una palabra: un hombre que apenas si era una sombra de Sikes. Puso la mano sobre el respaldo de una silla que había en el centro de la habitación, pero agitó su cuerpo un estremecimiento violento en el instante en que iba a sentarse, y mirando con terror en torno suyo, arrastró la silla hasta llegar con ella a la pared, y se sentó.

Nadie había desplegado los labios. Sin hablar palabra paseó Sikes sus miradas, que reflejaban recelo, por las caras de los tres hombres allí reunidos, los cuales volvieron disimuladamente sus cabezas para no verle. El asesino rompió el silencio con voz tan hueca, que los tres hombres sintieron un espasmo de terror. Jamás habían oído voz humana de acento tan pavoroso.

—¿Cómo ha venido aquí el perro? —preguntó.

—Llegó solo... hará unas tres horas.

—Los periódicos de la noche dicen que han prendido a Fajín: ¿es cierto?

—Sí.

Nuevo silencio.

—¡Cargue los demonios con todos vosotros! —gritó Sikes, pasándose la mano por la frente—. ¿No tenéis nada que decirme?

Sus tres oyentes se miraron con sobresalto, pero no despegaron los labios.

—Tú, que pareces el dueño de esta casa —repuso Sikes, encarándose con Crackit—, ¿tienes intención de venderme o quieres concederme asilo hasta

que pase la tormenta?

—Puedes permanecer aquí, si el sitio te merece confianza —contestó el interpelado, no sin demostrar cierta vacilación.

Sikes volvió sus ojos hacia la pared, como con intención de volver la cabeza aunque sin moverla en realidad, y preguntó:

—¿Han ente... rrado... el cadáver?

Todos movieron negativamente las cabezas.

—¿Por qué no lo han enterrado? ¿A qué dejar sobre la tierra tan espantosos despojos? ¿Quién llama?

Crackit, significando por medio de un ademán que no había nada que temer, salió de la estancia para reaparecer segundos después acompañando a Carlos Bates. Como Sikes estaba sentado frente a la puerta, no bien entró Bates, se encontró con el asesino.

—¡Tomás! —gritó el muchacho al verle—. ¿Por qué no me dijiste abajo que estaba aquí ése?

Tan fría había sido la acogida que los tres hombres dispensaron al asesino, que éste, en su deseo de atraerse por lo menos a Bates, se levantó con además de ofrecerle la mano.

—¡Dejadme pasar a cualquier otro cuarto! —exclamó el joven, retrocediendo vivamente.

—¡Cómo! —respondió Sikes—. ¿Será posible que no me conozcas, Carlos?

—¡No se acerque usted!... —gritó Bates, retirándose—. ¡No se me acerque, monstruo!

El criminal se detuvo a medio camino. Bates le miraba horrorizado, y los ojos del primero, poco a poco fueron bajándose a tierra.

—¡Sed testigos los tres! —gritó Bates agitando el puño y animándose más por momentos—. ¡Sed testigos los tres!... ¡No le tengo miedo!... ¡Sí vienen a buscarle aquí, lo entregaré... sí... lo entregaré! Lo digo claro y de una vez... Podrá matarme, si quiere o si se atreve... o si puede... pero si yo estoy aquí cuando lleguen, lo entregaré. ¡Lo entregaré aun cuando lo hayan de asar a fuego lento! ¡Al asesino!... ¡Socorro!... ¡Si entre vosotros tres hay alguno que de hombre se precie, que me ayude!... ¡Al asesino!... ¡Auxilio!... ¡Muera el tigre!... ¡Muera!...

Lanzando estos gritos, que acompañaba con gestos violentos, el muchacho se lanzó solo, sin esperar auxilio ajeno, sobre aquel criminal robusto, pero con

energía tanta, con tal rapidez, que le derribó en tierra con estrépito. Ni pensaron siquiera en intervenir los testigos de aquella escena inesperada, cuya estupefacción rayó en lo inverosímil. El hombre forzado y el muchacho rodaron juntos por el suelo. El primero descargaba terribles y repetidos puñetazos sobre el segundo, quien ni parecía sentirlos ni los contestaba, atento únicamente a no soltar la presa que en el cuello del asesino había hecho y a pedir auxilio a grito herido.

Era demasiado desigual la lucha para que pudiera durar mucho. Sikes había conseguido montarse sobre su enemigo, cuyo pecho oprimía ya con una rodilla, cuando le obligó a suspender el ataque una mirada de supremo terror de Crackit acompañada de un movimiento de su brazo que extendió en dirección a la ventana. Brillaban abajo infinidad de luces, oíanse conversaciones sostenidas con voz recia y gemían las tablas del puente inmediato bajo el peso de la procesión interminable de hombres que lo atravesaban. Debía ir entre las turbas un hombre montado, pues se destacaba perfectamente el chocar de los cascos de un caballo contra la madera. El resplandor de las luces se hizo más vivo; el ruido de pisadas aumentaba y se acercaba, sonaron segundos después golpes redoblados en la puerta, y al fin rasgó los aires un coro ensordecedor de gritos capaz de hacer temblar al hombre más intrépido.

—¡Socorro! —chilló Bates con voz más estridente—. ¡Al asesino!... ¡Está aquí!... ¡Aquí!... ¡Echad abajo la puerta!

—¡Abrid en nombre del rey —gritaron abajo.

Las voces y el griterío arreciaba.

—¡Derribad la puerta!... —bramaba el muchacho—. ¡No esperéis que abran... os aseguro que no abrirán nunca!... ¡Corred a la habitación donde brilla a luz!... ¡La puerta... la puerta... derribadla!

Golpes violentos comenzaron a resonar en la puerta y en las ventanas no bien Bates dejó de gritar, golpes acompañados de gritos estruendosos, ensordecedores, que daban idea de la importancia de las gentes que rodeaban la casa.

—¡Abridme la puerta de cualquier habitación donde pueda encerrar a este alborotador de los demonios! —rugió con fiereza Sikes, arrastrando al muchacho con tanta facilidad como si fuera una paja—. ¡Esa misma... pronto!

Luego que arrojó dentro del cuarto a Bates, y cerró con doble vuelta de llave la puerta, preguntó:

—¿Está cerrada la puerta de la calle?

—Cerrada con llave, pasados los cerrojos y sujeta con cadenas —contestó

Crackit.

—¿Son sólidas las tablas?

—Sí; sólidas y reforzadas con guarniciones de hierro.

—¿Y las ventanas?

—Las ventanas también.

—¡Mal rayo os parta! —rugió el bandido mirando con ojos de hiena a la muchedumbre—. ¡Gritad, gritad, que aún no me tenéis en vuestras manos!

Imposible formarse idea del aterrador bramido que lanzaron las muchedumbres. Gritaban unos a los que más inmediatos a la casa se encontraban que le prendiesen fuego; otros aconsejaban a los agentes de policía que matasen de un tiro al deslenguado asesino. Nadie, empero, parecía tan encolerizado como el jinete, quien metiendo espuelas a su corcel llegó en menos tiempo del que en referirlo tardamos a la puerta de la casa, y gritó, con voz que se destacó sobre el griterío, como se destaca el trueno sobre el bramar de un mar embravecido:

—¡Veinte guineas al primero que me traiga una escalera!

Repitieron el grito los que más próximos al que lo lanzara se encontraban, y a éstos hicieron eco mil voces más. Pedían unos escaleras, otros mazos de hierro, muchos corrían desalados agitando antorchas en sus manos, la mayor parte gastaban sus alientos lanzando maldiciones de impotencia y execrando al asesino, aquí un grupo compacto avanzaba arrollando cuanto encontraba al paso, presa de excitación delirante, y allá otros intentaban escalar las ventanas, trepando por el muro.

—Subía la marea cuando yo vine —dijo el asesino, retirándose de la ventana y cerrándola—. Dadme una cuerda... una cuerda muy larga. Esos mastines están todos por el frente de la casa. Yo bajaré al Folly Ditch y los dejaré chasqueados. ¡Venga inmediatamente la cuerda, si no queréis que aumente mis cuentas con la justicia cometiendo tres crímenes más!

Crackit y sus compañeros, muertos de miedo, dijeron dónde había cuerdas. Escogió la más larga y resistente y desapareció.

Desde largos años antes estaban tapiadas todas las ventanas de la parte posterior de la casa, excepción hecha de una abertura abierta en la pared del cuarto en que Sikes encerrara a Carlos Bates. La abertura en cuestión era demasiado estrecha para dar paso al cuerpo del muchacho, pero éste, desde que quedó encerrado, pegó a ella su cara y no cesó de gritar a los de fuera recomendándoles que vigilasen la parte de atrás, gracias a lo cual, cuando el asesino llegó al punto por el que se proponía descender al foso, una tempestad de gritos anunció su presencia. Sikes atrancó la puerta que le dio acceso al

tejado con una tabla que llevó a prevención, después de lo cual, se deslizó hasta el alero y examinó el foso. La marea había bajado y en el foso no había más que fango. La multitud había permanecido silenciosa durante los momentos en que acechaba los movimientos del asesino sin comprender las intenciones de éste, pero al darse cuenta de sus propósitos, segura de que fracasarían, lanzó un alarido de execración triunfante tan inmenso, que en su comparación, los estruendosos gritos anteriores apenas si el nombre de susurros merecían. El alarido se repitió una y otra vez. Los que a consecuencia de hallarse demasiado lejos no podían comprender su significación, se sumaron al coro que, repetido en mil ecos, semejaba la voz de todos los habitantes de una ciudad inmensa que hubiera salido a maldecir al asesino.

A la luz de las hachas se veían las gentes que se estrujaban, se arremolinaban, se atropellaban en su afán por avanzar, corriendo frenéticos con caras contraídas espantosamente por la rabia que rugía en sus pechos, convertidos en imágenes vivas del odio y del furor. Inmenso gentío había invadido las casas situadas al lado opuesto del foso. Volaban hechas pedazos las maderas de las ventanas, en cuyos huecos no tardaban en parecer racimos de cabezas humanas. Los puentes de madera tendidos sobre el foso (había tres) crujían, se doblaban y amenazaban caer arrastrando en su caída a la inmensa muchedumbre apiñada sobre ellos. Todos querían ver al asesino.

—¡Hurra! —gritó uno de los hombres que ocupaban el puente más inmediato a la casa cercada—. ¡Ya le han cogido!

Redoblaron los gritos.

—¡Cincuenta libras esterlinas al que me presente vivo al asesino! —gritó un caballero anciano, desde el mismo sitio—. ¡No me moveré de aquí hasta que vengan a reclamármelas!

Resonó otra tempestad de gritos.

Cundió en aquel instante la voz de que al fin habían derribado la puerta, y que el jinete que antes había pedido la escalera había asaltado ya la habitación. La noticia, al propagarse de boca en boca, determinó un movimiento del torrente humano hacia la casa, las gentes que ocupaban las ventanas las abandonaron al ver que los de los puentes retrocedían, y, desbordándose por la calle, engrosaron las olas que, furiosas, avanzaban hacia la puerta, ávidas de ver pasar al criminal. Los gritos de los que se veían en peligro de morir asfixiados eran espantosos; las angostas calles estaban obstruidas por completo, y entre el ardimiento de los unos para avanzar, y la resistencia de los que no se resignaban a perder su puesto, se perdió de vista al asesino cuando mayor era el deseo de verle preso.

Habíase acurrucado en el tejado el asesino loco de terror al oír los gritos de

ferocidad de la muchedumbre y convencerse de la imposibilidad de escapar, pero la nueva dirección que tomaron los enemigos, que advirtió con rapidez pasmosa, hizo que se levantase presuroso, resuelto a tentar el último esfuerzo para salvar su vida, lanzándose al foso sin importarle el peligro de ahogarse en el cieno, pues sólo así podría acaso escapar, deslizándose a favor de la obscuridad y de la confusión.

Sintiendo que renacían sus fuerzas y energías, que vino a estimular extraordinariamente el ruido que hacían dentro de la casa, pues le demostró que ya sus enemigos habían penetrado en ella, apoyó su pie contra la base de un cañón de chimenea, ató a la misma una de las extremidades de la cuerda e hizo en la otra un lazo corredizo, ayudándose de sus manos y de sus dientes. Ya podía descolgarse por la cuerda hasta muy poca distancia del suelo, y para cuando le faltase cuerda, cortaría ésta con un cuchillo que a ese objeto había empuñado. En el momento en que pasaba la cabeza por el nudo corredizo, que debía sujetarle por debajo de los brazos, vió el caballero anciano de quien hemos hablado antes, el cual permanecía aferrado a la barandilla con objeto de resistir los empujones de las gentes y conservar su posición. A voz en cuello dio el grito de alarma, descubriendo la tentativa de evasión. El asesino oyó el grito, comprendió que se le cerraba el camino único de salvación que creyó le quedaba, y volvió la cabeza desesperado. ¡El alarido de terror que en aquel punto brotó de sus labios no parecía de criatura humana!

—¡Los ojos... siempre los ojos! —aulló.

Como herido por un rayo se tambaleó, vaciló, perdió el equilibrio y cayó desde el alero del tejado con el lazo corredizo al cuello. Cayó desde una altura de treinta y cinco pies. El peso de su cuerpo cerró el lazo, se tendió la cuerda, prodújose una sacudida brusca, una convulsión terrible, pero muy breve, agitó todos los miembros del criminal, y éste quedó suspendido, agarrando con mano convulsa el cuchillo que no tuvo ocasión de utilizar. Retembló la vetusta chimenea, pero resistió valiente la sacudida. El cuerpo sin vida de Sikes quedó balanceándose frente al ventanillo del cuarto en que Bates estaba encerrado. Loco de espanto el pobre muchacho, pidió a gritos y por el amor de Dios que le sacasen de allí. Un perro, que nadie había visto hasta entonces, apareció en el tejado y comenzó a correr desatinado en todas direcciones. Hizo al fin alto en el alero, lanzó un aullido lastimero, pareció medir con la vista la profundidad, y quiso arrojarse sobre los hombros del cadáver. Erró el blanco y cayó precipitado al fondo del foso con tan mala fortuna, que al paso chocó su cabeza contra el borde del mismo y en el borde en cuestión se dejó los sesos.

Capítulo LI

**Donde se da la explicación de más de un misterio y se habla de una
proposición matrimonial, pero sin mencionar la dote ni el presente
para alfileres**

Dos días después de ocurridos los sucesos narrados en el capítulo anterior, Oliver montaba en un coche de camino que debía conducirle velozmente a la población en que vio la luz primera. Acompañábanle la señora Maylie y señorita Rosa, la buena señorita Bedwin y el excelente doctor, y, ocupando una silla de posta, seguían el señor Brownlow y otra persona, cuyo nombre no mencionaremos por ahora.

Poco, muy poco se hablaba durante el viaje, pues Oliver se sentía dominado por una agitación y una incertidumbre que le impedían poner en orden sus pensamientos y le privaban casi del uso de la palabra, y esa agitación y esa incertidumbre producían efectos casi idénticos en todos sus compañeros. La señora Maylie y Rosa sabían ya por Brownlow las declaraciones de Monks, y aunque todos estaban persuadidos de que el objeto del viaje era acabar una obra con tan brillantes auspicios comenzada, no es menos cierto que el asunto se presentaba envuelto en dudas y misterios que a todos traían recelosos y suspensos.

Tanto Brownlow como el doctor tuvieron buen cuidado de impedir que llegara a oídos de las señoras la noticia de los trágicos acontecimientos ocurridos recientemente.

—Es verdad —observó el primero—, que no pasará mucho tiempo sin que lo sepan; pero nada se pierde dejándolas por ahora en la ignorancia, y en cambio, puede ganarse mucho.

El viaje, pues, nada tenía de alegre: todos los viajeros guardaban silencio, todos hacían mil reflexiones acerca del objeto que en el coche los había reunido, pero nadie estaba dispuesto a exteriorizar en forma sensible los pensamientos que le embargaban. Pero si Oliver había permanecido silencioso mientras se dirigía a su ciudad natal por un camino que le era perfectamente desconocido, no le sucedió lo mismo al cruzar sitios que le recordaron tiempos antiguos. ¡Qué de emociones nacieron en su pecho al recordar la época en que había recorrido aquel mismo camino a pie, pobre, desvalido, huérfano, sin protección, sin hogar, sin un techo compasivo que le ofreciera asilo!

—¡Mire usted... mire usted! —exclamó Oliver, asiendo anhelante la mano de Rosa y sacando el brazo por la ventanilla del carruaje—. ¡Por aquel portillo pasé!... ¡Al abrigo de aquellas cercas me escondí, temiendo que me dieran alcance mis perseguidores y me obligaran a volver!... ¡Aquel sendero que cruza los campos conduce a la casa en que me tuvieron de niño, a la sucursal

del hospicio-asilo!... ¡Oh, Ricardito, Ricardito!... ¡Qué placer, amigo mío, si pudiera verte ahora!

—Muy pronto podrás disfrutar de esa alegría —contestó Rosa, tomando entre sus manos las de Oliver—. Le dirás que eres muy feliz, que te has hecho rico, y que tu mayor placer es volver a buscarle para hacerle feliz también a él.

—¡Sí... sí... —exclamó entusiasmado Oliver—. ¡Y lo... lo sacaremos de allí, y lo vestiremos y lo instruiremos, y lo enviaremos al campo para que crezca y engorde!... ¿verdad que sí?

Rosa contestó con una señal afirmativa, pues las lágrimas de felicidad que corrían por las mejillas del muchacho mientras sonreía, la, habían afectado profundamente y casi le impedían hablar.

—Usted será para él muy buena, muy dulce, porque lo es para todo el mundo —repuso Oliver—. Ya sé que llorará usted cuando Ricardito le cuente su historia... ¡Oh, sí, llorará! ¡Pero no importa! Se secarán las lágrimas y volverá a sonreír... ¡Ya lo creo que volverá!... También mi historia la hizo llorar a usted, y, sin embargo, ahora sonrío... Cuando yo me escapé, mi amiguito me dijo: «¡Dios te bendiga!» —prosiguió el muchacho, profundamente afectado—. Cuando yo le vea ahora, le diré: «¡Dios te bendice!»

Llegados a la población, y sobre todo, cuando penetraron por sus estrechas calles, hízose no poco difícil contener al muchacho dentro de los límites racionales. Allí continuaba en el sitio mismo en que antes estuvo la funeraria de Sowerberry, aunque con menos lujo que en tiempos pasados, si no mentían los recuerdos de Oliver; allí estaban las tiendas, las casas que tan bien conocía, la mayor parte de las cuales le recordaban algún incidente de su vida; allí estaban el carro de Gamfield, el mismo carro que siempre vio, frente a la puerta de la vieja posada; allí el hospicio-asilo, triste prisión donde se deslizaron sus años más tempranos, con sus ventanas que, ceñudas, miraban a la calle; allí, en la puerta, el mismo portero tan flaco, tan chupado como siempre, a cuya vista retrocedió involuntariamente Oliver, aunque segundos después se rió de su tontería; allí, en las puertas de las casas o asomadas a las ventanas docenas de rostros que Oliver recordaba perfectamente; allí lo encontró todo igual, como si lo hubiera dejado la víspera, como si su vida reciente no hubiese sido más que, un sueño feliz.

Era, sin embargo, una realidad, realidad pura, feliz, deliciosa. El carruaje rodó en derechura a la fonda principal de la población (edificio que siempre había mirado Oliver con religioso temor, tomándolo por suntuoso palacio, y que ahora creía que había desmerecido mucho en grandiosidad y proporciones), donde encontraron al señor Grimwig que les recibió con muestras de alegría, que besó a la señorita y también a la dama cuando

descendieron del carruaje, exactamente lo mismo que si él hubiera sido el abuelo de toda aquella familia, y que se deshizo en sonrisas y frases agradables, sin que ni una sola vez se le ocurriera indicar que estaba dispuesto a comerse su propia cabeza, ni aun cuando un postillón viejo le llevó la contraria acerca de cuál fuera el camino más recto para ir a Londres, y sostuvo con tesón que lo conocía mejor que nadie, no obstante no haberlo recorrido más que una vez, y ésa, profundamente dormido. La comida estaba preparada, para todos había habitaciones dispuestas y todo estaba arreglado y previsto cual por arte mágico.

A pesar de todo, al cabo de media hora, pasada la primera emoción, todos quedaron tan silenciosos y preocupados como durante el viaje. El señor Brownlow no acudió a la mesa, común, pues se hizo servir la comida aparte. Los otros dos caballeros entraban y salían azorados, sus rostros reflejaban ansiedad y con frecuencia se hablaban al oído. En una ocasión llamaron a la Maylie, la cual, al cabo de una hora de ausencia, volvió con los ojos hinchados a fuerza de llorar. Todos estos detalles llenaron de inquietud a Rosa y a Oliver, únicos que al parecer no estaban al tanto de los nuevos secretos. Esperaban, pues, silenciosos; y si alguna palabra cambiaban, hacíanlo en tono muy bajo, cual si hasta el timbre de sus propias voces les diera miedo.

Al fin, a eso de las nueve, cuando creían que nada averiguarían por aquella noche, entraron en la habitación los señores Losberne y Grimwig, seguidos por Brownlow y otro hombre cuya presencia arrancó a Oliver un grito de sorpresa, pues le aseguraron que era hermano suyo, y, sin embargo, era el mismo con quien tropezó en la posada de la población a la cual llevó la carta para el doctor cuando Rosa estuvo enferma, y el que junto con Fajín se presentó en la ventana de su cuarto. Monks lanzó al muchacho una mirada de odio, que ni aun allí supo disimular, y tomó asiento cerca de la puerta. El señor Brownlow, que llevaba algunos papeles en la mano, se acercó a la mesa junto a la cual estaban sentados Rosa y Oliver.

—He de cumplir un deber penoso —dijo—; pero es preciso que repita aquí la substancia de estas declaraciones, firmadas en Londres a presencia de varios testigos. De buen grado hubiera perdonado a usted esta humillación; pero antes de separarnos, es necesario que las oigamos de boca de usted, ya sabe por qué.

—Adelante —dijo el interpelado, volviendo a medias la cabeza—. Despachemos cuanto antes. Me parece que he hecho bastante; no me entretenga mucho tiempo aquí.

—Este muchacho —dijo el señor Brownlow, poniendo su mano sobre la cabeza de Oliver—, es su hermanastro; el hijo ilegítimo de su padre Edmundo Leeford, mi amigo más querido, y de la pobre Inés Fleming, fallecida a raíz de

haberle dado a luz.

—Sí —respondió Monks, mirando de soslayo a Oliver, cuyo corazón apenas latía, y que temblaba como un azogado—. Ese es su hijo bastardo.

—La frase que usted acaba de emplear —repitió con duro acento Brownlow—, envuelve una censura contra los que ha mucho tiempo se encuentran fuera del alcance de las del mundo. Es un insulto que no puede ya deshonrar a nadie más que a usted... Pero dejemos esto... ¿Nació el muchacho en esta población?

—En el hospicio de esta población —contestó Monks con expresión sombría—. Ahí tiene, usted la historia —terminó, señalando con el índice a los papeles.

—Lo sé; pero quiero que nos la refiera usted de viva voz —replicó Brownlow.

—¡Escuchen, pues! —gritó Monks—. Habiendo enfermado su padre en Roma, mi madre, separada de él desde largo tiempo antes, salió de París, donde residía, llevándome en su compañía, para acudir al lado de su marido, impulsada única y exclusivamente por el deseo de asegurar su fortuna, pues si no estoy muy engañado, ni mi madre profesaba a su marido afecto alguno, ni este último se lo profesaba a la primera. No nos reconoció mi padre, pues cuando llegamos había perdido las facultades y estaba sumido en un letargo que se prolongó hasta el momento de morir, que fue al día siguiente al de nuestra llegada. Entre los documentos que encontramos en su mesa, fechados la noche misma que se sintió enfermo, había un sobre dirigido a usted (al señor Brownlow) el cual sobre, además de su nombre y señas, tenía unas líneas en las que decía que no le fuera entregado hasta después de su muerte. Uno de los documentos a que me refiero era una carta dirigida a la llamada Inés y el otro, un testamento.

—¿Qué decía la carta? —preguntó Brownlow.

—¿La carta? Era un pliego de papel escrito en todos sentidos, una especie de confesión, general, llena de frases de arrepentimiento y de plegarias dirigidas a Dios para que lo tomase bajo su protección. Parece que había engañado a la joven diciéndole que un misterio secreto... que algún día le revelaría... hacía imposible su matrimonio por entonces; la muchacha fió por lo visto demasiado en él, y perdió lo que nadie podía devolverle. Cuando murió mi padre, la tal Inés estaba en los últimos meses de su embarazo. Mi padre le revelaba todo lo que, de haber continuado viviendo, tenía intención de hacer para ocultar su deshonra; y le suplicaba, en caso que muriese, que no maldijera su memoria ni creyera que las consecuencias de su falta recaerían sobre ella ni sobre el fruto de su desdichado amor, puesto que la culpa era suya

y de nadie más que suya. Le recordaba asimismo el día en que le regaló un medallón y una sortija, con su nombre de pila grabado en el interior y un hueco que siempre creyó que podría llenar en su día con su apellido. Rogábale que conservase la sortija y llevase siempre el medallón junto al corazón, como lo llevó hasta entonces, y continuaba, repitiendo infinidad de veces las mismas palabras, como si hubiera perdido la razón. Yo creo que, en efecto, la había perdido.

—Háblenos usted del testamento —dijo Brownlow.

Lágrimas abundantes corrían por las mejillas de Oliver.

Como Monks guardara silencio, dijo Brownlow:

—En substancia, el testamento era repetición de la carta. Hablaba de las desgracias que su mujer había acarreado sobre su cabeza; de su carácter rebelde, de su temperamento inclinado al vicio y a la maldad, de las malas pasiones que prematuramente habían inficionado el alma de usted, de su hijo único, a quien desde la cuna habían enseñado a aborrecer a su padre. Legaba una renta anual de ochocientas libras esterlinas a usted y otra de la misma cantidad a su madre, y hacía de su fortuna dos partes iguales, nombrando heredara de una de ellas a Inés Fleming, y de la otra al hijo de su culpable amor, dado caso que naciera vivo y llegase a edad de poder heredar. Si era niña, heredaría la parte de fortuna mencionada si condiciones; pero si era niño, di ponía el testamento que sólo heredaría si llegaba a la mayoría edad sin manchar su nombre con ningún acto público deshonesto, con ninguna bajeza o cobardía. Hace constar que imponía la condición expuesta para dar una prueba de confianza sin límites que le merecía la madre, y exteriorizar su convencimiento, que la proximidad de muerte robustecía más y más, de que el fruto de su amor heredaría el corazón noble y sentimientos elevados de la madre. Caso que estas esperanzas resultaran falsas, la mitad la herencia recaía sobre usted, pues entonces y sólo entonces, es decir cuando el tiempo demostrase que los dos hijos eran iguales, reconocería en usted prioridad de derecho la herencia de su bolsa, bien que nunca a la de su afecto, que desde niño había usted rechazado con frialdad y aversión.

—Mi madre —replicó Monks hizo lo que cualquiera otra mujer hubiera hecho en su caso: quemó testamento. La carta no llegó jamás a manos de su destinatario, pero la conservó, juntamente con otras pruebas, por si algún día le convenía hacer pública la deshonra de Inés. El padre de ésta no tardó en saber la verdad, aunque revestida y adornada con cuantas circunstancias agravantes pudo inspirar a mi madre el odio violento que le profesaba, y que yo apruebo y le he agradecido siempre. Abrumado bajo peso de la vergüenza y el deshonor, el padre huyó al rincón más remoto y solitario del condado de Gales, donde tomó nombre supuesto, a fin que nunca sus amigos pudieran

saber dónde se había refugiado. La hija había abandonado algunas semanas antes la casa paterna. El padre la buscó por todas partes, recorrió solo y a pie pueblos y ciudades y parece que, la noche que desesperando encontrarla, regresó a su casa diciendo que aquélla se había arrancado la vida con sus manos, el pesar, los sufrimientos, la desesperación, llevaron a la fosa al pobre viejo.

Siguió un silencio que se prolongó hasta que Brownlow reanudó el hilo de la narración.

—Algunos años más tarde me hizo una visita la madre de Eduardo Leeford, del hombre que tenemos delante. Habíala abandonado su hijo, cuando apenas si contaba dieciocho años, después de robarle su dinero y alhajas. El hijo, luego que dilapidó la fortuna en burdeles y tabernas, se hizo jugador y falsario y huyó a Londres, donde por espacio de dos años vivió entre individuos de las más bajas capas sociales. Languidecía su madre mientras tanto, caminaba con pasos de gigante hacia el sepulcro, en alas de una enfermedad incurable, y aquélla quiso ver a su hijo antes de morir. Practicáronse pesquisas, por cierto muy escrupulosas, que, si bien es cierto que resultaron completamente estériles durante algún tiempo, viéronse al fin coronadas por el éxito. La madre volvió a Francia llevando en su compañía a su hijo.

—Murió —dijo Monks—, después de una enfermedad muy larga. En su lecho de muerte, me reveló los secretos, legándome al propio tiempo un odio implacable y mortal contra todas las personas que con los mismos tenían relación, aunque a decir verdad, hubiera podido ahorrarse la molestia de legarme un aborrecimiento que desde muchos años antes había yo heredado. Nunca creyó en el suicidio de la que fue querida de su marido antes de dar a luz, antes por el contrario, daba por seguro que había nacido de ella un hijo varón, y que éste vivía. Yo le juré que, si alguna vez lo tropezaba, lo perseguiría sin tregua ni descanso, y le haría víctima de la más cruel e implacable de las animosidades, y que, para satisfacer el odio que tan profundo arraigaba en mi corazón, y para mofarme de aquel testamento insultante, no cejaría hasta llevar a la horca o a presidio al hijo de la infame adúltera. Mi madre tenía razón. De los amores criminales había nacido un niño, que al fin tropecé en mi camino. Principié muy bien; y de no haber sido por las habladurías de una miserable, habría terminado mejor.

Mientras Monks, cruzado de brazos, desahogaba su rabia impotente lanzando espantosas imprecaciones, el señor Brownlow se volvió hacia los mudos y aterrados testigos de aquella escena y les explicó cómo el judío cómplice y confidente de aquel hombre, había recibido una cantidad respetable cuando Oliver cayó en sus lazos, de la cual debía restituir una parte si el muchacho se le escapaba, y cómo, a consecuencia de una disputa sobre el

mismo tema, hicieron los dos un viaje a la casa de campo en que veraneaba con la señora Maylie con el objeto de identificarle.

—¿Y el medallón y la sortija —preguntó Brownlow, volviéndose hacia Monks—, dónde están?

—Los compré al hombre y a la mujer de quienes hablé a usted, los cuales los habían robado a una enfermera, que a su vez los robó a un cadáver —contestó Monks, sin alzar la vista—. Ya sabe usted lo que hice de ellos. Hizo Brownlow una seña a Grimwig, quien salió de la habitación inmediatamente, para regresar segundos después empujando a la señora Bumble, la cual traía a remolque a su dulce consorte.

—¿Me engañan mis ojos o es este mancebo mi querido Oliver? —exclamó Bumble, con entusiasmo perfectamente fingido—. ¡Ah, Oliver! ¡No puede formarse idea de las inquietudes que he sentido por usted.

—¡Cállate, estúpido! —murmuró la dulce Bumble.

—¿Acaso no es natural... muy natural? —replicó el director del hospicio-asilo—. Yo, que le eduqué parroquialmente, ¿puedo menos de exteriorizar la alegría que me embarga al verle entre estas señoras y estos caballeros de aspecto tan distinguido? Siempre quise a este niño como si hubiera sido mi propio... mi... mismo abuelo —añadió Bumble, como no encontrando término de comparación bastante apropiada—. ¡Oliver... mi querido Oliver!... ¿te acuerdas de aquel caballero del chaleco blanco? ¡Ah! ¡Subió a los Cielos la semana última, encerrado en un féretro de roble con asas de plata, Oliver!

—¡Basta, señor mío, basta! —interrumpió Grimwig de mal talante—. ¡Guarde sus lamentaciones para mejor ocasión!

—Procuraré contenerme, caballero —contestó con humildad Bumble—. ¿Cómo está usted, caballero? Celebraré infinito que su salud sea tan perfecta como para mí la deseo.

El saludo iba dirigido a Brownlow, quien se había adelantado unos pasos colocándose junto al interesante matrimonio.

—¿Conoce usted a ese hombre? —preguntó Brownlow, señalando con el índice a Monks.

—No, señor —respondió Bumble sin titubear.

—Tal vez le conozca usted —repuso Brownlow, dirigiéndose a la esposa de Bumble.

—No le he visto en mi vida —contestó la interrogada.

—¿Ni le ha vendido nunca nada?

—Nada.

—¿No ha tenido usted nunca en su poder un medallón de oro y una sortija del mismo metal?

—No, señor —contestó la matrona—. ¿Nos ha hecho usted venir aquí para dirigirnos preguntas tontas?

Brownlow hizo otra seña a Grimwig, quien salió de nuevo con rapidez extraordinaria. Cuando volvió a entrar, no le acompañaban, como antes, un hombre robusto y una mujer de sólida constitución, sino dos viejas paralíticas, que vacilaba y se tambaleaban al andar.

—Usted cerró la puerta la noche que murió la vieja Sara —dijo la primera de las recién llegadas, extendiendo su brazo temblón hacia la Bumble—, pero ni pudo ahogar el sonido ni tapó las rendijas de la puerta.

—No —añadió la otra, tendiendo miradas cansadas en derredor—. ¡No, no, no!

—Oímos muy bien que la moribunda trataba de confesarle a usted lo que había hecho, y vimos que usted arrancaba de su mano, un papel. Al día siguiente, la seguimos cuando fue usted al Monte de Piedad.

—Sí —repuso la otra—. Se trataba de un medallón y una sortija de oro. Vimos que entregaban a usted esos objetos... ¡Oh! ¡Estábamos, cerca... muy cerca!

—Y aún sabemos más —añadió la primera—. Hace mucho tiempo que nos refirió la vieja Sara todo lo que aquella joven le dijo antes de morir, a saber: que sabiendo que su fin estaba próximo, quería morir cerca de la tumba del padre de su hijo, y que hacia ella se encaminaba cuando la sorprendió la enfermedad.

—¿Quiere usted que hagamos entrar también al dependiente del Monte de Piedad? —preguntó Grimwig, dando un paso hacia la puerta.

—No —contestó la matrona—. Puesto que ese hombre —añadió, señalando a Monks— ha tenido la cobardía de confesar, y por otra parte han sonsacado ustedes a estas brujas, nada tengo que decir. Vendí los objetos que son motivo de sus preguntas, y se encuentran donde no han de poder recogerlos. ¿Qué más quieren saber?

—Nada —contestó Brownlow—. Nada más deseamos saber ni nada más tenemos que hacer, sino evitar que, en lo sucesivo, usted y su digno marido ocupen un cargo de confianza. Pueden retirarse.

—Espero —dijo Bumble con acento compungido en el momento que Grimwig se retiraba acompañando a las dos viejas—, espero que este

desdichado incidente no nos privará de nuestro cargo parroquial.

—Tenga usted la seguridad de que se quedará sin él —replicó Brownlow—. Vaya acostumbrándose a la idea, y dé gracias a Dios de lo que nos conformamos con tan poco.

—Fue todo obra de la señora Bumble: ella me obligó —observó el exbedel después de asegurarse de que su cara mitad se había ido ya.

—No sirve la excusa —contestó Brownlow—. Usted se hallaba presente cuando arrojaron al río los objetos en cuestión, y a los ojos de la Ley, es el más culpable de los dos, pues legalmente se supone que su mujer obedece en todos sus actos sus instrucciones.

—Si la Ley supone semejante desatino —replicó Bumble, estrujando el sombrero entre sus manos—, la Ley es una estúpida de tomo y lomo. Si, como dice usted mira la Ley, a buen seguro que mira con ojos de soltero, y lo peor que a la Ley puedo desearle, es que le abra los ojos la experiencia... sí; la experiencia.

Dichas las palabras anteriores, Bumble se encasquetó el sombrero, metió las manos en los bolsillos del pantalón, y salió siguiendo a su mujer.

—Señorita —dijo Brownlow, dirigiéndose a Rosa—. Déme la mano... pero no tiemble, que no son para asustarla las pocas palabras que me restan decir a usted.

—Si tienen... no comprendo que puedan tenerla... pero si tienen relación directa conmigo, le agradecería que las dejase para otra ocasión: en este momento me encuentro sin fuerzas y sin valor.

—Está usted en un error —replicó Brownlow—, Tiene más valor del que dice; se lo aseguro... ¿Conoce usted a esta señorita?

—Sí —respondió Monks, que era a quien la pregunta iba dirigida.

—No creo haber visto a usted nunca —terció con voz débil Rosa.

—Yo, en cambio, la he visto a usted muchas veces —dijo Monks.

—El padre de la infortunada Inés tuvo dos hijas —repuso el señor Brownlow—. ¿Cuál fue la suerte de la otra... de la niña?

—La niña —contestó Monks—, luego que murió su padre en país extraño, bajo nombre supuesto, sin dejar una carta, un libro, un pedazo de papel, un objeto cualquiera que pudiera ser indicación del sitio en que podían encontrarse sus parientes o amigos... la niña, repito, fue recogida por unos pobres aldeanos que cuidaron de ella como si hija suya fuera.

—Adelante —dijo Brownlow, indicando a la señora Maylie que se

acercase—. Siga usted.

—No pudo usted descubrir dónde estaba la niña —repuso Monks—, pero allí donde la amistad se estrella sale a veces triunfante el odio. Mi madre dio con ella después de un año de pesquisas diligentes, llevadas a cabo con astucia sin igual.

—¿Y se la llevó consigo?

—No. Los aldeanos que la habían recogido eran muy pobres, y comenzaban, sobre todo el marido, a cansarse de su generosidad. Mi madre, que lo comprendió así, les entregó una pequeña cantidad de dinero, que duró muy poco tiempo, y les ofreció que les enviaría más, aunque con ánimo de olvidar su promesa. No pareciéndole garantía bastante de la infelicidad futura de la niña la pobreza y el descontento de los aldeanos, quiso robustecerla contándoles la historia de la deshonra de su hermana, historia que alteró en la medida que más convenía a sus miras. Les recomendó que tuvieran cuidado con aquella niña, por cuyas venas corría mala sangre, y añadió que era ilegítima y que seguramente con el tiempo había de ser una mala pécora. Creyeron el cuento los aldeanos, y la niña arrastró una existencia miserable, tan miserable, que hasta a nosotros nos llenó de satisfacción. Una señora viuda de Chester, metiéndose donde no debía, la vio por casualidad y tuvo lástima de ella. La llevó a su casa. El diablo debió volvernó las espaldas por entonces, pues a pesar de todos nuestros trabajos, que no fueron pocos, la niña continuó en casa de la viuda y fue feliz. Hace dos o tres años la perdí de vista, y no volví a tropezarla hasta hace dos o tres meses.

—¿La ve usted ahora?

—¡Claro que sí! Apoyada en su brazo de usted.

—Mas no por eso deja de ser mi sobrina —terció la señora Maylie, abriendo sus brazos a la niña, próxima a caer desmayada—; no por eso deja de ser mi hija querida. ¡Por todos los tesoros del mundo no renunciaría ahora a ella! ¡Mi dulce compañera... mi hija idolatrada!...

—¡La única persona que me ha querido!... —exclamó Rosa, abrazando a la dama—. ¡La que yo más quiero y reverencio en el mundo!... ¡Oh! ¡Mi corazón va a estallar!... ¡No puedo resistir tanta emoción!

—Y tú eres y has sido siempre para mí la mejor, la más dulce de las hijas, la que me has dado a probar las delicias de una felicidad que con ninguna otra de la tierra puede compararse —dijo la bondadosa dama, abrazándola una y otra vez—. Pero... ¡vaya, querida mía! ¡No olvides que hay quien espera anhelante tus brazos!... ¡Pobrecillo!... ¡Mírala... mírala... ahí tienes a tu tía!

—¡No! ¡Mi tía no! —gritó Oliver, echándole los brazos al cuello y

besándola con transporte—. ¡Nunca la llamaré tía!... ¡La llamaré hermana, hermana cariñosa, hermana adorable, a quien mi corazón me enseñó a amar con ternura desde el momento que la vi! ¡Rosa... mi querida Rosa... cuanto te quiero... oh!

Respetemos las lágrimas que rodearon por las mejillas de los dos huérfanos, y las palabras entrecortadas que se cruzaron durante el prolongado abrazo que siguió; son lágrimas y palabras sagradas. En un momento, y en el mismo instante, encontraban y perdían a un padre, una hermana y una madre. La misma copa les ofrecía dulces alegrías y tristezas amargas. No eran, empero, de pesadumbre sus lágrimas, pues la misma pena que anegaba sus almas aparecía tan dulcificada por recuerdos los más gratos y tiernos, que quedaba limpia de toda sensación dolorosa y convertida en dicha solemne. Mucho tiempo permanecieron solos. Unos golpecitos dados a la puerta anunciaron que alguien esperaba fuera. Abrióla Oliver, y se fue presuroso, cediendo el puesto a Enrique Maylie.

—Todo lo sé —comenzó diciendo éste, sentándose junto a la encantadora joven—. Mi querida Rosa... nada ignoro... No me trae aquí el azar —añadió, al cabo de una pausa prolongada—; ni ha sido tampoco hoy cuando me han revelado lo que pasa. Lo supe ayer... no antes. ¿No adivinas que vengo a recordarte una promesa?

—¡Alto! —exclamó Rosa—. ¿Dices que lo sabes todo?

—Absolutamente todo. Recuerda que me diste permiso para volver sobre el asunto que en nuestra última entrevista tratamos, siempre que lo hiciera dentro del plazo de un año.

—En efecto.

—No para insistir en que modificaras tu resolución —añadió el joven—, sino para que la expusieras por segunda vez, si tal era tu deseo. Yo me comprometí a poner mi posición social y mi fortuna a tus pies, pero sin hacer nada para conmoverte en el caso en que persistas en tu primera resolución.

—Los mismos motivos que entonces guiaron mi conducta habrán de guiarla ahora —contestó con entereza Rosa. ¿Cuándo, en la medida de esta noche, me han ligado obligaciones sagradas para con aquella cuya bondad me libró de una vida de miseria y de sufrimientos? ¡Es una lucha... lucha terrible —añadió Rosa—; pero lucha que me llena de orgullo! ¡Es un golpe cruel, pero mi corazón sabrá sufrirlo con denuedo!

—Las revelaciones de esta noche —comenzó diciendo Enrique.

—Las revelaciones de esta noche —interrumpió Rosa—, me dejan, por lo que a mí respecta, en la misma situación de antes.

—¡Te empeñas en tratarme con crueldad, Rosa! —exclamó Enrique.

—¡Oh... Enrique... Enrique! —contestó la joven, rompiendo a llorar—. ¡Ojalá me fuera dado evitarme ese dolor!

—¿Por qué, pues, han de imponértelo? —replicó Enrique tomándole una mano—. ¡No olvides, Rosa querida, no olvides lo que has oído esta noche!

—¿Y qué es lo que he oído? —exclamó Rosa—. ¿Qué es lo que he sabido? Que la deshonra, al envolver a mi familia, tan profundamente afectó a mi pobre padre, que le obligó a esconderse donde... ¡Oh! ¡No hablemos de ello Enrique, que hartos se ha hablado ya!

—¡No, no! ¡Aún no! —gritó Enrique, deteniendo a la joven que se levantaba para marcharse—. Esperanzas, deseos, sueños, ilusiones, sentimientos, todo... todo, excepto el amor que te profeso, ha sufrido en mí un cambio radical. Hoy no te ofrezco ya un puesto elevado entre una sociedad consagrada a las agitaciones y grandezas del mundo, de ese mundo envidioso y miserable, donde hay que sonrojarse de todo menos de lo que realmente es vergonzoso y vil: te ofrezco nada más que una cosa... un corazón y un hogar... Rosa, querida, única cosa que te puedo ofrecer.

—¿Pero qué significan tus palabras? —preguntó la joven.

—Significa que cuando me despedí de ti, lo hice con la resolución firme de destruir todos los obstáculos que pudieran alzarse entre nosotros dos, decidido a pedir un puesto en tu rango social si me era imposible llevarte a ti al mío, y a volver mis espaldas con desprecio a todo aquel que te mirase con desdén. Eso es lo que he hecho ya. Los que por ese motivo se han alejado de mí, se han alejado también de ti, demostrándome que tenías tú razón. Protectores poderosos, amigos influyentes, individuos de mi familia que entonces me prodigaban sonrisas, me miran con indiferencia... ¡No importa! Quedan en Inglaterra risueñas campiñas y árboles seculares en una de las regiones más ricas, con una aldea, y una iglesia... ¡que son míos; míos, querida! Allí me espera una casita rústica, Rosa, donde viviré contigo más orgulloso y contento que rodeado de todos los esplendores del mundo. He aquí mi rango, he aquí mi posición actual. ¡Ambos los pongo a tus pies!

—Nada tan desagradable como tener que esperar a enamorados a la hora de cenar —dijo Grimwig, que acababa de descabezar un sueño.

A decir verdad, la cena estaba esperando hacía bastante tiempo. Ni la señora Maylie, ni su hijo, ni Rosa, pues los tres se presentaron juntos en el comedor, pudieron encontrar nada que justificase su tardanza.

—Esta noche sí que me han asaltado tentaciones muy serias de comerme mi propia cabeza, pues he llegado a temer que no tendría otra cosa para

satisfacer mi hambre —repuso Grimwig—. Si se me permite la libertad, ofreceré mis respetos a la futura de Enrique.

Sin esperar permiso, Grimwig abrazó a la pobre niña, cuyas mejillas se pusieron encendidas como la grana; y como el ejemplo es contagioso, seguidamente imitaron la conducta de Grimwig y el doctor Losberne. No faltaban maliciosos que aseguran que quien había roto el fuego fue Enrique Maylie, antes de salir de la habitación obscura inmediata; pero otras personas dignas de crédito dicen que el joven no se atrevió a tanto.

—¡Oliver... hijo mío! —exclamó la señora Maylie—. ¿De dónde vienes? ¿Por qué esa tristeza? ¡Veo lágrimas en tus ojos!... ¿Qué te pasa?

¡Cuán fecundo en decepciones es el mundo! ¡Nuestras esperanzas más queridas, precisamente las que más honran a nuestra naturaleza, son con frecuencia las primeras en disiparse! ¡El pobre Ricardito había fallecido!

Capítulo LII

Última noche del judío

Inmenso gentío llenaba la espaciosa sala de justicia, en la que no quedaba ni una pulgada de terreno que no estuviera ocupada por un rostro humano. Desde la barra hasta el rincón último de las galerías más apartadas, las miradas de todos se encontraban en un solo punto, buscaban a un mismo hombre, se clavaban en un mismo ser humano: en el judío. De frente y a sus espaldas, por su derecha y por su izquierda, el infame viejo parecía ocupar el centro de un firmamento cuajado de ojos brillantes, de ojos que centelleaban como estrellas, cuyas veces hacían.

Bañado en raudales de viva luz aparecía el miserable, puesta una mano sobre la balaustrada y la otra junto a la oreja, estirando el cuello y ansiosa la mirada, a fin de no perder una sola de las palabras que con abrumadora claridad pronunciaba el presidente del tribunal al hacer el resumen de la causa. Las contadas veces que de los labios del orador brotaban palabras que suavizasen algún tanto la luz siniestra bajo la cual se le presentaba, el reo fijaba miradas medrosas en los individuos del jurado, con el fin de apreciar el efecto que en su ánimo pudieran hacer, mientras que, cuando con claridad y precisión aplastantes, se puntualizaban cargos y circunstancias agravantes, volvía hacia su defensor sus ojos con expresión de suprema angustia, como conjurándole a intentar un esfuerzo desesperado para salvar su mísera existencia. El reo había permanecido inmóvil desde que dieron comienzo la vista, y cuando el presidente de la Sala puso fin a su discurso, todavía

perseveró aquél en la misma actitud de atención intensa, cual si en sus oídos siguieran resonando las palabras de su acusador.

Murmullos apenas perceptibles del público parecieron volverle al sentimiento de la realidad. El criminal alzó los ojos, y vio que el jurado se retiraba a deliberar. Sus miradas se desparramaron entonces por la galería, y vio que las gentes se levantaban para verle la cara, que muchos recurrían a sus anteojos y que otros cuchicheaban con sus vecinos, clavando en él miradas de aborrecimiento. Eran muy pocos los que sin acordarse al parecer de él, esperaban con impaciencia la reaparición del jurado, admirándose de que tardase tanto en ponerse de acuerdo sobre el veredicto. En ninguna cara, ni aun entre las de las mujeres, que había muchas, pudo encontrar la más ligera muestra de simpatía hacia su persona, ni otra expresión que la del deseo de que fuera condenado.

Cuando con mirada extraviada se hacía cargo de todo, restablecióse el silencio, y volviendo la cabeza, tropezaron sus ojos con el calabocero, quien le tocó en un hombro sin decir palabra. El reo le siguió como un autómatas hasta el banquillo. Desde allí, volvió de nuevo sus miradas a la galería. Algunas personas estaban comiendo, otras se hacían aire con los pañuelos, pues la aglomeración de gente había caldeado la atmósfera. Un joven dibujaba al lápiz su cara. La imaginación del reo volaba suelta, mariposeando de un pensamiento a otro con rapidez pasmosa. Si aquél veía a sus jueces, preguntábase por qué vestirían aquellas togas, cómo se las pondrían y cuál sería su precio. Reparó en un caballero gordo que había salido sobre media hora antes y acababa de volver, y esa circunstancia le sugirió la idea de que habría ido a comer y fue motivo suficiente para que hiciera mil cálculas acerca, de la comida que le habrían servido, y dónde se la habrían servido. Y no quiere esto decir que ni por un instante se viera libre su imaginación del espectáculo pavoroso y opresor de la fosa abierta a sus pies, no: era una imagen que le acosaba insistente, pero en forma vaga, sin concentrar, sin absorber toda su potencia imaginativa. Así, por ejemplo, mientras temblaba y se estremecía ante la idea de su muerte próxima, contaba los clavos que adornaban una puerta monumental que tenía enfrente, y se preguntaba quién y cuándo habría roto la cabeza de uno de ellos, y deseaba saber si la arreglarían o la dejarían como estaba.

Alzábase ante sus espantados ojos la silueta siniestra del cadalso, y cuando se estremecía al pensar en los horrores de la horca, puso fin a sus reflexiones para seguir los movimientos de un hombre que comenzó a regar el suelo para refrescarlo un poco. Sonó al fin un grito imponiendo silencio. El reo volvió la cabeza, y vio que salían los individuos del jurado junto a él pasaron, más nada pudo leer en sus rostros, impasibles como el mármol. Reinó un silencio profundo, aterrador, un silencio de muerte. Nadie se movía, nadie respiraba...

hubiérase dicho que no había nadie en la sala. Luego se oyó una voz que dijo:

—¡Culpable!

Gritos frenéticos estallaron en el auditorio, gritos que repitieron mil gargantas, gritos a los que hicieron eco la infinidad de personas que, no hallando asiento ni hueco en la sala, esperaban en la puerta y en la calle. Aquellos gritos, semejantes al horrísono bramar del trueno, eran de alegría. Aquellas buenas gentes se regocijaban y saboreaban por anticipado el placer de ver ahorcar a un hombre el lunes próximo. Calmóse el tumulto, y preguntaron al reo si quería oponerse a la sentencia de muerte que pesaba sobre él. Fajín había vuelto a su actitud de antes y miraba con fijeza al que acababa de interrogarle; pero éste hubo de repetir dos veces más la pregunta antes que el judío diera pruebas de haberla oído, y cuando se dio por entendido, de su garganta no salieron más que palabras entrecortadas, siempre las mismas: que era un viejo... un viejo... un viejo y nada más.

Leyeron la sentencia de muerte en medio de un silencio terrible; y el sentenciado la escuchó con la impasibilidad de una estatua de mármol, sin que se contrajera uno solo de los músculos de su cara. Todavía continuaba escuchando con el cuello estirado, la cara de espectro, abiertos y sin expresión sus ojos y torcida la boca, cuando el carcelero le puso una mano sobre el hombro y le indicó que le siguiera. El reo le miró con expresión de imbecilidad perfecta, y siguió sin replicar.

Obligáronle a cruzar una sala baja donde esperaban varios presos turno para comparecer ante sus jueces. Muchos hablaban con sus parientes o amigos a través de una reja que separaba la sala del patio donde aquéllos se encontraban. Nadie dirigió la palabra al condenado. En cambio, a su paso, los presos se separaron para que pudieran verlo bien los que se apiñaban en la reja, le silbaron y dirigieron mil denuestos. El judío enarboló el puño y a buen seguro que lo hubiera dejado caer sobre alguno; pero los que le conducían se interpusieron, y le obligaron a penetrar por un corredor tétrico que apenas si medio iluminaban algunos faroles.

Una vez en el calabozo, registráronle a fin de privarle de los medios de anticiparse al fallo de la Ley, y llenado este requisito, le condujeron a una de las celdas reservadas para los condenados a muerte, donde le dejaron solo. Sentóse sobre un banco de piedra que había frente a la puerta, y que debía servirle de silla y de cama, y bajando al suelo sus ojos, intentó poner algún orden en sus pensamientos. A poco comenzó a recordar fragmentos sin ilación de lo que el juez había dicho, aunque cuando fueron pronunciados no se dio cuenta de haber oído una palabra. Poco a poco fue ordenando las frases y uniendo los conceptos, y al cabo de algunos esfuerzos mentales la verdad de su situación se desplegó con toda claridad ante sus ojos. ¡Morir ahorcado...

morir ahorcado!

Cuando las tinieblas se enseñorearon del calabozo, por la imaginación del desdichado reo comenzaron a desfilar todos los hombres que había conocido y que habían muerto sobre el patíbulo, algunos de ellos por causa suya. Levantábase en sucesión tan rápida, que a duras penas podía contarlos. A muchos los había visto morir, y de no pocos se habían reído porque subieron al patíbulo con la oración en los labios. Muchos de los condenados que veía debieron pasar sus horas postreras en la misma celda en que él se encontraba. Las tinieblas eran tan densas que se podían palpar.

¿Por qué no encenderían luz? ¡Cuántos siglos haría que habían construido aquel calabozo!... ¡Y cuántos criminales habrían pasado desde allí al otro mundo! ¡Parecía lúgubre cripta atestada de cadáveres!... ¡La hopa, el nudo corredizo... brazos agarrotados... rostros lívidos que él conocía perfectamente... cabezas envueltas en el fatídico velo!... ¡Luz!... ¡Luz!

Cuando sus manos, a fuerza de golpear las paredes y las puertas del calabozo, estaban magulladas, aparecieron dos hombres, uno de ellos llevando una vela que introdujo en un candelero de hierro empotrado en el muro, y el otro arrastrando un jergón donde debía pasar la noche en compañía del condenado, que no estaría solo ni un momento más.

Llegó la noche... tétrica, siniestra, silenciosa. Hay quien cuando pasa la noche en vela se alegra de oír sonar las horas de la iglesia, porque las campanadas le anuncian la continuación de la vida y la proximidad del nuevo día: para el judío, las horas eran mensajeras de desesperación. Cada sonido era para él la señal de agonía, cada campanada llevaba a su calabozo, envuelta en sus vibraciones graves, profundas, monótonas, una sola palabra: ¡Muerte! ¿De qué le serviría el ruido, el movimiento, la alegre algazara del despertar de la mañana? No sería otra cosa que repetición del mismo fúnebre rumor que le recordaría su próximo e inminente fin.

Pasó el día. ¿Día dije? No hubo día... fue un rayo de sol que murió apenas nacido, una ráfaga de luz que se extinguió casi sin que los ojos del condenado pudieran apreciarla. Vino la noche... noche interminable, y al propio tiempo brevísima. El reo se la pasó, ora blasfemando, ora mesándose los cabellos, ora haciendo entrambas cosas. Varones respetables de su misma religión entraron en el calabozo para rezar con él, y el condenado los rechazó, barbotando imprecaciones. Insistieron en sus laudables deseos, y el reo los golpeó brutalmente.

Llegó la noche del sábado; era la única que le quedaba de vida, y no bien formuló el criminal este pensamiento, alboreaba ya el domingo. Hasta la noche de este día postrero y terrible no se dio cuenta de su situación desesperada, del desenlace espantoso que por momentos iba acercándose. Y

no quiere esto decir que el desgraciado hubiese abrigado esperanzas positivas de perdón, no; sino que sólo muy confusamente había entrevisto la posibilidad de morir tan pronto. No había dirigido la palabra a los dos guardianes encargados de vigilarle, los cuales tampoco hicieron nada por llamar su atención. Hasta la noche postrera había permanecido inmóvil, sentado en su banco, soñando, pero despierto; más próximo a su fin, levantábase a cada instante, y con facciones espantosamente contraídas, la frente ardiendo y la espuma en los labios, corría de aquí para allí como fiera enjaulada, presa de un terror y de una rabia llevadas hasta el paroxismo, y con ademanes tan fieros, que hasta sus guardianes, acostumbrados a semejantes escenas, se apartaron de él horrorizados.

Recostóse en su banco de piedra y pensó en su pasado. Habíanle alcanzado algunas de las piedras lanzadas por la muchedumbre el día de su prisión, y su cabeza estaba cubierta de vendajes. Mechones de cabellos rojos caían en desorden sobre su cara, blanca como la de un fantasma; su espesa barba causaba horror, y de sus ojos brotaban destellos de fuego, no tan ardientes como el que corría por sus venas y que encendía la fiebre... ¡Las ocho... las nueve... las diez!... Si no era un sueño, si no se trataba de una burla preparada para aterrorizarle, si aquellas eran horas reales y positivas que se perseguían unas a otras con rapidez vertiginosa... ¿dónde estaría él cuando las agujas de los relojes hubieran dado una vuelta al cuadrante y las horas volvieran a sonar? ¡Las once!... ¡Cómo! ¿No han cesado aún las vibraciones de las once campanadas, y suenan ya las doce? ¡A las ocho de la mañana sería él el único que formaría el duelo en su propio funeral!

Jamás los espantosos muros de Newgate, testigos de tantos sufrimientos, de tantas agonías, velo tenebroso que les ha ocultado, no ya sólo a la vista, sino también al pensamiento de los hombres, presenciaron espectáculo semejante. Si las contadas personas que aquella noche pesaron frente a la sombría prisión, preguntándose qué habría en aquellos momentos el desgraciado a quien ejecutarían al día siguiente, le hubieran visto tal como estaba, a buen seguro que no habrían podido pegar los ojos.

Desde las primeras horas de la noche hasta próximamente las doce, penetraban de tanto en tanto in la cárcel grupos formados por dos o tres personas, para preguntar, con la ansiedad pintada en sus semblantes, si habían llegado nuevas de que el reo fuera indultado. Recibida la alegre contestación negativa, apresurábanse a transmitirla a los grupos que impacientes la esperaban en la calle, examinando la puerta por la cual saldría el condenado y mostrándose unos a otros el sitio en que se alzaría el patíbulo, después de lo cual se alejaban, bien que con el firme propósito de asistir al espectáculo. A medianoche la calle quedaba completamente desierta.

Acababan de despejar los alrededores de la cárcel y de colocar una valla

pintada de negro que sirviera de dique de contención a las muchedumbres que a no dudar acudirían a presenciar la ejecución, cuando se presentaron el señor Brownlow y Oliver, provistos de una orden de ser admitidos en el calabozo del reo, firmado por el juez. No bien la presentaron al alcaide, se les permitió pasar.

—¿Ha de entrar también este joven? —preguntó el encargado de guiarles—. Lo pregunto porque no es espectáculo para niños.

—Ciertamente que no lo es, amigo mío —contestó Brownlow; pero el asunto que aquí me trae tiene relación muy íntima con este mancebo. Además, mi joven compañero ha visto al reo en pleno éxito de maldades y villanías, y aun cuando el espectáculo forzosamente ha de ocasionarle terrible impresión, bueno será que le vea cuando la muerte afrentosa se cierne sobre su cabeza.

No había oído Oliver estas palabras, cambiadas aparte y en voz baja. El empleado de la cárcel llevó la mano al sombrero y, dirigiendo a Oliver una mirada de curiosidad, abrió otra puerta que daba frente a la que los visitantes acababan de franquear, y los condujo por corredores oscuros y tortuosos a las celdas de los condenados.

—Por aquí ha de pasar —dijo el guía, deteniéndose en un sitio tenebroso donde dos operarios hacían algunos preparativos—. Aquélla es la puerta por donde saldrá.

Hízoles pasar por una cocina, atestada de vasijas y calderas de cobre, y les señaló con el dedo la puerta, provista de una reja, por la cual penetraban el rumor de voces humanas juntamente con el golpear insistente de martillos y el ruido de tablas. Estaban levantado el patíbulo. Hubieron de atravesar muchas otras puertas de hierro, que a su paso eran abiertas desde el interior de las mismas, y salieron al fin a un patio, que cruzaron, entrando a continuación en otro corredor. El guía llamó a una puerta de hierro con su manajo de llaves. Los dos guardianes del reo salieron al corredor, y no bien supieron cuál era el deseo de los visitantes, se apresuraron a cederles el puesto junto al condenado.

Este estaba sentado en su banco, balanceándose acompasadamente y con aspecto y expresión más bien de animal feroz que de hombre. Sin duda evocaba recuerdos de su vida pasada, pues sus labios murmuraban sin cesar y no pareció darse cuenta de la presencia de los recién venidos, como no fuera para tomarlos por los personajes imaginarios que desempeñaban algún papel en sus visiones y ensueños.

—¡Soberbio... Carlos! —murmuraba—. ¡Buen golpe... magnífico! ¡También Oliver!... ¡Ja, ja, ja, ja! ¡Oliver también!... ¡Está hecho casi un caballero!... ¡Mira! ¡Lleva a la cama a ese muchacho!

El carcelero tomó a Oliver por la mano y le dijo al oído que no tuviera

miedo.

—He dicho —que le llevéis a la cama... ¿Pero no me oye nadie? —gritó el judío—. Ha sido... sí, él... ha sido la causa de todo esto... Me valdrá mucho dinero hacerle ladrón... ¡Mira, Guillermo! ¡Córtale el pescuezo a Bolter! ¡La muchacha no te importe... degüéllala!... ¡La cabeza... la cabeza... rebánasela... sin miramiento!

—¡Fajín! —llamó el carcelero.

—Yo soy —contestó el condenado volviendo en sí—. ¡Un pobre viejo, caballero... un pobre viejo... un pobre viejo!...

—Me acompañan dos personas que creo desean hacer a usted algunas preguntas —repuso el calabocero—. ¡Fajín... Fajín!... ¿Es usted hombre?

—¡No lo seré muchas horas! —replicó el judío, alzando la cabeza con expresión de rabia insana—. ¡Malditos sean todos!... ¿Quién les ha dado derecho para arrancarme la vida?

Acertó a ver a Brownlow y a Oliver mientras decía las palabras que quedan copiadas, e inmediatamente les preguntó qué hacían allí.

—¡Quieto, Fajín! —exclamó el carcelero, obligando al reo a permanecer sentado—. Diga usted lo que desee decir, caballero, pero cuanto antes, pues el furor de ese hombre aumenta por momentos.

—Usted guarda unos documentos que, para mayor seguridad, fueron puestos en sus manos por un hombre llamado Monks —dijo Brownlow adelantando unos pasos.

—¡Mentira! —gritó el judío—. ¡No tengo nada!... ¡No guardo ningún documento!

—¡En nombre de Dios, ante cuyo severo tribunal va usted a comparecer, dígame la verdad! —replicó con acento solemne Brownlow—. ¡No mienta en el momento que se encuentra al borde de la tumba! ¿Ignora usted que Sikes ha muerto, que Monks ha confesado, que usted va a morir, y que debe renunciar ya a la esperanza de obtener de los papeles ganancia alguna? ¿Dónde están los documentos en cuestión?

—Oliver —dijo el judío, haciendo al muchacho una seña para que se acercase—; Ven aquí... Necesito decirte algo.

—No tengo miedo —dijo Oliver en voz baja, desasiéndose de la mano del señor Brownlow.

—Los documentos —repuso el judío al oído de Oliver— están en un saco de lona escondido en un agujero que hay cerca de la chimenea de la habitación del piso más alto de la casa. Tengo que hablarte, amigo mío; quiero decirte una

cosa.

—¡Sí... sí! —contestó Oliver—. ¡Déjeme que rece una oración... una sola... arrodílese a mi lado... rece conmigo, y luego hablaremos hasta mañana!

—¡Fuera... fuera de aquí! —gritó de pronto el condenado, empujando a Oliver en dirección a la puerta y mirándole con ojos de loco—. ¡Di que me he retirado a dormir... a ti te creerán!... ¡Sácame de aquí, pero pronto... pronto!

—¡Oh! ¡Que Dios perdone a este desventurado! —exclamó Oliver, derramando torrentes de lágrimas.

—¡Así... eso es! —murmuró el judío—. ¡Muy bien... saldremos por esa puerta!... ¡Si cuando pasemos junto al patíbulo ves que tiemblo, no hagas caso!... ¡Adelante... siempre adelante!

—¿Desean preguntarle algo más? —preguntó el calabocero.

—No —contestó Brownlow—, ¡Si hubiera esperanzas de hacerle comprender la posición en que se encuentra!...

—Es inútil, caballero —respondió el calabocero moviendo la cabeza—.

Sería trabajo perdido. Creo que lo mejor es dejarle.

Volvieron a entrar los guardianes del condenado.

—¡Deprisa... deprisa! —repuso el viejo—. ¡Sin ruido, pero deprisa!... ¡Así... así!

Los guardianes obligaron al judío a retroceder hasta el banco. Con tan furiosa desesperación se resistió el reo, tales gritos dio, que atravesaron los macizos paredones y llegaron hasta el patio. Brownlow y Oliver salieron de la cárcel. Faltó poco para que la espantosa escena que acababan de presenciar rindiera desmayado al muchacho, quien en más de una hora apenas si, ayudado por su acompañante, pudo dar muy contados pasos.

Cuando salían de la cárcel alboreaba el día. Inmensas muchedumbres llenaban las calles; las ventanas estaban atestadas de curiosos, que entretenían el tiempo fumando y riendo. Era un cuadro lleno de vida y de animación, un cuadro alegre y de brillante colorido... si en el centro no se hubieran alzado algunos objetos siniestros... Un tablado negro... un madero, una cuerda... con todos los demás accesorios terribles de las ejecuciones.

Capítulo LIII

Y último

Toca a su desenlace la suerte de cuantas personas han figurado en esta historia. Lo poco que resta por decir, lo referirá el historiador con breves y sencillas palabras. A los tres meses de haber ocurrido los sucesos que referidos quedan, contraían matrimonio Rosa Fleeming y Enrique Maylie en la iglesia de la aldea que debía ser escena de su feliz vida futura y tomaban posesión de su nuevo hogar. La señora Maylie fue a vivir con los recién casados, para saborear, durante el resto de sus tranquilos días, la dicha mayor que la edad y la virtud pueden apetecer en este mundo: la contemplación de aquellos a quienes se ha consagrado el afecto más tierno a quienes se han prodigado los cuidados más solícitos.

Dio por resultado una investigación concienzuda que, si se dividían por igual entre Monks y Oliver los restos de la fortuna de que el primero se había apropiado, fortuna que nunca prosperó en sus manos ni en las de su madre, corresponderían a cada uno poco más de trescientas libras esterlinas. Ateniéndose a las disposiciones testamentarias de su padre, hubiera podido Oliver quedarse con todo; pero el señor Brownlow, a fin de no privar al hijo mayor del único medio que le quedaba de corregirse de sus antiguos vicios y de vivir honradamente, propuso la partición de la fortuna, y su proposición fue aceptada con alegría por Oliver. Monks, sin renunciar a su nombre supuesto, se retiró con su dinero a una región remota del Nuevo Mundo, donde, después de dilapidarlo en muy poco tiempo, volvió a entregarse a sus malas costumbres. Una estafa le valió varios meses de cárcel, y apenas salido de ésta, otro delito mayor volvió a encerrarle, muriendo al fin en presidio. También murieron miserablemente y lejos de su patria, casi todos los individuos restantes de la cuadrilla de Fajín. Brownlow adoptó por hijo a Oliver y fue a vivir con él y su anciana ama de gobierno muy cerca de la morada de la pareja de los recién casados, formando así una familia reducida tan feliz como mortal pueda serlo en este mundo. Poco después del matrimonio de Rosa, el buen doctor volvió a Chertsey, donde, privado de la compañía de sus buenos amigos, no habría tardado en experimentar honda pesadumbre si esta señora hubiese sido compatible con su temperamento, y se hubiera vuelto gruñón y displicente de haber sabido cómo hacerlo. Por espacio de dos o tres meses se contentó con insinuar que temía que los aires de Chertsey fueran perjudiciales a su salud, y más tarde, convencido de que el pueblo no era ya para él lo que había sido, cedió su clientela a su ayudante, alquiló una casita de campo sita en las afueras de la aldea en que vivían sus antiguos amigos, y recobró la salud y el buen humor como por encanto. Con la impetuosidad que constituía el fondo de su carácter, se dedicó a la agricultura, a la pesca, a la caza, a la carpintería y a mil otros oficios similares, y en todos ellos se hizo famoso y autoridad única en la materia por todo el contorno.

Antes de levantar su casa de Chertsey había cobrado profundo cariño a Grimwig, al que el excéntrico anciano correspondió con todo su corazón. Huelga decir que, mediando tan viva amistad, Grimwig menudeaba sus visitas a la casita de campo del doctor, y mientras aquéllas duraban, Grimwig plantaba, pescaba y se dedicaba a la carpintería con tanto ardor como el buen doctor. Lo que no ha perdido es la afición a llevar a todos la contraria. No pasa domingo que no critique el sermón que a sus feligreses dirige el cura de la aldea, pero en las barbas del interesado, lo que no obsta para que luego, cuando se encuentra a solas con el doctor, confiese que le parece orador excelente. Brownlow se divierte con mucha frecuencia recordando a su amigo la profecía que hizo sobre Oliver la noche en que ambos estuvieron esperando, llenos de ansiedad, el regreso del muchacho, a lo que contesta Grimwig que acertó en lo principal, toda vez que el muchacho no volvió. Noé Claypole, absuelto libremente como recompensa por haber denunciado a Fajín, y teniendo en cuenta que su nuevo oficio tenía más quiebras de las que eran de desear, vivió como Dios le dio a entender durante algún tiempo, bien que cuidando de que el trabajo no le matase. A fuerza de pensar en su porvenir, acabó por encontrar un puesto en la policía secreta, puesto que le permitió vivir en lo sucesivo honradamente. Su trabajo se reduce salir a la calle un día a la semana la hora de la celebración de las funciones religiosas, siguiendo a Carlota, que viste respetablemente. La señora cae desmayada frente a la puerta de la casa de alguna persona caritativa, el caballero corre a buscar tres peniques de brandy, gracias a los cuales recobra aquélla el conocimiento; al día siguiente da parte, y cobra la mitad de la multa impuesta a los que facilitan bebidas alcohólicas. A veces es el mismo señor Claypole quien cae desmayado; pero el resultado definitivo es el mismo.

Destituido, privado de su cargo el matrimonio Bumble, quedó gradualmente reducido a la mayor indigencia y miseria, concluyendo por ingresar como pobres asilados en el establecimiento de caridad donde en otro tiempo habían reinado como señores absolutos. No faltan personas que han oído decir al señor Bumble que no puede menos de bendecir una degradación que le libró de la compañía de su dulce mitad. Giles y Britles continúan firmes en sus puestos, aunque el primero está completamente calvo y el segundo tiene el cabello blanco. Duermen en la casa del matrimonio Maylie, pero como reparten sus atenciones y servicios entre todos los habitantes de la aldea, y tan pronto se les ve sirviendo a Oliver, como al señor Brownlow o al doctor, éste es el día en que no ha sido posible poner en claro de quién son en realidad criados. Carlos Bates, lleno de saludable horror a raíz de haber cometido Sikes su repugnante crimen, comenzó a pensar si no sería mejor entregarse a una vida decente y honrada. Pensó que sí, y decidió romper con su pasado y rendir culto a la laboriosidad. Luchó con tesón, tropezó con obstáculos numerosos y muy grandes, hubo de sufrir mucho y por mucho tiempo, pero triunfó al fin, y

hoy es uno de los ganaderos más próspero y alegres del Condado de Northampton. La mano del que traza estas líneas vacila al llegar al final de su tarea, porque de buena gana continuaría el hilo de las aventuras de muchos de sus personajes.

Me duele decir adiós a las personas entre las cuales me he movido tanto tiempo, me duele no compartir la dicha que saborean pintándola. Quisiera presentar a Rosa Maylie en todo el esplendor de sus gracias, inundando de viva luz los caminos de la vida de sus amigos y de gozo sus corazones. Quisiera trazar un cuadro de la dicha y encanto domésticos, de los puros goces del hogar; quisiera seguir a Rosa en sus paseos a través de los campos a la luz de la luna en las embalsamadas noches de verano; quisiera acecharla cuando visita la aldea, sorprenderla cuando se dedica a sus obras de caridad, cuando sonriente se entrega en su casa a las faenas domésticas, quisiera asistir a las conferencias que con frecuencia celebra con el hijo de su infortunada hermana, y verles cómo pasan juntos horas y más horas, hablando de los seres queridos que la muerte implacable arrebató de su lado y quisiera admirar las caritas de los ángeles que, sentados sobre sus rodillas, charlan con voz de plata y secan la lágrima que a veces tiembla en las pestañas de los azules ojos de la madre. Todo ello quisiera recordarlo, describirlo; pero me veo precisado a renunciar a deseo tan grato. Junto al altar de la hermosa iglesia de la aldea hay una lápida de mármol blanco en la cual solamente una palabra han grabado: ¡Inés! No hay ningún ataúd debajo de aquella lápida, y ojalá pasen muchos, muchos años antes que figure ningún otro nombre junto al de Inés.

Si es verdad que las almas de los muertos descienden alguna vez a la tierra para visitar los lugares consagrados por el amor... el amor que sobrevive a la muerte, el que no se detiene en la tumba... creo que la sombra de Inés vagará muchas veces sobre la lápida; creo que no la ahuyentará el hecho de que la lápida se encuentre en una iglesia, pues, en realidad la desgraciada no cometió más falta que la de ceder a una debilidad harto disculpable.

FIN

Freeditorial 

¿Te gustó este libro?

Para más e-Books GRATUITOS visita freeditorial.com/es

